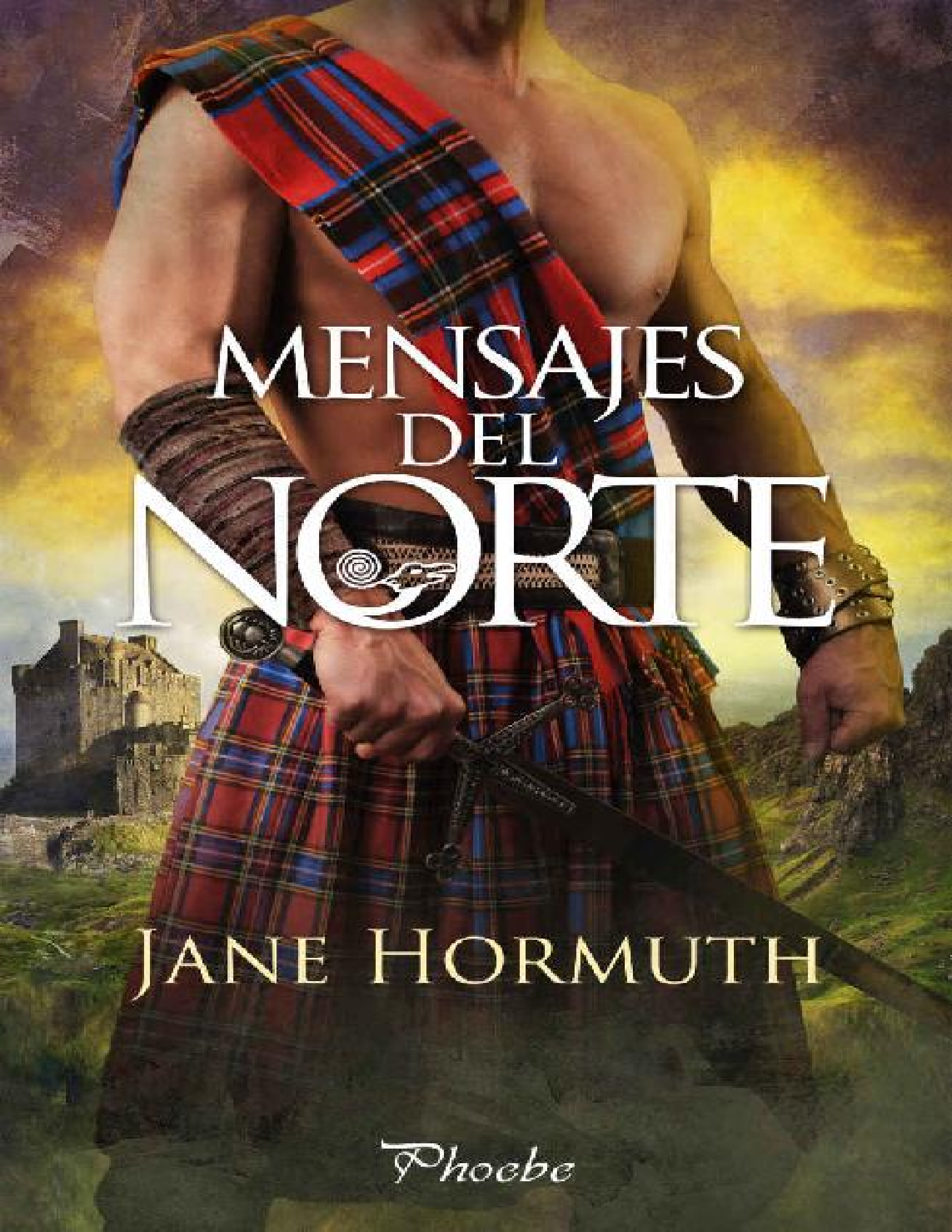


The background of the cover is a detailed painting of a Scottish warrior. He is shown from the waist up, wearing a red and blue tartan kilt and a matching sash. He has a brown leather brachial on his right arm and a metal arm guard on his left. He holds a sword with a dark hilt and a long, straight blade. In the background, a stone castle sits on a hill under a dramatic, cloudy sky with a bright yellow light source, possibly the sun or moon.

MENSAJES DEL NORTE

JANE HORMUTH

Phoebe

JANE HORMUTH

MENSAJES
DEL
NORTE



Phoebe

OceanofPDF.com

Primera edición: septiembre de 2022

Copyright © 2022 Yanira Fumero Almeida

© de esta edición: 2022, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-31-4
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía del modelo: romancephotos/Depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

OceanofPDF.com

*A mi madre;
gracias a ella hoy escribo romance histórico.*

OceanofPDF.com

1

CASTILLO DE COILL, ESCOCIA

Los guerreros atisbaron los muros cubiertos de musgo de la fortaleza después de varios días de viaje. El ánimo de todos mejoró al saber que pronto iban a estar a resguardo de la llovizna, con un buen plato de comida delante y con un whisky para entrar en calor. La chimenea iba a recibirlos con su fuego y ellos iban a poder dormir en un lugar seco. Archie encabezaba la marcha.

Aunque fueran McLeod, sabían que el clan Mackenzie era territorio amigo. El *laird* poseía lazos familiares con ellos, además de una relación fraternal con Archie. El motivo de su visita era diplomático. El rey Jacobo había convocado a los clanes aliados para respaldarlo en un conflicto en la zona norte de las Highlands. Archie iba en representación de los McLeod hasta que su *laird* pudiera reunirse con ellos. Al saber que los Mackenzie también habían acudido a la llamada, acordaron viajar juntos aquel final de otoño.

—¡Mi buen amigo! —saludó Daimh con un abrazo cargado de golpes en la espalda—. ¿Esta vez te ha tocado a ti cumplir el mandato de Alistair?

—Así es. —Archie sonrió, satisfecho—. Ahora es Clarion quien se encarga de los McLeod en ausencia del *laird*. Elinor sigue en peligro, por lo que Alistair creyó conveniente que no se alejara.

—Mmfm —gruñó Daimh al hacerlo pasar al interior—. ¿Y cómo se lo ha tomado?

Archie sopesó bien sus palabras antes de contestar.

—En otras circunstancias, te habría dicho que rabió por la decisión, pero creo que esa muchacha le importa más de lo que cree. Aceptó la orden sin más.

—Sí que debe de importarle, porque Irvyng y él solían disputarse las salidas cuando éramos unos críos —comentó Daimh.

—Las mujeres solo son fuente de debilidad. —Irvyng gruñó esa certeza con sus ojos azules brillando de mofa.

El hombretón de melena rubia y barba trenzada se acercó a Archie para darle la bienvenida. Lo seguía de cerca Aila, la castellana de los Mackenzie.

—No veo que mi esposo posea esa cualidad después de varios años de matrimonio —replicó Aila—. En cambio, tú vas agriándote con cada día que pasa.

La mujer le hizo una mueca desdeñosa al fiero guerrero, que refunfuñó ante su respuesta. A pesar de la refriega dialéctica, se adoraban sin que la diferencia de caracteres afectara a su amistad.

—Ay, Archie, me alegra tenerte por aquí. Cuéntame cómo están todos en Craig, aunque será mejor que pongamos a secar esas pieles; ya tendremos tiempo de conversar. —Aila valoró el estado de los guerreros, que esperaban en silencio a cierta distancia—. Es posible que queráis acomodaros en vuestros aposentos antes de que os sirvan la comida que hay preparada.

El grupo, al unísono, dejó atrás a la castellana para ocupar los asientos alrededor de la gran mesa. Aila suspiró, resignada. Saciar el hambre estaba por encima de cualquier otra necesidad.

2

Al atardecer Aila se adentró en el bosque que rodeaba la fortaleza. Disfrutaba de la magia que se respiraba en el instante en el que el día y la noche se igualaban. Su fama se había extendido por toda Escocia. Era una mensajera de Elphame. Una mujer que había consagrado su vida a conectar con los elementos que se nutrían de la Madre Naturaleza. Era una gran sanadora, no solo por sus conocimientos de hierbas y plantas, sino también por el don de la clarividencia que los dioses le habían otorgado.

Mientras sus pasos avanzaban por la espesura, su respiración, vaporosa por el frío, marcaba el ritmo de su paseo. Aila palpaba los troncos de los árboles y las rocas que hallaba en el camino. Por momentos cerraba los ojos y sonreía al encontrar las corrientes telúricas que se extendían por la tierra. En un momento dado decidió apoyar en el tronco de un sauce la horquilla con la que se desplazaba. Sentada a pocos centímetros, inspiró hondo para recibir a los seres que habitaban el Otro Mundo.

Pasados unos minutos, que Aila no solía contar, vio aparecer a un zorro de pelaje brillante. Sus ojos se clavaron en los de ella. Sus mentes conectaron. Las imágenes que los dioses enviaron comenzaron a generarse con la naturalidad de un recuerdo. La castellana Mackenzie asintió al mismo tiempo que comprendía qué debía hacer al respecto. Le dio las gracias al zorro por ser el transmisor de tan poderoso mensaje. Cómoda en la linde entre el mundo mágico y el mundo real, se quedó pensativa después durante largo tiempo.

Al regresar a la fortaleza comprobó cómo los recién llegados mostraban una actitud más relajada. El gran salón se había llenado de los sonidos de carcajadas y animadas conversaciones. Daimh clavó su vista en ella en cuanto cruzó el arco de la entrada. Ella le sonrió mientras se acercaba a él. El laird se mantuvo alerta en cuanto observó cómo el mentón de Aila se mantenía en tensión. Se echó hacia atrás en su asiento antes de extender su mano hacia ella para recibirla.

—Daimh, viajaré con vosotros al norte. —Su sentencia sorprendió al jefe

del clan.

—Sea —respondió sin ganas de preguntar la razón.

Tras un lustro de convivencia matrimonial, sabía de sobra que de nada servía comprender sus decisiones. Siempre que sus acciones no conllevasen grandes peligros, solía acceder sin rechistar. En cuanto estuvieran a solas iba a interrogarla en profundidad. Era Irvyng quien aún no había aprendido a percibir los matices en el rostro de Aila, los minúsculos gestos o la cadencia que adquiriría su voz.

—¿A razón de qué vendrías con nosotros? —preguntó con un gruñido—. Aquí te necesitan.

—Me temo que Irvyng no quiere perderse la incursión —replicó Archie con astucia.

El guerrero McLeod, de rubia cabellera, solía quedarse a cargo del clan cuando ambos se ausentaban. En cuanto lanzó la pregunta, Archie supo que no le gustaba la idea de permanecer en la fortaleza. Aila, aún sumida en las premoniciones que la habían invadido, miró a su alrededor en busca de quien había hablado. Frunció el ceño al clavar su mirada verde en Irvyng.

—¿A razón de qué debo darte una explicación?

Irvyng rezongó.

—No temas. Aún no sé por qué, pero debes acudir a la llamada del rey —claudicó Aila.

—Entonces mi deber es preguntar quién quedará a cargo de los Mackenzie —comentó Daimh.

—Sé de alguien que está deseando hacerlo. —Aila escuchó el carraspeo del secretario del clan. Este se preparaba para hablar cuando ella alzó su mano hacia él; sonrió y elevó las cejas para dar énfasis a su propuesta.

—Yo me ofrezco para tal misión, mi laird. —La voz de Angus se alzó por encima del resto.

—Y que conste que esto no lo he adivinado a través de los dioses —decidió puntualizar Aila.

Daimh miró con dudas a Angus. Era un leal consejero y se encargaba de la administración de los Mackenzie con sobrada habilidad. En cambio, su compromiso con la defensa del clan había ocasionado más de un conflicto. Se obcecaba en la diplomacia con tanto tesón como el laird la esquivaba. Tener a Irvyng como consejero tampoco le facilitaba su tarea y, desde que le habían adjudicado el cargo, solía defender su postura con exasperante

contundencia.

—Pues dinos, Aila: ¿qué ocurrirá en el norte que te obliga a venir con nosotros? —Ya que se había abierto el debate, Daimh decidió ahondar en el asunto.

—Nada en concreto. Apenas estaremos un par de semanas con los Sutherland; pronto tendremos otros menesteres lejos de aquí. —Aila selló sus labios, apretándolos con fuerza con gesto infantil. No deseaba hablar más de la cuenta.

Por su parte, Daimh entrecerró los ojos.

—¿Corremos algún tipo de peligro? —se lanzó a indagar.

—Nosotros no —respondió Aila, evasiva.

Daimh replanteó la pregunta:

—¿Quién?

—Puede que alguien.

—Aila, es tu deber avisarnos del riesgo al que nos enfrentamos.

—Esperad un momento —intervino Irvyng con apremio—. Si yo también debo ir, ¿es mi vida la que corre peligro?

—Por desgracia para el clan, estarás con nosotros muchos años más —comentó Aila, divertida.

Irvyng siguió dando buena cuenta de la comida de su plato, dejando zanjado el asunto. Apenas se dignó a permanecer pendiente de la conversación.

—Aila, te estás desviando de nuevo —le recordó Daimh, que continuaba esperando una respuesta.

—No debes preocuparte: esta vez seremos meros testigos de los acontecimientos. —Sonrió para calmar el miedo que comenzaba a apoderarse de su esposo. Este no quería que se expusiera a ningún peligro—. Mi presencia en el norte solo será preventiva.

Sus ojos se desviaron hacia la cabeza de Archie, quien, ajeno al asunto, conversaba con sus compañeros de mesa. Daimh captó su mirada y supo que aquel viaje iba a ser decisivo para Archie.

3

A demasiados kilómetros del clan Mackenzie, una joven solía cabalgar por las vastas praderas a todo galope. De vez en cuando Beatagh necesitaba sentir cómo las cuchillas del viento norteño golpeaban su piel blanca. Desde muy corta edad habían tratado de doblegar su carácter fiero. Su fallecido padre, Angus Murray, se había mantenido al margen de los intentos de su madre de meterla en vereda. Años atrás, en la penumbra que el último fuego del día ofrecía, Angus escuchaba, paciente, las quejas de su esposa, Iona.

—Es demasiado impetuosa. Le costará cara su osadía... —solía decir, exasperada.

—Hay demasiado fuego en su interior, querida; hasta su pelo habla de él.

—Cierto, otro rasgo que no logro controlar. Cepillar esa melena supone toda una batalla campal.

—Será una mujer hermosa —decía el orgulloso padre.

—¡Ay, querido! —bufaba Iona—. No creo que la belleza logre llamar la atención de alguno de los hijos de los Sutherland. Aún menos cuando tú no haces más que lanzarla a pelear con su hermano. Esos adiestramientos avivan aún más su mal carácter.

—Una mujer como lo será ella deberá saber defenderse —respondía, tozudo.

—¿Defenderse? Para eso las damas contamos con nuestros esposos —replicó la castellana.

Angus Murray de Aberscross callaba, pues no deseaba dedicarle más de un instante a la idea de que su pequeña rebelde tuviera que abandonar el hogar. El destino había querido que no llegara a ver tal cosa, pues durante una escaramuza contra los Mackay había perdido la vida. El clan vasallo de los Sutherland recayó sobre los hombros de su hijo mayor, Neil. El muchacho, que apenas pasaba de la veintena, se hizo cargo de los Murray al completo, incluyendo a sus dos hermanas, Beatagh y Mai.

Si bien Mai podía considerarse una carga para la época, la benjamina se había ganado el corazón de sus familiares. Por el contrario, Beatagh

resultaba un gran reto, pues Neil sabía que no doblegaba su voluntad con facilidad. Aunque la joven supusiera una fuente de conflicto por sus ansias de participar en las refriegas y cacerías propias de hombres, era consciente de la importancia de una alianza matrimonial con los Sutherland. Todos se sorprendieron cuando aceptó las atenciones de John después de firmar el contrato de *manrent* en el que los Murray se ofrecían a servir al clan vecino a cambio de protección. Si bien este acuerdo se llevaba desarrollando varias generaciones, la muerte del progenitor y la juventud de Neil hicieron indispensable dejarlo por escrito.

La desaparición de la figura paterna generó un gran vacío en Beatagh. Fue consciente de que su padre era el único que comprendía su naturaleza y le daba alas hasta el límite del decoro. Quizá alguna vez cruzaron ese límite, pero se mofaron de quienes se lo recalcaron. De alguna manera la presencia de su padre siempre le había aportado equilibrio. Tras su muerte comprendió la difícil situación en la que se encontraba su pequeño clan. Las decenas de familias que estaban a su cargo dependían de ellos. Supo que debía ofrecer seguridad al acuerdo como *sept* del clan Sutherland. Para ello, alentó las atenciones que desde hacía años mostraba el hijo segundo del clan protector. Era consciente de que un matrimonio con los Sutherland podía cerrar los lazos de manera definitiva.

—Ay, Mai, termina de una vez —le decía a su hermana tras volver de su habitual paseo a caballo matutino.

Mai, con apenas quince años, se mordía la lengua mientras cepillaba los cabellos pelirrojos de Beatagh. Esta se sentaba en el banco situado frente a una ventana ojival con cierta desgana. Sus ojos azules recorrían el paisaje que se divisaba desde la fortaleza de Aberscross.

—Hoy viene John a verte, Beatagh. —La risilla surgía con gran facilidad—. Debes presentarte con la melena lustrosa.

—Como la crin de una buena yegua —ironizó.

—¡Nooo! —contestó sin entender—. No eres una yegua. Tienes que mostrarte bella para que John te quiera y te lleve a vivir a Dunrobin. —Mai dijo estas palabras como si de una lección se tratara. Al instante siguiente frunció el entrecejo—. Mamá se pondrá muy feliz si se produce el matrimonio. Yo no: a mí me gusta que vivas con nosotros. Apenas te veré si te conviertes en una Sutherland.

—¿Por qué dices eso, Mai? —preguntó mientras se daba la vuelta y

quedaba frente al peculiar rostro de su hermana pequeña.

—Sabes que no quieren que ande por allí. —Su boca hizo una mueca, y bajó sus ojos, apenada.

La nariz de Beatagh aleteó antes de que pudiera controlar su enfado.

—Mírame bien. —La tomó del rostro—. Da igual dónde se encuentre mi hogar: tú siempre serás bienvenida.

La alegría brotó de Mai con la asiduidad de siempre.

—Sí, yo quiero ser bienvenida, Beatagh. Es mi máspreciado deseo. —La emoción solía desbordarla.

—Lo serás, querida Mai —aseguró Beatagh.

—¿Aunque madre diga lo contrario?

—Madre no podrá objetar nada. —La pelirroja arrugó el entrecejo con fingida expresión de enfado—. Nadie osará contradecir a Beatagh Sutherland. Como alguien se atreva a hacerlo, seré capaz de retorcerle...

—¡No lo digas, no lo digas, que me da mucho miedo! —Mai le tapó la boca.

La niña solía horrorizarse con la forma de hablar de Beatagh. No era la primera vez que tenía pesadillas gracias a alguna detallada explicación de actos violentos. Aunque agradecía que siempre la tuviera en cuenta y la tratara conforme a una doncella de su edad, había ocasiones en las que su bravuconería le superaba. Las carcajadas de la pelirroja surgieron amortiguadas. La pequeña retiró sus manos cuando observó cómo Beatagh se rendía.

—Está bien, renacuaja, pero debes terminar cuanto antes con esta tortura.

Tras decir esto se volvió en su asiento con un salto. Mai retomó su tarea y su atención se la llevó la trenza que tenía en sus manos. Por su parte, Beatagh se quedó pensativa. Desde que Mai había nacido y había surgido el rechazo se había vuelto su protectora. Recordaba cómo la partera vaticinó que la niña era hija de las hadas y que había que intercambiarla. Iona, con su bebé en brazos, se negó a separarse de Mai. La familia decidió que el tiempo pasara para comprobar si la pequeña mostraba signos de pertenecer al mundo feérico. Sin lugar a dudas, la niña comenzó a desarrollarse con rasgos muy marcados, perfil plano, ojos rasgados, cuello acortado, tendencia a mantener la lengua fuera y cierto retardo en el aprendizaje.

La castellana Murray no desistió en su empeño por mantenerla a su lado. Resuelta, decidió acudir al obispo que residía a varios kilómetros en busca

de una nueva opinión. Todos sabían que las costumbres paganas afirmaban que existían otros seres que convivían con los humanos. Cuando llegó ante el obispo de Caithness con su temor, este desechó por completo la idea de abandonar el bebé en el bosque para que la hija que había sido intercambiada volviera. En cambio, dejó clara su postura con respecto a Mai.

—Mi señora, debéis entender que, si bien todas las criaturas son creadas por el Señor, vuestra pequeña muestra la señal inequívoca de una aberración —sentenció el obispo William Mudy—. Por ello hay que amarla como Dios nos ama a todos, pero sin mostrar la debilidad del alma que vos o vuestro esposo habéis dejado como herencia al bebé. Por el bien de todos, debéis mantenerla oculta.

Iona, afectada, partió hacia la fortaleza de Aberscross con el ánimo por los suelos. Allí se derrumbó antes de poder relatar lo sucedido. Una vez el laird comprendió lo que Mudy pretendía, se puso hecho un basilisco. Terminó siendo él quien dictó la forma de criar a sus hijos.

—¡Nadie va a decirme a mí qué herencia reciben mis vástagos! —El bramido de su padre aún resonaba en la mente de Beatagh—. Nadie podrá mentar palabra alguna contra Mai Murray, hija de Angus Murray de Aberscross. Quien así lo hiciera deberá enfrentarse con mi espada. ¡Iona, deja ya los lamentos! Esta niña es una bendición para todos nosotros.

A pesar de que el jefe del clan lo afirmara con total contundencia, muchos habitantes no pensaban igual. Por un lado, existían los que temían a Mai por provenir de otro mundo, y creían que la venganza de las hadas iba a recaer sobre la familia. Por otro, estaban aquellos que veían la mano del demonio en la creación de un ser tan peculiar. Tanto unos como otros se dieron cuenta de que con el paso de los años la pequeña no había traído desgracia alguna. El tiempo les ofreció la oportunidad de acostumbrarse a ver a Mai corretear por la fortaleza y estar presente en las cenas del clan.

Si bien Iona aceptó con gratitud el apoyo de la familia, no tardó en delimitar el ámbito social de la pequeña. Por más que no escondieran que Mai era especial, la castellana no veía con buenos ojos la exposición de su hija frente a los Sutherland. Por ello, solía mantenerla alejada de la vida social del clan protector. Tras la muerte de su esposo, Iona tuvo que presenciar cómo sus hijos continuaban con el legado que había dejado su padre con respecto a Mai. En general, se sintió orgullosa de ellos, aunque le

inquietaba la manera de integrarla en la comunidad. En especial Beatagh, quien se había lanzado a pelear con quien hiciera un comentario malintencionado sobre ella.

Mai había terminado de trenzarse la cabellera cuando sus ojos se alzaron. A través de la ventana observó la figura de dos jinetes. Se puso en pie con un brinco y comenzó a dar palmaditas.

—¡Allí está, ahí vienen! —gritaba.

—¡Ay! Algún día me harás desfallecer, Mai, con estos brotes de alegría.

Beatagh se llevó una mano al pecho mientras trataba de que sus palpitaciones volvieran a la normalidad. La reacción de Mai la había sobresaltado. Al comprobar que su hermana estaba en lo cierto, se preparó para presentarse en el salón. Mai había salido en tromba de los aposentos. Antes de que Beatagh llegara a la puerta, esta volvía a entrar.

—Ay, no, no, no puedo presentarme primero —le dijo mientras se colocaba a su espalda y empujaba sus caderas—. Yo te acompañaré. ¿Verdad, Beatagh? Yo me quedaré a tu lado guardando las formas. ¡Alexander acompaña a John! ¿Los has visto?

—Ah, de ahí tanto apremio —comentó Beatagh, risueña—. ¿Te gusta Alexander Sutherland?

—¡Amo a Alexander! —corrigió, extasiada.

Beatagh tomó de los hombros a Mai. La pequeña poseía un pelo rubio y fino que combinaba con ojos azules.

—¿Así que te has fijado en el primogénito? —bromeó Beatagh—. Muy astuta, Mai.

—¡Sííí! Ojalá pudiera ser su castellana.

—¿Castellana de los Sutherland? Mi querida Mai, esas gentes no te merecen. Debes aspirar a más.

—¿Como a qué? —La risilla de Mai surgió, pues sabía que jugaba con su hermana.

—Como a estar en la corte, por poner un supuesto —argumentó Beatagh.

—¡En la corte del rey Jacobo! —Abrió los ojos, encantada con ese sueño. Al bajar los escalones una idea apareció en la mente de la pequeña—. No estoy segura de que en Edimburgo haya caballeros como Alexander. Es el más bondadoso de todos los Sutherland. Suele tener palabras bonitas para mí.

—Lo sé, Mai. Es muy complicado contraer matrimonio con un hombre

que nos permita ser como somos, sin desear doblegarnos.

La respuesta surgió como reflexión. Su hermana detectó el ánimo decaído que escondían esas palabras y a su manera le hizo ver que se equivocaba.

—No hay complicación alguna. Tenemos la gran fortuna de conocer a Alexander. ¡Y también está Neil! Es el caballero más gallardo —le recordó con énfasis.

—Cierto, nuestro hermano es un gran laird. —Beatagh sonrió.

—Y también John —le dijo con tono admonitorio—. No puedes olvidarte de tu futuro esposo.

—Qué bien que me lo has recordado, Mai.

La jovencita terminó de bajar la escalera de piedra dando saltitos en cada escalón mientras tarareaba una canción infantil. Se unieron a Neil y a su madre, quienes conversaban frente al fuego. Una vez fueron informados de la llegada de los visitantes, se prepararon para darles la bienvenida. El apuesto laird Murray se adelantó para saludar a los Sutherland. Neil, con apenas veinte años, contaba con una gran estatura, espalda ancha, cabello oscuro y barba rojiza. Sus ojos azules eran los que podían helar a quien lo contradijera.

Al situarse frente a Alexander este perdía cualquier atisbo de arrolladora presencia. El primogénito del clan Sutherland era un joven escuálido, de tez pálida y sin rasgos destacables. No parecía un guerrero; tampoco se le veía con madera de líder. En cambio, poseía un carácter afable que solía gustar a todo aquel que lo conocía. A su lado, John concentraba el orgullo familiar. El adiestramiento que recibía había logrado que ensanchara sus espaldas. Como hijo segundón caía sobre sus hombros menos responsabilidad, por lo que se permitía observar la vida con cierta diversión. Le gustaba la osadía, pero tenía cierta tendencia a evitar las responsabilidades. Un carácter inclinado al capricho solía firmar sus actos.

Este rasgo había sido crucial para fijarse en Beatagh. Desde muy pequeños, habían rivalizado en los adiestramientos. Solía mofarse de la Murray cuando se adelantaba con la espada en la mano. Le resultaba toda una excentricidad, aunque, a su vez, no dejaba de pasarlo bien con ella. Cuando las curvas femeninas de Beatagh dieron forma a su cuerpo, John comenzó a desearla de una manera más profunda. Adoraba ver cómo levantaba la barbilla de manera orgullosa, también su andar seguro y su fortaleza de espíritu. Su conquista era todo un reto para él. A pesar de

pertenecer a un clan vasallo, la joven no parecía mostrar la menor humildad ante ellos. Eso le gustaba de ella; estaba convencido de que iba a ser la esposa ideal para él. A pesar de haber logrado su objetivo, no le pasaba inadvertido que la conformidad de la Murray no provenía de su atractivo, sino del acuerdo que iba a acercar ambos clanes.

—Dama Beatagh —dijo mientras hacia una reverencia frente a ella en el momento del saludo—. He cabalgado hasta Aberscross con la idea de pasar unos momentos con vos.

—Vuestro padre debe de estar orgulloso. Las lecciones del maestro al que hicieron venir de Francia parece que dan sus frutos —respondió Beatagh con mofa.

—¿Os placen mis avances? —se carcajeó John.

—Cómo no hacerlo —aseveró Beatagh.

Sus palabras contradecían la expresión de su rostro. Sus ojos azules se abrieron para mostrar el horror que le suponía una actitud tan remilgada. Enseguida apareció una sonrisa divertida.

—Permitidme ofreceros un caldo para entrar en calor —se adelantó Iona sin dejar de enviar un mensaje con su mirada a su hija mayor.

Trataba de mostrarle cómo debía conducirse. Por su parte, Beatagh la ignoró como siempre hacía. Conversaron mientras daban buena cuenta de las viandas servidas.

—Os estamos agradecidos, dama Iona —respondió Alexander.

—Y en cuanto comiencen las conversaciones que nos han traído aquí, espero que Beatagh me rescate de tal aburrimiento —intervino John.

—Sea. Me gustará saber vuestra opinión sobre el nuevo semental que hemos adquirido —respondió Beatagh.

—Yo también quiero ir. ¿Puedo acompañaros? —preguntó Mai.

—En otro momento, pequeña. —John hizo su comentario sin apenas posar su mirada sobre la niña.

Iona trató de zanjar el asunto:

—Mai, yo necesito ayuda con el telar; será mejor que te quedes conmigo y que tu hermana se encargue de agasajar a nuestros invitados.

—Para mí será un honor contar con vuestra presencia —intercedió Alexander—. Espero que a vuestro hermano no le importune mi petición.

Mai comenzó a moverse inquieta mientras esperaba la respuesta de Neil. Este fingió estar sopesando lo que diría solo para ver cómo la pequeña se

impacientaba.

—¡Neil, por favor! —terminó por rogar.

Apenas podía mantenerse quieta por más que su madre la aleccionara al respecto. Cuando observó cómo su hermano sonreía antes de dar su consentimiento, gritó de contento.

—Está bien, pero debes demostrar que sabes conducirte como una dama —le advirtió Neil.

—Qué suerte la tuya, Mai; a mí como mujer nunca me han permitido estar presente —le dijo Beatagh.

—Algo comprensible, hermana; yo sé prestar atención y guardar mi opinión —replicó Mai, muy ufana, metida en su papel de señora del castillo.

—¡Mai! —Beatagh rio ante su comentario junto con los demás—. Me dejas en muy mal lugar.

No tardaron en escucharse varios recordatorios de las veces que no había controlado su impulsividad. Después de comentar varias hazañas, Beatagh decidió que era momento de retirarse. No estaba dispuesta a aceptar que no era diestra en la diplomacia. Iona se levantó, al igual que lo hizo Beatagh. En cuanto cruzó el umbral del gran salón, la pelirroja hizo un guiño a Mai. Ella sonrió al mismo tiempo que intercambiaba miradas entre ella y Alexander.

Tuvo que reconocer que era un caballero y que la amabilidad que mostraba hacia Mai era un rasgo poco común.

4

Beatagh se cubrió con una capa de piel para salir al exterior. John la seguía de cerca. Una vez en las caballerizas, se volvió hacia él.

—Estos de aquí son los que usamos para las carretas. Al fondo están nuestros tesoros —explicó ella.

—Veamos si lo son.

Beatagh elevó una ceja como única respuesta.

—Aquí está Boreal —presentó al jamelgo con gran solemnidad.

El caballo comenzó a dar coces contra el portón que lo tenía encerrado. Lo tapaba una manta como abrigo que se deslizó por su fuerza.

—¿Te alegras de verme? —se carcajeó ella.

—Yo no diría tal cosa: más bien parece desear alejarse de vos —comentó John.

Beatagh rio por la chanza, pues llevaban años midiéndose mutuamente. Su relación con el Sutherland tenía una base amistosa. Ella lo consideraba un buen amigo antes de comprometerse.

—¿Queréis montarlo? —lo animó.

—No parece domado. —El recelo de John se hizo patente.

—Ah, comprendo, no os atrevéis. Entonces, como es costumbre, será un Murray quien os allane el camino.

—*Sans peur*. —Agravó su voz para dar énfasis a sus palabras. John había citado el lema de su clan mientras entrecerraba sus ojos oscuros para aceptar el reto que le proponía Beatagh. Una vez estuvo la montura lista, salió con Boreal. Tuvo serios problemas para mantener la dignidad a lomos de aquel endemoniado caballo. La joven Murray lanzaba carcajadas al contemplar los esfuerzos de su invitado. Uno de los mozos de las caballerizas se apoyó en el portón para observar la escena.

—Mi señora, debéis andar con cuidado. Ese hombre puede partirse el pescuezo en cualquier momento —le advirtió—. No quisiera yo que os quedarais sin esposo.

—Por un esposo no lloraría, pero sí temería la reacción de su familia

cuando supieran que lo había instado a montar a Boreal —se mofó Beatagh, cruzando los brazos, sin dejar de seguir con la mirada a John.

—Tened piedad, dama Beatagh; no creo que las opciones de matrimonio que os quedan sean mejores que esta.

El mozo enseñó sus dientes ennegrecidos sin soltar el trozo de paja que mantenía entre ellos. Beatagh le sonrió tras asentir. Hinchó sus pulmones para silbar. El caballo frenó su avance al girar con brusquedad para responder a la llamada de su cuidadora. El animal solo confiaba en ella. A las pocas semanas de conocerse, Boreal empatizó con la energía que desprendía Beatagh. Poseían la misma fogosidad, además de la misma obligación de mantener su naturaleza salvaje bajo control. El vínculo que habían creado era sólido, y así lo comprobó John.

—¿Habéis embrujado a esta bestia? —espetó John con cierto enfado—. No puedo creer que se haya convertido en un cordero cuando había mostrado indicios de estar endemoniado.

—Vosotros los hombres cubrís de brujería cualquier debilidad —se mofó la pelirroja—. A nadie relataré que no fuisteis capaz de haceros respetar.

La risa de Beatagh fue secundada por la de John. Ahí estaban de nuevo. Rivalizando, dejando claras sus posturas y la inexistente servidumbre que existía por parte de ella.

—¿Quién os ha vendido a vuestra alma gemela? —se interesó John.

—Un Ross. Lo quería como caballo de tiro, pero está claro que Boreal no ha nacido para las carretas. —Su comentario fue dirigido al animal mientras le acariciaba el morro—. No sabía qué hacer con él y me lo quedé yo. Proviene de un lugar llamado Frisia.

—¿Un Ross? —preguntó, asqueado—. No deberíais tratar con esas gentes. Ahora mismo mi hermano está poniendo al corriente a Neil sobre el señor de las Islas.

—¿Qué nueva osadía ha cometido? —preguntó Beatagh, interesada, sin dejar de acariciar al oscuro animal.

—Mi padre ha convocado a varios clanes aliados para tratar el asunto con el rey —explicó.

—¿Se espera a Jacobo por estas tierras? —indagó Beatagh, mostrando sorpresa.

—Ajá —asentó John, maravillado con la docilidad que mostraba el caballo ante ella.

—Debe de tratarse de un asunto bastante grave para eso —reflexionó Beatagh en voz alta.

—La visita de Su Majestad se debe a las negociaciones con el reino de Dinamarca. El rey desea recuperar las Islas Orcadas para Escocia. Tomará un barco desde nuestro puerto.

Los ojos rasgados de Beatagh se entrecerraron. Una media sonrisa asomó a sus labios cuando midió a John con la mirada.

—¿Vais a contarme lo que está ocurriendo o esperáis que ignore que algo importante sucederá con nuestros clanes? En muy raras ocasiones los Sutherland han pedido ayuda a los clanes aliados.

John se acercó a la joven, no sin antes mirar a su alrededor para saber si se encontraban a solas. Beatagh elevó su mentón cuando estuvo a pocos centímetros de ella. La intensidad con la que posó sus ojos sobre ella era el aviso de un movimiento aún más íntimo.

—Soy incapaz de ocultaros nada, mi bella dama. Con el aliciente concreto podréis hacer de mí lo que queráis.

La Murray comenzó a sentir cierta desazón ante el avance de John. No estaba preparada para otro encuentro. Se habían besado en más de una ocasión, pero siempre de forma fugaz, con muy escasa pasión por parte de ella. No tenía nada en contra de John, pero no había nada que le atrajese de él. Solía tomar su boca con brusquedad, lastimando su piel, sin detectar la repulsa que aquel gesto le provocaba. En su fuero interno deseó darle un empujón para alejarlo. En cambio, se mantuvo estática, pues era consciente de que en menos de un año debía entregarse a él por completo.

En el instante en el que el Sutherland tomó su barbilla para poseer su boca, Boreal giró la cabeza para morder al intruso que alteraba a su señora. John se sobresaltó y su instinto lo llevó a alzar el brazo para golpear al animal. Beatagh se lo impidió antes de que las coces del caballo se alzaran hacia él.

—¡Tenéis un demonio por montura! —espetó, furioso.

—Lleva poco tiempo con nosotros. Lograré domar su mal genio. —Beatagh se sintió satisfecha por haber logrado alejar a su prometido. Aprovechó el momento para insistir—: John, dejaos de juegos, contadme qué va a pasar. ¿Habrá guerra con los McDonald de Islay?

El invitado sacudió su capa sobre la zona de la mordida equina. Miraba furibundo a Boreal. Dio la respuesta a la cola del animal, que Beatagh

llevaba al interior de las caballerizas.

—John McDonald parece haber sellado una alianza secreta con Enrique de Inglaterra. Los ingleses quieren conquistar las Highlands, y él ha ofrecido su ayuda. Mi padre no ha perdido el tiempo, e informó a nuestro rey en cuanto llegó a sus oídos tal traición.

—Debemos mantenernos alerta. Todas las cocas que salgan al mar deben informar de posibles embarcaciones McDonald. Además...

—¿«Debemos», *dama* Beatagh? —se mofó John, remarcando su condición—. No debéis meteros en argucias y diplomacias. ¡Y no me fustiguéis con la mirada! Es divertido ver cómo aprendéis a manejar las armas. También es agradable vuestra presencia en las cacerías, pero no debéis tomaros más confianzas que esas. Sois una mujer fuera de lo común, por eso deseo tomaros como esposa. Como marido os respetaré, pero no podré justificar intromisiones. Recordad: como clan sept, debéis servir. Las decisiones las tomamos los Sutherland.

—Quedaos tranquilo; nunca olvido quién soy y lo que vos representáis. —Beatagh expresó su desdén con cada gesto, postura y tensión de su cuerpo.

Cerró el portón de la cuadra de Boreal con fuerza y, sin mirar atrás, se dirigió al exterior.

—¡Oh, Beatagh! —se quejó John—. Mi intención no era ofenderos. Solo trato de recordaros que no os incumbe este tipo de dilemas. ¡Ni a mí tampoco!

Beatagh se volvió para mostrar su desprecio.

—¿No lo entendéis? Henos aquí, a vos y a mí —se explicó John—. Son ellos quienes llevan estos asuntos. Nosotros somos meros vasallos. Mi padre, mi hermano y el vuestro son quienes deciden. Reconozco en vos el carácter guerrero que les falta a muchos hombres. Sois una mujer brava, pero yo soy el segundo en la línea de sucesión. También recibo órdenes, y tampoco consultan nada conmigo.

—Si es así, es porque no os habéis puesto en valor —contestó Beatagh—. Hacedos respetar, mostrad entereza y capacidad para guiar a vuestro clan. Yo así lo hago, por más que los necios insistan en decirme qué lugar me corresponde.

El resto del camino lo hicieron en silencio. John quería estrangular a aquella pelirroja petulante a la que deseaba poseer. A pesar de la dureza de sus palabras siempre había considerado a Beatagh inteligente. Iban a tener

un matrimonio plagado de peleas que esperaba resolver en la cama. Esa idea siempre apaciguaba su enfado ante las temeridades de la joven. Jamás iba a reconocerlo, pero en ella también veía a una gran consejera.

John Sutherland preveía un futuro prometedor junto a una mujer que iba a ser la envidia de todos, que podía llenar sus noches de fuego y sus días de divertida competición.

OceanofPDF.com

5

Archie llevaba varias millas siguiendo las huellas de un ciervo. Sus botas de piel se hundían en la arena del estuario de Loch Fleet. En un momento dado, el animal se introdujo en la espesura del bosque. El guerrero se ajustó el *plaid* sobre los hombros y abrió y cerró las manos entumecidas por el frío cuando se dispuso a sujetar con fuerza la ballesta que cargaba.

Llevaba varios días de viaje desde que se habían dirigido al norte acompañados por los Mackenzie. Habían aguantado las inclemencias del clima otoñal a lo largo del trayecto. Antes del anochecer se habían detenido en el castillo Skibo, propiedad del obispo de Caithness. Este, al saber que Aila se encontraba entre las tropas, dejó clara su postura.

—Sois bienvenidos, hermanos McLeod y hermanos Mackenzie, pero debéis comprender que la presencia de esta hechicera es un insulto a mi persona. Sé bien que tiene grandes protectores, pero son demasiadas las historias que he escuchado sobre ella. Mi conciencia y la paz de mi alma no me permiten darle cobijo.

Los guerreros que los acompañaban escucharon sus palabras en silencio mientras recibían una fina llovizna. En sus rostros se podía observar el cansancio, pero también sus ceños fruncidos. Como respuesta a sus palabras más de un soldado escupió al embarrado suelo.

—Sabed, pues, obispo Mudy, que el desaire a mi castellana se extiende a los Mackenzie —se adelantó Daimh, con la mandíbula tensa y mirada fiera.

Aila escondió su resentimiento con el fin de proveer de un refugio a sus hombres.

—Amigos, no debéis rechazar el cobijo que ofrece el obispo. —La mujer alzó su voz sobre la del resto. Soportó la mirada lacerada de su esposo—. Adentraos en Skibo, tomad las viandas y entrad en calor. Mañana llegaremos a nuestro destino, donde seré bien recibida.

Los Mackenzie quedaron expectantes. El laird aún no había hablado. Daimh observaba a su esposa: cubierta por una gruesa capa de piel, se mostraba orgullosa. Llevaba consigo la condena de la Iglesia desde que

nació, por lo que apenas le importaba la opinión del obispo que tenía delante. Comprendió que ella velaba por la comodidad de los Mackenzie. Y él también iba a hacerlo. Ordenó que se acomodaran en Skibo mientras él y su esposa buscaban refugio en la naturaleza.

Minutos más tarde de haber regresado a campo abierto, el matrimonio se volvió sobre sus monturas al escuchar ruidos a sus espaldas. Sus guerreros habían rehusado la hospitalidad, y muchos comenzaban a levantar el campamento alrededor de la fortaleza. Los lugareños se acercaron para ayudar y aconsejar dónde ubicar las tiendas. Trajeron fuego consigo, pero apenas pudieron ofrecer alimentos. Archie e Irvyng se organizaron para salir a cazar. El rubio gigante se dirigió hacia el interior del bosque, mientras que Archie siguió la línea del estuario.

Quedaban pocas horas para que la noche cayera sobre ellos. Archie dejó su caballo en la linde del bosque cuando decidió adentrarse en la espesura a pie. Entre el follaje creyó atisbar la cornamenta del animal. Midió sus pasos, acompasó sus movimientos y fue acercándose al ciervo. El macho levantaba la cabeza cada pocos pasos, pendiente de los sonidos que captaba. Sin sentirse en peligro, continuó con su paseo.

La bestia de pelaje rojizo se detuvo en el claro entre los árboles de caledonia. Archie se tumbó con cuidado sobre el lecho de hojas para buscar estabilidad. Alzó la ballesta sin perder de vista a su presa. Tomó aire con suma tranquilidad, cerró un ojo y apretó el gatillo, que disparó la flecha. El ciervo se desplomó en el acto. Contento de poder ofrecer un buen festín a sus compañeros, se levantó con presteza.

Saltó varios arbustos y esquivó troncos caídos con celeridad. Centrado en ir en busca del botín, pasó por alto el movimiento que hubo al otro lado del claro. Apoyó una rodilla en el suelo y posó una mano en la cabeza de la bestia moribunda. Cerró los ojos antes de recitar la oración que liberaba el alma del animal y agradecía la ofrenda a la Madre Naturaleza. Al comprobar que la vida había abandonado al ciervo rojo, sintió una presencia a su espalda.

—Me pertenece, lo he matado yo.

La mujer de melena rojiza sostenía un arco con su mano derecha. El rostro feérico expresaba contrariedad. Su actitud altanera sorprendió al McLeod. Este, como respuesta, emitió un gruñido de mofa. Beatagh rodeó al hombre, colocó su arco en el carcaj que colgaba a su espalda y comenzó a dar la

vuelta al cuerpo. Con una mano tomó una cornamenta y con la otra la pata. Archie se cruzó de brazos, observando la destreza de la joven.

—¿Veis? Mi flecha está del otro lado —señaló Beatagh.

Los ojos azules se abrieron para mostrar suficiencia. Archie chascó la lengua.

—Pues bien, damisela, os felicito. Habéis acertado, ha sido un buen tiro.

—Con un ademán le indicó que se alejara antes de desenrollar la cuerda que tenía colgada de su cintura—. Ahora apartad, pues tengo hombres que alimentar.

—¡Ah, no! —se carcajeó ella sin verle la gracia—. Yo también tengo familias a mi cargo. Me llevo mi presa.

Los ojos ambarinos de Archie la recorrieron de arriba abajo. Se rascó unos segundos la barbilla mientras Beatagh soportaba su escrutinio sin amedrentarse. El guerrero valoró la piel de zorro que cubría sus hombros, la calidad de la lana que formaba su capa y los adornos del vestido azul que atisbaba bajo el abrigo.

—Aunque eso fuera cierto —comentó Archie—, ¿vais a cargar con él hasta donde sea que vivís?

Ella taladró al McLeod con la mirada. Con una mueca que pretendía ser sonrisa, silbó sin quitarle la mirada de encima. El guerrero tuvo que alzar la vista sobre el hombro de ella para comprobar cómo un caballo negro de patas peludas se acercaba. Cuando Archie arqueó las cejas, ella asintió, triunfal.

—No dejo nada al azar —aseveró.

—Pues no contasteis conmigo, mi señora. —Archie comenzaba a exasperarse con la tozudez de la muchacha—. No voy a daros mi cena. Además, acabad con este juego absurdo. No la necesitáis.

—¿No necesito al ciervo más que vos? —Ella se envaró; no estaba dispuesta a cederle la presa.

—Miraos. —Archie dijo estas palabras mientras ataba la cuerda alrededor de las astas del animal—. Solo hay que echaros un vistazo para darse cuenta de que sois una muchacha consentida. Os habéis encaprichado del ciervo por el simple hecho de disputármelo. El único que puede saber quién acertó primero es este bicho, y no parece que pueda resolvernos la duda. Así pues, dejadme en paz. Tengo una bestia que cargar.

La Murray apretó el mentón sin saber cómo responder. Nunca había visto

a aquel hombre por la zona. Su tartán estaba sucio y sus botas demasiado embarradas, y sus ojos ambarinos mostraban cansancio. Adivinó que llevaba varios días de viaje, por lo que supuso que pertenecía a los escuadrones que estaban esperando desde hacía semanas.

—¿Eso pensáis de mí? —preguntó con la voz tensa y animadversión en la mirada—. En algo tenéis razón: ¡apestáis! Vuestro aspecto es lamentable, y se os ve hambriento. Tal es la desesperación que os embarga que no tenéis el menor reparo en tomar algo que no os pertenece.

Archie escuchó la retahíla de la joven mientras se colocaba el ciervo sobre los hombros con un solo movimiento. Con la cabeza gacha por el peso, clavó sus ojos en ella. Beatagh decidió ceder.

—Podéis quedaros con mi presa —decretó Beatagh con desdén cuando se giró hacia Boreal.

—Cuánta nobleza nos separa —bufó el guerrero.

Las palabras de Archie llegaron hasta ella en el instante que se aupó sobre el caballo. Ella no se dignó a responder, pero sí mantuvo su felina mirada sobre el forastero antes de que el movimiento del equino la hiciera volverse. Espoleó a Boreal con la firme intención de alejarse de aquel molesto guerrero.

6

Días más tarde, Beatagh acompañó a su hermano, Neil, cuando fueron llamados a la fortaleza de Dunrobin, morada de los Sutherland. El castillo rebosaba vida: soldados de distintos clanes lucían sus tartanes por doquier. Había competiciones improvisadas, tiendas de campañas desperdigadas por el páramo, hogueras, gran cantidad de caballos siendo atendidos y los mozos del servicio yendo de un lado a otro para cubrir las necesidades de los recién llegados. Los hermanos Murray sortearon a la muchedumbre hasta llegar a la entrada.

La noche estaba a punto de caer sobre ellos cuando se adentraron en la fortaleza. Una vez en el interior, se separaron. Neil fue a mostrar sus respetos al laird Sutherland mientras que Beatagh se introdujo en el corredor que llevaba a las escaleras que llegaban a la planta superior. Hacía semanas que no veía a sus buenas amigas. Jean y Murial eran las hijas menores de la familia Sutherland. Beatagh era de la misma edad que la hermana mayor, Jean. De rostro ovalado y pelo oscuro, era una muchacha dócil que temía y amaba a Beatagh a partes iguales. La Murray solía zarandear su espíritu para que viviera más aventuras de las que las matriarcas permitían.

—Mis queridas y santas Sutherland, abrid —ordenó Beatagh mientras golpeaba la puerta.

Se escucharon ruidos de pasos en el interior del aposento antes de que abrieran. Fue Murial quien se asomó primero. La benjamina seguía a las muchachas allá adonde fueran; era la mejor cómplice con la que podían contar. Beatagh entró como un rayo en la estancia. Jean la esperaba con una sonrisa impaciente sin separarse de la ventana.

—Creo que no faltará mucho para que empiece la reunión —la informó.

La pelirroja se deshizo de la gruesa capa y la colgó del respaldo de una silla labrada ubicada cerca de la chimenea. Se apoyó con una mano en el asiento mientras recordaba los pasos que debían seguirse.

—Creo que el laird de los Mackenzie está a punto de entrar. He visto

cómo han mandado llamarlo —añadió Jean.

—Bien, mi hermano ya se encuentra con vuestro padre. No debemos demorarnos más —indicó Beatagh. En cuanto detectó su falta de atención, la llamó—: ¡Jean!

La Murray la llamó al ver que continuaba mirando a través de la ventana. La joven sonrió sin que le importara el apremio de su amiga.

—Es muy apuesto —contestó como justificación a su tardanza—. Y dicen que su esposa es una hechicera.

La pelirroja no pudo resistirse a echar un vistazo desde las alturas.

—Es bien parecido, sí —aceptó de mala gana, sin mirar mucho más allá del hombre cuyo tartán identificó como el de los Mackenzie—. Si es el último en entrar, quiere decir que nuestro momento se acerca.

—Sabed que tenéis más interés vos que nosotras en todo este asunto —le recordó la mayor de las Sutherland.

—¿Os mofáis? —Beatagh se giró, divertida, tras tomar de los hombros a Murial—. Gracias a mi curiosidad, os enterasteis de vuestro compromiso con James Dunbar. Y tampoco recuerdo que os resistierais mucho cuando supimos que la reunión de hoy se produciría.

—¡Se nos hace tarde! —urgió Murial.

No necesitaron discutir nada más. La niña se adelantó como habían acordado. Beatagh y Jean avanzaban con la mayor dignidad y parsimonia de las que eran capaces. En cuanto escucharon el silbido de Murial, descendieron por la escalera circular. Se hallaban muy cerca de su objetivo. Debían traspasar el pórtico de la entrada a la fortaleza hasta llegar a unos peldaños que conducían a una pequeña estancia. A unos metros de allí se encontraba el arco que llevaba al gran salón. Como era de esperar, la pesada puerta había sido cerrada y los centinelas que debían mantener el encuentro sin intromisiones estaban situados al otro lado.

Las jóvenes, pendientes de cualquier sonido que pudiera indicar que alguien se acercaba, se aproximaron a la sala contigua. Jean fue la primera en subir los escalones que las separaban de su destino. La pequeña puerta cedió ante su empuje. Era una sala minúscula donde solían guardar armaduras y demás enseres proclives a ser utilizados cuando se salía al exterior. Con mucho sigilo, Beatagh se adentró antes de ayudar a Jean a buscar las banquetas que previamente habían escondido. Cada una ubicó la suya junto a la fría piedra. Se sentaron en paralelo con impaciencia y

giraron el torso para ver a través de los agujeros. Habían descubierto dos.

Cuando eran pequeñas, habían escuchado hablar a la abuela de los lugares estratégicos de la fortaleza. La matriarca Sutherland gustaba de beber whisky cerca del ocaso. En los momentos donde el licor nublabla su buen juicio, solía emitir una risilla cuando se disponía a confesar algún escándalo familiar. Una de aquellas tardes, la pequeña Beatagh acompañaba a la anciana y a su nieta.

—Las Sutherland hemos sido mujeres astutas. Algunos de mis antepasados necesitaron de nuestros consejos. Por ello, se abrieron varios lugares para escuchar sin ser vistas. —La mujer sentada golpeó el suelo con el bastón. La estancia se llenó con sus carcajadas—. Mirad, pequeñas, moved esa gruesa alfombra.

Las niñas obedecieron de inmediato. Asombradas, encontraron una tapa de madera que enseguida levantaron. En su lugar se abría un hueco. Observaron maravilladas un pequeño túnel con la acústica perfecta para que las damas no perdieran detalle de las conversaciones que se desarrollaban en el gran salón. Pero aquella trampilla era exclusiva de Isobel, la abuela. Ellas tuvieron que conformarse con los agujeros que habían sido abiertos en la pared. Estos estaban camuflados con gran discreción bajo el gran tapiz que decoraba el muro sur del lugar de reuniones. Sabían que la abuela iba a estar en la planta superior atenta a las palabras que se decían, pero la señora jamás permitió que ellas la acompañaran.

Beatagh comprobó que se distribuía el espacio como en otras ocasiones. Frente a ella, al otro lado, la gran chimenea caldeaba el ambiente. A su derecha, el laird de los Sutherland se sentaba en una gran silla labrada. El resto de los presentes se mantenían en pie. El aire majestuoso lo cerraban los hijos del anfitrión. Estos flanqueaban al jefe del clan enfermo. A su derecha, Alexander, el primogénito, seguido de John. Al otro, Robert, Nicholas y Thomas, los más pequeños de los varones.

La pelirroja tuvo que ladear la cabeza y apretar la nariz para lograr ver la zona izquierda donde se hallaban los invitados. Encontró a su hermano en la primera fila, acompañado por el resto. Reconoció el tartán del Mackenzie, quien escuchaba con fiera atención lo que Sutherland decía. Beatagh exhaló una exclamación cuando reconoció a Archie. El hombre que le había robado el ciervo. Comprobó que se había aseado para la ocasión. Y su *kilt* lucía los colores de los McLeod.

—¿¿Cómo es posible?! —se le escapó a la pelirroja.

—¿Qué ocurre? —susurró Jean al percibir su inquietud.

—¿Os acordáis de lo que me ocurrió en el bosque? —Ante la afirmación que hizo Jean con la cabeza, continuó—: El andrajoso está ahí dentro.

—¿Quién es? —Tras seguir las instrucciones de la Murray, Jean comentó en voz baja—: ¡Oh, es un buen mozo! Su mirada es penetrante.

—No puedo creer que sea el laird McLeod —comentó Beatagh, estupefacta.

—¡Oh! No, es su emisario. Oí cómo hablaban de él. —Jean volvió a pegar su rostro a la pared para continuar con su escrutinio—. Es un hombre de gran altura. Posee fuertes brazos. ¿Su pelo es rojizo?

—No, es castaño —respondió, seca—. Al menos, cuando lo tuve frente a mí me pareció que así era. Hacía juego con sus ojos.

—¿Os fijasteis bien? —Jean controló su ironía, pues le divertía el tono hosco que usaba Beatagh al hablar del guerrero.

—Color miel —informó Beatagh con su frente apoyada en la piedra—. Creedme si os digo que su cabello estaba alborotado, no como ahora, recogido en la nuca. Se le veía sucio, y no llevaba esa camisa de lino tan pulcra. El muy rufián...

—¿Lo acompañaba aquel gigante de pelo rubio? —indagó Jean—. No quisiera tenerlo cerca. Resulta el más fiero de todos. ¿Lográis entender qué dicen?

—... para ser un simple vasallo, sus aires eran exasperantes... —continuó diciendo Beatagh.

—Ajá. —Jean supo que continuaba anclada en el McLeod.

—Decirme las barbaridades que me dijo debe salirle caro... —amenazó la Murray.

Jean calló para sí que la posición que ocupaban en la comunidad era parecida. Ella, una dama que pertenecía a un clan que había entrado en manrent. Y él, un guerrero que, según se podía observar, escuchaba y hablaba por su laird. Después de varios minutos siendo víctima de las murmuraciones de Beatagh, suspiró con la intención de cortar la sulfurada diatriba de su compañera de habitáculo.

—Vuestro interés en ese mozo me resulta insólito —se lanzó a hacerle ver—. Apenas habéis prestado atención a las palabras de padre.

—¿Yo? ¿Decís que...? —balbució la pelirroja, sorprendida. Decidió no

indagar en su inexplicable inquina hacia el McLeod para responder con resolución—: De ninguna de las maneras.

—Bien, me tranquiliza saberlo, por si no os llegó la voz con claridad. —Jean decidió usar el eufemismo para no levantar ampollas en su amiga—. Me temo que están esperando la llegada de los indeseables McDonald.

—¿Los traidores? —Beatagh preguntó con extrañeza.

—Sí, esperan que se encuentren con el rey y le rindan pleitesía —informó su amiga.

—Se acercan tiempos interesantes, mi querida Jean. —La joven giró el rostro con exultante expresión—. ¿Recibirán represalias por parte del monarca? ¿Habrá un levantamiento dirigido por John McDonald, conde de Ross?

—Me inclino más por la vigilancia estrecha hasta que haya pruebas irrefutables —vaticinó la Sutherland.

—¡Oh, Jean, siempre tan aguafiestas! —se quejó Beatagh.

—Y vos, tan propensa a los conflictos —replicó la aludida.

Ambas se carcajearon mientras continuaban inspeccionando el gran salón a través de las mirillas secretas.

7

Días más tarde, Aila y Archie recorrían el serpenteante camino que llevaba hasta la arenosa playa ubicada frente a la fortaleza. Desde lo alto del sendero se podían vislumbrar las tiendas de campaña de los McDonald. El lugar no fue elegido al azar. Los clanes amigos ocupaban el lado oeste, refugiados de las gélidas corrientes de aire marinas gracias al abrigo de la propia edificación. La hechicera, que siempre mantenía una posición imparcial en todos los conflictos, se había ofrecido a atender lesiones o dolencias de los McDonald.

Tras la llegada de Alistair McLeod, Archie se vio relevado de sus funciones, por lo que pudo ofrecer cierta paz a Daimh al acompañar a su esposa en sus labores como sanadora. Irvyng también decidió velar por la seguridad de la castellana. Y con tremenda escolta, Aila se dirigió a la playa. Conversaban con la confianza que ofrecen los años de amistad hasta que Archie se mantuvo en un segundo plano. Algo en la serena llanura costera había llamado la atención del guerrero. Una melena pelirroja era vapuleada por el viento sin compasión. Su dueña apenas se inmutaba por ello al estar pendiente de la conversación con el caballero que la escoltaba. Escudriñó la imagen para comprobar que el andar soberbio y la esbelta pose pertenecían a la joven con la que se había topado en el bosque días atrás.

Pendiente de cómo sus pasos los acercaban, Archie compuso una expresión risueña. Pronto iba a saber el nombre de la insolente dama. Esta lucía un vestido de lana verde cubierto por una loba de grosor considerable que le llegaba a los pies. El cuello de piel enmarcaba su mandíbula mientras que sus mangas anchas danzaban con el vaivén de sus movimientos. Beatagh iba tomada del brazo de John Sutherland después de pasear entre el clan invitado. Juntos evaluaban las posibilidades de una guerra y las consecuencias para el clan en caso de obtener el favor del monarca.

En un momento dado, John alzó una mano para saludar a al grupo que se acercaba a ellos. La Murray ahogó una maldición al ver cómo el McLeod la recorría con la mirada. Supo que la había reconocido.

—Beatagh, os presento a *lady* Aila Mackenzie, afamada por su conexión con Elphame —comenzó con las presentaciones el Sutherland; la aludida agachó la cabeza a modo de saludo—. La acompaña Archie, el emisario de los McLeod. E Irvyng, McLeod de nacimiento, pero consejero de los Mackenzie. Ella es mi prometida, lady Beatagh Murray —concluyó con las presentaciones.

—Emisario —pronunció Beatagh con una altivez que no pasó desapercibida a Archie a pesar de su sonrisa cortés.

Aila y John llevaron una conversación paralela a la suya. Archie y Beatagh, en silencio, dejaban claras sus posiciones. El guerrero se mofaba de sus aires y ella trataba de desdeñarlo con sus gélidos ojos azules. No tardaron mucho en despedirse para continuar con sus quehaceres. En cuanto Aila hundió sus botas de piel en la arena, se giró hacia atrás para observar cómo se alejaba la pareja.

—¡No había conocido dama más bella! —Suspiró mientras se recolocaba la bandolera cargada de ungüentos y hierbas.

—Ni más altanera —añadió Archie.

—Apenas ha pronunciado palabra para pensar tal cosa de ella. —Aila frunció el entrecejo por la respuesta tan tajante de su compañero—. ¿Crees conocerla? —se mofó, risueña.

—Lo suficiente para generar tal juicio de valor —rezongó Archie.

—¡Ah! ¿Os conocíais? —Los ojos verdes chispearon de alegría.

—Fue un encuentro breve pero revelador —fue la escueta respuesta.

—Cuéntame —ordenó Aila con curiosidad.

Irvyng gruñó como aportación personal a la charla.

—Fue al aproximarnos a Dunrobin, en un bosque; quería llevarse la pieza que había cazado.

—¡Oh! Qué interesante —respondió Aila, sopesando la información—. ¿Peleasteis por un zorro, quizá?

—No, por un ciervo. —Archie comenzaba a sentirse incómodo ante el interés de Aila en ellos.

—Entonces, el zorro es ella —murmuró Aila.

La hechicera pronunció estas palabras como respuesta a sus reflexiones. Rememoraba la visión que la había llevado hasta allí.

—¿Ella qué? —preguntó Archie con extrañeza al mismo tiempo que detenía su andadura.

Irvyng también se plantó sobre la arena.

—Confiesa de una vez. ¿Qué nos ha traído a estas tierras? —preguntó Irvyng mientras se cruzaba de brazos.

Aila paseó la mirada a su alrededor. La fortaleza a espaldas de sus compañeros, la hilera de casetas extendidas por la arena y el viento azotando su cuerpo. Suspiró antes de responder.

—Vosotros me enseñasteis a guardar para mí las premoniciones. —La mujer elevó las manos para zanzar el asunto.

—No es el momento para eso, Aila. Habla —ordenó Archie—. ¿Qué es eso del zorro?

—Nada que tenga relevancia —atajó la hechicera.

—¿Hay que salvar a esa muchacha de algo o alguien? —preguntó Irvyng.

—No estoy segura. —La mujer hizo una mueca.

—¿Esa dama tiene relación con Archie? —insistió el rubio.

—No he dicho nada parecido —se defendió Aila mientras se sentía acorralada.

—Tampoco mencionaste nada sobre Clarion y Elinor —refutó el guerrero rubicundo.

—Eh, un momento —intervino Archie al comprobar que era ajeno a demasiadas cosas—. ¿Qué has visto sobre Clarion? Bueno, deja a un lado eso. ¿Qué has visto sobre mí? ¿Y qué diablos significa que la dama Beatagh sea un zorro?

—Sospecho que lo es, pero no sé bien. —La curandera arrugó la nariz mientras seguía pensando al respecto.

La confesión de Aila resultó vacía para todos menos para ella. Los hombres pestañearon, confusos, mientras veían cómo la castellana se volvía para continuar su camino.

—¡Aila! —la llamó Archie; su ceño se había fruncido ante la inseguridad que el porvenir le provocaba—. Si tengo que saber algo sobre mi futuro, te ruego que me informes sobre ello.

Aila se detuvo y ladeó la cabeza, llena de ternura. A pesar de su gran envergadura, sus hombros fuertes cargados de batallas, su musculatura desarrollada por los adiestramientos y su mentón cuadrado forjado para amedrentar al enemigo, observó a un hombre temeroso de su destino. Desanduvo lo andado para llegar hasta él con las faldas arremolinadas en torno a su figura. En cuanto estuvo a su altura, elevó una mano sin dejar de

sonreír.

—No debes temer nada, mi buen amigo. —La hechicera comenzó a mover sus gráciles dedos frente a los ojos ámbar del guerrero. Este pestañeaba a la vez que trataba de esquivar esas manos.

—¿Qué haces, Aila? —preguntó, molesto, mientras dirigía una hosca mirada a Irvyng, quien se divertía con la escena. Apenas disimulaba su risa.

—Tienes algo entre las pestañas, Archie; trato de que nada te impida ver lo que tienes delante. —Las palabras de la mujer fueron más que una explicación.

Una extraña sensación envolvió al McLeod antes de que Aila terminara con su tarea y le diera la espalda.

—Pongámonos en marcha, muchachos: los McDonald nos esperan.

Ambos hombres siguieron el andar de Aila a cierta distancia.

—Nunca entenderé la razón de prestar ayuda a semejante calaña —gruñó Irvyng, haciendo referencia a los habitantes de las islas del norte.

—La razón se basa en la necesidad de oler el ambiente que se respira con el fin de captar señales que nos ayuden a salir victoriosos de esta contienda.

El viento les acercó la explicación de Aila. Los compañeros intercambiaron miradas divertidas. Aquella extraña mujer había sido un regalo para todos, aunque la mayoría de las veces fuera incomprensible. Las ráfagas también les llevaron el murmullo que pronunció después.

—El hedor a muerte es palpable, pero aún no sé de dónde proviene.

Archie e Irvyng cruzaron miradas de alarma. En ese instante, se tomaron la incursión con Aila mucho más en serio.

8

Ante la inminente llegada del rey, los clanes mantenían al margen el frío y el aburrimiento con duros adiestramientos. Archie había entablado amistad con el laird Murray, hermano de Beatagh, por lo que aceptó de buena gana medir las fuerzas de los clanes a través de la lucha. A unos kilómetros de la fortaleza habían encontrado un valle donde desplegarse. Una veintena de guerreros se había trasladado hasta allí llevando consigo espadas y escudos. El ambiente era festivo, aunque estaba cargado de sanas disputas.

Archie estaba centrado en afilar su espada cuando captó la llegada de un nuevo participante. Un caballo negro de patas peludas se acercaba a todo galope. Beatagh se había ataviado como un guerrero más, salvo por unas calzas que cubrían sus piernas. Aquella prenda era obligatoria si no quería que su madre la encerrara en una torre de por vida. Las botas de piel forraban sus pantorrillas mientras que sus hombros cargaban con un escudo. La joven había trenzado su melena rojiza desde la frente creando una espiga por todo su cráneo. El resto de su cabellera fustigaba el viento al bailar en la espalda de la joven.

En cuanto puso un pie en tierra, Neil se acercó a ella para darle la bienvenida.

—McLeod, esta es mi hermana Beatagh. Poseemos la sangre de grandes guerreros en nuestro árbol familiar. Tal es así que en cada generación nace una mujer guerrera. —Neil se carcajeó con orgullo mientras la aludida soltaba manotazos para que cesara su presentación—. No os dejéis engañar: en alguna extraña ocasión, muy aislada, ha logrado desarmarme.

Los guerreros Murray dieron la bienvenida a la joven con cabeceos, alzamientos de cejas y guiños. Ella desenfundó la espada, que habían forjado con las proporciones y peso idóneos para su estatura. Fue uno de los últimos regalos de su padre. Paseó su mirada entre los hombres cuando estos se dispusieron a buscar contrincantes. Sus ojos se toparon con los de Archie, quien la miraba con intensidad.

Este había hecho una mueca de desprecio al reconocerla, pero algo en ella

llamaba su atención. Pensó para sí que estaba ante una mujer fuera de lo común: era buena cazadora y tenía destreza en las artes bélicas —algo de lo que presumía su hermano—. El McLeod observó cómo sus guerreros decidían ignorarla, y nadie, ni tan siquiera los Murray, se acercó para ofrecerse como compañero de lucha. La mirada ambarina de Archie ahondó en la actitud orgullosa que mostraba la pelirroja. Un ligero rubor cubría sus mejillas, y algo le dijo que no se debía al frío. Estaba soportando con estoicismo que nadie la reclamara para el entrenamiento.

Antes de que sus ojos recayeran en él. Archie atisbó cómo ella tragaba saliva en un vano intento por alejar el bochorno que sufría. Su acerada mirada se clavó en Archie con desprecio. Su orgullo le impedía permitir que alguien se apiadara de ella. Beatagh negó con la cabeza con un ligero movimiento cuando observó cómo el McLeod decidía aproximarse. Beatagh elevó la barbilla para afianzar su coraza. Archie se preguntó qué demonios estaba haciendo. Aquella mujer le provocaba urticaria solo de pensar en su soberbia, pero el interés de Aila en ella le despertaba curiosidad. Si en algún momento la hechicera le pedía socorrer a la Murray, quería descubrir si merecía la pena tal esfuerzo.

—No necesito vuestra compasión —le dijo Beatagh en cuanto estuvo cerca de ella—. Podéis olvidaros de pelear conmigo.

—A mis guerreros no los mueve la piedad —respondió Archie, jocos—. En cambio, a mí no me despertáis nada parecido.

—¿Acaso creéis que voy a aceptar vuestra limosna? —preguntó con enfado—. Por más palabras que uséis para adornarlo, sé bien por qué vuestros hombres no desean medirse conmigo.

—Iluminadme —pidió con mofa.

—Porque no me consideran una rival —aclaró Beatagh.

— Todo lo contrario: salvaguardan su orgullo ante la nefasta posibilidad de ser vencidos por vos.

—Y vos ¿no tenéis orgullo que poner a resguardo? —Ella sonrió, burlona.

—Lo tengo, pero nada le ocurrirá, pues estoy seguro de que seréis incapaz de vencerme —respondió, sardónico.

—Entonces, no me queda más remedio que demostraros lo equivocado que estáis.

Beatagh lo recorrió de la cabeza a los pies. A Archie le resultaba del todo irritante la tendencia de la muchacha a desdeñar cada cosa que veía.

—En guardia, *guerrera*. —Pronunció con desdén el calificativo—. Menos palabras y más hechos.

La joven desprendió el escudo que colgaba a su espalda antes de golpearlo contra la empuñadura de su espada. Abrió las piernas mientras comenzaba la danza bélica.

—Os juro que rebanaré vuestro pescuezo si detecto la más mínima compasión. Luchad como lo haríais con vuestros hombres.

—Mejor aún: lucharé como lo haría con mi enemigo —refutó Archie.

Ella se carcajeó, encantada con el desprecio que se profesaban mutuamente. La primera estocada la dio Archie. Ella respondió con habilidad sin dejar de percibir que el guerrero no había exagerado con su afirmación. La contundencia del golpe habló por él. Y así continuaron largo tiempo después. Ella levantaba el escudo para defenderse, giraba el tronco para mantener la posición y se deslizaba por la hierba para ofrecer una respuesta. Archie atacaba sin piedad, buscando el límite de su contrincante. Después de varios movimientos, la Murray continuaba en pie, hazaña que admiró el McLeod.

En un momento dado, ella realizó un giro con el cual su codo logró golpear el mentón del guerrero. Ella sonrió, triunfal, cuando observó la sorpresa de él. Archie se pasó el antebrazo por la mandíbula con sus ojos clavados en Beatagh.

—Terminaré creyendo que sois una zorra sagaz —masculló.

La Murray apenas comprendió lo que había dicho, pues estaba pendiente de la reacción de su adversario. Ambos jadeaban por el esfuerzo, sus cuerpos habían alejado la gélida temperatura ambiental y sus frentes comenzaban a perlarse de sudor. Archie se vio sorprendido por la súbita visión que tenía de la joven. Más allá de sus pómulos altos, sus ojos rasgados como el azul del cielo y su curvilínea figura resguardada por el jubón, vio por primera vez a Beatagh Murray. Una mujer que se medía con hombres, que pedía a gritos que valoraran su fiereza, que luchaba para liberar su lado más salvaje y que, por más que el mundo clamara que debía contenerse, ella salía a dejar clara su postura.

Tuvo que confesarse a sí mismo que la joven comenzaba a divertirlo. Por ello, decidió realizar rápidos movimientos obligándola a replegarse para tomar desprevenida su defensa. Cuando la tuvo donde quería la rodeó con el brazo que cargaba la espada y se posicionó a su espalda. La cabeza pelirroja

quedó a la altura de su barbilla. Apretó su antebrazo sobre el cuello de la muchacha hasta que comenzó a faltarle el aire.

—¿Sabíais que jamás conoceréis a ninguno de mis enemigos?

Beatagh graznó con indignación y golpeó con su escudo el brazo de hierro que la mantenía inmovilizada.

—Sí, porque ninguno de ellos ha quedado con vida.

Beatagh reaccionó con fiereza, no por la bravuconería del McLeod, sino por las miradas que llevaban tiempo puestas en ellos. Si no lograba zafarse, aquellos hombres se reafirmarían en su idea. Por el rabillo del ojo observó cómo Neil abandonaba su propia lucha con el ceño fruncido y dispuesto a intervenir.

La muchacha gruñó al mismo tiempo que se deshacía de su escudo con el fin de encontrar la fuerza de sus brazos para elevar la espada. La afilada hoja quedó a un milímetro de la cabeza de Archie. Solo tenía que dejarla caer con contundencia para quebrar el cráneo de su contrincante.

—Astuta, Murray —la elogió sin demasiado entusiasmo mientras la soltaba.

—Previsible, McLeod —respondió ella, altanera, mientras tragaba con dificultad.

Cuando estuvieron frente a frente se sonrieron con la satisfacción pintada en el rostro. Archie ofreció su mano para declarar el resultado en igualdad. Ella la tomó con cierto recelo. Los gritos, unidos a los aplausos de los hombres que habían seguido la pelea, mostraron lo estimulante que había sido la contienda. Fueron muchos los que se ofrecieron para ocupar el lugar de Archie, por lo que Beatagh estuvo encantada.

Horas más tarde la joven volvía acompañada de sus compañeros de clan entremezclados con los McLeod. Desde lo alto del torreón dos pares de ojos presenciaron su llegada. Beatagh resplandecía montada sobre Boreal, intercambiando bromas con los guerreros y riendo a carcajadas. Sus ropas estaban cubiertas de barro, al igual que lo estaba parte de su rostro.

—¡Oh, lo ha vuelto a hacer! —fue el quejido de Eirica, la castellana Sutherland.

Aila, que también había reparado en la presencia de la joven entre sus muchachos, preguntó con inocencia:

—¿De quién habláis, *milady*?

—De Beatagh Murray, por supuesto, es bochornoso que presenciéis una

conducta semejante —explicó Eirica.

—No creo que sea nada parecido.

Aila mantenía la mirada clavada en su interlocutora mientras que esta no podía evitar mirar a la amazona que desmontaba debajo de la ventana por la que se asomaban.

—Sois demasiado benévola, me temo —respondió Eirica—. Esa muchacha es incapaz de mantener su temperamento a raya por unos días. Bien sé de los esfuerzos de su madre para lograrlo, pero todo ha resultado inútil.

—Es una imprudencia ir contra natura —comentó Aila, agachando la cabeza.

—Gran verdad, querida. Esa muchacha no para de inmiscuirse en asuntos varoniles.

—Quizá sea eso, su naturaleza, lo que hay que dejar fluir —concluyó la hechicera con mirada traviesa.

Eirica giró la cabeza para toparse con las profundidades verdes de los ojos de la Mackenzie. Controló su indignación al comprender lo que Aila decía. Jamás había tenido bajo su techo a una invitada tan excéntrica, y ahora debía sumar el apoyo que la mujer ofrecía a Beatagh.

—Os hacéis un falso juicio sobre ella. Los Murray gustan de alentar la leyenda sobre las mujeres de su clan que participaron en batallas ancestrales. Beatagh es tan temeraria que ha decidido demostrarnos que ella es digna heredera de tan demente comportamiento.

—Noble propósito, ¿no creéis? —respondió con una seriedad que incomodó a la Sutherland—. Mantener el espíritu guerrero de los ancestros es loable. Más si se ha nacido hembra. Deberíais estar orgullosa de poder integrar a una dama como ella en vuestra familia.

—Por extraño que os pueda parecer, las Sutherland siempre hemos sabido mantenernos al margen de los asuntos que competen a los caballeros. Y eso es algo que Beatagh deberá aprender.

Aila miró ceñuda el dedo que había alzado la anfitriona para enfatizar sus palabras.

—Curiosa manera de conducirse —murmuró la mensajera de Elphame.

—La mejor y la más sabia de las maneras —recalcó Eirica.

—Es posible, pero los zorros jamás han podido ser domesticados.

La expresión de Eirica mostraba el absoluto desconcierto que le suponía

su respuesta, pero Aila actuó como si hubiera dado la más lúcida de ellas.

—Beatagh no es ningún zorro. —La Sutherland creyó conveniente recordarlo con cierta incomodidad.

—¡Oh, ya veremos si lo es! —Aila respondió, animada.

La Mackenzie sonrió al mismo tiempo que se encogía de hombros con la firme intención de continuar con el recorrido que estaban realizando. A espaldas de la hechicera, Eirica miró al techo mientras se santiguaba.

OceanofPDF.com

9

Como capitanes de los respectivos ejércitos, Archie e Irvyng habían sido recompensados con un habitáculo en el interior del castillo de Dunrobin. Era minúsculo, pero todo un lujo si se comparaba con dormir en tiendas de campaña o en cualquier rincón helado de la fortaleza. A unas horas de ser llamados para la recepción de su majestad el rey Jacobo, los guerreros recorrieron el oscuro pasillo para tomarse un descanso.

La inclinación del terreno hacia la playa había favorecido la construcción de la planta inferior. En la parte delantera no había salida al exterior, pero en la parte trasera las estancias poseían pequeños ventanucos que recibían la tímida luz del sol. En el momento en el que Irvyng empujaba la tosca puerta de madera para entrar, alguien abría otra a unos metros de ellos.

Archie se giró para descubrir a quién pertenecían esos pasos tan enérgicos. Enseguida la luz de una antorcha mostró la silueta de Beatagh. La joven se centraba en colocarse las mangas acampanadas y estirarse la falda del brial. Al levantar la vista se topó con el McLeod que tanto la irritaba.

—Dama Beatagh —la saludó agachando la cabeza.

—Emisario —respondió al saludo con cierta prepotencia al mencionar su cargo.

—Y capitán de los McLeod —le recordó, ya sin inmutarse ante sus pullas.

—Lo que vos queráis. —Ella se detuvo, pues él ocupaba el estrecho pasillo.

—¿Qué se os ha perdido por este lado de la fortaleza? —preguntó, espontáneo.

—Mis aposentos. —Beatagh lo dijo como si no fuera evidente—. Los Sutherland siempre guardan una estancia para mí. ¿Y vos qué hacéis aquí? Vuestro lugar está fuera.

—Siento contradeciros, mi señora. Por lo que me han informado, esta zona se reserva a personas del servicio o invitados de baja condición. —Sonrió, divertido al encontrar algo con lo que arremeter contra ella—. Me

sorprende que la prometida de John sea relegada al sótano.

—¿Cómo os atrevéis? —le espetó Beatagh, ofendida.

Archie se regodeó en el azoramiento de Beatagh. Se había erguido con dignidad y lo fustigaba con su mirada de ojos rasgados. Le resultó adorable.

—¡Cómo se atreven los Sutherland! —Archie exageró su indignación—. Dejaros un aposento cerca de un miserable como yo... Deberíais montar en cólera, mi señora. Exigid vuestro lugar en Dunrobin.

—Permitidme el paso; no voy a continuar escuchando necedades. —Beatagh apretaba la mandíbula.

—¡Oh, no! Esperad. Sois una Murray —continuó aguijoneando Archie—. Un clan sept de los Sutherland. Estáis al servicio de ellos, me temo. De ahí vuestro aposento. ¡Todo aclarado! —concluyó con fingida inocencia—. Pues siento deciros que entre vos y yo no hay tanta diferencia de rango.

—Ya quisierais vos pareceros en algo a un Murray —le soltó la muchacha con el rubor del enfado pintado en su rostro.

—Debo confesar que estoy cómodo sirviendo a mi propio clan y a ningún otro.

Archie se divertía con el malestar de la muchacha. Desde que la había conocido deseaba bajarle los humos de gran dama que llevaba consigo.

—Apartaos —ordenó Beatagh, pues no estaba segura de si debía negar tal osadía.

Hasta el momento había aceptado el lugar que le ofrecían los Sutherland sin dudar. Sus padres ocupaban estancias superiores, y ella y Neil solían dormir en aquella planta. Cuando Neil ocupó el puesto de laird, quedó para ella el aposento. Desde muy niña se había paseado por la fortaleza sin sentir que la menospreciaban. Hasta que aquel estúpido guerrero resaltaba la nula diferencia de rango que había entre ellos.

Por más altivez que mostrara, no se sentía herida por pertenecer al mismo eslabón social que el McLeod. Poco le importaba el origen de las personas: ella se codeaba de la misma manera con todos. No hacía distinción entre sirvientes y reyes, algo que solía acarrearle broncas con su madre. Para Beatagh, las personas debían ganarse su respeto, y era evidente que el guerrero pretendía todo lo contrario.

—Apártate, mentecato —se escuchó la voz de Irvyng surgir del interior del habitáculo—. Y cierra la boca: no me gustaría descubrir que ha habido un error. No tengo intención de volver a dormir al raso.

—Mentecato. —Beatagh realizó una reverencia con sobrada burla mientras usaba el apelativo de su compañero.

Archie sonrió mientras se ponía de perfil para que la joven se abriera paso. En el instante en que la tuvo a su altura no pudo evitar decirle:

—Con suerte nos sentarán a la misma mesa, dama Beatagh. ¡Qué dicha la nuestra!

Un gruñido poco femenino surgió de la garganta de la Murray. Archie pudo observar cómo ponía los ojos en blanco, mostrando el hartazgo que sentía hacia él. Lo que no captó fue la sonrisa que formaron sus labios a medida que se alejaba. La joven estuvo segura de que nadie había logrado despertar en ella emociones tan contradictorias como lo hacía aquel hombre.

Tras ascender por la escalera circular que había en un extremo, Beatagh percibió cómo el nerviosismo guiaba a los sirvientes y la vida en el castillo refulgía ante la llegada del monarca. Las damas habían sido reclamadas en una de las salas de Eirica. Allí debían esperar a recibir órdenes. Iban a formar una hilera en el exterior junto al resto de los habitantes para dar la bienvenida.

La castellana Sutherland no se encontraba en el interior cuando Beatagh se adentró en la estancia. La chimenea caldeaba la sala, cubierta por ricos tapices y abrigadas alfombras. Los robustos muebles estaban diseminados en cada rincón. En una ventana identificó a la pequeña Muriel, sentada en los almohadones ubicados en el alféizar. Levantó la cabeza del bastidor con el que trabajaba en un bordado para saludarla. Jean y Aila se giraron hacia ella. Las damas estaban sentadas en suntuosas sillas frente al fuego con una mesa entre ellas. Al parecer, había interrumpido una conversación trascendental.

—¿Os habían presentado? —preguntó Jean.

—Sí, tengo el gusto de conocer a la brava dama Beatagh —respondió Aila con una amplia sonrisa.

Por un momento, la pelirroja se irguió creyendo que se trataba de un ataque, pero enseguida observó la nobleza de intenciones de la invitada. Le devolvió la sonrisa.

—¿Os apetece tomar algo caliente? —preguntó, servicial, Jean—. Lady Aila ha sido muy amable y ha preparado estas tisanas.

—Me vendrá bien, gracias —aceptó la pelirroja.

Beatagh tomó asiento frente al cuenco humeante que le habían acercado. De él surgía un olor a hierbas que le gustó. La manera en la que Aila la observaba la incomodó, pero supuso que se debía a las habladurías que siempre giraban en torno a ella.

—Deliciosa —comentó tras probar la infusión.

—Además, lady Aila me ha dado una receta para aliviar mis jaquecas. Es una mujer experta en hierbas medicinales y demás... artes. —Jean titubeó al usar un eufemismo para hablar de su magia.

—Podéis explicaros sin reparo —respondió Aila—. Tengo dones que me permiten conectar con otros mundos.

—No había tomado nada parecido —musitó Beatagh con cierta reticencia mientras miraba su cuenco.

La carcajada de ambas damas surgió a la vez.

—No temáis: he usado hierbas para preparar las tripas —explicó Aila—. Esta noche prometen ofrecernos una copiosa cena.

La Murray sonrió más tranquila, pero sin confiar del todo.

—Madre pondría el grito en el cielo si se enterara de esto, pero me gustaría saber si podéis ahondar en mi futuro —pidió Jean.

Beatagh meneó la cabeza al ver la excitación que lo oculto le generaba, más aún si iba en contra de las directrices de Eirica. Observó cómo Jean echaba un vistazo a su espalda, donde la abuela Isobel daba una sonora cabezada. Al saberse segura, su rostro se sonrosó por el atrevimiento.

—Podría, pero ¿estáis preparada? —preguntó Aila, traviesa.

Jean se había recogido su oscura cabellera en una trenza que le rodeaba la cabeza. Sus ojos azules vacilaron antes de que asintiera. De pronto, el juego se había convertido en una invitación a algo mucho más oscuro.

—¿Habéis terminado vuestra bebida? —preguntó Aila a Jean.

Ella la extendió por la superficie de la mesa. Mientras la hechicera escudriñaba el interior del cuenco, tanto Jean como Beatagh intercambiaron miradas. Ambas se sentían atraídas por las cualidades de aquella mujer. Expectante, la pelirroja tomó otro sorbo, hasta que una idea cruzó por su mente. ¿Estaba hechizándola con aquel brebaje? Enseguida se impuso su lado práctico, aunque fue el último trago que dio a la tisana.

La castellana Mackenzie poseía un atractivo peculiar. Sus ojos rasgados, pómulos altos y sonrisa traviesa, coronada por un colmillo torcido, le

resultaron feéricos. Su cabello castaño cubierto de hebras rubias caía suelto a sus espaldas con laxitud. Su frente estaba despejada por una diadema bordada en hilo rojo con un cuarzo rosa en el centro. En aquel tipo de adorno solían lucirse rubíes o esmeraldas, pero la elección de aquella piedra a Beatagh le resultó peculiar. Además, apreció la falta de velo que debía cubrir la parte trasera. De alguna manera, la castellana Mackenzie seguía el protocolo del vestuario, pero a la misma vez mostraba libertad de elección.

Mientras la mujer continuaba inspeccionando el fondo del cuenco de Jean, Beatagh se entretuvo observando los pequeños rizos rebeldes que enmarcaban el contorno del rostro de la hechicera. En el momento en el que pensaba que eran señal de un carácter igual de irreverente por parte de su dueña, captó el cambio de color en sus ojos. Beatagh habría jurado que eran verdes, pero entonces mostraban un tono dorado. Dio un respingo ante su descubrimiento y quedó aún más impresionada con la energía que emanó de la menuda mujer.

No supieron cuánto tiempo después, pero Aila levantó la mirada a la vez que extendía su mano hacia Jean.

—Sabéis bien que vuestro destino está lejos de estas tierras, pero pronto la obligación familiar os alejará; por eso debéis confesar vuestro amor.

Una risilla nerviosa surgió de Jean, quien no pudo evitar mirar de soslayo a Beatagh.

—No sé de qué habláis, milady.

—Lo sabéis bien —se compadeció Aila—. Pronunciaos antes de que sea demasiado tarde y carguéis con el remordimiento que os puede ocasionar el silencio.

—Nada sacaré de ello, no hay futuro para nosotros —confesó Jean con un hilo de voz al mismo tiempo que retiraba la mano.

—No lo hay, es cierto, pero no dejéis escapar la oportunidad de vivir un amor correspondido por más breve que este sea.

Lágrimas de emoción empañaron los ojos de Jean. Rendida ante el poder de Aila, la joven asintió mientras su mente asimilaba que el hombre al que amaba en secreto también sentía algo por ella.

—¿Y vos, Beatagh? —preguntó Aila, pendiente de servirse ella misma un poco más de brebaje en su taza—. ¿No sentís curiosidad por vuestro porvenir?

Aquel gesto hizo que la Murray desechara sus recelos. Si la mujer tomaba

el mismo brebaje, nada malo había en él, se dijo para sí. Por ello retomó su bebida para alargar su respuesta.

—No, milady. Creo que mi futuro ya ha sido revelado. —Beatagh sonrió.

—Pronto mi hermano la tomará por esposa y se convertirá en una Sutherland —quiso aclarar Jean.

Aila detectó cómo una sombra nublaba la mirada azul de Beatagh al escuchar lo que decía su amiga.

—Ay, las mujeres somos las que cargamos con la mayor de las aventuras. —Aila lanzó este lamento—. Sufrir el exilio en aras de la conveniencia familiar y ser capaces de generar vida en nuestro interior con el fin de mantener el ilustre linaje.

—Ese parece ser nuestro sino —aceptó Beatagh con la mirada perdida en su propio tazón.

—Por suerte para vos, dama Beatagh, no debéis iros muy lejos —indicó la mensajera de Elphame.

La pelirroja alzó la mirada y de alguna manera supo que Aila sabía mucho más de ella de lo que imaginaba. No temió su conocimiento, tan solo se lamentó por que descubriera la lamentable situación en la que se encontraba.

—Esperad un momento... —murmuró Aila.

La hechicera se estiró hacia Beatagh y comenzó a mover con ligereza los dedos ante sus ojos.

—¿Tengo algo? —preguntó la pelirroja pestañeando.

Jean se agachó a su vez para observarla de cerca.

—Es apenas visible —murmuró Aila sin dejar de eliminar restos de algo frente a sus pestañas—, pero suficiente para que os impida ver con claridad.

—No he notado nada en mi visión —respondió Beatagh, extrañada.

—Alguna pelusa —propuso Jean.

—Listo. —Aila concluyó con su trabajo con una sonrisa satisfecha.

En ese preciso momento, las trompetas comenzaron a sonar junto a las gaitas. La comitiva de Jacobo estaba a punto de sobrepasar las murallas. Muriel fue la primera en avisar.

—¡Ya ha llegado! —gritó.

La abuela Isobel se desperezó con un ronquido interrumpido por la exaltación de las jóvenes. Muriel fue la primera en salir por la puerta, seguida de Jean y Aila. Beatagh fue quien quedó rezagada para ayudar a la

abuela Sutherland a ponerse en pie.

—Te hace tanta ilusión como a mí recibir a ese hombre, ¿no es así, niña?

—comentó con voz quejumbrosa la anciana.

Beatagh se carcajeó al asentir.

—Antes de bajar abre aquella puerta de allí —indicó Isobel.

La anciana señaló la esquina de una cómoda. En su interior guardaba una jarra con whisky.

—Un sorbito de esto nos ayudará a sobrellevar la soporífera ceremonia —le explicó la matriarca.

Isobel compartió el ardiente líquido con Beatagh, quien agradeció su ofrecimiento. Con el cuerpo caldeado y el espíritu achispado, descendieron las escaleras. El rey Jacobo II de Escocia había honrado con su presencia a aquel rincón de las Tierras Altas.

10

Los habitantes del castillo formaron un pasillo humano para recibir al rey. El monarca poseía como distintivo personal una marca rojiza en el rostro. Muchos lo llamaban «Cara Feroz». Este, helado hasta el tuétano, apenas cabeceó a modo de saludo mientras se dirigía con paso apurado hacia el interior. Hasta John Sutherland padre, laird del clan, se había esforzado en estar presente. Desde hacía varios años, la parte izquierda de su cuerpo se había paralizado. Aquello no solo había sido un duro golpe para su salud, sino también para su hombría. Aun así, había logrado mantener el dominio de los suyos bajo su férreo control.

El gran salón había sido adornado para la ocasión. Los Sutherland habían ordenado buscar juglares, bailarines y músicos por toda Escocia. Los tapices lucían pulcros tras haber sido sacudidos con esmero, las velas habían sido sustituidas por unas nuevas y las antorchas refulgían con fuerza. En la gran chimenea se asaban varias piezas de jabalí cuyo olor desbordaba la estancia. Las mesas de pesados tablones se organizaban en forma de U alrededor del espacio. Todos esperaron con gran expectación los instantes en los que el rey se ausentó para asearse.

En primer lugar, se realizó la ceremonia en la que las personas de mayor importancia eran presentadas a Jacobo, se postraban a sus pies e intercambian algunas palabras. Todo ello se llevó a cabo en una sala contigua que reunió entre sus paredes a Sutherland, McLeod, Murray y Mackenzie junto a los odiados Mackay y McDonald.

—Me alegra vuestra presencia, conde de Ross —le dijo Jacobo al jefe de los McDonald.

—No habría podido faltar a un encuentro como este, alteza —respondió, sucinto.

Los ojos oscuros del monarca ahondaron en el traidor. Tras unos eternos segundos, levantó la vista para recibir al siguiente súbdito. Mientras todo esto sucedía, Beatagh sintió un escalofrío cuando sus ojos recayeron en la turbia mirada del capitán del clan enemigo. Dubh-na-Soirn McDonald había

encontrado en su rostro la distracción perfecta para aguantar el tedioso encuentro. La pelirroja lograba avivar los instintos más básicos del guerrero. Se relamió, divertido, al observar el asco que ese gesto produjo en la joven. Cuánto más altivas se mostraban, más deseos lo invadían de someterlas.

Beatagh decidió ignorar al ignominioso McDonald el resto de la velada. La joven observó cómo el laird Sutherland soportaba estoicamente el ritual. Su cabezonería, ligada a su orgullo, no le permitió tomar asiento. Deseaba mostrar entereza a pesar de su lamentable estado. Gotas de sudor perlaban su frente por el esfuerzo. Su esposa, Eirica, lo tomaba del brazo como gesto amable que escondía cierto apoyo. La Murray admiró el coraje del laird, aunque no fuera santo de su devoción.

John Sutherland padre era despiadado y gran estratega. Su hijo mayor, Alexander, era una vergüenza para él. El muchacho no era amante de las armas, sino más bien de la palabra. Solía padecer de achaques cada vez que se forzaba en los adiestramientos, pero a la larga su debilidad fue bien recibida por el patriarca. Si hubiera tenido un primogénito fiero, se habría hecho con el liderazgo del clan y lo habría relegado a una de las torres de Dunrobin. Quienes solían lograr que se le hinchiera el pecho de orgullo eran su segundo hijo, John, y su hijo ilegítimo, Thomas. Ambos habían heredado su carácter gallardo, pagado de sí mismo y con valor para enfrentarse a ejércitos enteros.

Cuando John se le acercó solicitando su aprobación para tomar como esposa a Beatagh, Murray estuvo a punto de poner el grito en el cielo. En cambio, el muy granuja esgrimió argumentos sobre afianzar alianzas y la posibilidad de que en un futuro pudieran apropiarse de su territorio. Ante tales artimañas no le quedó más remedio que aceptar y felicitarlo por su astucia. La muchacha en cuestión no le agradaba. Apenas había tenido contacto con ella, y tampoco lo necesitaba, pues nunca le habían gustado las mujeres altaneras. Se consolaba con la idea de que su hijo lograra domesticar a aquella Murray salvaje una vez formara parte de la familia.

El laird dio gracias al cielo cuando por fin concluyó la ceremonia. Con voz ronca, invitó a los presentes a acudir al gran salón para disfrutar de los festejos en honor a Su Majestad. El olor del asado y las viandas que fueron servidos abrió el apetito de todos. Regaron sus jarras con hidromiel, cerveza y vino contagiados por la alegre algarabía. A pesar de las evidentes

rivalidades entre clanes, todos dejaron las rencillas a un lado para disfrutar de la noche.

El baile no se hizo esperar, y de forma espontánea se replegaron las mesas para abrir hueco. Beatagh danzó con la mayoría de caballeros menos con Archie, quien había encontrado parejas bien dispuestas. Se evitaron con esmero, aunque el vertiginoso ritmo provocó que en más de una ocasión sus espaldas chocaran.

Aila tomó asiento junto a Irvyng tras llevar danzando largo rato. Este, cuyo humor sombrío solía acompañarlo a menudo, gruñó como saludo sin apartar la mirada de la muchedumbre.

—Me duelen los pies de tanto trotar —comentó Aila, risueña—. ¿Hay algo de beber para mí? Estoy sedienta.

El guerrero de cabello rubio alargó su jarra. Aila la aceptó, agradecida.

—Gracias —dijo Aila al mismo tiempo que reparaba en su rostro serio—. ¿Qué ocurre, Irvyng? Sé que no eres amante de la música, pero te noto preocupado.

—Bien me enseñaste que la bebida puede nublar el juicio de los hombres, y míralos ahí. En cualquier momento alzaremos nuestras armas contra muchos de ellos, pero nada nos impide festejar la llegada del rey.

—Qué pensamientos tan nefastos. No son usuales en ti. —Tras hacer una pausa, Aila se corrigió—. Bueno, sí, sueles tener una visión tremebunda de la vida.

—Me gusta ser desconfiado y práctico también —aseveró Irvyng—. No voy a fingir que me agrada este encuentro. Al igual que tampoco voy a pasar por alto que nos ocultas valiosa información.

Aila elevó una ceja interrogante sin inmutarse por la velada acusación del guerrero. Por más bravo que se mostrara, sabía que no le haría ningún daño.

—Jamás he visto a Archie tratar así a una dama —continuó Irvyng.

—¿Tratarla así de bien? —Aila buscó a la muchacha a la que hacía referencia, pues el aludido bailaba con Jean Sutherland.

—No, así de mal —gruñó Irvyng, exasperado.

—La acompaña con respeto en el baile —comentó Aila, confundida.

—A ella no, a esa otra, a la pelirroja. No ha dejado de retarla a cada oportunidad que ha tenido —aclaró el rubio.

—¡Oh! —musitó Aila.

Enseguida encontró a Beatagh girando en brazos de su prometido,

carcajeándose por lo que le decía. El silencio de la hechicera reforzó la idea que tenía Irvyng sobre el asunto.

—¿Guardas silencio? —preguntó, socarrón—. Estos necios no te conocen, pero he convivido lo suficiente contigo estos largos años como para detectar cuándo sabes más de lo que dices.

—¿Qué secreto crees que guardo? —preguntó la curandera, animada.

—Que esos dos, no sé muy bien cómo, acabaran juntos —gruñó Irvyng, molesto por el mutismo de su amiga.

—Por ahora no parecen agradarse como para darse el caso —especuló Aila.

—Daimh tampoco te soportaba, pero terminó claudicando. Vaticino algo parecido. Nada parece unirlos, pero los dioses traman para que así sea.

—¡Oh, vaya, Irvyng! ¿Has estado ocultando dones? —se carcajeó Aila.

—No, he aprendido a leerte. —Irvyng clavó su mirada azul en ella e hizo una mueca antes de chascar la lengua.

Aila tuvo que meditar unos segundos sus palabras.

—Amigo, sea lo que sea que crees que va a pasar, no intervengas. ¿Me has entendido? —le advirtió Aila, posando una mano en su antebrazo para que le prestara atención—. En ocasiones tiendes a acelerar cosas que llevan su tiempo.

—¡Eh, no es cierto! Mis amigos tienen cierta predilección por mantenerse ajenos a las señales. Yo solo he tratado de mantenerlos en la senda —se defendió.

—Irvyng, ¿me has escuchado? No intervengas —repitió Aila, ignorando sus excusas.

En ese instante, la mano de Daimh cayó en el hombro de la mujer.

—Aila, andaba buscándote; debemos conversar con el rey.

—¿Otra vez? —respondió Aila sin comprender de protocolos; no era una castellana al uso.

—Recuerda que es él quien te permite vivir a salvo de la Iglesia, y que el territorio Mackenzie pueda suponer un refugio para personas como tú —respondió Daimh.

—Hasta ahora me habías hecho creer que de eso te habías encargado tú —aguijoneó a su esposo.

—De sobra sabes que, con la autorización real o no, lo habría conseguido.

—Daimh sonrió de medio lado a Aila; ella rio, encantada—. Aun así, tener

al monarca de nuestro lado me facilita mucho las cosas. Así que vamos: debemos demostrar agradecimiento.

—Mmm, podremos saludarlo en otro momento. —Aila había echado un vistazo al rincón donde se encontraba Jacobo, y no le apetecía darse de codazos para buscar su atención.

—Mañana se recluirá en sus aposentos hasta su partida. No habrá más ocasiones —aseguró Daimh.

—Claro que las habrá, pronto nos veremos en Edimburgo.

Aila lanzó el comentario mientras se levantaba para acceder a la petición de su esposo.

—¿Qué se nos ha perdido en Edimburgo? —Daimh cruzó una mirada con Irvyng.

La pregunta de Daimh quedó suspendida en el aire, pues Aila ya se deslizaba entre los bancos para acercarse al rey.

—Esa mujer sigue siendo ingobernable. Esconde demasiados secretos, Daimh —le advirtió Irvyng.

—¿Sabes algo de Edimburgo?

—¿Qué diantres voy a saber yo? —se quejó su compañero.

Irvyng gruñó mientras volvía a prestar atención a la concurrencia. Daimh lanzó un largo suspiro al ser consciente de que Aila no iba a decir nada hasta que lo creyera conveniente. Una maligna idea surgió en su mente cuando seguía sus bamboleantes caderas. Tenía una manera muy efectiva para sonsacarle información. Como herramientas solo necesitaba un lecho e intimidad.

11

Ya avanzada la noche, Beatagh escuchó cómo alguien hacía alusión a la nevada que estaba cayendo en el exterior. Apenas notaron la gélida temperatura al estar al abrigo de un gran número de personas frente a chimeneas, bailes y buena carga de alcohol. En cambio, la joven tuvo un pensamiento hacia Boreal. Pudo llegar al exterior con facilidad, pues muchos invitados se habían retirado a descansar. Minutos más tarde se ajustaba la capucha de la capa mientras llevaba consigo una manta vieja que había ido a buscar.

Sus mejillas arrojadas por el calor de la danza agradecieron los finos copos que se derretían sobre ellas. El crujido de sus pasos sobre la incipiente capa de nieve acompañaba al sonido de la celebración que llegaba de manera amortiguada. Se adentró en el establo, que se mantenía en una serena oscuridad. Boreal la olió antes de que pudieran verse y comenzó a dar coces contra la puerta para avisar de su ubicación. Beatagh lo saludó con agradables susurros mientras cubría su lomo con la manta. Por más a cubierto que se encontraran los equinos, la temperatura bajaba de la misma manera que al raso.

Una vez se aseguró de que Boreal iba a pasar una buena noche, volvió al exterior. Las faldas le pesaban, por lo que tuvo que levantárselas con las manos para poder avanzar. Al doblar la esquina, junto una pila de heno, una sombra cayó sobre ella. La había tomado con la guardia baja. La repugnante voz corroboró sus sospechas.

—Linda Murray, qué ganas tenía de veros a solas.

El capitán McDonald apestaba a sudor y a alcohol. Sin poder verle el rostro supo que quien la tomaba de la capa y la estampaba contra el muro de piedra era el indeseable que no había dejado de mirarla con lascivia durante la recepción. Tuvo la oportunidad de darle un puntapié, aunque el peso de la tela del vestido refrenó la fuerza del golpe. La carcajada de Dubh-na-Soirn le heló la sangre. Su tamaño y fuerza podían doblegarla con facilidad al estar despojada de sus armas. Entre los bruscos intentos del hombre para

inmovilizarla, Beatagh pudo lanzar un puñetazo que avivó el deseo de la bestia.

Ella comenzó a agitarse, a rugir y a resistirse. Los golpes que recibía aumentaban su pánico. Recordó la pequeña daga que siempre llevaba ajustada al muslo. Para llegar a ella necesitó fingir que se daba por vencida. Cuando el McDonald pudo acceder a sus faldas le colocó el antebrazo en la garganta para ahogar a la muchacha en la agonía. Beatagh palpó frenética la cinta de su muslo y clamó al cielo cuando comprendió que de alguna manera se había deslizado. No supo a ciencia cierta si había caído durante el forcejeo o mucho antes.

Grandes arcadas comenzaron a poseerla mientras sentía cómo Dubh-na-Soirn embestía buscando el lugar donde iba a rasgar su alma para siempre. Ella gritó, furiosa, sintiéndose impotente, estúpida y asqueada consigo misma. Pensó en su padre y en las veces que le había advertido de una situación así. Estaba fallando a su memoria y a su esfuerzo por mostrarle artimañas para vencer a su atacante. Nunca se adiestró con una capa empapada y unas faldas húmedas cargadas de fango. Aun así, Beatagh encontró fuerzas de donde no sabía que las tenía y comenzó a arremeter contra el nauseabundo atacante. Pudo deshacerse del antebrazo para propinarle un codazo en el mentón.

Cuando una fuerza superior a ella logró quitarle de encima al violador creyó en la providencia. Por un momento pensó que su rabia había conseguido separar al McDonald de ella. En cambio, sus ojos atisbaron una pelea rápida y contundente. El capitán McDonald salió despedido gracias a la intervención de Archie. Este había decidido buscar en el exterior un lugar para aliviarse después de tanta bebida cuando escuchó el forcejeo. Al acercarse comprobó que se trataba de una violación y la furia hizo que se lanzara contra la rata rastrera. No supo que la víctima se trataba de Beatagh hasta que logró que Dubh-na-Soirn rodara por el suelo helado con una clara advertencia en sus golpes. Se conformó con verlo tropezar mientras se alejaba.

Las anaranjadas luces que lanzaban las vidrieras de la fortaleza fueron suficientes para que se reconocieran en la oscuridad.

—¿Os encontráis bien? —preguntó sin saber si acortar distancias.

La joven se mantenía en pie, con los ojos desorbitados, la respiración agitada y un temblor que lograba hacer que le castañetearan los dientes.

Ella balbució algo que Archie no entendió.

—¿Cómo decís? —preguntó él.

—Yo debía haber acabado con él —logró expresar Beatagh.

—Siento haberos agitado la diversión; por lo que he podido ver, os encontrabais en desventaja —le dijo Archie sin saber si la joven estaba diciendo aquello en serio o se debía al impacto de lo vivido.

Beatagh respondió con algo parecido a una carcajada cubierta por un quejido. Archie se sintió incómodo, pues no sabía qué debía hacer ante una mujer en su estado.

—Tembláis; debéis de tener frío —terminó por decirle.

Beatagh seguía con la mirada perdida cuando sus palabras atravesaron la infinidad de pensamientos y emociones que la abotargaban. Pestañeó al comprobar que el McLeod estaba en lo cierto.

—Rara vez me afecta el frío —comentó con sorpresa. Poco después declaró—: No es frío.

—¿Queréis que haga algo por vos? —preguntó, destrozado por verla tan afectada.

El guerrero se acercó con paso lento, consciente de que podía alarmarla. Beatagh comenzó a volver en sí; se abrazó los codos tras ajustar su capa. Respiró el helado aire que cargaba la noche antes de acercarse a Archie.

—No digáis nada. No mencionéis nada de lo aquí ocurrido —pidió en susurros.

—Ese hombre no puede quedar indemne —sentenció el McLeod.

—No debisteis intervenir. —Archie se quedó pasmado por las palabras de la muchacha—. Era mi lucha, era mi agresor, yo habría podido acabar con él. Soy una Murray entrenada para ello...

El guerrero sintió lástima por la muchacha. Desde que la había conocido no hacía otra cosa que pelear por lo que quería ser, lo que deseaba para ella, o se batía para cumplir con las expectativas que se había creado de sí misma.

—Debéis de estar agotada —la interrumpió Archie—. No debe de resultar fácil estar siempre preparada para luchar.

—Yo... Yo... soy... —Beatagh comenzó a balbucir, superada por lo ocurrido y por la compasión que las palabras del McLeod transmitían—. Mi padre... No puedo fallar...

Las últimas palabras fueron más un lamento que una explicación. Tras

ellas el llanto llegó cual torrente y, sin darse cuenta, Beatagh encontró refugio entre los brazos de Archie. Él la abrazó con fuerza. Frotó su espalda con brío para alejar el temblor que castigaba a la joven. Vio que había dicho la verdad: no se trataba de frío, consistía en el terror que había vivido, manifestándose de manera patente. Apoyó su boca sobre la coronilla pelirroja. Se sentía demasiado impotente, necesitaba acabar con aquella bestia vil que había logrado resquebrajar a una mujer como Beatagh. El aroma de la dama llenó sus fosas nasales. La intimidad de aquel abrazo llegó mucho más profundamente de lo que nunca había imaginado.

Beatagh tardó unos instantes en reconocer dónde se encontraba. La calidez de un cuerpo fuerte que la sujetaba la trajo de vuelta a la realidad. Era tan reconfortante estar entre los brazos de aquel extraño que alargó el momento. No se sentía capaz de moverse, tan solo pudo respirar su vigor y contagiarse de él. La joven lloró largo tiempo después mientras dejaba que aquellas manos alejaran los demonios que la mantenían presa.

Cuando la razón venció la batalla al torbellino de emociones, miró a Archie. La vergüenza cubría cada poro de su piel.

—Por favor, no digáis nada. No quiero ser la causa de más conflictos. No deseo que Neil sienta que debe proteger mi honra. —Beatagh se apartó a medida que hablaba y mientras se deshacía de las lágrimas de sus mejillas.

—Vuestro hermano está en su derecho de reclamar venganza.

—¡No! La venganza me pertenece solo a mí. —Ella elevó la voz—. Además, el rufián no ha logrado su cometido. Solo ha conseguido destrozarme la dignidad.

—Suficiente para sesgarle el cuello —respondió Archie con contundencia.

Beatagh sabía que Archie hablaba en serio y sonrió, agradecida por su vehemencia. No quiso burlarse, pero sí creyó que debía explicarse.

—Estos ataques son habituales —se quejó con rabia contenida—. Llevo toda mi vida siendo advertida. No voy a permitir que ese McDonald haga trizas mi existencia. Estoy prometida a John: si los Sutherland se enteran de este agravio, corre peligro el compromiso. No puedo permitirme algo parecido, tampoco mi clan.

—Puedo encargarme en vuestro nombre —se ofreció el McLeod.

—¡Jamás! Escuchadme bien. —Beatagh se agarró al plaid de Archie para que le prestara atención—. Estoy en deuda con vos, pero no necesito que

este acto impúdico perjudique a más personas. Podré lidiar con ello.

Archie suspiró, enojado, aunque aceptó la decisión de Beatagh.

—No me cabe la menor duda, dama Beatagh. —El tono que usó Archie mostraba su desaprobación.

El guerrero dio un paso atrás para permitir que se alejara. La oscuridad escondió su sonrisa compasiva, pues la muchacha de fieras palabras mostraba un aspecto de absoluta desolación. Le ofreció un brazo como apoyo y en el más absoluto silencio la escoltó hasta sus aposentos. Una vez ante la puerta, Beatagh dejó que el hombre empujara la pesada madera. Archie le deseó buenas noches al tiempo que se daba la vuelta.

—McLeod —lo llamó—. Después de todo, no está tan mal que os hospedéis en esta zona.

Él gruñó, divertido, al recordar la disputa de esa mañana y cómo habían cambiado las tornas.

—Quiero que sepáis que nunca os he menospreciado por vuestro origen —quiso aclarar Beatagh.

—Y, entonces, ¿qué motivo mueve tal cosa? —Archie se apoyó en la piedra del pasillo a la vez que cruzaba los brazos.

—Vuestra sobrada confianza en vos —respondió ella dedicándole la primera sonrisa verdadera.

—¡Ah! Entonces nos despreciamos por el mismo motivo.

Archie le guiñó un ojo antes de volverse. Beatagh hizo lo mismo, pero con una cálida sensación en el estómago. Si aquel McLeod no hubiera intervenido, no sabía qué habría sido de ella. No solo tenía que agradecer su presencia en un momento crucial como aquel, sino que había logrado que el recuerdo de aquella noche lo llenaran sus ojos ambarinos.

Una vez metida en el lecho tardó en quedarse dormida. Cerca del amanecer, un ronquido demasiado cercano logró que se desvelara. Empuñó la daga que guardaba bajo la almohada, caminó descalza hasta su puerta y apoyó la oreja en la madera. Se sobresaltó al sentir la presencia de alguien al otro lado. Con sigilo, abrió unos milímetros para descubrir quién andaba cerca. Sus ojos azules se abrieron con la sorpresa. El McLeod dormitaba frente a su estancia envuelto en el plaid. Reconoció sus rizos rubio ceniza y la envergadura de su cuerpo acurrucado sobre una esterilla.

Archie había decidido velar por su seguridad por si el McDonald volvía con la intención de terminar lo que había comenzado. Beatagh no había

contado con la ternura que aquel gesto le había provocado. Estaba acostumbrada a que la tomaran por una mujer fuerte, autosuficiente, y solía dejar claro que se bastaba para librar sus propias batallas. En cambio, por una vez, se dijo que no le venía nada mal que alguien se ocupara de ella. Pestañeó para alejar las lágrimas que cubrieron sus ojos antes de cerrarlos con delicadeza y volver a meterse entre las pieles.

OceanofPDF.com

12

Antes de que el rey partiera, lo hicieron los Mackay y los McDonald. Los primeros se despidieron con entusiasmo contenido y los segundos con una tensión más que evidente. Nadie escuchó el comentario del señor de las Islas cuando montó en su caballo:

—Ojalá el cascarón en el que se embarque se hunda sin misericordia.

El laird de los McDonald, que gobernaba gran parte de las Hébridas, escupió al suelo tras sus palabras. Llevaba tiempo negociando con el rey inglés una alianza con la que derrocar a Jacobo. Este, advertido por los Sutherland, aprovechó su visita para marcar territorio al traidor a la vez que se acercaba a uno de sus objetivos. Desde que había sido coronado tenía pensado recuperar para Escocia las Islas Orcadas. En aquellos momentos pertenecían a la Corona noruega, por lo que iba a zarpar del puerto anfitrión para proponer una alianza matrimonial con su primogénito.

Debido a la incapacidad física del jefe del clan Sutherland, recayó en el joven Alexander acompañar al rey Jacobo en aquella misión diplomática. Todos fueron a despedirlos al puerto donde aguardaba el navío. Los marineros consideraban que las condiciones marítimas eran lo más estables posible para una buena navegación dada la proximidad del invierno. Los Mackenzie y los McLeod prometieron esperar allí el regreso del soberano. Sin más obligaciones protocolarias, decidieron que podían repartirse los invitados entre la fortaleza de los Sutherland y la de los Murray. El castillo de Aberscross se encontraba a medio día de Dunrobin.

Y así fue como Archie guio a sus hombres hasta el territorio Murray, donde iban a ofrecerles una estancia más confortable de la que habían recibido hasta ese momento. Los McLeod realizaron el viaje con el ánimo en alto, pues sabían que podían olvidar las tiendas de campaña durante una semana. Beatagh encabezaba la marcha junto a su hermano. Desde lo ocurrido la fatídica noche, apenas había cruzado palabra con Archie, aunque se solían dedicar inclinaciones de cabeza y medias sonrisas cuando sus miradas se topaban en la distancia. Para sorpresa de todos, Jean se había

sumado a la comitiva. Con el beneplácito de su madre, la joven iba a pasar la semana con los Murray. Esta se montó en su yegua blanca con un brillo especial iluminando su rostro.

Una vez en el castillo de Aberscross, Archie admiró la construcción. Al estar ubicado al pie de un acantilado, le recordó al hogar McLeod. A diferencia de Craig, la muralla comenzaba mucho antes al cobijar la aldea entre sus muros. Poseía gran grosor y altura, y estaba flanqueada por dos edificios cuadrados. Una vez se traspasaba aquel umbral, se podía apreciar la torre del homenaje con dos anexos de menor altura a ambos lados. Las ventanas ojivales formaban una pareidolia de un rostro. La muralla que marcaba la linde del precipicio era alta, salpicada de torreones cubiertos por chapiteles que servían de refugio para los vigías.

Era una fortaleza sencilla, pero con gran personalidad. La curiosidad por los foráneos generó una escolta espontánea a su alrededor. Una vez en el patio de armas, Neil presentó a los invitados. Enseguida, Archie organizó a sus hombres para que ocuparan las cabañas que les habían sido asignadas. Mientras los últimos guerreros se acomodaban, Beatagh llegó hasta él mostrando una sonrisa socarrona.

—Mi hermano me manda a deciros que, como emisario de los McLeod, podéis hospedaros en el interior de la fortaleza.

—Como emisario y como capitán —añadió con cierto reproche en su voz.

Ella hizo un ademán para desdeñar el último título, que quiso pasar por alto de manera intencionada al buscar siempre el juego de confrontación que llevaba con Archie.

—Me complace tal invitación, dama Beatagh —respondió Archie con otra sonrisa—, pero decidme: ¿también os recluirán en la misma zona que a mí o, por el contrario, por estos lares os tienen en más alta estima?

—¿Cómo osáis preguntar algo semejante? —se carcajeó ella, contenta con que siguieran las pullas. De manera altanera prosiguió—: Soy Beatagh Murray de Aberscross, hija de Angus Murray y hermana del actual laird. ¿Creéis que alguien de vuestra posición podría pisar el mismo suelo que yo?

—Solo me lo preguntaba. Si tuviera una hermana como vos, trataría de recluirla en alguna almena aislada. —El tono utilizado por Archie fue desdeñoso.

—Por fortuna, Neil no es tan cruel —bufó la joven—. Aunque os resulte

extraño, me tiene en gran estima.

—Algo que no dice nada bueno de él —se mofó el guerrero.

—McLeod, no abuséis de nuestra confianza: quizá os demuestre lo en serio que puede tomarse Neil mis consejos —amenazó con altanería.

Beatagh había puesto los brazos en jarras y había arqueado las cejas para dar énfasis a sus palabras. Allí de pie, con la tímida luz que ofrecía el otoño y su melena rojiza cubriendo sus hombros, Archie experimentó cierta calidez al observarla. Se alegraba al percibir que el apestoso McDonald no había acabado con su arrolladora personalidad. El guerrero lanzó una carcajada como respuesta y acercó posiciones para que su anfitriona lo guiara hasta el lugar que habían destinado para él.

Tras dejar los estrechos caminos que separaban las cabañas y llegar al principal, la pareja se topó con Irvyng, quien se había encargado de llevar los caballos a su refugio. Beatagh, al verlo, recordó que el gigante rubio también debía de alojarse en el interior.

—Vuestro amigo el Mackenzie posee una estancia para él —comunicó la Murray.

—¿Cómo me habéis llamado? —rugió Irvyng sin generar temor alguno en Beatagh—. Soy McLeod, muchacha; no os atreváis a relacionarme con esa panda de asnos.

La joven miró a Archie en busca de una explicación.

—Pertenece a mi clan, pero lidera las tropas Mackenzie —le explicó con paciencia.

—¿Y cómo puede hablar así de ellos? —preguntó Beatagh a Archie con la voz tensa, sin comprender su animadversión por la familia con la que vivía.

—Porque no escondo la verdad —le respondió Irvyng mientras ajustaba la alforja que llevaba al hombro—. Y ahora, damisela, ¿nos indicáis el camino? Estoy deseando conocer el lecho que me tenéis preparado.

Irvyng, con su acostumbrada rudeza, no esperó. Se dirigió a la entrada principal. Beatagh, con la mirada puesta en la trenza rubia de Irvyng, se atrevió a indagar.

—Y si convive con los Mackenzie, ¿por qué no se quedó en Dunrobin?

—Pues por la razón de siempre... —Archie se rascó el mentón al decir—. Porque Irvyng hace lo que le viene en gana.

—En ese caso, tengo una grata noticia para vos. —Beatagh se acercó a Archie para susurrar—: No compartiréis aposento con ese energúmeno

como hicisteis con los Sutherland.

El McLeod se carcajeó, divertido.

—Dama Beatagh, no nos hemos librado de Irvyng en toda nuestra vida, así que unos aposentos no van a detenerlo si algo se propusiera —le advirtió Archie.

—¿Vos y quién más os veis afectados? —Beatagh comenzaba a entender que los unía una fuerte amistad.

—Daimh, quien lo soporta a diario desde que decidió seguirlo al clan Mackenzie —comenzó a enumerar Archie—; Clarion, que en estos momentos se encuentra desposado con una inglesa, y yo. Kenza también lo sufrió durante la infancia, pero han logrado un equilibrio al alcanzar la edad madura.

Beatagh abrió sus ojos azules por el asombro.

—¿Permitir que capitaneé un clan al que no pertenece? ¿Enredar a un escocés con una inglesa? —repitió mientras avanzaban hacia el gran edificio—. ¿Por qué demonios llamáis «amigo» a alguien así?

—Porque, por extraño que parezca, es la persona más leal que podréis conocer. —Archie observó el ceño fruncido de Beatagh—. Que no os engañen las apariencias, dama Beatagh. —Ella elevó su mirada hasta la de él de manera inquisitiva—. Otra vez —le recordó Archie tras guiñarle un ojo con sorna.

Ella sonrió al comprender que hacía referencia a sus comienzos.

El guerrero McLeod disfrutó de un sueño reparador que bien merecía. Al amanecer, comenzó a sentirse incómodo con la vida ociosa, por lo que decidió cubrirse con su grueso plaid y pasear por los alrededores de Aberscross. Saludó a los aldeanos mientras observaba cómo muchos tejados estaban siendo reparados. A lo lejos atisbó a ver a Neil, quien sumaba sus esfuerzos para acondicionar el poblado antes del invierno. Enseguida se remangó, fue a buscar a varios de sus hombres y comenzaron a prestar ayuda en lo necesario.

Hacia el mediodía, una risilla llegó hasta él. Cada vez que giraba la cabeza en busca de la criatura, esta se escurría. Sonrió, pues supuso que se debía a la curiosidad de algún niño del lugar. Archie, subido al tejado donde se encontraba, continuó con la vista puesta en la unión del cañizo. Escuchó ruidos más abajo, por lo que intuyó que el pequeño iba a aparecer de nuevo.

Con ánimo de juego, el hombre se colocó a cuatro patas al otro lado de la techumbre. Esto hizo que el escurridizo espía no alcanzara a verlo. Se vio obligado a subirse a la madera amontonada al costado de la vivienda para localizar al McLeod. Segundos más tarde, Archie observó cómo unos cabellos rubios asomaban por encima del borde del tejado.

—¡Ajá, renacuaja! —la sorprendió el guerrero.

Mai trastabilló por el susto y cayó hacia atrás. Archie se apeó con rapidez y llegó hasta la niña, que lloraba.

—¡Oh, pequeña! —La levantó con facilidad, se sentó sobre la pila de troncos y la acomodó sobre sus faldas—. Siento haberos lastimado. No creí que terminaríais en el suelo. Perdonadme.

El llanto de la niña menguó, no porque el dolor del trasero hubiera desaparecido, sino por la amabilidad que demostraba el forastero. A Archie no le pasaron inadvertidos los peculiares rasgos de la pequeña. En alguna ocasión había conocido a personas con aquellas particularidades.

—Estoy bien, gracias. —Los ojos azulados de Mai se posaron en él antes de sentenciar—: Disculpad mi torpeza, señor.

El McLeod sonrió al observar tanta formalidad en un ser tan particular. Era evidente que se esforzaba por integrarse en la comunidad. Además, le llamaron la atención las ricas vestimentas que mostraba y el gesto de levantarse mientras se ajustaba las faldas. Era bien conocido el trato vejatorio y marginal que se daba a personas como ella. Le resultó gratificante saber que allí le habían otorgado buenos cuidados.

—Sois diferente —le dijo Mai.

—¡Oh! ¿Os habéis dado cuenta? —Archie fingió sorpresa y se lamentó al mismo tiempo que se palpaba la cabeza—. ¡Mis cuernos de alce han vuelto a surgir!

—No —negó Mai; apareció una risilla—. No tenéis cuernos.

—Entonces ¡es mi rabo de gato! —Archie hizo el gesto de esconder algo bajo su kilt—. Trato de ocultarlo con sumo cuidado.

—¡No, no tenéis rabo! —La carcajada de Mai fue secundada por la sonrisa del guerrero.

—Entonces, damisela, ¿por qué decís que soy diferente? —preguntó, apoyando sus codos sobre las rodillas con mirada socarrona.

Mai tardó unos segundos en buscar las palabras.

—Porque me tratáis y me miráis sin recelo —respondió, tratando de

sonreír, sin lograr que la vergüenza quedara prendida en su expresión.

Archie sintió que algo se quebraba en su interior. Asintió, solemne.

—Y decidme, pequeña dama —trató de desviar la conversación—, ¿tendré el honor de conocer vuestro nombre?

—Soy Mai Murray de Aberscross, hermana del laird —se presentó, y antes de que terminara sus ojos miraron alrededor—. Y debo regresar de inmediato al interior, porque a madre no le gusta que ande hablando con los invitados. Mis nodrizas deben de estar buscándome.

—Ha sido un placer, dama Mai. —Archie se levantó e hizo una inclinación de cabeza más ceremonial de lo habitual—. Esta conversación será nuestro secreto: no quisiera que nadie os amonestara por ello.

—Descuidad. Madre se ha quedado en Dunrobin y mis hermanos también son como vos.

Una ceja de Archie se elevó, interrogante. Mai se acercó a él, agachándose mientras miraba hacia los lados para susurrar.

—Diferentes —aclaró, envuelta de misterio.

—¡Oh! ¿También tienen rabos y cuernos? —se mofó el guerrero.

Ella se carcajeó mientras meneaba la cabeza.

—No, dejan que los acompañe y escuchan lo que digo —puntualizó con orgullo.

—Cuando queráis, aquí también tenéis a alguien distinto —le dijo con sinceridad—. Me encantará charlar de nuevo con vos.

—Los McLeod son nobles caballeros —sentenció la niña.

Archie curvó la boca para mostrar dudas.

—No os fieis de todos —le aconsejó, imitando la actitud confidencial—. Demasiados asnos con forma humana lucen tartanes.

La niña levantó una mano para despedirse, recogió sus faldas y echó a correr. Archie observó cómo se alejaba mientras imaginaba a los Murray criando a un ser tan peculiar como Mai. Hasta el momento habían hecho un gran trabajo, algo que admiró de ellos. Cuando creía que la dama Beatagh era una mujer insufrible, superficial y altanera, comenzaba a descubrir que la coraza que había forjado se debía a la necesidad de defender mucho más que su propia naturaleza.

Los siguientes días se sucedieron con el aplomo que trae el otoño. Las labores en el campo llevaban consigo la calma de recoger las últimas

cosechas y los guerreros se entrenaban para mantener sus armas listas y sus cuerpos calientes. En los sótanos se acumulaban provisiones mientras las mozas hacían conservas. De manera esporádica, se escuchaba el sonido de las ruecas mientras las hilanderas del clan avanzaban en sus trabajos para repartir abrigos.

Durante las cenas, Archie e Irvyng fueron agasajados con ricas viandas y energizantes bebidas. Confraternizaban con naturalidad, contentos de encontrar esa sintonía fuera de su propio territorio. Mai los acompañaba a la mesa al igual que lo hacía Beatagh. La castellana, y madre de la familia, había preferido ahorrarse el viaje a Aberscross cuando el plan consistía en volver a recibir al rey.

Una mañana, el obispo Mudy pidió cobijo a los Murray antes de continuar su viaje hacia territorio Sutherland. Se adelantaba a la llegada del soberano con el fin de tener tiempo de visitar a los feligreses. Archie saludó con educación al representante de la Iglesia, pero no se entretuvo en conversar con él. Los McLeod esgrimieron excusas mientras salían. Beatagh entrecerró los ojos al observar la actitud respetuosa pero indiferente que habían mostrado los guerreros. Neil ordenó que se preparara el gran salón para recibir el sermón de Mudy. Mientras Beatagh ayudaba a las sirvientas a distribuir asientos en la gran estancia, preguntó por el paradero de los McLeod.

—Han salido a cazar, mi señora —respondió una joven—. Al parecer, han avistado varios ciervos rojos cerca de aquí.

—¿No estarán presentes en la misa? —preguntó, más para sí que para alguien más.

—Eso parece, mi señora —corroboró la moza, distraída.

Beatagh dio las gracias y decidió ausentarse sin evitar que una sonrisa le bailara en el rostro. Subió a la planta superior para cambiarse de ropa. Ella también se iba de caza. Cubrió su jubón de cuero y sus pantalones de lana con el tartán. Por último, se ajustó una capa corta y, sin que nadie la viera, se escabulló al exterior. Boreal estuvo de acuerdo con Beatagh: tampoco estaba hecho para quedarse quieto mientras escuchaba un soporífero sermón.

Archie e Irvyng le habían tomado la delantera, aunque no tardó en alcanzarlos. El guerrero rubio gruñó al detectar cascos de caballo en la retaguardia; Irvyng poseía un gran oído y era experto en rastreo. Archie

necesitó mirar por encima de su hombro para saber qué había alertado a su compañero. A lo lejos, identificó una melena rojiza volar sobre un caballo negro. Decidieron esperar a Beatagh.

Esta detuvo al equino con las mejillas arreboladas por el frío.

—El obispo Mudy os echará de menos —anunció sin reproches.

—¿Habéis venido a eso? —preguntó Archie con un bufido—. No somos críos para que nos lleven de las orejas.

—No pretendo nada parecido. Solo me sorprende la poca deferencia para con un hombre de la Iglesia. —Beatagh entrecerró sus ojos azules para captar información de los rudos rostros.

El primero en espolear a su montura para seguir su camino fue Irvyng.

—¿Por qué habéis venido, dama Beatagh? —Archie quiso ir al grano.

—Porque necesitaba una excusa para librarme de Mudy. —La respuesta fue contundente—. Siempre que puede me dedica palabras sobre la obediencia y la sumisión que me resultan tediosas. No gozo de muy buena fama.

Beatagh realizó un mohín para mostrar que no le afectaba.

—Entonces, dejad de hablar y vamos a ganarnos los alimentos de la semana.

El McLeod no necesitó saber más, y tampoco le sorprendió que desde el improvisado púlpito se ganara una reprimenda en forma de oración por parte del obispo. Archie sonrió mientras seguía los pasos de Irvyng. Ella no perdió el tiempo y se puso en marcha. Estuvieron varias horas recorriendo las praderas, esquivando el estuario y rastreando huellas. En un momento dado, Irvyng les hizo un gesto para que se acercaran. Había marcas que confirmaban que estaban cerca. Se dividieron para rodear la zona boscosa con la intención de acorralar a los ciervos. El guerrero gruñón desmontó antes de desaparecer con gran sigilo para la corpulencia que poseía. Archie y Beatagh fueron en dirección contraria.

—Así que no sois un devoto feligrés —afirmó Beatagh más que preguntó.

La pelirroja llevaba el arco entre sus manos con una flecha lista para ser disparada. Se movían despacio, atentos a los sonidos mientras se hablaban en susurros.

—No sé por qué os sorprende. Vos tampoco lo sois —contestó Archie, imperturbable.

Las cejas de Beatagh se fruncieron al volver a toparse con una respuesta

bastante esquivas.

—Sabed que me espera una gran amonestación por lo que estoy haciendo —aseguró la Murray—. Suelo cumplir con mis obligaciones eclesiásticas.

—Eso no os hace devota —refutó Archie con la vista puesta en las huellas del suelo.

—Cierto. —Beatagh se carcajeó con ligereza—. ¿Me colgarán por ello?

—Os gusta el riesgo; seguro que sabréis cómo conseguirlo si os lo proponéis. —Archie bufó su respuesta.

—Estoy abierta a sugerencias —aguijoneó Beatagh—. Aunque me resulta más inteligente vuestra postura. Ser pagano y que nadie lo tenga en cuenta.

Archie se giró para mirarla. Ella detectó una sombra en su rostro, pero enseguida se difuminó para mostrar la expresión de indiferencia que solía lucir.

—Ellos saben bien qué opino de ellos —repuso—. Por fortuna, no les resulto peligroso, y tampoco pretendo serlo.

—¿Lo que cuentan sobre lady Aila es cierto? —preguntó Beatagh.

—Y muchos más horrores que no os han relatado. —Su tono fue tan conciso como duro—. Si en algo valoráis vuestra vida, tratad de que no os señalen. Asentid, rezad y fingid que creéis lo que dicen. Tenéis inteligencia suficiente para vivir como os plazca cuando no estén al acecho.

—¿Como escapar de su mirada con la excusa de ir de cacería? —replicó Beatagh muy ufana.

—Proveer de alimentos a la comunidad jamás será censurado. —Archie le guiñó un ojo.

Ella sonrió sin dejar de avanzar con la vista puesta a lo lejos.

—Recurriré a ese pretexto, pues —sopesó Beatagh.

—No lo necesitáis cuando podéis decir la verdad. —Archie logró que girara la cabeza hacia él con la extrañeza pintada en su rostro—. Reconoced que estáis aquí porque os gusta mi compañía.

Beatagh tuvo que hacer grandes esfuerzos por reprimir las carcajadas. Por su parte, él la secundó con una sonrisa acompañada de una mirada enigmática que Beatagh no esperaba recibir. Mucho menos estaba preparada para sentir la calidez que se expandió en su interior.

—¡Válgame Dios! —respondió, ya recuperada—. Os tenéis en alta estima.

—No pronunciéis el nombre de Dios en vano —bromeó Archie.

El ruido de arbustos al moverse los alejó de la conversación. Al unísono se agacharon para continuar avanzando con los cuerpos pegados a la tierra. Archie portaba su ballesta cuando una cierva apareció ante ellos. La seguían dos más. El McLeod levantó dos dedos antes de indicarle a qué presa debía atacar ella. Beatagh asintió; no creía que pudieran atrapar a dos a la vez, pues necesitaban de demasiada compenetración. Volver con aquellas dos piezas suponía todo un logro para el clan, ya que el invierno iba a ser duro y había muchas bocas que alimentar. Podían secar sus carnes, aprovechar su piel y utilizar sus huesos para construir utensilios de todo tipo.

Ambos prepararon sus armas, acompasaron sus respiraciones y pusieron todos sus sentidos en el otro. Ella debía estar atenta al leve movimiento que iba a hacer como advertencia para disparar a la vez. Beatagh, al llevar el arco, necesitaba mantenerse en una posición más elevada que Archie, por ello captó el gesto de cabeza cuando llegó el momento.

La ballesta abatió al primer animal mientras que la flecha de Beatagh no llegó a profundizar y la presa salió huyendo. El McLeod corrió hacia la cierva agonizante seguido por la atenta mirada de Beatagh. Esta contempló cómo Archie se arrodillaba al otro lado de la bestia sin comprender el ritual que llevaba a cabo. Observó la ternura con la que tomaba la cabeza de la cierva mientras escuchabas sus palabras de agradecimiento y contrición.

Archie le dedicó una mirada intensa que Beatagh no esperaba recibir, y comprendió la solemnidad del momento, a pesar de que le resultara ajena. El guerrero extendió las manos para que también participara de la despedida. Ella posó las palmas sobre el pelaje y conectó con la mirada del cérvido. La primera vez que había visto a Archie también se había arrodillado de la misma manera y realizaba la misma ceremonia. En aquel entonces su rabia se había interpuesto y le había impedido comprenderlo.

—Gracias, Madre Naturaleza, por habernos obsequiado con este animal. Os honramos a ti y a su alma. Dejad que el dolor abandone este cuerpo —concluyó Archie.

Beatagh quedó prendida unos momentos de la paz que los rodeaba. El viento se elevó entre los árboles, los pájaros piaron con mayor fuerza y el olor a tierra mojada llenó sus fosas nasales. Al tomar conciencia se dio cuenta de que las grandes manos de Archie seguían sobre las suyas. Los ojos ambarinos se posaron en los suyos en el instante en que sintió cómo una energía jamás conocida anidaba en sus entrañas. Nadie la había

preparado para una emoción así, mucho menos para ser víctima de sensaciones que generaban tibias oleadas en su cuerpo. Aquel hombre comenzaba a atraerla cual llama en un día de invierno.

Nunca había creído que estuviera falta de calor hasta que se encontró con Archie McLeod.

OceanofPDF.com

13

Al regresar a la zona donde pastaban los caballos se encontraron con Irvyng, quien también cargaba con una cierva. Por el lugar de la herida adivinaron que se trataba de la presa de Beatagh. Una vez estuvieron cerca, acomodaron las piezas sobre los caballos.

—Traes la cierva de la dama —constató Archie—. ¿Dónde está tu parte? ¿Acaso has perdido facultades?

Irvyng gruñó de manera despectiva al ajustar las cinchas.

—No, solo dejaba que te lucieras —contestó, con la burla bailándole en su mirada acerada.

Archie frunció el entrecejo tras subirse al bayo; cuando siguió la mirada de Irvyng comprendió a lo que se refería. Enseguida meneó la cabeza para desechar la idea de estar pavoneándose frente a Beatagh. Irvyng, por su parte, rugió la carcajada que vibró en su pecho.

De vuelta a la fortaleza, los tres cazadores atravesaron la entrada principal con cómplice camaradería. Los lugareños habían vuelto a sus labores tras escuchar la misa del obispo Mudy, por lo que encontraron el gran salón con todo en su lugar. En cambio, los presentes los miraron con gesto adusto. El obispo fue el primero en adelantarse.

—Escasean los hombres del Señor en estas tierras para que os permitáis el lujo de ausentaros. Hoy os tenía preparada una letanía... —comenzó a decir Mudy con la vista puesta en Beatagh.

—Perdonadme, obispo —interrumpió Archie—. Somos los responsables de la ausencia de la dama. Necesitábamos que alguien que conociera bien el terreno nos guiara. Prometimos que estaríamos de vuelta a tiempo, pero no pudo ser así.

La Murray cerró la boca, pues iba a explicarse. Sus ojos mostraron la sorpresa causada por la defensa de Archie.

—¿Guiaros a dónde? —preguntó el obispo.

—Hacia los ciervos, mi señor; somos muchos los McLeod, y no queríamos mermar las reservas ahora que está tan cerca el invierno. Fuimos

afortunados: Dios nos obsequió con dos piezas.

Beatagh se había girado para escuchar al guerrero y quedó de espaldas al eclesiástico. Se mordió el labio para refrenar la inminente sonrisa cuando escuchó la referencia a Dios. Archie apenas le dirigió una fugaz mirada.

—¡He ahí el problema de esta muchachita! —alzó la voz Mudy—. Rastreando ciervos, cabalgando con semejante indumentaria, acompañando a fieros guerreros. ¡Es inadmisible!

—Os juro que la dama protestó durante todo el tiempo con angustia por no llegar a tiempo —continuó diciendo Archie—. Mi compañero y yo descubrimos que, ciertamente, es una mujer de gran temperamento. ¡Blasfemó por no poder estar presente en su sermón! Algo inaudito, señor, más viniendo de una dama de su rango. Desde luego, no había visto cosa igual.

La aludida espiró con indignación a pesar de comprender la estrategia del McLeod. Supo que había llegado su turno de palabra.

—Obispo Mudy, no quise ausentarme, y cumpliré con la penitencia que dictaminéis.

Archie carraspeó, divertido con la falsa sumisión de la joven.

—Está bien. Terminaré de tomarme el refrigerio mientras pienso en cómo enderezarte.

El enjuto hombre se volvió hacia la mesa en la que se encontraban sentados Neil y Jean.

—Si me disculpáis, iré a asearme —solicitó Beatagh.

La muchacha escuchó cómo Archie entretenía a Mudy con algún tema. Ella se dirigió al arco de medio punto antes de adentrarse en el pasillo donde se hallaba la escalera que llevaba a la parte superior. En cuanto puso un pie en el primer escalón Neil la tomó del codo para que quedara frente a él.

—¿A qué demonios estás jugando? —Su hermano apretaba la mandíbula para contener su enfado.

—¿A qué te refieres? —Ella frunció el entrecejo mientras se zafaba de las garras del laird.

—No pienses que soy tan necio como para tragarme las excusas del McLeod —le recriminó Neil.

—No hace falta que lo hagas: es a Mudy a quien debe convencer —respondió, altanera.

—¡Basta! No puedes continuar comportándote así. Y menos cuando pronto serás una Sutherland —siseó con el rostro crispado por la frustración—. Sabes bien que es de vital importancia mantener buenas relaciones con la Iglesia, ¿y decides largarte a cazar en una de las escasas visitas del obispo al clan?

Ante estas palabras, Beatagh tomó conciencia de lo que había supuesto su ausencia. Solía ser impulsiva, se guiaba por las ganas de disfrutar del momento sin miedo a represalias. Aun así, no creyó que hubiera generado mal a nadie, aunque le recordaran que cada acto que llevara a cabo tenía consecuencias para su clan.

—Habría esperado este reproche por parte de madre, pero de ti, Neil, jamás —le espetó, decepcionada.

—¿Y cómo no amonestarte, Beatagh? —Los ojos azules de Neil estaban inyectados en sangre—. No puedes seguir comportándote como una moza cualquiera. Debes darte cuenta de que hay unas normas que cumplir, y todo lo que se espera de ti es que obedezcas. Yo mismo he tenido que ajustarme a mi cargo.

—Ahora me percató de mi falta, hermano. —A pesar de su disculpa, el orgullo marcaba su gesto—. Quédate tranquilo: pronto subiré al altar como ofrenda a los Sutherland y ya no tendrás que preocuparte por que ensucie nuestro nombre. Seré la carga de ellos.

—Mírate, tan soberbia como siempre. —La señaló—. ¿Es que no puedes mostrarte como el resto?

—Padre jamás me vio como el resto, nunca me trató como a otras damas y mucho menos me exigió que me comportara como ellas —le recordó con dignidad; el recuerdo del cabeza de familia hizo mella en Neil—. Seguiré siendo como soy, pues así honraré su memoria. ¿Y tú, hermano? ¿Crees que mantienes el equilibrio entre ser un clan sept y un clan esclavo? Por tus palabras más bien parece que estás condenado a lamer sus botas.

—¡Beatagh Murray! —Neil la tomó del brazo y alzó la mano libre para abofetearla.

—¡Neil, no! —La voz de Mai detuvo al laird.

Ambos buscaron a la niña, que se situaba en lo alto de la escalera. Bajó los escalones protestando, confusa, como cada vez que presenciaba un acto violento.

—No, no, eso está mal, así no, no puede ser —murmuraba mientras se

interponía entre los dos—. Las armas se alzan contra el enemigo. Beatagh es nuestra hermana. ¡Neil! Eres el jefe del clan, debes protegerla.

—Lo siento, Mai, no debiste presenciar nuestra disputa —se disculpó, no sin mirar con fiereza a Beatagh.

Neil tomó de la cabeza a Mai para acercarla a su corazón. Su pureza y la sencillez con la que veía el mundo solían dejarlo sin palabras. Beatagh siempre había sabido que la sensibilidad de la que carecía ella la había tomado por completo su hermana menor. Trató de calmarla, pues desde la muerte del progenitor solía asustarse con más frecuencia de la habitual. El equilibrio familiar era importante para ella. Al percibir la tensión, comenzó a llorar.

—Todo está bien, pequeña —la consoló Beatagh—. Me he metido en líos otra vez y Neil me lo está haciendo ver.

—Daos la mano como señal de paz y armonía —ordenó Mai, imitando el tono reverencial de la castellana.

Beatagh puso los ojos en blanco y Neil sonrió.

—Mai, la influencia de madre sobre ti logra asustarme —comentó la pelirroja.

—Quizá deberías contagiarte de su sensatez —sugirió el laird.

—Tendríais una vida demasiado anodina. —Beatagh chascó la lengua, desechando esa idea.

Se volvió para continuar con su camino, pero algo la detuvo. Acortó distancias antes de lanzarse al cuello de su hermano. El abrazo fue tan fuerte como breve, pero ambos pudieron sonreírse, contentos de mantener unos lazos fraternales como los que poseían.

14

Beatagh llegó a sus aposentos seguida de Mai. Una vez estuvo en el interior, comenzó a deshacerse de la capa y del jubón de cuero. Por su parte, Mai se mantuvo danzarina, como siempre hacía. Tocó la esquina de la chimenea, botó sobre el lecho de cuatro postes varias veces y terminó por acercarse a la ventana ojival. Allí decidió caer sobre los cojines colocados sobre el saliente del alfeizar.

—Estoy enamorada —confesó.

—Lo sé, querida, hace tiempo que sabemos que bebes los vientos por Alexander Sutherland —respondió Beatagh, centrada en el cinturón que sostenía la funda con varias armas.

—¡No! Ya no amo a Alexander: hay otro hombre —refutó, afectada.

Beatagh disimuló una sonrisa. Por más que Mai se esforzara en cumplir con el rigor que se le pedía a una dama y se empleara en pronunciar con corrección las palabras, su rostro tan peculiar y su mente tan limpia dejaban claro que estaba muy lejos de eso. Particularidad que prefería Beatagh a las demás, pues Mai era puro corazón, y no deseaba que la doblegaran.

—¡Es Archie McLeod! —terminó por exclamar, ya que su hermana no preguntaba.

—¿De veras? —preguntó, divertida, aunque con la curiosidad bailándole en las entrañas—. ¿Qué ha hecho ese McLeod para desplazar a Alexander?

—Oh, es que él es un caballero. Alexander también, pero no posee el humor de Archie —se explicó Mai.

—Veo que hablas con conocimiento —respondió Beatagh, solemne.

—Sí, él me deja que lo acompañe cada vez que las nodrizas me lo permiten —comentó Mai con su mirada puesta en algún punto de su recuerdo—. Ha declarado que le gusta mi compañía, Beatagh.

—Desde luego, es un rasgo de su carácter que lo hace buen hombre —aceptó la pelirroja.

—Y no solo eso: es amable con todos, ayuda a los aldeanos con sus cabañas, lleva a cabo duros adiestramientos, participa en la descarga de

sacos con provisiones y al anochecer no se olvida de revisar que los caballos estén bien surtidos de heno —añadió Mai.

—Tanta perfección es soporífera —bromeó Beatagh. Ante el resentimiento que observó en la mirada de la pequeña añadió—: Debe de haber algo que no te agrade de ese McLeod.

—¡Nada! Ya he declarado que estoy enamorada —contestó con vehemencia.

Beatagh se encogió de hombros, pues no deseaba importunarla más, y se acercó a un gran arcón vestida con la camisola interior. De reojo vigilaba a su hermana menor, que se había quedado pensativa. Cuando se disponía a sacudir el vestido de terciopelo verde que iba a ponerse, escuchó que decía:

—En fin, sí que hay algo que no me agrada de Archie —musitó apesadumbrada mientras chocaba las puntas de sus chapines—. Aunque esto que voy a decir no hace que lo ame menos —advirtió tras levantar un dedo.

—Jamás —aseguró Beatagh—. Neil no me soporta y desearía cambiar muchas cosas en mí, pero no por eso me ama menos.

Mai sonrió al comprender los entresijos del amor.

—Cierto —aceptó—. Pues bien, lo que no soporto de Archie es que nunca se detiene. ¡No puedo mantener su ritmo! Termino exhausta —comenzó a quejarse con sus cejas rubias unidas por la agonía—. Todo el día anda de un lado a otro, haciendo suyas las tareas de los demás. Pero no solo eso...

—¿Hay más? —Beatagh fingió sorpresa, cuando deseaba lanzar una carcajada—. Vaya, el semidiós cada vez se vuelve más humano.

—No lo niego: lo amo, pero tampoco me gusta ver cómo se deshace en atenciones con las sirvientas —añadió, compungida.

—No puedo creerlo. ¿Y no le has dicho nada al respecto? —Beatagh comenzó a tomar en serio la conversación, y aquel apunte hizo que un aguijonazo provocara que algo saltara en su interior.

—¡A ellas, sin dudarlo! —Mai se cruzó de brazos con el mentón en alto.

—No, Mai, debes corregir ese tipo de galantería a quien la ofrece —decidió amonestarla, y la sonrisa volvió a su rostro al imaginar a Mai abroncando a las mozas de cocina—. Es Archie McLeod quien debe dejar a las muchachas en paz.

—No lo entiendes. —Mai trató de defender a su caballero—. Él es amable, va en su naturaleza, no puede evitarlo. En cambio, esas mozuelas

no hacen más que buscar excusas... —Mai se dispuso a enumerar cada argumento con los dedos mientras utilizaba un tono desdeñoso—. Que si no puedo con los baldes de agua, que si me ayudas a buscar los huevos que han puesto las gallinas para adelantar mis tareas, que si prueba esta sopa por si le falta algún condimento... Ayer tarde acompañó a Firtha a la cabaña de su abuela.

—Lamento decirte que, si ambas partes están de acuerdo en ser amables con el otro, no hay nada que recriminar —explicó Beatagh, asombrada con las hazañas domésticas del guerrero—. ¿Y cómo sabes que fue a ver a la señora Eppie si vive al otro lado de la muralla?

—Pues porque los acompañé en tal quehacer —respondió, rotunda.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó Beatagh por la anciana.

—Vieja —dijo sin dudar con una mueca en la boca— y triste. Se siente muy sola. Me gustó conversar con ella. Bueno, me agradó sentir que todos estaban contentos con mi presencia allí. Prometí a Eppie que la visitaría más a menudo. ¿Y sabes qué? —Beatagh negó con la cabeza—. Se alegró por ello.

—Cómo no hacerlo —replicó la pelirroja con ternura.

Y, sin más, Mai se levantó para ayudarla con los cordones que cerraban la sobreveste de Beatagh. Esta, por su parte, se conmovió con el relato de Mai. Desde luego, el McLeod era un hombre muy particular. Tanto que hasta Mai había captado esta cualidad. Una idea venció al resto en su mente. Archie McLeod no solo había robado el corazón de su hermana, sino que también había ablandado el suyo.

15

Beatagh, confundida por la familiaridad con la que sus gentes trataban a Archie, decidió pasear por el camino de ronda que bordeaba el acantilado. De alguna manera, deseaba que el furioso viento alejara las vivencias de las últimas semanas. A pesar de su fuerte carácter, el intento de violación del McDonald había hecho mella en ella. Además, se sumaba su preocupación por el enlace matrimonial que iba a celebrarse en primavera. No deseaba a John Sutherland, no estaba segura de poder aceptar sus atenciones y mucho menos de doblegar su voluntad en favor de un clan.

Centrada en sus pensamientos, avanzó con la cabeza cubierta por la capucha de piel. Su campo de visión se había reducido, por lo que se acercó sin apreciar lo que ocurría más allá. Antes de llegar a la almena sur, detectó la presencia de alguien. Una risilla flotó hacia ella. Enseguida la reconoció como la de Jean. Beatagh se preguntaba qué había de su interés en aquella zona cuando la espalda de Neil tapó la visión de su amiga. La pareja se protegía de las ráfagas que provenían del mar mientras hacían de aquel habitáculo un íntimo refugio. La pelirroja contempló a los amantes furtivos sin poder creer lo que veía. Neil y Jean se besaban con ardor. Aquel descubrimiento forzó que se alejara con cautela. No quería verse obligada a hacer preguntas.

En cambio, mientras volvía sobre sus pasos, recordó cómo Aila Mackenzie había instado a su amiga a declarar su amor. La hechicera adivinó lo que jamás había percibido ella en años de convivencia. Su querida amiga estaba enamorada de su hermano y este le correspondía. Era una historia truncada, pues el laird Sutherland jamás iba a permitir una alianza de esa índole. Entre otras cosas, porque Jean ya estaba prometida a los Dunbar. Sonrió con pesar, consciente de que era la guardiana de su secreto. Permitiría que la pareja exprimiese el tiempo que tuvieran para estar juntos. Sabía que no existía nada más hermoso que el amor entre dos personas.

Por más ruda que se mostrara en su interior, escondía a una mujer con

ganas de ser amada de la misma manera que había visto en ellos. Beatagh comprobó que no era la única que sacrificaba su existencia por un clan. Todos, en mayor o menor medida, dejaban a un lado sus sentimientos y deseos para forjar una red de relaciones fuertes que mantuviera la estabilidad en aquellas tierras del norte.

OceanofPDF.com

16

John Sutherland deseaba ver a Beatagh, la urgencia era más que una necesidad. Por ello, a pocos días de que el monarca volviera de su periplo por las Islas Orcadas, encontró la excusa perfecta para cabalgar hasta territorio Murray. Decidió que iba a escoltar a su hermana Jean a su vuelta a Dunrobin. Él y su hermano Robert iban a formar parte del séquito que habría de esperar en el puerto el regreso del rey Jacobo. En vez de mantenerse ocioso entre los muros de su fortaleza, decidió que bien podía visitar a sus vecinos y amigos. Su padre no objetó nada en contra.

Neil Murray ofreció un gran banquete a sus invitados, agradecido por la deferencia Sutherland. Por aquella época, con el invierno cada vez más próximo, la noche aparecía antes de lo deseado. La oscuridad los obligaba a detener sus actividades y resguardarse del frío. Eso obligó a servir la cena con antelación. Todos los asistentes ocuparon su lugar en las mesas colocadas en forma de u. En la parte central, el laird Murray presidía la velada, con John a su derecha y el obispo a su izquierda. Junto al representante de la Iglesia se situaba Jean, por lo que Beatagh tomó asiento al lado de su prometido. Mai había solicitado sentarse junto a su amor platónico. Archie estaba ubicado en uno de los laterales; el guerrero daba buena cuenta de la comida junto a sus hombres. Desde su posición podía contemplar a Beatagh mientras conversaba con John.

Ella, por su parte, había estado atenta a Irvyng, pues Mai se había instalado entre él y Archie. Aquel malhumorado McLeod podía herir los sentimientos de su hermana pequeña, y no estaba dispuesta a tolerarlo. Por ello, miraba de soslayo hacia el grupo mientras desmenuzaba la carne que tenía delante. Aceptaba la conversación, y la bebida que John insistía en servirle, sin dejar de captar lo que acontecía al otro lado del salón. Irvyng se dirigía a Mai con el semblante de siempre. Sus facciones no se suavizaron al relatarle lo que fuera que le decía, pero esto no pareció importunar a la niña, que escuchaba con atención. En el instante en el que captó su risilla, Beatagh calmó su inquietud. Enseguida se esfumaron las reservas que tenía

hacia el guerrero. Irvyng había logrado penetrar en el círculo de personas de fiar que había creado la Murray. Sonrió y, antes de que apartara la vista, sus ojos se cruzaron con los de Archie.

Se sintió descubierta, pues el McLeod dirigió su mirada hacia Mai e Irvyng. Él asintió para enviarle sensación de seguridad. No pudo realizar más gestos, ya que tuvo que prestar atención a la niña, que tiraba de su manga. Al parecer, su amigo de la infancia se había empeñado en relatarle todas las vergonzosas vivencias de cuando era un infante. Ella quería que refutara o confesara las anécdotas de Irvyng.

La noche transcurrió animada. Pronto aparecieron los tambores y gaitas para alargar la velada. El hidromiel y el whisky regaron las gargantas de todos, en especial la de Beatagh. Por alguna extraña razón, Archie había detectado el interés del Sutherland en que la muchacha se saciara. La desconfianza se instaló en su columna vertebral, y por más que deseara alejar sus pensamientos de la pareja algo lo impedía. En un momento dado, captó en la pelirroja cierta incomodidad. Su espalda se había erguido más de lo normal y su rictus se había tensado. Buscó señales para tal cambio hasta que halló el brazo del prometido debajo de la mesa. Estaba vuelto hacia ella y había dejado caer su mano sobre el muslo de la joven.

Una fuerte sensación golpeó en la boca del estómago de Archie. En su mente se instauró la certeza de que John no era un buen hombre para la Murray. Desde fuera podían apreciarse la gallardía del Sutherland y la arrogancia de Beatagh; cualidades que hacían que formaran una buena pareja. En cambio, había algo que le desagradaba en su unión. Trató de sacudirse semejantes elucubraciones, pero él era el único que conocía la herida que guardaba Beatagh. Sin necesitar escucharlo de su boca, sabía que aborrecía su contacto. A su mente llegó, cual fogonazo, la sensación de tenerla entre sus brazos. Ella se había aferrado a él y desde entonces una complicidad había crecido entre ellos.

Mientras Archie luchaba contra sus emociones, Beatagh aceptaba una nueva copa llena de hidromiel.

—John, sé qué tramáis. —La joven entrecerró sus ojos achispados—. Deseáis emborracharme para nublarne el juicio.

—¿Y con qué fin querría hacer algo así? —El aludido sonrió, seductor.

—Para satisfacer oscuros deseos que el obispo Mudy condenaría al no haber contraído matrimonio —le recriminó ella.

—Sois astuta y no os andáis con rodeos —se deleitó John.

—Demasiados años de amistad para que no lo supierais. —Beatagh dio un buen trago.

—Veo que, aun sospechando de tan innobles pretensiones, no evitáis beber.

John apoyó un codo en la mesa para girarse hacia ella y posó la otra mano sobre la falda de la joven. Ella disimuló el sobresalto al sonreír con suficiencia.

—Bebo porque las Murray no sucumbimos con facilidad al hidromiel —respondió muy ufana.

—¡Moza! —John se giró para llamar la atención de una sirvienta, enarcando las cejas de manera cómica—. ¡Traed *wisge-beatha*!

Ambos rieron. Beatagh tomó la mano que la perturbaba y la posó sobre la mesa como si apartara una molesta pelusa de su vestido. La pelirroja se acercó con sobrada confianza y sonrisa embaucadora.

—Por cada sorbo de *wisge-beatha* que tome, vos tomaréis otro —le propuso—. Antes de que logréis vuestro propósito, habréis caído en la inconsciencia. Y no estaré en condiciones de poder socorremos. Os dejaré con vuestra ebriedad y vuestros deseos truncados hasta que el sol aparezca.

—Disfrutáis con la tortura —respondió John, bebiendo un trago del whisky que habían servido en una jarra frente a ellos—. ¿Por qué esperar a la primavera? Nuestro compromiso está firmado.

—Porque, hasta ese momento, seguiré siendo una Murray, y deseo disfrutar de lo que queda de mi libertad. —Ella hizo una mueca al mismo tiempo que palmeaba la mejilla de John.

—¿Tan lúgubre veis vuestro futuro a mi lado? —Sutherland comprendió por primera vez que él no era la mejor opción para ella. Su ego se sintió atacado, pues jamás había imaginado que Beatagh no estuviera contenta por desposarse con él.

—¿Hay libertad en un matrimonio? —preguntó a su vez; tomó la jarra y dio un sorbo.

John se desplomó en su asiento con los efluvios del alcohol revolviendo sus pensamientos. Jean se había acercado a ellos impidiendo que pudiera continuar.

—¡Eh! ¿Por qué no sacas a tu prometida a bailar? —le recriminó a su hermano con un golpe en el hombro.

—Porque no deseo enturbiar su libertad con mis atenciones —respondió, lacónico.

Beatagh se carcajeó al comprobar cómo había afectado su sinceridad a John. Se apiadó de él.

—Venid; estaré encantada de danzar con mi prometido —declaró mientras se levantaba y tironeaba de su brazo—. Como Murray, me enfrento a mis enemigos, me acompaña la fortuna y vuelvo con mis prisioneros.

Beatagh recitó el lema del clan.

—¿Seré yo vuestro prisionero? —Se levantó con una sonrisa cargada de promesas—. Debo confesar que me gusta la idea. Dancemos hoy, que la primavera se ha vuelto prometedora.

Y Beatagh bailó con John Sutherland, como también lo hizo con Archie. El McLeod llevaba tiempo zigzagueando frente a la gran chimenea mientras se enganchaba a los codos de las damas que se cruzaban con él. No tardó en llegar hasta Beatagh, quien sonrió al reconocerlo. Ella saltó para tomar sus manos y continuar con el frenético ritmo que imponía la música. Por más fanfarronería que hubiera mostrado, su cuerpo comenzaba a mostrar los efectos del alcohol. En ese estado fue consciente de cómo se encendía ante el contacto de Archie y cómo permanecía inerte en otras manos.

En un momento dado, necesitó tomarse un descanso. La cabeza le daba vueltas cuando logró sentarse junto a Jean. Su amiga, con las mejillas arreboladas, la recibió con una sonrisa.

—Se os ve feliz junto a John —comentó Jean—. Formáis una pareja envidiable.

Beatagh se sorprendió de lo errada que estaba. Antes de contestar, recordó que ella tampoco había detectado las señales que indicaban un amor incipiente entre ella y Neil. Recorrió el gran salón con la mirada y no encontró rastro de su hermano. Sabía que Jean esperaba el momento adecuado para reunirse con su amante.

—Eso me recuerda que debéis de estar agotada. —Jean frunció el ceño sin comprender nada—. Id a descansar. Yo no tardaré en hacer lo mismo.

—¿Por qué decís...? —La muchacha se inquietó al instante.

—Porque he notado en vuestro rostro signos de desear estar lejos de aquí. —La voz surgió pastosa y con una cadencia propia de haber abusado del whisky.

—¿Y no deseáis retiraros vos también? —Jean estaba preocupada por

ella. Cuando se mostraba socarrona solía meterse en líos.

—¡Oh, no! No quisiera importunaros. —La risilla que siguió a sus palabras desconcertó aún más a la Sutherland—. Idos, querida. No esperéis más.

Jean así lo hizo, pero sin dejar de sopesar el mensaje velado que escondían sus enigmáticas palabras. Por un momento pensó que podía haberse enterado de su idilio con Neil, pero pronto desechó esa idea, pues Beatagh solía ser más directa. La pelirroja de mejillas arreboladas, ojos vidriosos y sonrisa pesarosa contempló cómo su amiga atravesaba el arco. Segundos más tarde, captó la mirada lujuriosa de John posada en ella. Sus sentidos se pusieron en alerta. Decidió rodear el lado contrario a donde se hallaba su prometido. A medida que avanzaba, daba conversación a cualquiera que se cruzara en su camino. Trataba de acercarse a la salida sin darle opción a que la siguiera. Debía vigilar a John de manera sutil para desaparecer antes de que decidiera ir tras ella.

Se hallaba a unos metros de su propósito cuando observó cómo John enfilaba los pasos en su dirección. No supo si por casualidad o no, pero Irvyng se interpuso en su camino. Aliviada, se adentró en el pasillo. Su mente permitió que evaluara la situación y la posibilidad de que John se presentara ante su puerta. Por ello, decidió ir en sentido contrario para hacer tiempo. Se dijo que lo conveniente era esconderse hasta que se cansara de buscarla. La idea de refugiarse en las caballerizas pasó por su mente, pero fue desechada tras recordar el último incidente. Se recogió las faldas mientras ascendía con los sentidos puestos en ruidos o movimientos a su espalda. Se introdujo en el corredor de la planta superior a gran velocidad. La sorpresa llegó cuando chocó contra la dura espalda de Archie.

—¿Os habéis perdido? —preguntó el guerrero.

—Me dirigía a mis aposentos. —Beatagh sonrió al mismo tiempo que alejaba varios mechones de su cara. Su instinto la llevó a mirar por encima de su hombro, pendiente de la aparición de John.

—Vuestras estancias se encuentran en la planta inferior y al otro lado de la torre. —Archie, también achispado, dio la explicación como si ella fuera dura de entendederas.

—¡Oh! He subido más peldaños de los que creía —bufó Beatagh en su intento por disimular.

Y, sin saber la razón, se sintió a salvo en aquella penumbra, alejada de

todos y cerca de Archie. El pasillo era estrecho, iluminado por pequeñas antorchas. El ambiente resultaba acogedor. Archie, por su parte, se cruzó de brazos mientras se apoyaba contra el muro, divertido ante la camaradería que mostraba la muchacha. Pasaron largos segundos durante los cuales se miraron sin reparos, con sendas sonrisas pintadas en el rostro.

—¿Puedo ayudaros en algo? —Él enarcó las cejas con su pregunta.

Archie fue el primero en evidenciar la extraña situación que se estaba desarrollando. Ella se encogió de hombros. Volvió a mirar en derredor para convencerse de que a su prometido no se le ocurría pasar por allí.

—No, solo deseo estar unos momentos... —Beatagh se expresó con lentitud, pues le resultaba difícil aclarar sus ideas al estar ebria. Tardó en hallar las palabras, movió sus manos para enfatizarlas— en esta área.

Archie se guardó una carcajada.

—Está bien; es vuestro castillo, podéis custodiar las zonas que gustéis. —Y con una reverencia se volvió para llegar hasta sus aposentos—. Buenas noches, dama Beatagh.

Ella dio un paso hacia él. Algo la instó a mantenerse junto al McLeod.

—Esperad. —La joven titubeó cuando los intensos ojos ambarinos de Archie se posaron en ella—. Gracias. —Él levantó una ceja interrogante—. Por cuidar de Mai durante estos días —dijo a duras penas, pues enseguida percibió el aura poderosa que emanaba Archie.

Se dio cuenta de su espalda ancha, de la manera en la que se erguía frente a ella, de los reflejos dorados que la pequeña antorcha resaltaba en su cabello. Su mentón fuerte cubierto por la barba incipiente atraía su atención. Su boca ancha le resultó demasiado sensual. Tuvo que parpadear para alejar los efectos que creyó que el whisky estaba produciendo en ella. Aquel hombre comenzaba a resultarle demasiado perturbador.

—No hay de qué. Yo no he sido su guardián, al contrario: vuestra hermana se ha encargado de mi bienestar —contestó Archie.

—Eso no es lo que ha llegado a mis oídos —respondió, divertida. Dio varios pasos en su dirección—. Además, sabéis a lo que me refiero.

—Comprendo. —El hombre volvió a analizar sus palabras—. Despierta mi curiosidad qué os han contado.

—Vuestras grandes labores con los Murray —respondió atraída cual imán—, en especial, con las féminas.

Archie echó para atrás su cabeza para lanzar una carcajada. Aquel gesto

encantó a Beatagh. No solo le divertían los rumores, sino también el mohín seductor que realizó la muchacha. La ebriedad en ella era patente, pero asimismo reparó en otras sutilezas. La melena rojiza flotaba alrededor de sus hombros, el contorno de su pecho se movía al ritmo de la respiración que se normalizaba tras haber subido las escaleras, la tez blanca del escote prometía suavidad y sus ojos azules ahondaban en él sin compasión. Deseaba tomarla y besar sus labios; el resto de mozas no le eran la mitad de atrayentes que ella.

—Parece relevante esta última apreciación —repuso Archie.

—Sí, habéis causado una grata impresión. —Beatagh enarcó las cejas.

—¿A todas sin excepción? —El guerrero entró en el juego.

—A algunas más que a otras. —El orgullo de la Murray salió a relucir: no iba a confesar su incipiente interés en él.

—Eso me temía —se quejó Archie tras realizar una mueca.

Su cuerpo comenzaba a responder a la proximidad de la joven.

—Me pregunto qué poseéis para suscitar tal atracción. —Beatagh había ladeado la cabeza para expresar sus ideas.

—No estáis en disposición de averiguarlo. —Archie se relamió al imaginarse abordando aquella sensual boca.

—Me retáis, McLeod. —Ella sonrió, desafiante.

—No, solo planteo un hecho —respondió, conciso, con un brillo juguetón en su mirada.

El guerrero pensó que si Beatagh daba un paso más sus torsos iban a rozarse. Archie se mantuvo en la misma posición. No deseaba moverse para no espantar a la dama que instintivamente se aproximaba a él. Dejó caer su hombro sobre la piedra para contenerse. La presión que ejercía contra el muro no era suficiente para alejar la tentación de capturar a la dama entre sus brazos.

—No sabéis con quién estáis hablando —advirtió Beatagh con sobrada confianza.

—Me suenan esas palabras —se mofó Archie—. Las usáis a menudo.

—Solo con vos, que os empeñáis en olvidarlas.

Ella agachó la cabeza al reírse. Su perfume llenó las fosas nasales del guerrero y su cabello rozó su mentón. Aquella mujer se lo estaba poniendo difícil. Sabía que jugaba con él, pero no estaba seguro de hasta dónde quería llegar.

—Me temo que no es fácil olvidar cualquier cosa que provenga de vos. — Archie habló con la voz ronca por el deseo contenido.

El tono utilizado, junto a su cercanía, logró que Beatagh enmudeciera durante un momento. La muchacha acarició el duro rostro con la mirada. Estaba demasiado ebria para abrirle paso a la razón. Aquella que solía ausentarse cuando su apasionada naturaleza aparecía. Y en aquel momento no sabía bien qué la llevaba a ello, pero su cuerpo le rogaba en forma de cálidas oleadas que probara su sabor.

—Entonces, me siento en la obligación de grabároslo en el recuerdo — musitó, enajenada por la ráfaga de emociones que la llenaban por dentro.

Se puso de puntillas, agarró el plaid del guerrero y atrapó sus seductores labios. El beso fue correspondido tras haberse recuperado de la sorpresa. Archie jamás creyó que la indómita mujer llegara a besarlo. Siempre había azuzado a la muchacha consciente de que se trataba de un coqueteo sin importancia. Aquella noche, en aquel oscuro pasillo de la tercera planta de Aberscross, algo prendió en ellos. Unas llamaradas urgieron a sus lenguas a arrasar la del otro, con la tranquila confianza que posee el fuego una vez está encendido. Sin darse prisa, dejando que el calor avanzara sin sopesar las marcas que iban a dejar las brasas. Ambos alargaron los ardientes segundos llenando su interior con las placenteras sensaciones que generaba el contacto.

Archie no tardó en atraer la cintura de Beatagh hacia él y mantener aquella inverosímil realidad el mayor tiempo posible entre sus manos. Le resultaba tan inconcebible besar a Beatagh Murray que las alarmas golpearon sus aturridos sentidos. La mujer, confusa, sintió frío cuando se alejó de ella. Los ojos color ámbar de Archie mantenían la flama de la pasión, pero sus palabras mostraron algo muy distinto.

—Gracias. Estoy seguro de que no olvidaré tan valiosa lección.

Ella frunció el ceño.

—¿Os vais? —preguntó, desamparada, cuando el McLeod le dio la espalda—. ¿Tal es vuestro desprecio?

Cuando Archie se colocó de medio lado percibió el anhelo en la mirada azul. Sin poder evitarlo, volvió sobre sus pasos con lentitud, se detuvo ante ella y tomó un mechón pelirrojo para acariciarlo.

—¿Qué queréis de mí, dama Beatagh? —preguntó con la vista puesta en su cabello.

—No lo sé bien. —Ella pestañeó, aturdida—. Me siento acorralada. Tengo la imperiosa necesidad de salir huyendo. Mi vida no parece pertenecerme, la libertad que creía poseer se está esfumando. Pronto, invisibles cadenas rodearán mi cuello. Y vos... —Ella levantó la comisura de los labios—. Vos sois fruto prohibido.

—Parecéis un zorro atrapado en una trampa. —Las palabras tenían más sentido para Archie que para ella. Beatagh lo atribuyó al alcohol.

—¿Archie? —pronunció su nombre como ruego.

El McLeod inspiró hondo antes de alejarse.

—Buenas noches, dama Beatagh.

—¿Por qué os despedís? —Sentirse dos veces rechazada sacó a relucir su mal genio.

Las cejas ceñudas divirtieron al guerrero.

—Porque estáis ebria. —La autosuficiencia que mostró indignó aún más a la Murray.

—¿Cómo osáis...? —comenzó a escupir Beatagh con un profundo dolor en su pecho. El bochorno era algo desconocido para ella.

—Al contrario que otros hombres, yo deseo estar seguro de lo que una mujer está dispuesta a darme —le advirtió Archie.

Beatagh enmudeció al comprender que el McLeod se había dado cuenta de las argucias de John.

—Venid a buscarme mañana cuando tengáis la cabeza despejada. —Archie la recorrió con la mirada, sintiéndose estúpido por no tomar lo que le ofrecían con tal sinceridad.

—¿Y también deberé rogar penitencia a Mudy? —rezongó Beatagh, cruzándose de brazos.

—No pretendo ofenderos; os juro que me cuesta más a mí esta decisión de lo que puede afectaros a vos. —Archie sonrió de medio lado, incapaz de creer que estuviera batiéndose en retirada.

—¿No creeréis que, cuando despierte, estaré deseosa de ir a buscaros? —Era tal la petulancia de Beatagh que Archie tuvo que sonreír.

—A eso me refiero: es posible que os arrepintáis —le recordó; esa vez disfrutó al darle una lección.

—No, McLeod —Beatagh meneó la cabeza con cínica diversión ante la inadmisble conversación—; si tanto decís que esto lo hacéis por tener un honorable comportamiento, seréis vos quien vendréis a mí. Así podréis

comprobar si esta temeridad se debe al efecto del *uisge-beatha* o a que estáis ante una mujer demasiado osada.

Archie ensanchó una sonrisa. Adoraba observar los cambios repentinos que se producían en aquella mujer. Podía pasar del lamento a la arrogancia en un parpadeo. Él había mirado más allá de su escudo, y ya no era capaz de engañarlo con sus apariencias. Esa verdad quedó patente sin necesitar palabras.

Beatagh, sintiéndose descubierta, le dio la espalda y se dirigió a la escalera, dejando que su despedida flotara tras ella.

—Buenas noches, McLeod.

Y fue Archie quien se quedó de pie en el largo pasillo mientras su mirada seguía el movimiento de unas sugerentes caderas. Rogó a los dioses que le otorgaran la fuerza suficiente para no terminar suplicando las caricias de Beatagh Murray. De lo contrario, estaba seguro de que iba a perder la cordura.

Ambos habían traspasado los límites. Él era un capitán y ella la futura esposa de un noble. Las barreras que habían cruzado podían acarrearles serias consecuencias. Pero, por alguna extraña razón, a ella no parecía importarle, y él estaba dispuesto a transitar el averno por volver a poseer su boca.

17

Despuntaba el alba cuando Mai entró en sus aposentos, descorrió las cortinas de su cama y saltó sobre el lecho.

—¡Buen día, hermana! Hoy tenemos arenques para desayunar. —Mai comenzó con su cháchara sin darles importancia a los quejidos de Beatagh—. Marcail vuelve a tener dolores en el bajo vientre y Senga la ha sustituido. Effie se ha retrasado en sus labores y la cocinera ha vuelto a mencionar sus escapadas nocturnas con Rae. Dijo que le daría unos azotes si seguía así.

—Mmmfff —fue el resoplido que surgió de debajo de las mantas como respuesta.

Mai, ajena a la resaca de su hermana, continuó dando el parte de la mañana.

—¡Ah, y los McLeod han estrechado lazos con nuestros hombres! —quiso recalcar—. Aunque tengan modales un tanto rudos, y a primera vista puedan parecer enfadados, hoy aparecieron con las barbas y los cabellos mojados tras retarse a darse un baño en el mar. ¿Puedes imaginarlo? ¡Las aguas están gélidas y las corrientes son muy fuertes! Eso demuestra la fortaleza de nuestros guerreros. Y de los McLeod, también, por supuesto. ¡Archie por encima de todos ellos!

Mai parpadeó al no ser interrumpida por Beatagh, quien se mantenía quieta y gruñía cada poco.

—¿Has enfermado? —preguntó tras dar los buenos días y comentar los movimientos del servicio y los guerreros, como tenía por costumbre—. No es propio de ti holgazanear.

Beatagh emitió otro lamento. El dolor de cabeza apenas le permitía hilar un pensamiento con otro. La joven volvió a gemir cuando Mai tironeó de las mantas.

—¡Beatagh! —insistió—. Debemos prepararnos. Mañana partiremos hacia Dunrobin.

—Lo sé —respondió contra la almohada.

—Me llevarás contigo, ¿verdad? ¿Recuerdas eso también? —insistió Mai.

—Sí, querida, vendrás conmigo tal y como prometí —corroboró.

—Estoy tan ilusionada con el viaje... ¡Podré conocer a nuestro rey! —exclamó, extasiada.

—Mmm... —Un sonido gutural surgió de la pelirroja, que trataba de apartarse el cabello de su rostro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mai con preocupación.

—Me siento indisputada, hermana. ¿Podrías ir a las cocinas a por una tisana? —rogó más que preguntó.

Los ojos celestes de Mai se abrieron por la sorpresa. No estaba acostumbrada a ver en tal mal estado a Beatagh, y de inmediato comprendió que sus palabras eran sinceras. El color amarillento de su piel mostraba el malestar que sufría. En cuanto la pequeña se alejó, ella consiguió erguirse y posar los pies sobre la madera del suelo. Se acercó al aguamanil para aliviar la tensión de sus sienes con agua fresca. Era tal la sed que tenía que optó por beber de la jarra. Tras unos segundos, su mente comenzó a evocar todo lo sucedido la noche anterior. Cuando su caprichosa memoria le devolvió el recuerdo de su encuentro con Archie, sus mejillas recobraron el color de pura vergüenza.

—Oh, Dios mío, ¿¡qué he hecho!?! —aulló en un sollozo.

No supo cómo había sido capaz de mostrarse tan osada. Se estremeció de solo pensar en que iba a tener que enfrentarse a aquel hombre perturbador, que iba a estar encantado de mofarse de ella. A lo largo de su vida había recopilado hazañas bochornosas, pero nunca nada parecido. Su orgullo se resentía al rememorar sus exigencias. Su trasero golpeó el lecho cuando se dejó caer sobre él mientras su mirada quedaba colgada en sus mortificados pensamientos. El dolor de cabeza por la ingesta de alcohol quedó en segundo plano.

Tardó mucho más de lo normal en asearse y vestirse para afrontar el nuevo día. Era la encargada de la organización del viaje en cuanto a provisiones, soldados, armas y jamelgos. Dio un suspiro cuando comprobó que apenas había invitados sentados a la mesa del desayuno. Su espalda se tensaba cada vez que escuchaba pasos a su espalda o alguien mencionaba a algún McLeod. La mañana fue misericorde y permitió que avanzara en sus tareas sin toparse con Archie. Hasta que se dirigió a los establos. En el instante en el que dobló la esquina, se dio de bruces con el guerrero

conocedor de su ignominia.

—Dama Beatagh —saludó Archie sin detener su paso.

Ella parpadeó mientras observaba cómo el hombre agachaba la cabeza, le guiñaba un ojo y la dejaba atrás. No hubo mofa, ni palabras hirientes ni mención alguna al suceso que atormentaba su orgullo. Su gesto le generó un gran alivio y, con cierta cautela, continuó andando hacia las caballerizas. Se dijo que no parecía recordar el beso que se habían dado, al igual que tampoco había mostrado interés alguno en cumplir con su palabra. ¿Habían acordado continuar con su idilio o ella le había exigido que fuera a buscarla para terminar lo que habían empezado? La mente atribulada de Beatagh no lograba discernir si debía estar contenta por haber sorteado una incómoda conversación con Archie o, por el contrario, debía sentirse ofendida por ser deliberadamente ignorada.

Se habían besado, bien lo sabía ella. Ni el alcohol, ni el cansancio o la enajenación sufrida podían hacerla dudar de eso. Desde que se había levantado, su cuerpo no hacía más que rememorar las sensaciones que había despertado en ella, el calor que había dejado su contacto y las exquisitas corrientes que habían provocado sus labios. John la había asaltado de la misma manera en más de una ocasión y, con gran pesar, tuvo que reconocer que jamás había experimentado nada parecido. Quiso desfallecer al entender que solo bullía con aquel endemoniado McLeod. Cuantas más vueltas le daba, más segura estaba de lo irritante que era Archie. No era capaz de encontrarle más defectos que el de ser honorable. Y por más incoherente que resultara, a Beatagh le sirvió como clavo al que agarrarse.

Era exasperante convivir con alguien amable, leal con sus amigos, con dotes para agradar a los demás y con gran voluntad para realizar trabajos para la comunidad. A medida que pasaba el día, Beatagh alimentó esa clase de ideas. En silencio rumiaba el despropósito que suponía la idea de odiar un carácter considerado para cubrir la vergüenza que generaba su libidinoso comportamiento. Se dijo que el hombre había tenido en cuenta su vulnerabilidad, por lo que había decidido olvidarlo para que no se sintiera afligida.

—¡Pardiez! Si hasta el peor de los secretos es capaz de guardarlo —se quejó en voz alta.

Beatagh terminó por dar un puntapié a una montaña de heno que se hallaba en su camino. Furibunda, continuó buscando razones para desdeñar

a Archie, pues no era capaz de afrontar la verdad. Sus sentimientos más profundos estaban lejos de odiar al guerrero: este se había colado por una rendija de su coraza y se había instalado en su corazón. Ni el más gallardo de los caballeros había logrado tal proeza. La Murray nunca se había permitido mostrar debilidad, y una revelación de este calibre la dejaba indefensa. La idea de otorgarle semejante poder a alguien podía hacer tambalear sus cimientos emocionales. Por ello, tomar el camino contrario que llevara a esa verdad le devolvía cierta seguridad.

Se mantuvo alejada de Archie durante todo el día hasta que llegó el amanecer. Fue entonces cuando tuvieron que formar antes de partir. Ella ajustaba las cinchas de Boreal cuando un corcel se situó a su lado. Al levantar la vista, descubrió a quien se mantenía cerca. Archie estaba envuelto en su plaid, pues las gélidas temperaturas amenazaban con la congelación. El vaho que surgía de su boca al respirar lo rodeaba de manera mística. Ella sonrió de medio lado al surgirle un pensamiento satírico. *Ahí lo tenemos, el semidiós*, pensó para sí. Sin demorarse más, saltó sobre el lomo de Boreal. Archie, por su parte, no se dignó a mirarla, pendiente de que sus hombres cumplieran con sus órdenes. En cambio, Beatagh sabía que se había colocado en ese lugar por ella. La pelirroja actuó con la misma indiferencia que él. Se centró en colocarse la capa sobre la grupa del caballo, ajustarse los guantes y tomar las riendas con parsimonia.

A lo lejos observaron cómo Irvyng cargaba con un McLeod. Sobre su hombro pendía la estructura de un hombre a todas luces inconsciente. Archie e Irvyng intercambiaron miradas; el rubio realizó el gesto de beber desde la distancia para explicar el motivo del estado de aquel hombre. Sin miramientos, lo dejó sobre una montura; nadie esperaba que volviera en sí. El grandullón ató una cuerda al bayo que iba a encargarse de que no se quedara atrás.

—Es curiosa la manera que tiene el *uisge-beatha* de doblegar las voluntades de los hombres —comentó Archie, tratando de no delatar lo divertido que le parecía el cambio de actitud de la dama— y de algunas mujeres.

—Y yo que creía que erais tan noble que seríais capaz de proteger el honor de una dama. —Beatagh chascó la lengua para que Boreal se moviera.

Archie la siguió con su propio caballo.

—No, solo era misericorde. Os daba cierta tregua para que recuperarais vuestra dignidad. —Ella bufó—. Vuestras ojeras hablaban de los efectos de la bebida y vuestro rostro de lo abrumada que os encontrabais ante los recuerdos.

Juntos avanzaron entre los grupos de soldados que se preparaban para emprender la marcha.

—Habéis tardado demasiado en acercaros a recordármelo —le recriminó Beatagh.

—Lo siento, mi señora, creí que necesitabais tiempo para decidirlo —se burló él.

—No tengo que decidirme por nada, McLeod. —Por primera vez, Beatagh se enfrentó a Archie; sus ojos azules se clavaron en los de él—. Os reprendo por vuestra falta de cortesía al burlaros de mi osadía.

La sonrisa del guerrero la desarmó, pero mantuvo una actitud impasible.

—Si mi memoria no me falla, ese era mi cometido —respondió mientras entrecerraba los ojos.

—No sé de qué diablos estáis hablando —se sulfuró Beatagh mientras distinguía a lo lejos la figura de John—. Quizá la bebida os afectó tanto o más que a mí.

La carcajada de Archie obligó a la muchacha a mirar alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba atención.

—No hay bebida que logre eliminar de mi cabeza la seductora orden de Beatagh Murray —dijo rotundo, consiguiendo que la joven se sonrojara—. Fuisteis vehemente cuando me dejasteis claro que debía buscaros con el fin de rogaros otro beso.

—¿Y os agradó la idea de que siguiera bien dispuesta? —preguntó con una sonrisa socarrona bailándole en el rostro.

—Tened por cierto que sí —confesó Archie.

—Me temo que tendréis que seguir soñando con ello, McLeod. —Beatagh se irguió en su montura mientras lo recorría con los ojos con desdén—. Como bien dijisteis, hasta yo puedo ser víctima de los efectos del *uisge-beatha*.

—¿Los remordimientos os carcomen, querida? —Archie se negó a ofrecer una imagen despechada; por el contrario, sabía que la joven de la anterior noche nada tenía que ver con la mujer que se hallaba junto a él.

—Lo harían si vos hubierais sido un bribón y os hubierais aprovechado —

claudicó ella.

—¡Ah! —asentó el McLeod—. Tendré que tenerlo en cuenta la próxima vez: ser honorable es contraproducente.

Ella giró de nuevo su rostro para sondear las profundidades ambarinas. Seguía deseándolo, y, si no hubieran estado en campo abierto, a la vista de todos, le habría confesado que el anhelo se mantenía vivo. En cambio, solo pudo recurrir a las palabras que él había utilizado antes.

—Tened por seguro que sí.

Sin mediar más palabras, espoleó a Boreal para volver junto a la comitiva. El resto del camino fueron junto a sus propios compañeros. Mai parloteó sin cesar hasta que el cansancio y el frío hicieron mella en su entusiasmo. Por suerte, no hubo ventisca que detuviera su avance, y el cielo aparecía despejado a pesar de las bajas temperaturas.

Cerca del anochecer atisbaron la silueta de la fortaleza de Dunrobin. Los vigías informaron de su llegada varios kilómetros antes. A la cabeza del grupo de jinetes se encontraban Neil Murray y John Sutherland. Algo más rezagadas, Jean, Mai y Beatagh. Los demás guerreros se entremezclaban entre ellos.

—Santo Dios, no puedo creer lo que veo —musitó Iona al observar cómo sus tres hijos cruzaban el patio de armas mientras se dirigían hacia el dintel de la entrada.

Aila y ella recorrían el largo pasillo que llevaba al gran salón. Varias ventanas ojivales dejaban ver el exterior y, desde una de ellas, la castellana pudo presenciar la llegada de sus vástagos. La hechicera no tardó en preguntar.

—¿A qué se debe vuestra inquietud? —Aila tuvo que acelerar el paso para seguir a la mujer, que marcaba un ritmo más apremiante.

Iona se detuvo en los escalones que daban acceso a la sala principal. Los recién llegados ya estaban dentro.

—Han traído a Mai, mi hija menor —confesó sin disimular su disgusto. La castellana Murray señaló hacia el grupo de personas entre las que se encontraba la pequeña.

Aila detectó con un parpadeo su naturaleza y el motivo de tanta turbación. La niña tomaba de la mano a Beatagh mientras le susurraba comentarios a cada momento. A pesar de su estudiada pose, su excitación la delataba. La castellana Mackenzie detectó la luz que irradiaba Mai y sonrió.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó con inocencia, pues el raciocinio de Aila rara vez estaba contaminado por la insidia.

—Es evidente, la naturaleza de Mai suele generar rechazo —explicó como si no fuera necesario aclarar nada.

—Solo en los asnos —aseveró Aila mientras fruncía el entrecejo al pensar en el maltrato a la muchachita. Volvió a mirar a través de la puerta.

—Erráis. Ocurre con los laird, y posiblemente con el rey también. —Iona se llevó las manos a las sienes para masajearlas—. No debería estar aquí.

—Probad a defender a vuestra hija tanto como defendéis la reputación de los Murray. —A Aila le resultó imposible contener su opinión.

—Desde el mismo día en que nació no he hecho otra cosa que pensar en el bienestar de Mai.

Iona, cual fiera, se irguió para sacar las zarpas verbales con el firme propósito de dejar clara su postura. Tomó a Aila del codo y la apartó para que pasaran los demás invitados que se adentraban en el salón.

—Tuve la aprobación de mi esposo y, por más que me dijeran que era un monstruo, nos mantuvimos firmes. —Iona cargaba su relato con grandes dosis de emoción—. Logramos que los Murray la aceptaran, pero no pudimos conseguirlo con el resto del mundo. Ella sufre ante los desaires de otros. Detesto exponerla al escarnio. ¡Y bien lo saben mis hijos! —espetó a la puerta abierta—, pero parece que no me he explicado con claridad, puesto que al más mínimo descuido la traen a Dunrobin.

—Siento vuestra lucha, lady Iona, y comprendo sus deseos de mantener a una persona tan especial como ella a su lado. —Aila tomó sus manos entre las de ella—. Sé de la costumbre de devolver los bebés intercambiados a las hadas, pero Mai es un regalo. Ella es un ser de otro mundo, y lo desconocido suele causar pavor. Debéis sentirlos agradecida de tener una hija que muestra con su inocencia la simplicidad de la vida. Pocas madres logran defender a sus cachorros como lo hacéis vos.

—Agradezco vuestra comprensión, lady Aila —contestó Iona, sincera.

—No hay razón para ello —declaró la hechicera—, como tampoco comprendo qué puede haber de malo en que Mai disfrute de un encuentro tan especial como este y que muestre lo bien que puede desenvolverse gracias al amor de su familia.

—No quiero que le hagan daño, ha sufrido mucho por la ausencia de mi esposo —comentó compungida.

—Su pureza se mantiene intacta y por ello se merece deleitarse con los placeres que puede ofrecer la vida —le aseguró la hechicera—. No apaguéis su luz con el miedo.

—Ojalá muchas más personas hablaran de ella como lo hacéis vos —se lamentó Iona.

—Demasiados insensatos están al mando —replicó Aila con una mueca de desprecio—. En mi haber tengo varias anécdotas sobre rarezas e incompreensión. Lady Iona, debemos mantener nuestra esencia intacta, tal y como lo hace Mai. Sois afortunada por tenerla, pero ella lo es aún más por haberos elegido como familia —declaró con una sonrisa.

Y juntas, con sus brazos entrelazados, las encontró Mai.

—¡Madre! —gritó la pequeña, contenta con el reencuentro.

Mai cayó enseguida en la cuenta de que su presencia allí no era bien vista por su progenitora y en su rostro asomó la cautela. Beatagh decidió intervenir.

—Recuerdo que dejasteis claro que Mai no podría asistir, pero... —comenzó la pelirroja con su explicación.

—Ay, mi niñita, ven a darme un abrazo. —Iona sonrió con ternura a Mai—. Estoy feliz de verte. —Beatagh pestañeó sin dar crédito al recibimiento y detuvo la retahíla que tenía pensado decir al instante—. Quisiera presentarte a lady Aila Mackenzie. Acaba de mostrarme lo bien que me viene tenerte cerca.

Aila se carcajeó al observar la reverencia que le hizo la niña mientras Beatagh sonreía, aliviada al comprobar que su hermana era bien aceptada. De lo contrario, su madre habría sido capaz de colgarla en una horca.

—Sois un ser de luz, Mai. —Aila la tomó del rostro—. Qué suerte la mía poder conocerlos.

En los días siguientes, Mai no se separó de sus faldas. Allá a donde iba Aila, ella la seguía con devoción. Por su parte, la Mackenzie le relataba leyendas sobre hadas y la tomaba de la mano cuando se topaban con algún grupo de invitados. En ella encontró una aliada con la que protegerse del escrutinio de los demás.

18

El recibimiento al monarca resultó algo estrepitoso. Todos aguardaban su llegada, pero nadie esperaba ver aparecer a Alexander Sutherland postrado en una camilla abriendo el paso del séquito real. El primogénito había enfermado durante la travesía hasta tal punto que apenas lograba mantener la consciencia. Aila quedó paralizada ante el apremio por sanar al vástago. Acompañó a la familia por los corredores, aferrada al brazo de Daimh. Su esposo fruncía el ceño, confundido por la actitud de la hechicera. Ella solía tomar las riendas en situaciones similares, mostraba resolución y comandaba a los sirvientes para que siguieran sus instrucciones.

—¿Qué ocurre, Aila? —preguntó cuando pudieron distanciarse de los mozos que acudían a los aposentos para acomodar al enfermo y cumplir las órdenes.

—No podré sanarlo, Daimh, y temo la reacción de los Sutherland —confesó en voz baja.

Sus ojos rasgados suplicaron ayuda a su marido. Este endureció el mentón mientras pensaba en las consecuencias. Eirica pidió a gritos que se presentara junto al lecho. Aila dio un paso adelante, pero su esposo la agarró del brazo para detenerla.

—No cargues con la culpa, trata de hacer todo el bien que puedas y halla las palabras que calmen la pena de la matriarca —aconsejó Daimh en su frenético intento por proteger a su esposa—. Los demás acatarán lo que ella dictamine.

—Tengo que ganarme la confianza de la castellana —repitió—, y que los dioses me envíen grandes dosis de elocuencia.

Daimh la tomó del rostro para darle un beso y ella se agarró con fuerza a sus manos. Los días venideros iban a ser cruciales para todos. Aila se alejó con paso firme, espalda recta y actitud conciliadora. Al acercarse al lecho, inspeccionó al enfermo. La dolencia que sufría atacaba con fiereza a la respiración. El estado febril de Alexander aletargaba sus respuestas. La sanadora se puso al mando y comenzó a ordenar que le llevaran su caja con

ungüentos y mandó preparar infusiones con hierbas concretas. Todos escucharon cómo solicitaba tomillo, corteza de sauce y menta. Además, era quien mojaba los paños en agua para bajar la calentura.

No tardaron en encontrarse a solas Eirica y ella. La castellana Sutherland agarraba la mano a su hijo mientras lanzaba plegarias al cielo. Aila machacaba ajo con el que formar una cataplasma para colocarla en las axilas. Se acercó con sigilo, mostrando entereza cuando se topó con la mirada de la castellana al otro lado del paciente. La estancia se mantenía en tenso silencio, tan solo se escuchaba el crepitar del fuego y la tos agónica del yacente.

—Salvad a Alexander;, sois conocida por vuestras artes sanadoras —rogó Eirica.

—Debéis saber que haré todo lo que esté en mi mano, mi señora. —Aila movió sus manos con suavidad sin dejar de utilizar todos los remedios de los que era conocedora, a pesar de saber el final. Al incorporar el cuerpo ardiendo en fiebre para favorecerle la respiración y el acceso a la tisana, su rostro mostró preocupación. De manera involuntaria, Aila meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Creéis...? ¿Qué pensáis, lady Aila? —La congoja apareció en su voz—. Es terrible verlo en semejante estado. Decidme que pronto mis más oscuros presagios serán contradichos.

Aila no contestó. Continuó vigilando las señales que mostraba Alexander con una mano posada sobre la frente y la otra sobre su pecho. Canalizó la energía sanadora para calmar la crisis que sufría. Una vez percibió que cierta normalidad rodeaba al enfermo se sentó en una butaca colocada junto al lecho. Dejó que los vapores de las hierbas le aportaran cierta paz, tanto al primogénito como a su madre. La Sutherland lloraba en silencio, desbordada por la situación.

—Lady Eirica, debéis seguir vuestra intuición. —La voz de Aila se elevó sobre el sibilante sonido que salía de la boca entreabierta del moribundo—. El estado de vuestro vástago es grave. Pronto su cuerpo perderá la lucha y nos veremos obligados a decirle adiós.

—¡No! —Eirica rugió la negación—. Usad vuestra magia, haced que sane, os lo ordeno.

—No está en mi mano, los dioses lo han decidido así —contestó Aila con pesar.

La hechicera inspiró hondo mientras observaba cómo la mujer se consumía en una vorágine de rabia e impotencia. En cuanto los ojos enrojecidos se posaron en los suyos, la sanadora se adelantó para tomar la mano que descansaba sobre las mantas. Eirica no se movió, pero sí necesitó cerrar los ojos cuando cierta calma la inundó a través del contacto con la extraña mujer.

—La respuesta siempre la habéis tenido en vuestro interior —le dijo Aila, serena pero rotunda—. Habéis querido ignorar las señales durante todos estos años, pero es hora de hacerles frente. Desde que nació supisteis que los días que sumaba vuestro hijo en este plano eran regalos de la divinidad. Alexander se ha conducido con fragilidad por la vida. Vos lo sabéis, y todo aquel que lo haya conocido también. Su carácter etéreo llevaba tiempo enviando mensajes sobre su misión.

—No es posible, no puedo dejar que... —musitó Eirica.

A la mente de la matriarca llegaron todas las veces que había sufrido por un bebé que no se alimentaba bien, los días que había velado a un niño febril y las temporadas invernales que pedía a su marido que le encomendara asuntos del clan que pudieran llevarse a cabo en el interior del castillo.

—Alexander debe partir y así cumplir la tarea por la cual formó parte de vuestra familia —continuó explicando Aila—. Su ausencia es crucial para el clan, por más que cueste creerlo. Por ello os aconsejo que aceptéis su marcha y que os despedáis del guerrero que hoy yace ante nosotras, pues dará su vida por los Sutherland.

—No es necesario tal sacrificio —insistió Eirica, esa vez mirando el rostro de Alexander.

—Él sabe que sí —respondió Aila—. Los dioses se lo han advertido.

Después de en una larga espera que aletargaba los sentidos, la castellana Sutherland se levantó mostrando la dignidad de una gran dama. Sus lágrimas fueron despejadas con dos leves gestos y su mentón volvió a mantenerse altivo. Paseó por el dormitorio mientras su rostro expresaba una lucha interior intensa. Rozaba los tapices con un dedo, con descuido apoyaba sus manos sobre el respaldo de una silla, recolocaba un candelabro o miraba a través de la ventana con aire ausente. En un momento dado, se acercó a la cabecera y se agachó para besar a su hijo. Lo hizo con solemnidad, descansando sus labios sobre la frente pálida de Alexander y

cerrando los ojos con tristeza.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Eirica.

—Su espíritu es fuerte: tardará algunos días en lograr cortar los lazos que lo mantienen con vida —se aventuró decir Aila.

La respuesta fue tan directa como la pregunta. Eirica parpadeó e inspiró hondo mientras digería la letal noticia.

—Por favor, intentad que no padezca de mucho sufrimiento —pidió con voz rota—. Haced lo más placentera posible su partida.

—En eso sí puedo ayudaros. Será un honor acompañar a Alexander en su travesía al más allá —se comprometió Aila.

Eirica asintió con la mirada puesta en su primogénito; de nuevo, sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Sus hermanos querrán despedirse de él —sentenció.

Y sin decir nada más se retiró para volver a sus funciones y llevar la triste realidad a los Sutherland.

19

El rey Jacobo decidió retrasar su viaje a Edimburgo por respeto a Alexander, el joven de afable carácter que lo había acompañado a las Orcadas. La conmoción fue general en los habitantes de Dunrobin. Todos se contagiaron del ambiente lúgubre que se había instalado entre sus muros. Se organizaron grandes y copiosas cenas, pero sin la algarabía que solía aderezarlas. Los pasillos guardaban los pasos sigilosos de los que transitaban por ellos. Además, se le añadía la tétrica sensación que dejaban los aullidos del viento al azotar la fortaleza con inclemencia.

Mai había acudido a Archie para encontrar consuelo. Se sentía demasiado afectada por la enfermedad de Alexander. Hasta la llegada del McLeod, era quien le había robado su ingenuo corazón. El guerrero decidió llevársela a la playa: él también deseaba alejarse de Dunrobin. A pesar de mostrar indiferencia, sus sentimientos hacia Beatagh comenzaban a afianzarse de forma peligrosa. Lo que en un principio le resultó un coqueteo inocente se había vuelto un juego demasiado serio. La joven pelirroja era inaccesible para alguien como él, hecho que convertía la atracción en más intensa. Lo prohibido genera obsesión, y Archie era consciente de eso. Ver a la dama sentada junto a su prometido le producía malestar, por más que su razón le repetía que era una relación que no le incumbía. Siendo un hombre de férreo control emocional, no entendía su incapacidad para mantener a Beatagh alejada de su mente.

Mai resultó ser la excusa perfecta para salir al exterior y centrar sus preocupaciones en alguien que bien lo mereciera. Por ello decidió cubrirse el jubón de piel con su plaid y aconsejar a la niña que buscara una capa.

—Tengo un remedio para cuando la frustración me gobierna —le contaba mientras se acercaban a la orilla. Mai lo tomaba de la mano—. Lanzo piedras al mar. Venid, recogeremos un buen montón y os enseñaré a mandarlas bien lejos.

Mai, atenta, siguió sus instrucciones. Alejarse del viciado aire del interior la hacía sentirse mejor. Al tener una actividad que realizar, la tristeza que

llenaba sus días ya no era tanta. Tras apilar los guijarros sobre la arena, llegó el turno de aprender la técnica de tirarlos. La niña se tomó en serio la tarea, por lo que pronto su risa se abrió paso. El McLeod sonrió al ver cómo daba saltitos cuando un proyectil sobrepasaba las dos primeras olas. Él no tardó en sumarse a aquella vía de escape. La competición no se hizo esperar.

A lo lejos, un grupo de nobles observaban la escena. Estuvieron de acuerdo en acercarse a curiosear. Beatagh iba agarrada del brazo de John. A su lado, Robert también avanzaba por el terreno arenoso. Era el hermano menor, y avezado soldado del clan protector. Los últimos en cerrar el séquito eran Jean Sutherland y su amante secreto, Neil Murray. Archie enseguida se dio cuenta de quiénes se aproximaban a ellos. Al girarse, se llevó la mano al corazón a modo de saludo.

—¿Mai os tiene por nodriza? —preguntó Neil en broma.

—Aún no estoy seguro de si me acerco a tal figura o más bien a un bufón —sonrió el aludido—. Creo que soy su pasatiempo.

La niña continuaba yendo y viniendo en busca de piedras, pues habían lanzado todas las que habían recogido.

—Estábamos preocupados por el estado de Mai —intervino Beatagh, siguiendo a su hermana con la mirada—. Gracias por ofrecerle algo de normalidad dentro de estas fatídicas circunstancias.

La pequeña se detuvo para buscar a Archie. Al hallarlo junto a los recién llegados, se agarró las faldas para correr hacia ellos. En el momento en el que estuvo a su altura, la conversación giraba en torno a la salud de Alexander. Mai se aferró al tartán de Archie mientras su mirada quedaba suspendida en la nada. Su rostro volvió a mostrar el dolor que le generaba la pérdida del primogénito. Sus ojos celestes recorrieron a los presentes con lentitud.

—Hoy he estado con él —decía John mientras meneaba la cabeza con pesar.

—Es doloroso verlo de esa manera —añadió Jean, contrita.

Archie frunció el ceño al detectar cómo una furtiva mano se deslizaba entre las capas para agarrar los dedos de Jean. Se sorprendió al ser testigo del cariñoso gesto que el jefe Murray daba a la joven Sutherland.

—Por su bien, debería encomendarse a Dios. No tiene sentido mantenerse con vida en ese estado —continuó diciendo John.

Ante sus palabras Mai dio un respingo.

—No deseáis que vuestro hermano mejore —la pequeña no pudo contenerse—; solo pensáis en ser el futuro laird.

Por primera vez desde que habían llegado, los Sutherland recayeron en la presencia de Mai. Sus palabras resultaron un latigazo moral para ellos. El primero en reaccionar fue Robert, quien bufó con desprecio.

—¿Desde cuándo esta cosa sabe hablar? —preguntó, clavando su mirada desdeñosa en ella.

Con la misma rapidez con que se había pronunciado, Beatagh había desenfundado su daga de la cintura, había sorteado el pecho de John y había dirigido la punta afilada a la garganta del infame.

—Respetad a mi hermana. Comenzad con vuestra disculpa —siseó Beatagh con la rabia tiñendo sus ojos.

Jean lanzó una exclamación de horror, Neil frunció el ceño y Archie se mantuvo impasible, aunque felicitó mentalmente la reacción de la pelirroja. Por su parte, John apartó con brusquedad el brazo de Beatagh, que se mantenía firme frente a él. No iba a permitir que su prometida amenazara a su hermano como lo hacía, y menos aún por aquella criatura que había osado insultarlo.

—Bajad esto ahora mismo —le ordenó—. No estoy dispuesto a tolerar disputas de esta índole cada vez que algo no os agrada. Sois una dama, no un bárbaro.

Beatagh apartó la mirada de Robert para volcar toda su ira contra su pretendiente. John detuvo su reprimenda ante la violencia controlada que mostraba la joven. Neil intervino antes de que la daga de Beatagh terminara incrustada en alguno de los hermanos Sutherland.

—Por mi honor que debéis disculparos —ordenó con voz atronadora—. Nadie en mi presencia hablará así a mi hermana. ¡Comenzad, Robert!

Mientras los segundos transcurrían entre mantener una postura orgullosa y la obligación de enmendar una ofensa, Beatagh agachó la cabeza para controlar sus emociones. Volvió a enfundar su arma mientras regulaba su respiración. Estaba agotada de tanta medida. Se ahogaba con la idea de formar parte de esa familia. Y, como bien había dicho Mai, al pensar en la muerte de Alexander todos cayeron en la posibilidad de que John fuera el jefe del clan. Y, por consiguiente, ella, su castellana.

Beatagh levantó el rostro, ajena a la diatriba verbal que se desarrollaba

entre John y Neil en cuanto a compensar el daño causado a Mai. Sin embargo, se dio cuenta de que alguien más permanecía al margen. Los ojos ambarinos de Archie se posaban en ella. Dedujo que no se le había escapado un solo gesto suyo. Movi6 las comisuras de su boca para formar una media sonrisa. Quería decirle que se encontraba bien, pues sin mediar palabra había detectado la compasión en el McLeod.

—¡Parad de una vez! —irrumpió Jean, llevando sensatez al lugar—. Acabemos con esto. Robert, tus palabras no fueron menos dañinas que las que Mai expresó —declaró con aplomo—. También hay que reconocer que la niña dio voz a nuestros pensamientos. Todos nos hemos percatado de que el siguiente en la línea de sucesión es John y que, por tanto, será el futuro laird. Así pues, como hermana y miembro Sutherland, no quisiera que nuestro nombre terminara manchado por un acto así. Confío en tu honorabilidad, Robert, y sé que harás lo correcto disculpándote de inmediato.

El causante de la disputa se dignó a dirigirse a Mai, a quien la escena mortificaba tanto como a los demás.

—Dama Mai Murray... —comenzó a disculparse a regañadientes—, siento haberos ofendido con mis palabras. Os ruego que me disculpéis.

La pequeña se adelantó para realizar una reverencia. Los hombres, incómodos, observaron lo bien que Mai se desenvolvía.

—Acepto vuestro arrepentimiento —expresó—. Amo a Alexander, y pensar en su muerte saca la peor versión de mí.

John y Robert se removieron incómodos sin dar con una respuesta. Mai siempre se les había presentado como una crueldad de Dios que los Murray llevaban como penitencia. La inocencia en su gesto, la verdad que expresaba su mirada y la cadencia de su voz les resultaron tan genuinas como insólitas. Jamás imaginaron que aquella criatura pudiera ponerlos en evidencia de manera tan sutil. Por ello, tan solo pudieron carraspear, cabecear con impaciencia y volver sobre sus pasos. Neil y Jean los siguieron. Beatagh fue la única que expresó su deseo de quedarse más tiempo en la playa.

La muchacha se arrebujó en su capa y se sentó sobre la fría arena. Su mirada vagó por el horizonte gris, plagado de amenazantes nubarrones. Lejos de preocuparse por el clima, su mente se torturó con el pesar que

arrastraba desde hacía meses. El último enfrentamiento con John Sutherland le había dejado aún más claro cómo el destino iba a dibujar su vida.

Contempló a Mai saltar en la orilla mientras se agachaba. Al volver a quedarse sin munición, Mai se encargó de recolectar algunas piezas más. La actividad hacía que sus mejillas lucieran sonrosadas, y se enterneció con la imagen de su hermana mostrando sus tesoros a Archie. El guerrero se volvió cómo si su mirada lo hubiera llamado. Le sonrió al dirigirse hacia ella con un guijarro en su mano.

—Tomad, os sentará bien —le dijo mientras realizaba la ofrenda.

Beatagh cogió la piedra sin entender bien a qué se refería.

—Vos también lidiáis con tormentas difíciles de disipar. —La bondad de aquel hombre de armas estuvo a punto de hacerle perder la compostura. Se levantó, agradeciendo la distracción con una sonrisa—. Lanzad con fuerza; no solucionará vuestros problemas, pero os hará sentir mejor.

Archie se encogió de hombros mientras hacía los honores. Alzó su gran brazo por encima de la cabeza antes de arrojar el pedrusco. Este, a pesar de la distancia, logró impactar contra las olas. Beatagh dejó que su capa se echara hacia atrás y que su pelo se revolviera por la brisa marina. Decidió interesarse por el juego que tanto bien hacía a Mai. El viento en contra obligaba a los lanzadores a usar todas sus fuerzas. Comenzaron a reír cuando las corrientes de aire desviaban el rumbo de los guijarros. Los tres participaron con renovado entusiasmo. En un momento dado, una ráfaga logró traer de vuelta una piedra lanzada por Mai. Al unísono, agacharon las cabezas para protegerlas de un posible impacto. Las carcajadas provocaron lágrimas que brotaban de la alegría. Los jocosos comentarios y gritos infantiles que la persecución formó se los llevó la marea, y quedó para ellos el recuerdo de tan cálidos momentos.

20

Cuando se disponía a prepararse para la cena, Iona encontró a Beatagh en la sala destinada para las damas. Se encontraba a solas frente al fuego, afilando su espada. Aquella tarea propia de caballeros solía templar sus nervios. Alzó la vista cuando su madre se adentró en la estancia.

—Qué bien que te encuentro —la saludó la castellana mientras miraba hacia atrás. Después cerró la puerta y tomó asiento cerca de ella—. Supongo que habrás escuchado hablar del empeoramiento de Alexander.

Beatagh asintió.

—Es una desgracia, querida; no sé cómo lady Eirica mantiene tal entereza —continuó diciendo—. Por más difícil que esto pueda parecer, debemos prepararnos nosotros también.

Una de las pelirrojas cejas de su hija se arqueó como respuesta.

—¿Acaso no entiendes en qué posición nos deja? —le recriminó. Comenzaba a exasperarse por el mutismo de Beatagh—. Debemos obligarlos a cumplir el acuerdo matrimonial. Por primera vez en la historia de nuestro clan, una Murray se unirá al clan protector. ¡Tú serás la esposa del futuro laird Sutherland! De tu vientre saldrán los hijos de una unión que nos traerá gran dicha a todos.

—No sabía de vuestra aflicción —respondió por fin, haciendo acopio de todo su autocontrol—. Siempre he creído que era importante una alianza con ellos, pero no que fuera vital. Aún menos que lo era ser la castellana.

—Formar parte de los Sutherland es un privilegio. —Iona se ofendió por la discrepancia entre ellas—. Quiero recordarte que naciste en un clan sept: si John decide desposarte, formarás parte de uno de los clanes más poderosos de las Highlands.

—El privilegio es ser una Murray; convertirme en Sutherland es una obligación —sentenció Beatagh, soltando de malas maneras el arma para que se estrellara contra el suelo.

—¡No dejes que el orgullo nuble tu juicio! —Iona se sobresaltó ante el gesto, pero no era la primera vez que lidiaba con las explosiones de mal

genio de su hija—. ¿Cuándo aprenderás a conducirte con astucia? Es de gran importancia que se mantenga este acuerdo. Te guste o no, Beatagh, serás una Sutherland, y, si tu testarudez lo permite, traerás prosperidad a los Murray.

—¡De eso debe encargarse el laird, no yo! —escupió la pelirroja, consiguiendo que su madre se pusiera en pie en silencio, con el rictus contraído y gestos controlados.

—No entiendo a qué viene tanta furia. Tampoco sé por qué sigues comportándote como una moza cualquiera —espetó Iona. Los ojos azules, tan parecidos a los suyos, intercambiaron airadas miradas—. Hasta Mai es capaz de comprender la situación en la que nos encontramos.

—Pues esgrimid que tengo una tara y finalicemos con el sacrificio que supondré —propuso Beatagh, fuera de sí.

Iona pasó por alto el comentario agachando la cabeza mientras bajaba los párpados para buscar las palabras adecuadas.

—No sé por qué demonios tu padre se empeñó en darte las alas que jamás te harían volar —mencionó por lo bajo—. Lo que sí parece es que es tarea mía recordarte que eres una dama, hermana de un jefe de clan, cuyos intereses están por encima de tu libertad. Serás entregada, como lo somos todas, a cambio de la descendencia que enriquecerá a los clanes y aumentará la influencia de la familia en el territorio escocés.

Beatagh apretó la mandíbula para reunir fuerzas y evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas. No halló palabras para replicar, pues sabía la respuesta a cada uno de sus pretextos.

—Podéis iros, madre; he recibido el mensaje con claridad —respondió con tensión en cada palabra—. Debo sentirme feliz por la inminente muerte de Alexander.

—¡Oh! Pero qué barbaridad...

Ante la exhalación de Iona, Beatagh levantó la mano para detener su respuesta.

—Además, he entendido que también es mi deber mantener el interés de mi prometido por si su nueva posición pudiera obligarlo a pensar en otra candidata como esposa. Y descuidad, que no olvido lo que toda mi infancia me habéis recordado. Tengo que avergonzarme de mi naturaleza impetuosa y mantener la rectitud que se le exige a una doncella.

—Beatagh, querida... —Iona meneó la cabeza con pesar. Nunca había

logrado hacerse entender con su hija.

—¿Me he olvidado de algo, madre? —preguntó con cinismo. Ante el silencio, concluyó—: Pues bien, he de cambiar mi atuendo para estar a la altura de los Sutherland y a la que aspiramos con ansias las Murray.

—No es algo personal, Beatagh. —Iona detuvo a su hija cuando se dirigía a la puerta—. Neil está en la misma situación que tú: como jefe del clan también deberá desposarse con una dama que permita fortalecer nuestros lazos con otros clanes. Él también necesita descendientes.

—Pobre Neil... Sí, con su hermana como esposa del laird Sutherland estoy segura de que se verá obligado a buscar una alianza que os salve de la miseria.

Beatagh forzó una sonrisa que cubriera su hastío. Tras realizar una burlona reverencia, salió de la sala.

Cuando las sirvientas acudieron a trenzarle el pelo, Beatagh contempló cómo varios granos de arena caían a la alfombra. Se quedó largo tiempo mirando las diminutas partículas que le traían a la memoria a un hombre fornido, una risa vibrante y una calidez en la mirada que jamás iba a encontrar en aquellas gélidas tierras. Cada vez que se veía pensando en Archie, se sorprendía al comprobar cómo había tejido aquella complicidad con él en apenas unas semanas. La voz de la doncella informándola de que había terminado la sacó de su ensoñación. Ella misma se colocó la diadema con velo que cubría su cabello. El brillo de la esmeralda que ocupaba la parte central de su escote refulgió a la luz de las velas. Lady Eirica se había empeñado en que luciera uno de sus sobrevestes. La Murray había aceptado al recordar que pronto debía mimetizarse con esa familia y mostrar lo regio que era su abolengo.

Durante la cena, todos se mantuvieron circunspectos salvo John, quien, a medida que ingería alcohol, se volvía más atrevido. Sus manos siempre acababan posadas en el muslo de Beatagh o rozaban su cuello con una confianza impropia. Archie no perdía detalle de lo que acontecía al otro lado de donde estaba sentado. Junto a él, Irvyng le dio un codazo para llamar su atención.

—Los Mackenzie partirán al alba, y yo con ellos —le repitió—. Al parecer, ya han llamado al obispo para darle la extremaunción al pobre muchacho. Aila no puede hacer más por él y Daimh ha ordenado

prepararnos para el viaje. Ya nada nos retiene por aquí.

—Supongo que a los McLeod tampoco —comentó Archie—. Es hora de que nosotros también nos volvamos antes de que el invierno se recrudezca.

—Pues parece que tendrás que esperar —le informó su compañero—. Vosotros os quedaréis para escoltar al rey en su regreso a Edimburgo. Según ha dicho, pretende estar presente en el entierro.

Irvyng entrecerró los ojos al darse cuenta de que el retraso de la partida de los McLeod provocaba sentimientos contradictorios en Archie. Observó cierto alivio en él, pero a su vez algo parecía no satisfacerle del todo.

—¿Y quién sabe cuándo ocurrirá tal cosa? —preguntó Archie—. El monarca no puede abandonar sus obligaciones en Edimburgo.

—Lo sé, pero confía en el vaticinio de Aila.

Por primera vez en toda la noche, Archie miró a Irvyng. Este se hizo rogar. Archie le retiró el muslo de pollo que se llevaba a la boca para que contestara de una vez. El rubio guerrero arqueó las cejas y señaló a la mesa principal.

En ese preciso instante, un sirviente se detuvo junto a los hermanos Sutherland. John demudó el gesto ante lo que escuchaba, pero no tuvo que informar de ello, pues en el umbral del gran salón la figura del patriarca había emergido. Con gran esfuerzo se apoyaba en un bastón que lo mantenía en pie. Su esposa, en un segundo plano, vigilaba que las fuerzas no le fallaran.

—La desgracia ha caído sobre esta familia. Alexander John Nicholas Sutherland ha fallecido. —Su voz ronca llegó a todos con la misma potencia que los años de liderazgo afianzaban—. Debemos comenzar los preparativos para su entierro. Su cuerpo será trasladado al camposanto de Skibo dentro de dos días. —Tras una pausa en la que ajustó el peso entre su lado paralizado y el sano rogó—: Que su alma sea acogida en el reino del Señor.

John hijo fue el primero en reaccionar. Apoyó sus codos sobre la mesa y escondió su rostro entre las manos. Jean comenzó a llorar en silencio mientras la hermana menor, Muriel, corría tras sus padres. Beatagh se mantuvo impasible, pero Archie detectó el temblor de manos cuando alzó su copa para beber. La joven empezó a dar signos de agitación. Su respiración comenzaba a ser costosa, pero nadie le prestaba atención, pues los presentes se levantaban para dar el pésame a la familia. La mirada

perdida de Beatagh preocupó a Archie. Solo él se daba cuenta de que la fatídica noticia colocaba a la joven en la cúspide de los Sutherland, y esto, por extraño que pareciera, resultaba una sentencia de muerte.

A Beatagh le urgió alejarse ante el conjunto de lamentaciones y palabras de consuelo que la rodearon. Se decantó por hallar una salida física, pues sabía que nunca había tenido el control de su propia vida. El ambiente le resultaba asfixiante, su corazón palpitaba a demasiada velocidad y sus ojos amenazaban con desbordarse. Aprovechó el momento de confusión para desaparecer. En su retirada, la cofia cayó al suelo mientras sus pasos se dirigían a la salida. No pensó en posibles peligros ni en el riesgo de enfermar que corría al estar en el exterior sin abrigo. Beatagh tan solo quería estar muy lejos de allí. Sin un destino fijo, solo movida por el instintivo impulso de tomar distancia de una situación que la ahogaba.

Archie se levantó nada más verla salir. Decidió seguirla, no sin antes tomar una capa abandonada en uno de los asientos que encontró a su paso. Creyó que su dueño no iba a necesitarla en ese momento y él podía devolverla después. Serpenteó entre los invitados hasta dar con la fugaz visión de la sobreveste de Beatagh. La joven conocía mejor la fortaleza que él, y pudo escuchar una puerta cerrarse al fondo de un corredor. Una vez se habituó a la oscuridad, supo por dónde había desaparecido. Al atravesar aquel umbral se dio cuenta de que se hallaba en la parte que accedía a la playa. Antes de dar con la dama tuvo que bajar unas escaleras y atravesar un grueso muro que delimitaba la parcela.

En cuanto llegó al otro lado, un movimiento a su derecha delató la presencia de Beatagh.

—¿Vos? —preguntó Beatagh, tiritando—. ¿Qué hacéis aquí?

—He creído que os haría falta algo de abrigo —contestó Archie.

—Yo nunca tengo frío —comenzó a decir Beatagh, aunque al comprobar cómo le castañeteaban los dientes, aceptó—, pero no me vendrá mal esa capa.

Archie la ayudó a ponerse la prenda sobre los hombros y frotó sus brazos con brío para calentar su cuerpo.

—¿A dónde ibais? —preguntó Archie.

—Salí sin rumbo. —El guerrero escuchó un lamento como suspiro—. ¿Y a vos qué se os ha perdido por estos lares?

—Una dama que creía que se arrojaría al mar.

Beatagh pestañeó en la oscuridad y dirigió su rostro al lugar donde rompían las olas. Jamás iba a tomar ese camino, pero que él creyera que lo habría hecho la asustó. ¿Tan desesperada se veía? No era una mujer que llorara con facilidad, pero la congoja hizo que se derrumbara sobre el McLeod.

—¿Por qué siempre aparecéis cuando más vulnerable me siento? —se lamentó con un quejido.

—Porque sé guardar secretos —contestó Archie con sorna.

—Guardad el siguiente —le pidió Beatagh con rabia contenida—. No deseo casarme. No soporto la idea de que John me toque. Sé que el día que me convierta en una Sutherland una parte de mí morirá. Y llegaré a la vejez sin reconocerme.

Archie no creyó oportuno responder a eso. Tan solo la abrazó con más fuerza. Miró al firmamento en busca de una solución, pero no halló nada.

—Decidme, McLeod, ¿tenéis otra manera de olvidar las preocupaciones? Lanzar piedras en estos momentos puede resultar demasiado arriesgado en plena oscuridad.

Archie tuvo que clamar ayuda a los dioses, pues solo una idea volvía una y otra vez a su mente. Solo le apetecía besar a la mujer que provocaba en él demasiadas emociones sin coherencia alguna. A pesar de ello, su cuerpo reaccionó a su cercanía, su olor despertó el recuerdo de su sabor y la noche comenzó a destruir los límites de la razón.

—Todo lo que se me ocurre con respecto a vos... —respondió con voz ronca— nos abocaría al escarnio.

Beatagh, sumergida en la desesperación, tardó en comprender qué sugería. En cuanto supo a qué se refería, sus pulmones se llenaron de desafío. Sí, a ella también le apetecía volver a besar a Archie.

—¿Por qué no me asquean vuestras manos, por qué deseo vuestros labios, por qué mis entrañas responden a vuestros abrazos? Decidme, McLeod, ¿qué me ocurre? —Se aferró a su tartán con anhelo mientras hablaba—. ¿Qué clase de embrujo es este que me posee? Cuando me miráis, siento una calidez que ningún otro ha despertado en mí.

—Estáis conmovida, no sabéis de lo que habláis. No debí insinuar nada parecido; será mejor que volvamos con los demás —aconsejó Archie, consciente de la peligrosa situación en la que se hallaban.

—¡Oooggg, Archie! Dejad de comportaros como un caballero, no

necesito esto ahora. Sé que no os soy indiferente, pues no estaríais aquí conmigo —le recriminó ella.

—Beatagh, sois peligrosa, demasiado ardiente, imprevisible en exceso. —Archie comenzó a enumerar los motivos más para sí que para ella—. Un beso me bastó para comprender vuestra arrolladora naturaleza. Hacéis trizas a todo aquel que se os acerca. Arrastráis a los hombres detrás de vos y los lleváis a la locura.

—No hago tal cosa —se quejó la Murray.

—Fijaos en John: os desea por encima de cualquier título, no puede apartar las manos de vos, y entiendo esa sensación, ya que es la misma que me invade a mí —confesó el guerrero.

—Pero os resistís, a diferencia de él —refutó ella.

—Porque soy un hombre prudente, Beatagh. —Archie quiso hacerla entrar en razón, pues por menos ya habría abordado la boca de la joven—. Pueden cortarme la cabeza si nos descubren, y no imagino el castigo para vos.

—¡Tomadme, McLeod, ahora, esta noche! —La orden provocó una sonrisa en el guerrero—. Sé que no hallaré tan atrayentes sensaciones en John. Despertáis algo genuino en mí. Ayudadme a crear un recuerdo al que recurrir cuando las cadenas del matrimonio me alejen de mí misma. Solo quiero cometer una temeridad más, algo tremendamente obsceno —rogaba la joven con la cordura pendiente de un hilo, movida por una abrasadora desesperación—. Estoy segura de que jamás os habrán seducido como estoy haciéndolo yo ahora. Quiero entregarme a quien yo decida, no a quien me impongan. Necesito sentir por última vez que soy dueña de mi destino... si alguna vez lo fui.

—Eso que me pedís... —Archie no necesitaba argumentos para aceptar una propuesta tan indecente, pero su razón hacía un esfuerzo hercúleo para mantener cierta sensatez.

—Vos os iréis. Dudo que nos volvamos a ver en un futuro. —Beatagh comenzó a calmar sus conciencias con excusas que le sirvieran a Archie, pues percibía el mismo afán en él.

La oscuridad, el frío que los obligaba a mantenerse cerca, la asfixiante situación en la que se encontraban y la atracción que llevaban dominado desde hacía semanas los empujaban a plantear un escenario donde la prudencia quedaba en un segundo plano.

—¡Archie! —Beatagh posó su frente en la mejilla de él, inspirando con desesperación su aliento—. Equivocaos por una vez en vuestra vida y elegidme a mí como el error que cometer.

—Me provocáis, y no estoy seguro de que pueda frenarme una vez rompa las cuerdas de mi propia resistencia —advirtió al límite de su autocontrol.

—Entonces, ¿a qué esperáis? —lo instigó la dama, susurrando al oído.

—Beatagh Murray, puedo haceros daño —le advirtió Archie con una prominente erección que pronto iba a acabar con su propio dominio.

—Correré el riesgo —respondió, atrevida, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Sea —rugió Archie.

La palabra quedó amortiguada por las bocas, que de forma voraz se encontraron. Beatagh abrió los ojos con asombro, pues nada tenía que ver aquel beso con el que se habían dado la semana anterior; tampoco se parecía a ninguno de los recibidos por John. Si por un momento temió haber tomado esa decisión y haber despertado a la bestia que guardaba a buen recaudo el guerrero, pronto su propio cuerpo apartó esa idea. Sus vísceras reaccionaron a la pasión que los desbordaba. Sus bocas mordían, lamían y tomaban aquello que tanto tiempo habían deseado desde la distancia. Al caer las barreras de la moralidad, liberaron sus bajos instintos, los cuales se medían en ímpetu.

Archie tomó por la cintura a la joven que le agarraba la cabeza contra su propio cuello para obligarlo a continuar con las deliciosas sensaciones que su lengua generaba. El guerrero cargó con el peso de la muchacha para llevarla al otro lado del muro con el fin de resguardarse de las ráfagas que provenían del mar. Una vez allí, y valorando las posibilidades de que alguien los interrumpiera en aquel inmenso jardín, estampó sin miramientos a Beatagh contra las piedras. Ella, ante la sorpresa, se carcajeó, pues la respuesta del McLeod le resultó del todo estimulante. Beatagh necesitaba a Archie tanto como él a ella.

La mujer abrió su capa para que el bárbaro al que se sometía pudiera arrancar con facilidad los cordones de su saya. El McLeod pronto cayó sobre su piel blanca. Su sed de ella era tal que a base de lametazos y pequeños mordiscos liberó los pechos de la joven. El frío de la noche, en contraste con la calidez de la saliva de Archie, impidió que cualquier juicio brotara de la mente de Beatagh. Se convirtió en una hembra salvaje presta a

saciarse. No razonaba, solo actuaba. Las palabras apremiantes se intercalaban con los jadeos que iban en aumento. Mientras Archie devoraba sus senos, instaba a la joven a subirse la falda. Ella, con la barbilla apuntando al cielo, agradeció las gélidas temperaturas para no arder como creía que podía hacer. Una vez la tela estuvo bien asegurada por sus tórax, Beatagh tomó la iniciativa para ayudar al McLeod a deshacerse de su morral. Cuando por fin sintió su dureza contra su piel, creyó que se derretía. Una primitiva fuerza provocó que atrajera la cintura del hombre hacia ella.

Archie, consciente de la rendición que mostraba la dama, quiso disfrutar de aquel sueño perverso que se hacía realidad. Deslizó su miembro para acariciar la rendija de placer, que encontró escurridiza. Mientras succionaba la oreja de la mujer se entretuvo en introducir y alejar la fuente de placer. Quedó extasiado con el ronroneo de Beatagh, hasta que su propia naturaleza le advirtió de que estaba corriendo el riesgo de que tal práctica resultara tan tortuosa para él como para la pelirroja.

—Beatagh —jadeó su nombre—. Puedo daros placer sin deshonraros.

—Os quiero por completo —aseguró ella.

—¿Y la noche de la boda...? —Archie rechinó los dientes, asqueado con su propia tendencia a pensar en el bien de la dama.

—¡Al diablo con ella, McLeod! —gruñó la mujer.

Y fue entonces cuando por fin unieron sus cuerpos, deseosos de poseer al otro. La primera embestida fue acorde a la liberación que sus palabras generaron en Archie. Tenía a una fiera entre sus brazos y no a una dama remilgada. Ella arañó su nuca ante el doloroso impacto, pero no protestó por ello. Sin querer recrearse en la idea del sadismo, hasta las punzadas al rasgar su himen le resultaron excitantes. La joven hallaba satisfacción en aquel malestar envuelto en gozo. Beatagh no tardó en sumergirse en las oleadas de exquisitas sensaciones que estallaban por todo su cuerpo. Estaba totalmente enloquecida al experimentar el éxtasis que la encumbraba a un lugar desconocido para ella.

Aceptó sin contemplaciones cada arremetida. Sin llegar a planearlo, rodeó al guerrero con sus piernas. La fuerza de Archie le resultó de otro mundo, pues conseguía mantenerla alzada sin que sus movimientos menguaran y su precisión aflojara. Recibía cada sensual acometida con gratitud; el guerrero le ofrecía una liberación que jamás había imaginado. Ambos se habían introducido en una espiral de erotismo de la que no estaban dispuestos a

salir.

Ni la oscuridad ni el vendaval que arreciaba ni los remordimientos frenaron aquella danza febril que se consagraba a los elementos. El orgasmo culminó al unísono, aunque se regalaron varios minutos sin deshacer su unión. Continuaron con las rítmicas, aunque lentas, embestidas, como si de caricias se tratara. Sus espíritus volvieron con pesar a sus respectivos cuerpos. Aun sabiéndose satisfechos, aquel encuentro les supo a poco. Sus bocas continuaron buscándose, sus manos eran incapaces de dejar la piel en la que se posaban y sus cuerpos no parecían animados a separarse.

Un golpe de viento fue lo que terminó por apremiarlos. No podían permanecer así mucho más tiempo. Archie cubrió a la joven e intentó mantenerla abrigada. Beatagh no era más que una silueta en la noche, pero su instinto adivinaba cada expresión en su rostro. Se sonrieron mientras volvían a abrazarse.

—Este juego me parece más liberador que el de los guijarros —confesó Beatagh, risueña.

—Lo sé, pero solo una mujer tan temeraria como vos habría aceptado una vía de escape así —contestó Archie con voz ronca.

La joven lanzó una carcajada al firmamento mientras tomaba la mano del guerrero para guiarlo por el sendero más discreto. El McLeod rodeó los hombros de la dama en cuanto se pusieron en marcha.

—Pero bien que cedisteis a mis peticiones —bromeó ella sin poder evitar detenerse para abordar de nuevo los labios de su perverso amante.

—Mujer, soy un hombre prudente, pero hombre, al fin y al cabo —le contestó tras liberar sus labios. Antes de que se separara de él, agarró su trasero—. Algún mal podría contraer si no tomo un manjar así, tan dispuesto y complaciente.

—¿Así os he parecido? —preguntó Beatagh, sin saber si sentirse insultada, mientras retomaba el paseo rodeando con su mano el brazo del McLeod.

—¿Os recuerdo vuestros ruegos? —Archie supo que el orgullo se había resentido al ser ella quien suplicara fornicar, y eso le divirtió—. ¿O preferís que os enumere la cantidad de epítetos que teníais para mí?

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Ahora debo soportar vuestras mofas? —rezongó Beatagh por lo bajo.

—Por suerte, no me retendrán aquí mucho tiempo, y no tendréis que

verme como testigo de un comportamiento libidinoso —le recordó Archie.

—Sois cruel —se carcajeó ella.

—Mmmf —gruñó el guerrero, sin estar seguro de quién era más vil—. No me gustaría estar en el pellejo de John cuando descubra que no sois doncella.

La pelirroja rio por lo bajo.

—No lo sabrá —aseguró—. Las sirvientas son una fuente de documentación inagotable. Recuerdo escuchar cómo una de ellas encubrió a una recién casada. Le aconsejó pincharse un dedo del pie para evitar marcas visibles que hicieran sospechar que había vertido sangre sobre las sábanas que el virgo fue incapaz de dejar.

Archie meneó con asombro la cabeza mientras atravesaban el sotobosque que rodeaba la fortaleza.

—Aila nos lo tiene bien advertido —respondió a los pocos segundos.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó divertida tras contar su estratagema.

—Que, por nuestro bien, busquemos mujeres que nos sean leales y no a doncellas que puedan ofrecer su prueba una sola vez —comentó, taciturno.

—Curioso consejo —respondió Beatagh mientras se detenía—. Pues bien, mi amable caballero, será mejor que entréis por esta puerta. Yo rodearé el castillo para entrar por el lado contrario. No queremos que nos descubran, ¿no es así?

—Por el bien de ambos —concordó Archie.

Las fieras costumbres del norte de Escocia eran implacables cuando se descubría una afrenta semejante. La más mínima ofensa provocaba guerras que duraban años. Sus manos tardaron en despedirse mientras ellos se mantenían sumidos en sus silenciosos pensamientos.

—Archie —musitó Beatagh, vulnerable, sin la máscara de indiferencia que solía llevar y protegida por la penumbra—. Sé que lo que hemos hecho esta noche atenta contra la moral, y debería resultarme bochornoso. En cambio, quiero que sepáis que me habéis regalado el más puro e inquebrantable de los recuerdos. Pasaré toda mi vida rememorando esta noche, en la que un McLeod consiguió que rozara las estrellas. Jamás me había sentido tan libre y consciente de lo que quería. —Tras unos segundos en los que trató de quitarse el nudo que le agarrotaba la garganta, concluyó—. Es probable que arda en el infierno por ello.

—Me siento honrado, mi bella y guerrera Beatagh. —Archie no quiso

prestar atención a aquella sensación que atenazaba sus entrañas—. No sé si os consolará, pero Aila dice que no existe tal infierno. Y yo tampoco creo en él. Mujeres como vos jamás deberían ser silenciadas, y siento que no tengáis poder para conducirlos como vuestro corazón os dicta.

—Todos hacemos sacrificios, mi querido Archie; yo no iba a ser menos.

Beatagh se lanzó a sus brazos para hallar los últimos vestigios de consuelo que podía pedir. Antes de separarse agradeció al cielo aquel último beso.

OceanofPDF.com

21

El paseo en soledad con una capa que no era la suya la reconfortó. Necesitaba poner en orden sus ideas, así como sus emociones. Decidió devolver la prenda, y para ello se adentró en el salón y la depositó sobre una mesa. En la estancia no quedaba nadie, tan solo se escuchaba el crepitar del fuego. El olor a alcohol la instó a desaparecer de la vista de cualquier osado borracho. Supo que Archie iba a llegar antes a sus aposentos, por lo que no iba a toparse con él. De nuevo, habían ubicado sus dormitorios en la misma área. Beatagh permitió que la locura que había hecho se asentara en su alma. Inspiró hondo al sentirse satisfecha mientras su mente levantaba un muro para no indagar en la desazón que le producía saber que no iban a volver a verse.

En cuanto entró en la recámara un fortísimo brazo cayó sobre ella. Beatagh, preparada para la lucha, comenzó a dar golpes certeros para quitarse al atacante de encima. Una de sus manos voló hacia atrás para estamparse contra una oreja. Un rugido confirmó que quien fuera había quedado aturdido. La joven pudo escurrirse del brazo y girarse para quedar frente al intruso. Cuando la luz de las velas mostró su rostro, quedó impactada por la identidad del agresor.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo, sucio McLeod? —le espetó con la mandíbula tensa, sin que se le escapase la oportunidad de asestar otro puñetazo.

El guerrero no pareció afectado, pero sí motivado a continuar con su misión.

—Debo llevaros conmigo, no os resistáis —declaró Irvyng.

—¿Por qué diablos iba yo a dejarme atrapar? —Beatagh bailó por la habitación, esquivando garras y recibiendo puntapiés.

El fiel y cabezota amigo de Archie estaba dispuesto a cumplir los designios que él creía que habían dictado los dioses. Había encontrado la solución más eficaz para la situación de Beatagh y, por consiguiente, para la felicidad de Archie. Según su manera de proceder, había decretado que un

secuestro era la única vía posible.

Y, así pues, con su gran experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo y la desventaja que poseía la joven por la diferencia de tamaño, logró derribarla. La lanzó sobre el lecho boca abajo para maniatarla. Al escuchar a la dama lanzar todo tipo de amenazas, buscó un trapo para impedir que continuara armando escándalo.

—No deseo sumiros en la inconsciencia, pero, si continuáis así, me veré obligado a hacerlo —le advirtió Irvyng.

—¿Y debo daros la gracias, patán? —rugió Beatagh mientras intentaba apartase la melena que le caía sobre la cara—. ¡Soltadme u os juro que acabaré con vuestra vida!

La carcajada de Irvyng vibró en su ancho tórax.

—Bien deberíais estar agradecida: esto no lo hago más que por vos —refunfuñó el rubio *highlander*, sin dejar de mantener inmovilizada a la joven, que no dejaba de sacudirse.

—¡Habéis perdido la cordura! —gritó Beatagh con angustia al no comprender la manera de razonar de aquel bárbaro—. ¿Qué pretendéis hacer conmigo, demente?

—¡Es evidente! Nos vamos —respondió con esfuerzo al tratar de retenerla contra el colchón.

—No vais a raptarme. ¡Sería una calamidad! —continuó Beatagh, sin poder soltarse—. ¡Forzaréis una guerra entre clanes, mentecato!

—Lo que haré es salvaros de una vida atroz y permitir que viváis junto a Archie. Los McLeod os acogerán. —Irvyng soltó sus palabras creyendo que la muchacha era corta de entendederas.

—¿Por qué demonios querría vivir con los sucios McLeod? —se jactó ella, convencida de que la locura gobernaba a aquel hombre.

—Por... —comenzó a decir Irvyng mientras ajustaba una soga a las piernas.

—¡Irvyng, suelta a la dama! —rugió Archie.

Archie se había echado en el jergón desde que había llegado, sin sentir curiosidad por el paradero de su compañero. Aunque su cabeza seguía dándole vueltas a su escarceo con Beatagh, había logrado dormitar unos minutos. Hasta que el sonido de objetos al caer y de los gritos lo habían despertado. Corrió hasta la puerta abierta que conducía a los aposentos de la Murray para toparse con la escena y su último comentario. A pesar del

caótico momento, el desprecio con el que había hablado sobre la posibilidad de vivir junto a él y su clan había logrado herirlo.

—Ha quedado clara su postura —añadió con voz mortalmente suave—, y deja ya esa manía de capturar doncellas. Nos meterás en un grave conflicto.

Irvyng se levantó del lecho donde se mantenía a horcajadas sobre la joven. Ofendido por no recibir la aprobación de ninguno de los dos, gruñó para que constara su desaprobación.

—La última vez que lo hice fue un acierto —respondió sin importarle que la pelirroja comenzara a liberarse.

Mientras Irvyng se volvía furibundo hacia su amigo, este meneó la cabeza, cansado por la manera con la que solía conducirse Irvyng.

—¿Puedes explicarme qué diantres pretendías conseguir con todo esto? —Archie trató de comprender los motivos de su compañero.

—¡Zanjar este asunto! —se explicó, contrariado—. Si lograba alejarla de los Sutherland, te daría tiempo a ti de venir a buscarla, y Aila podría haberos desposado en el camino. ¡Así salvaríamos al zorro! Es evidente que está ligado a ti.

—¡Pues ocupaos de ese maldito zorro y dejadme en paz a mí! —replicó Beatagh mientras estiraba sus faldas y se ponía en pie, sintiéndose agraviada.

Irvyng puso los ojos en blanco en dirección a Archie, haciéndole ver que la joven no merecía una explicación si aún no había entendido que ella era el zorro. Por su parte, Archie lo ignoró y por primera vez posó la mirada en Beatagh. Cuando sus ojos se encontraron, la dama detectó cierto rencor.

—Me voy a dormir; no puedo ayudaros a ver lo que estáis empeñados en ocultar —rezongó Irvyng.

Al pasar junto a Archie, chocó su hombro con el de él de forma premeditada. La discusión había concluido para el rubicundo. Si no le permitían secuestrar a Beatagh, no tenía nada que hacer allí.

—¡Ese hombre! ¡Ese bárbaro! —Beatagh, agitada, alzó su dedo para señalar el lugar por donde había desaparecido el guerrero—. ¡Es un peligro! ¡Habría que encadenarlo!

Archie, con la decepción bullendo en su interior, meneó la cabeza.

—Es leal, es fiel, es un buen compañero —respondió con la boca tensa—. En cambio, vos sois una cobarde.

La Murray abrió los ojos con asombro; necesitó tragar para enfrentarse a

la frialdad que mostraba Archie.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó, desconcertada.

—Os vanagloriáis de vuestro ímpetu, de vuestra valentía ante cualquiera que ose imponeros su voluntad. Después os lanzáis a mis brazos lloriqueando mientras decís que estáis cautiva y que no deseáis formar parte de una familia que tratará de anularos. —Las palabras estaban envueltas en mofa—. Y cuando alguien os ofrece la posibilidad de ser libre ¿lo consideraréis un peligro?

Archie la miró de arriba abajo con una mezcla de lástima y desagrado.

—Creo que he debido de ser yo quien ha perdido la cabeza —respondió Beatagh, descompuesta por el cambio de actitud en el guerrero—, porque no entiendo la razón por la cual debo alegrarme por ser secuestrada.

—Sois una embustera. —Archie dio un paso hacia Beatagh, harto de sentir atracción por una mujer como ella—. Dejad de lamentaros, sed sincera con vos misma, pues no deseáis romper vuestro compromiso con los Sutherland.

—¡Es obvio que quiero, pero no tengo cómo! —La joven levantó sus manos para dar énfasis a su frustración.

—Irvyng os estaba mostrando el camino —contestó con vehemencia.

—¡¿Qué?! —se carcajeó con histeria—. Sí, estáis en lo cierto, la idea de enfrentar a los McLeod con los Sutherland era la mejor salida para salir de mi aprieto.

La réplica logró que Archie soltara el aire por la nariz con fuerza; no podía con el dolor que le generaba la tozudez de la muchacha.

—Irvyng trató de haceros ver que no existe resignación en la vida de un McLeod —declaró Archie.

—No me estoy conformando con mi sino, y tampoco os esforcéis en convencerme de que hay otro para mí —amenazó Beatagh, indignada por la justificación de un rapto.

—Seguid ocultándoos, continuad con esta monserga —le recriminó el McLeod—, pero no contéis conmigo para aliviar vuestra conciencia. ¿Os habéis preguntado qué pasaría si os negáis a desposaros? ¿Qué ocurriría si la valerosa Beatagh Murray coge a su corcel y se aleja de las personas que quieren destruir su naturaleza indómita?

—Mi clan depende de mí —trató de recordarle.

Esta vez fue Beatagh quien apretó la mandíbula tras contestar.

—¡No mintáis más! —le espetó Archie.

—¡No puedo salir huyendo! —estalló Beatagh, acorralada por las palabras de Archie.

—Sí podéis, pero no sois capaz de asumir las consecuencias. —Archie se había acercado y la miraba desde lo alto. La desazón que sufría la joven era patente, pero no tuvo piedad—. No tenéis la fortaleza para enfrentaros al rechazo y comenzar una nueva vida. Dejaos de lamentaciones. La libertad no se regala, se lucha por ella. Y hoy me he dado cuenta de que preferís la comodidad y el lujo antes que tomar las riendas de vuestra vida. Estáis más cómoda comportándoos como una mujerzuela, creyendo que así os rebeláis ante vuestros verdugos, pero no es más que una excusa para hacer daño y no sentir remordimiento por ello.

Beatagh pestañeó varias veces al ser sacudida por la sinceridad de Archie. Sufrió al comprender que había perdido a la única persona con la que se había mostrado tal y como era. Levantó la barbilla para taladrar con la mirada al McLeod, pues no estaba dispuesta a pedir disculpas.

—No soy la primera ni seré la última dama en aceptar la imposición de un enlace matrimonial —respondió, irguiéndose orgullosa—. Parece que se os olvida que cuando sois la hermana de un laird os debéis al clan. Solo las mozas pueden marcharse con el primer soldado que pasa por su aldea para renegar de su familia. Mi partida generaría daños irreparables a mi pueblo.

Archie observó con decepción el rostro que jamás iba a olvidar. Comprendió que no podía pedirle más, que no existía ninguna posibilidad para que germinara un amor sincero entre ellos. Beatagh ni tan siquiera lo contemplaba como una posibilidad, y eso abrió la herida que sangraba en su interior.

—Creo que os dais demasiada importancia, dama Beatagh —pudo contestar al fin antes de volverse—, y esa será vuestra ruina.

Resentida, la joven no pudo aceptar por más tiempo sus lacerantes recriminaciones. No quiso detenerse a averiguar si le molestaban por ser ciertas o por venir de él. Acortó distancias para tirarle del plaid.

—Desposarme con vos no me daría más libertad que la que me ofrece John —aseguró con vehemencia.

Archie movió su torso con brusquedad para que lo soltara. La miró por encima del hombro con condescendencia mientras dibujaba una sonrisa de medio lado. Dicha reacción afectó a su adversaria, pues se arrepintió al

momento de haber expresado tal atrocidad.

—Seguid escondido, pequeño y aterrorizado zorro —le dijo con voz grave—. Disfrutad de vuestra jaula de oro.

El vacío que dejó la figura de Archie en la estancia se instaló también en el interior de la joven. Beatagh se desplomó sobre su lecho. La congoja era nueva para ella. Una presión se asentó en su pecho al sentir que había perdido algo demasiado valioso. De alguna manera, creyó estar siendo abandonada. No supo bien si por Archie o por sí misma, y esto le resultó atroz. Jamás se había creído tan vulnerable. Sin saber cómo era posible, comprendió que Archie se había llevado parte de ella.

Su mejor parte.

OceanofPDF.com

22

La comitiva fúnebre resultó de lo más numerosa. Los clanes que se habían reunido para apoyar a los Sutherland acompañaban la carreta que transportaba el cuerpo de Alexander. Todos aprovecharon para volver a sus tierras, incluido el séquito real. A Beatagh le fue difícil encontrar a Archie entre tantas personas, carromatos y monturas. Él también se ocultó de manera deliberada. No deseaba volver a dirigirle la palabra, mucho menos a mirarla.

Tras el sepelio realizado en el camposanto de la iglesia de Dornoch, se dividieron para partir cada cual a hacia sus respectivos hogares. Beatagh se acercó a la pradera donde los caminos se bifurcaban y fue en aquel momento cuando identificó a Archie a lo lejos. El frío había obligado a muchos a cubrir sus cabezas con boinas de lana y él la lucía con gallardía. Envuelto en su plaid de colores pardos, daba órdenes a sus soldados. Un pellizco hizo saltar las entrañas de la joven. Supo que era la última vez que iba a ver el rostro del hombre que tanto le había enseñados sobre sí misma y sobre lo que su corazón podía anhelar.

En su viaje de vuelta al norte, los Murray se despidieron de los Sutherland en cuanto sobrepasaron el lago Dornoch Firth. Beatagh, sumida en un torbellino de pensamientos, guio a Boreal hacia Aberscross. Su madre se giró en el asiento del carruaje donde iba para sacar la cabeza por la tosca ventana del vehículo. Frunció el cejo antes de apearse. Con la prudencia siguiendo sus pasos, advirtió que nadie había notado el desliz de su hija. Se acercó mientras los laird se despedían con amables palabras.

—¡Beatagh! —la llamó.

En cuanto desmontó, la pelirroja observó cómo la despedida se alargaba más de la cuenta, por lo que agarró las riendas de su caballo y atendió a la llamada.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Iona a bocajarro.

Beatagh miró a su alrededor, desconcertada.

—Debes asentarte en Dunrobin —le recordó la matriarca—. Ofrece

consuelo a John y mantente a su lado. Son momentos delicados para todos.

—Madre, la alianza de matrimonio no correrá peligro si paso el invierno con vosotros —logró responder la joven—. Será mi último Yule con los Murray.

La expresión de Beatagh mostraba su desazón. La presión que ejercía Iona sobre ella le resultaba asfixiante. Tras la marcha del McLeod necesitaba su hogar para recomponerse. No deseaba instalarse de manera definitiva con los Sutherland, menos aún cuando iba a hacerlo el resto de su vida.

—Ay, mi pequeña guerrera —se apiadó Iona al ver cómo su hija comenzaba a madurar—. Es hora de que cortes los lazos con nosotros y comiences a crear los tuyos propios.

—Todavía no, madre, por favor. Permitidme quedarme hasta el día del enlace —rogó.

—No estoy desterrándote, Beatagh. —Iona dio un respingo, pues comprobó cuán equivocada estaba su muchacha—. Debes entender que estas semanas serán cruciales para que John, ahora heredero, no desee desembarazarse de ti. Una vez hayan pasado cierto duelo y tú te hayas ganado la confianza de los Sutherland, deberás volver con los Murray. Eso no lo dudes, querida. No debes aparentar desesperación.

—A todas luces es lo que parece —respondió Beatagh sin poder mantenerle la mirada. La impotencia bullía en su interior.

—Tanto que te han enseñado sobre el arte de la guerra, pero nada sobre estrategia... —se quejó Iona con un profundo y cansado suspiro.

Adelantó su mano para tocarle la mejilla a Beatagh. En cuanto sus ojos, tan parecidos, se encontraron, no necesitaron palabras para hablar. Los de Beatagh transmitían sensación de abandono; los de Iona, de lástima. En cambio, fue la castellana la que dio por concluida la conversación.

—Vamos, Beatagh, honra la memoria de tu padre. Sabemos que estás más que capacitada para convertirte en la esposa de un laird. —Tomó sus faldas para girarse—. No olvides escribir y mantenernos informados.

El rencor de Beatagh lo dirigió a la solemne espalda de su madre. Montó con la rabia cargada en cada uno de sus gestos. Espoleó a Boreal sin importarle lo que pudieran pensar de ella. Se alejó de todos sin despedirse. El jamelgo comprendió que él también podía soltar toda su fuerza en pleno galope, aunque lo necesitara más su dueña. El animal arrancaba trozos de barro con sus cascos mientras se encaminaban hacia el norte, rumbo a la

fortaleza de Dunrobin.

OceanofPDF.com

23

En sentido contrario trotaba Archie junto a sus compañeros. Irvyng no tardó en lanzarle pullas sobre su situación sentimental mientras Aila se horrorizaba al descubrir que el rubio guerrero había tratado de secuestrar a Beatagh.

—¡Irvyng! Los dioses no te han pedido que intervengas —le recriminó la hechicera.

—Pero habrían estado agradecidos de haberlo logrado —replicó sin remordimientos.

Archie no participó en la conversación. Quiso mantenerse al margen, pues la noche anterior le habían quedado claras las pretensiones de la dama. A pesar del dolor que aquello le ocasionaba, como hombre de guerra estaba acostumbrado a guardar sus sentimientos bajo una férrea indiferencia.

Tardaron varios días en atisbar la edificación gris que desafiaba al mar. La fortaleza de Craig les dio una calurosa bienvenida. Su compañero Clarion se había quedado a cargo de los McLeod en ausencia del laird Alistair. Su situación personal no difería mucho de la de Archie. Por aquel entonces, el guerrero de cabello oscuro se había visto obligado a casarse con una dama inglesa que huía de la obsesión de un sacerdote por ella. Su amigo de la infancia se había sumergido en una relación cuyo final no presagiaba nada bueno. Todos creían que la diferencia social que existía entre ellos iba a impedir que hubiera un final feliz y que ambos iban a quedar marcados de por vida.

Semanas más tarde, y para sorpresa de todos, Clarion y Elinor lograron mantenerse unidos a pesar de la adversidad. Si bien Archie no había necesitado contraer matrimonio con Beatagh para salvarla de un desgraciado destino, sí creía estar viviendo un calvario parecido al que había pasado Clarion. Ambos eran víctimas de sentimientos demasiado profundos hacia mujeres que estaban lejos de su alcance.

Por su parte, la realidad le había estampado la verdad frente a él. Archie no iba a tener la misma suerte que Clarion. Ellos al menos se correspondían.

Durante los meses que su amigo había bailado en el limbo sentimental jamás lo había visto desfallecer. A Archie le asombraba el pragmatismo con el que Clarion se había enfrentado a la amenaza del desamor; en cambio, él no lograba diluir la frustración. Con cada día que pasaba, más crecía su desengaño. En la oscuridad de la noche hervía recordando su apasionado encuentro, durante la madrugada se retorció al pensar que John pudiera forzarla y al amanecer su mente se torturaba con la frialdad que había recibido cuando le ofreció la opción de luchar por su libertad.

Se entregó en cuerpo y alma a sus labores en el clan con el firme propósito de olvidar a Beatagh Murray. El invierno había llegado con fiereza, por lo que había demasiado por hacer. Desde alimentar a los rebaños a afianzar viviendas, ayudar en la recolección de víveres y salir a cazar para llenar los almacenes.

La costumbre popular los animaba a celebrar el solsticio de invierno con tradiciones paganas. El día de Yule correspondía a la noche más larga. El punto de inflexión en el que el sol comienza a tomar fuerza y a dominar el firmamento. Alrededor de este día había todo tipo de leyendas. De una manera u otra, eran conscientes de que el astro renacía y que la etapa gélida formaba parte del resurgimiento. Encender un gran fuego no solo caldeaba sus cuerpos, también ofrecía la potencia transmutadora de este elemento para acompañar a la Madre Naturaleza en su despertar. Todos los años se quemaba un gran tronco elegido para la ocasión. Se reunían alrededor de la lumbre y solicitaban que el siguiente ciclo solar les prodigara abundancia.

En torno a este *sabbat* se respiraba el respeto por la Madre Tierra y su fecundidad. No era extraño ver a mujeres colocar tres platos de más en la mesa. Las familias con hijos recién nacidos esperaban a las Tres Madres. Se las invocaba para que ofrecieran sus bendiciones a los más pequeños de la casa. Estas tres damas solían surcar el cielo por esas fechas llevando con ellas el cuidado maternal. En la oscuridad de la noche se aparecían para colmar de habilidades, bienes materiales, dones y sabiduría a la prole.

Como en todas las festividades, no se escatimaba en comida y bebida. Los habitantes del castillo se cubrían con pieles para permanecer en el exterior, ofreciendo luz a la jornada más oscura. Archie anduvo entre su gente charlando y bromeando. No tardó en reunirse con los adultos que dedicaban parte de sus conversaciones a rememorar tiempos pasados. Él había vivido varias décadas cargadas de grandes anécdotas que recordar. Archie solía

gustar de escuchar a los ancianos. Relataban las leyendas que su madre le contaba cuando era niño y añadía otras tantas a su conocimiento. Era un festejo con tintes nostálgicos, todos deseaban ver resurgir al sol, que la primavera regresara y, con ella, su fertilidad. Aquel año, para Archie resultó ser una jornada más oscura y fría de lo habitual.

A medianoche, cuando el tronco de Yule ardía con fiereza en medio del patio de armas, Elinor se colocó a su lado.

—Tomad, es posible que lo necesitéis —le dijo.

La anglosajona le ofrecía un madero como un brazo de largo. Desde hacía unas semanas se había convertido en una McLeod, no solo *de facto*, sino de corazón. Clarion y ella habían conseguido formalizar su matrimonio. Se habían acabado las persecuciones, las dudas y la amenaza de una separación. La pareja había regresado de Edimburgo con la firme promesa de no separarse jamás. Al percatarse del gesto, Archie creyó que la muchacha no había entendido bien en qué consistía el ritual.

—¿Qué me traéis, un tronco de Yule? —preguntó, divertido.

Los rizos rubios de la joven brillaban con la luz de la hoguera. Sus ojos violáceos sonrieron ante su pregunta.

—Sí, se me ocurrió que, si quemáis vuestro propio tronco, podría ayudaros a borrar ese mal recuerdo que os atormenta desde que volvisteis del norte. —Elinor se explicó con humildad.

—Andáis un poco perdida con nuestros ritos. —Archie se carcajeó mientras tomaba el obsequio—. Solo puede arder uno, y es el que tenemos frente a nosotros.

Ella rio, sin cejar en su intento.

—Lo sé; sigo siendo cristiana, aunque me atraen vuestras costumbres paganas —sonrió Elinor—. Acertada o no, creo que la magia de noches como estas nos permite desprendernos de lo que nos pesa y comenzar de nuevo con la experiencia que nos ha tocado vivir como maestra.

Archie observó la sincera preocupación de la joven. Sabía que su amigo Clarion compartía el mismo desvelo, y de alguna manera logró enternecerlo. Su familia velaba por él. No necesitaba estar ligado por la sangre para notar el abrigo de las personas que solo le deseaban el bien. Quedó colgado de la cálida sensación y poco después asintió.

—Os lo agradezco, Elinor —Archie hizo girar en sus manos el cilindro de madera—, pero, si me lo permitís, voy a instruiros en lo que se persigue

hoy. Las cenizas de esta noche servirán para abonar nuestros campos; con ellas sembramos nuestros deseos, les damos fuerza y solicitamos que crezcan fuertes, así como lo harán los cultivos. Esta noche unimos nuestras almas para crear, todo lo contrario a lo que pretendéis que haga. No es noche para desechar, alejar o eliminar nada de nuestras vidas.

Con cierto pesar, el guerrero le entregó el leño a Elinor. Esta meneó la cabeza al negarse a tomarlo.

—¡Oh, disculpad mi torpeza! —Se encogió de hombros antes de sonreír—. Aun así, aquí os lo dejo; puede que queráis desear que algo bueno surja con el nacimiento del sol.

Su mirada le dijo que esa había sido su intención desde el comienzo. Era una mujer que había resurgido de las cenizas, había mirado al miedo a los ojos y se había aferrado al amor. Clarion la había salvado de su propia destrucción y desde entonces se había convertido en una soñadora. Apostaba por la verdad que había entre dos corazones, por encima de las dificultades que pudieran encontrar en el camino.

—Yo nunca imaginé que terminaría viviendo entre highlanders —se explicó la inglesa—. ¿Quién sabe qué os deparará el futuro?

—Valoro vuestro esfuerzo, pero me temo que mis deseos son algo más complejos que los que tuvisteis vos. —Archie hizo volar el tronco para volver a tomarlo con la misma mano.

—¿Más complejo que una inglesa termine siendo desposada por un escocés? —preguntó, risueña.

La mueca que realizó Archie mostró que aceptaba la crudeza de su historia.

—A diferencia de vos, yo soy el único que creyó que había algo por lo que luchar —contestó con toda sinceridad—. Clarion y vos estuvisteis de acuerdo en esforzaros todo lo posible por manteneros unidos.

Elinor pestañeó ante la dura situación en la que se hallaba el guerrero. Suspiró cuando apoyó una mano sobre su hombro.

—Probad a soñar —le animó—. Y no tendría que decíroslo una cristiana como yo, pero deberíais confiar en vuestros dioses. Estoy segura de que, si no es esa dama, habrá alguna mejor esperándoos. Y creedme que habrá merecido la pena tal desamparo.

Archie posó su mirada sobre la madera que tenía entre sus manos. Trascurrieron unos segundos en los que su mente rememoró los momentos

vividos con Beatagh. Se sabía embrujado, estaba convencido de que no era mujer de este mundo, sino un hada que habitaba en el norte. Recordó la primera vez que la vio en el bosque. A su mente llegó la imagen de la muchacha con su arco en la mano, su mirada directa y su fiera determinación.

Levantó la cabeza para enfocar las llamas refulgentes que rugían frente a él. La esperanza, esa que da tregua a la incertidumbre, lo invitó a sacar la daga que guardaba en su cinturón. *¿Por qué no?*, se preguntó. Y la punta afilada del arma comenzó a tallar el nombre de Beatagh. En cuanto terminó su trabajo, se acercó al fuego y lo lanzó. Tuvo que reconocer que cierto alivio invadió su interior. El guerrero desistió de luchar contra sus sentimientos para rendirse al amor no correspondido. Archie decidió continuar por el camino que el destino dibujaba para él. En definitiva, dejó de lamentarse para simplemente confiar.

24

Aquel invierno fue como todos. No faltaron ventiscas, tormentas, grandes heladas y copiosas nevadas. Beatagh se paseó por los pasillos de Dunrobin como fiera enjaulada. Asistía a las cenas familiares y acompañaba en el duelo a las hermanas Sutherland. Su prometido pasaba largas horas al día con su progenitor, pues debía ponerlo al corriente de todo lo relacionado con el mando del clan.

La joven Murray agradecía que mantuvieran ocupado a John, porque de esta manera podía librarse de sus manos. Poco a poco iba aumentando el desagrado que le producía que la tomara de la cintura, la agarrara de un codo o le acariciara las mejillas. Siempre que rozaba sus rodillas se mantenía rígida. Era incapaz de devolverle los gestos de cariño. De alguna manera, sentía que los guardaba para otra persona. Alguien a quien, con probabilidad, no iba a volver a ver, pero al que era incapaz de olvidar.

A pesar de las semanas de contención, Beatagh solía ataviarse con ropas cómodas para hacer alguna incursión en el exterior. Le sentaba bien ir a vigilar el ganado, atender a los aldeanos o ayudar en el establo. Rondaba el mediodía cuando zapateó sobre las piedras de la entrada para sacudirse la nieve de sus botas. Se desembarazó de la gruesa capa mientras notaba el contraste de temperatura sobre su nariz. Recibió con gratitud la calidez del hogar. Enseguida se dirigió al habitáculo próximo al salón donde solía espiar junto a Jean. Tenían por costumbre depositar en aquella estancia herramientas, armas y demás utensilios. La muchacha eligió uno de los ganchos clavados en la pared para colgar su capa antes de salir.

Tarareaba cuando subió los escalones que llevaban al gran salón. El fuego de la inmensa chimenea estaba encendido, y se acercó para recrearse en la agradable sensación que ofrece entrar en calor. Estaba tan absorta pendiente de la danza de las llamas que tardó en darse cuenta de que alguien la observaba desde el umbral en el extremo contrario a la entrada. John Sutherland padre se había deslizado por los corredores con la ayuda de un bastón. La parálisis había llegado para quedarse, pero él cada vez dominaba

mejor esa debilidad.

—Buen día, mi laird —saludó Beatagh, sobresaltada.

—Buen día para vos también —contestó, tomando como apoyo la piedra de la arcada.

Ella tragó saliva, pues no recordaba haberse encontrado a solas con aquel hombre en toda su vida. Su mirada oscura la escrutaba como jamás lo había hecho. Sintió su poder a pesar de su enfermedad. Era un guerrero y un líder con el firme propósito de cumplir sus órdenes. Este recorrió con la mirada a la pelirroja, que mostraba signos de estar incómoda. John estaba acostumbrado a percibir esa sensación en los demás, por ello no se dio prisa en aliviar el azoramiento de ella. Se fijó en el jubón de cuero, en el plaid enrollado en torno a su cintura e incluso llegó a detectar unos calzones bajo sus faldas. Despreció sus fachas al resultarle demasiado varoniles para que las luciera una dama.

—Sentaos; deseo hablaros —le ordenó.

Ella se detuvo unos segundos, pues no sabía si debía ayudarlo a acercarse. Su duda ofendió al laird, que la fulminó con la mirada cuando comprendió a qué se debía su demora en acatar su designio.

—Sentaos, he dicho —repitió.

Beatagh obedeció y esperó el tiempo que tardó el enfermo en acomodarse en la cabecera de la larga mesa. Escuchó los sonidos que el esfuerzo y la cabezonería emitían. Paciente, se entretuvo en admirar las vidrieras a través de las cuales atravesaban los rayos de sol invernales. La espera le resultó eterna, sobre todo al tener que disimular que el hombre lidiaba con su dignidad y su torpeza a la vez. Una vez estuvo en su sitio, con las marcas del esfuerzo pintadas en su rostro, tomó la palabra.

—John desea acordar la fecha para celebrar vuestro matrimonio —sentenció.

Beatagh asintió. Sus ojos recayeron en sus manos sucias y uñas ennegrecidas por el trabajo en el exterior. Avergonzada, las escondió bajo la mesa.

—Como os habréis dado cuenta, las circunstancias de John han cambiado, y, por ende, las vuestras también.

La pelirroja se sorprendió al ver cómo el laird bufaba con incredulidad sin dejar que sus ojos la recorrieran. En ese instante recordó que no se había recogido la melena rizada y que debía de estar alborotada. También intuyó

que tenía fango en la mandíbula, pues el jefe del clan se detuvo más tiempo de la cuenta en esa zona. Evitó el impulso de restregarse con la manga.

—¿Quién habría vaticinado que la hija de Angus Murray sería la castellana de los Sutherland? —preguntó al aire.

Ante la mención de su padre se prendió una mecha de orgullo herido que a Beatagh le resultó difícil de apagar. Afianzó su mentón para continuar escuchando a su futuro suegro.

—Ahí está —se jactó John al levantar el dedo—. Ese brillo de superioridad, de un reconocimiento que perdieron varios siglos atrás. Debe de ser triste crecer con leyendas de un pasado que nada tiene que ver con el presente. Los Murray pudieron ser descendientes de los primeros pobladores. ¡Fieros y orgullosos pictos! —El hombre se mofaba de su clan con deliberación—. Como si nosotros no proviniéramos de la misma rama. ¡Ay, estos Murray! —Bufó sus palabras—. ¿Y ahora tenemos a una mujercita con su sangre que engendrará a mis nietos?

—Este enlace fue acordado por vos, laird; no entiendo qué intenciones albergáis diciendo tal cosa —respondió Beatagh, controlando sus ganas de estamparle un puñetazo al carcamal.

—Cierto es, niñita, que di mi aprobación para que mi segundo hijo se desposara con una Murray —aceptó con abierta desilusión—. Vuestro hermano fue inteligente y aprovechó el encandilamiento de John por vos para aprovecharse de la situación.

—¿Tan poco valor dais a la decisión tomada por vuestro hijo que creéis que fue inducido? —preguntó, altanera, pues Beatagh quiso tensar la conversación.

Él no la deseaba como nuera, y ella soñaba con librarse de las cadenas de los Sutherland. El jefe del clan chascó la lengua antes de menear la cabeza mientras su mente se perdía unos segundos en el pasado.

—No estoy seguro —concluyó—. John es un buen guerrero, maneja el arte de la estrategia como lo hacía yo en mi juventud. Me veo reflejado en él, pero no me gusta esa debilidad que posee por vos. —Levantó la mano antes de que ella replicara—. Os acepto por los lazos familiares que nos unen, pero digamos que carecéis de la distinción de una dama. Me preocupa que vuestra naturaleza impulsiva acarree algún mal a mi clan.

—He sido así siempre; ¿por qué ahora os supone un problema? —preguntó Beatagh; la situación comenzaba a resultarle graciosa.

—Pues porque ya no seréis la esposa de un hijo segundón, sino la del futuro laird Sutherland. Tengo que velar por el bien de mi familia —aseveró el jefe.

—¿Y yo no hago bien a nadie? —Beatagh entrecerró los ojos y recortó la distancia que la separaba del anciano adelantando su cuerpo.

—Tened por cierto que no sois la adecuada para John —declaró cual obviedad; temiendo que pudiera herir los sentimientos de la joven añadió —: Lo que me obliga a tener esta conversación son mis deseos de haceros entrar en razón.

—Os escucho con atención. —Beatagh enlazó sus dedos mostrando una falsa sumisión, pero riendo a carcajadas en su interior. Esa vez volvió a colocar sus codos sobre la mesa.

El Sutherland frunció el ceño al detectar cierta soberbia en la muchacha, pero no permitió que lo desviara de su objetivo.

—Se han acabado esas escapadas cual bárbara a Dios sabe dónde —comenzó con voz firme y mirada amenazante—. Me constan vuestros caprichos de andar entre las bestias ayudando a los mozos. Ese no es lugar para una dama. A partir de ahora, Eirica os mostrará la manera en la que debe conducirse una castellana. Mi esposa será vuestro ejemplo. En cuanto a la indumentaria: queda prohibido andar luciendo esos ropajes en Dunrobin; mis hijas podrán iluminaros en cuestiones femeninas. Debéis comprender que no permitiré que opinéis sobre asuntos del clan. Solo os enfocaréis en complacer a John y cuidar de sus vástagos. Y, por último, olvidaos de las armas, de las incursiones y los adiestramientos. Todo ello os ha convertido en lo que sois. Vuestra madre no ha sabido educaros como debía, pero no está todo perdido: nosotros tomaremos esa labor con sumo gusto.

—Mi laird —Beatagh eligió bien sus palabras. Las usaría como su mejor baza, pues comenzaba a tomar conciencia de la oportunidad que se le brindaba—, a mis diecinueve lunas... ¿creéis que seré capaz de cumplir con las expectativas que los Sutherland habéis depositado en mí?

—Es una cuestión de fe, hija; todos rezaremos para que lo consigáis. —Fue una respuesta que escondía serias dudas.

—Confieso que poseo un carácter difícil. Me consta que mi madre se ha desahogado con vuestra esposa —aceptó Beatagh—. Quiero que sepáis que respeto y amo a los Sutherland. Mi lealtad a vuestro clan es absoluta.

—No dudo de ello —rezongó John, con el escepticismo bailando en su mirada.

—Os honra vuestra confianza —agradeció Beatagh con una calma poco común en ella; a pesar de ello, no pudo evitar apuntar—: Es esperanzador saber que me veis capaz de cumplir las normas que acabáis de imponerme.

—La situación me obliga a ello, muchacha —respondió el laird con resignación y ajeno a las intenciones de Beatagh.

—¿Y no hay demasiado en riesgo para dejar que todo lo decida el azar? —preguntó la pelirroja con aire inocente.

—¿A qué os referís? —espetó molesto.

—Siento que la carga que depositáis en mis hombros es demasiado pesada para mí. —Beatagh se animó a explicarse; las palabras de Archie resonaban en su mente y su corazón latía desbocado al hallar la salida del atolladero en el que se encontraba—. Respeto y amo a los Sutherland y no deseo que mi posible incapacidad para cumplir vuestras normas dañe al clan. Debemos tener en cuenta que un matrimonio es irrevocable.

—¿Habláis de renunciar a ser nuestra castellana? —Los ojos calculadores del laird danzaron esperanzados.

—Vos no me consideráis buena para el cargo, acabáis de ser claro al respecto —le recordó ella.

—¿Y sacrificaríais nuestra alianza? —preguntó John con extrañeza.

—Todo lo contrario, mi señor —negó rotunda—. Me pondré al servicio de los Sutherland, como siempre hemos hecho los Murray, pero en esta ocasión os ofrezco todos esos defectos que enumerabais antes.

—Os mofáis —elucubró el laird, atónito con lo que escuchaba.

Lo normal habría sido pensar que aquella muchacha iba a aferrarse al brazo de John para convertirse en la castellana. Disolver el compromiso era algo soñado por él, pero no lo creía posible, pues los Murray no iban a permitirlo. Tener a la prometida de su parte daba un giro bastante interesante a sus circunstancias.

—En absoluto: os muestro mi sincera lealtad —aseguró Beatagh con solemnidad sincera—. Soy demasiado ruda para comportarme como una damisela. Vos mismo os habéis dado cuenta, y mi madre ha sido incapaz de meterme en vereda. Soy útil en los pastos, con el ganado. He ayudado a parir a más de una vaca y a alguna yegua. Manejo bien a los mozos para que no sean holgazanes y soy diestra en las armas. Aunque dudéis de lo

idóneo de esta práctica en una mujer, os juro que no miento cuando os digo que me he retado con los mejores guerreros. Podéis tomar lo que soy en beneficio de vuestro clan.

—Desde luego que no quisiera teneros como nuera —se regañó el laird sin importarle los sentimientos de Beatagh—. ¿De verdad sois capaz de hacer todo lo que acabáis de relatar?

La joven desvió la mirada, pues el anciano podía adivinar que había mucho más en su historial al ver el gesto que compuso.

—Tampoco tenemos que indagar tan a fondo, mi laird —respondió la pelirroja tras recomponer su posición anterior. Mostró una sonrisa traviesa al decir—: He aceptado que no soy capaz de adaptarme a la vida de una castellana. Más que suficiente para que vuestras preocupaciones hayan menguado. ¿O me equivoco?

—En nada —claudicó el jefe Sutherland—. No me agradáis; sois descarada, bárbara y altanera.

Ella le habría contestado con un «Gracias», pero la prudencia se impuso, pues estaba a punto de deslizarse la soga que llevaba al cuello desde el día en que había firmado el compromiso. Beatagh mantuvo un semblante amable mientras dejaba al anciano rumiar el giro de los acontecimientos. Habían llegado a tal punto de sinceridad que Beatagh se alegraba de que la despreciara.

—Esto no va a gustarle nada a John. Se opondrá con la fiereza que suele acompañarlo —murmuró por lo bajo—. Tampoco estoy seguro de cómo afectará el cambio de parecer a vuestro hermano.

—Eso, jefe Sutherland, os lo encomendaré a vos. A fin de cuentas, yo solo soy una mujer, bárbara e ingobernable. —Sus palabras surgieron con naturalidad mientras daba por concluida la conversación sin pedir permiso previo. Al verla levantarse con resolución, John parpadeó, atónito con la reacción de la muchacha—. Confío en que vuestra autoridad y los años como cabeza de familia sean suficientes para calmar el orgullo herido de dos críos como lo son John y Neil. Sobra decir que, por el bien de todos, nadie debe enterarse de esta conversación.

—Sois una criatura infernal —le dijo el anciano con más admiración que ánimo de insultar—. Haré bien en alejar a mi hijo de vuestras garras.

—No sería justo conmigo. Yo siempre he querido a John, pero el clan siempre estará por encima de nuestros propios intereses. —Se guardó que el

cariño que le prodigaba al heredero se acercaba al de la amistad y muy poco al romance. Aun así, quiso que quedara su ruptura como un sacrificio por amor.

—Celebro vuestra osadía —sonrió el jefe—. Demostráis tener algo más bajo ese enjambre rojizo que tenéis como cabello.

—Los Murray nunca defraudamos. —Beatagh realizó una reverencia antes de dirigirse a la salida—. Adelántate a la fortuna y llena los grilletes¹.

—Beatagh citó su lema mientras se alejaba. En su interior retumbó la idea que en aquella ocasión se había adelantado a la fortuna para librarse de sus propios grilletes.

En cuanto estuvo en el corredor interior corrió hasta sus aposentos. Quiso gritar de alegría, pues por fin tenía las riendas de su propia vida. Tumbada boca arriba, sobre su lecho, dedicó unos minutos a pensar qué le diría Archie si le contara la conversación que acababa de desarrollarse. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Se sentía tan feliz que ignoró lo que el porvenir le pudiera deparar.

¹ *Es la traducción más próxima del lema del clan Murray. «Furth fortune and fill the fetters».*

25

La resolución del jefe del clan Sutherland tuvo la respuesta que esperaban. En cambio, la pataleta del heredero fue frenada con rudeza. La desventaja de convertirse en la cabeza del clan era esa. Las alianzas matrimoniales debían acarrear beneficios para su pueblo y, por esa misma razón, Beatagh Murray debía ser descartada. Neil fue el encargado de escoltar a su hermana de regreso a Aberscross. Su oposición a romper el acuerdo fue contundente, y sacó provecho económico del agravio. Hubo una compensación que dejó a ambas partes satisfechas. Además, se alegró de volver a encontrar el brillo de siempre en la mirada de Beatagh. Desde el anuncio de su compromiso con John, había visto cómo se iba marchitando.

Iona recibió a su hija con frialdad, pues la conocía bien como para saber que era capaz de desoír sus consejos y pulverizar la posibilidad de ser la castellana Sutherland. Beatagh no se esperaba una bienvenida así, pero no le sorprendió la crítica de su madre. En eso se parecían demasiado: no solían dar su brazo a torcer y cuando algo se les metía en la sesera reaccionaban mal si les llevaban la contraria. En aquella ocasión, era Beatagh quien había ganado.

—No te preocupes: verás que pronto se le pasará. —Neil la tomó de los hombros cuando Iona se alejó con la espalda erguida y un rictus amonestador en el rostro.

—No sabes cuánto me insistió en que mantuviera el interés de John en mí —se quejó Beatagh—. Deseaba que yo consiguiera su propio sueño.

—Ella solo trataba de hallar un futuro prometedor para ti —le respondió, extrañado por tal pensamiento.

—No, ella quería que fuera la castellana de un gran clan —aseguró Beatagh con un suspiro que mostraba su cansancio por las continuas diferencias con Iona.

—Madre ya lo es —declaró Neil como obviedad.

—Me temo que no somos todo a lo que ella aspiraba —replicó, apesadumbrada.

—No hables así. Amó a nuestro padre y está orgullosa de ser una Murray.
—Neil la acompañó a los aposentos—. Beatagh, debes aceptar que hemos perdido una gran oportunidad de poseer más tierras e influencias.

—Neil... —Beatagh se detuvo para abrazarlo—. Lo sé, pero no estoy hecha para los Sutherland. Me sentía morir.

Su hermano no quiso castigarla más. De ello iba a encargarse su madre. Aceptó aquella disculpa velada y trató de que volviera a sentirse en casa.

Beatagh no tardó en retomar sus viejas costumbres y hacerse cargo del manejo de las tareas que le resultaban más tediosas a Neil. Al saludar a los aldeanos tuvo que forzar una máscara de indiferencia para soportar los comentarios que su gente hacía sobre Archie. El McLeod no solo había dejado su impronta en ella, sino también en los Murray.

La llegada de la primavera había reducido la virulencia del clima nortño. De forma casi inapreciable, los rayos de sol iban ganando fuerza y, con ella, brotaba de nuevo la vida. A pesar de estar dispuestos a decir adiós a las largas jornadas frías y oscuras, aquella estación del año se caracterizaba por mantener los caminos enfangados. La pelirroja se deshizo de las botas llenas de barro en la entrada de la fortaleza. Bufaba por lo bajo con la furia vibrando en su interior. Mientras soltaba el calzado comenzó a llamar a Neil a voz en grito. Cual torbellino se introdujo en el reducido salón de Aberscross.

—¡Neil, faltan dos reses y cinco ovejas! —bramó para que la información llegara antes que ella—. ¡Estoy segura de que los Mackay están detrás de esto! Tenemos que actuar de inmediato. Esos malnacidos...

Beatagh se detuvo en cuanto detectó la presencia de varias personas reunidas con su hermano. John, junto a dos guardias Sutherland, frunció el ceño al verla entrar hecha un basilisco. El jefe Murray inspiró hondo cuando se dirigió a su hermana.

—No son los Mackay, Beatagh. —Decidió incluirla en la conversación que se había estado desarrollando antes de su entrada—. Al menos, no solo ellos. Los McDonald desembarcaron hace unas semanas en un asentamiento al sur.

—¿Qué se proponen con ello? —preguntó, en esa ocasión con más preocupación que rabia.

—Han saqueado algunas aldeas de la zona —comenzó a explicar John—. Además, han avistado navíos pertenecientes al señor de las Islas cerca de

nuestra costa, y todo apunta a que están preparándose para atacar.

—Desean apropiarse de más tierras a la fuerza y ocupar el territorio Sutherland —aclaró Neil.

—La avaricia del conde de Ross es ilimitada —comentó Beatagh mientras digería la información—. Y su locura también. ¿No le bastaba con enemistarse con el rey, que ahora desafía a un clan aliado del monarca?

—Nadie se creyó sus palabras de fidelidad —comentó John—. Es evidente que lo respalda el rey inglés, y por ello se siente con la fortaleza suficiente para hacerse con lo que le venga en gana.

—¿Cuándo responderemos? —preguntó Beatagh, suponiendo que iban a frenar su avance.

—Todavía no podemos —respondió Neil.

La pelirroja alternó su mirada entre los dos varones con incredulidad.

—Debemos tener pruebas suficientes para lanzar una acusación y enfrentarnos de manera abierta a ellos. Hasta ahora han sido escaramuzas fortuitas —explicó John Sutherland.

—¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados? —preguntó la joven, estupefacta.

—No: organizaré una partida para patrullar las fronteras con los Mackay y la zona costera —contestó Neil—. De todas formas, como vengo repitiendo los últimos años, no tengo que darte explicaciones. Es un asunto que podemos resolver los Sutherland y yo.

El jefe Murray debía recordarle constantemente a Beatagh dónde estaba su lugar. A ella, como siempre, le importaba un rábano lo que su laird dijera.

—Bien; me prepararé para formar parte de las incursiones —respondió, resuelta. Sin decir nada más, cruzó el salón para atravesar la arcada que la llevaría al pasillo interior.

—¡No he ordenado nada parecido, Beatagh! —le recriminó Neil.

—No os preocupéis, nos vendrá bien tenerla como ayuda —lo tranquilizó John—. Siento no poder acompañaros; en mi lugar irá mi hermano Robert.

Neil asintió antes de fulminar con la mirada el lugar por el que había desaparecido Beatagh. Al volver su vista al frente observó el rostro de John.

—Y vos ¿cómo os sentís? —preguntó, como amigo de la infancia—. ¿Cómo lleváis la vida de un heredero?

—Voy adaptándome a mi nueva condición —contestó, sucinto—. Por un

lado, me gusta la idea de ponerme al mando, dibujar estrategias y contemplar cómo se llevan a cabo. Por otro, siento que ocupo la posición de un cobarde al delegar en mis guerreros lo que debería hacer yo. Mi padre insiste en que no puede perder a otro hijo, que debo quedarme en la retaguardia. Me anima a pensar como un laird, pero en ocasiones me resulta costoso.

El Sutherland también miró hacia el lugar por donde Beatagh había salido.

—Aunque nada de lo que os cuento es comparable a renunciar a vuestra hermana. Ella será el mayor sacrificio que haré por mi clan. —La resignación pintó su rostro—. No habrá otro tan duro como ese.

Neil le puso una mano en el hombro para insuflarle ánimos.

—Hoy lo veis como un sacrificio, pero, amigo mío, os prometo que os habéis librado del infierno. —Ambos bufaron mientras sonreían—. Estoy seguro de que en el futuro sabréis que fue una bendición haber podido libraros de ella. Creedme: la sufro todos los días.

—El averno, con ella al lado, sería menos infernal —respondió John, destrozado por su amor no correspondido y su enlace destruido.

Tras varias semanas de escaramuzas, pillaje y persecuciones con los McDonald, Neil decidió acercarse a la fortaleza Dunrobin para dar el parte en persona. El clan invasor había aumentado su violencia contra la población. Esa era su labor como clan sept. Le correspondía lidiar los conflictos de los Sutherland a cambio de que estos respetaran su independencia. Al presentarse ante el jefe se vio obligado a resumir lo sucedido. En su relato describió el escenario de las dos aldeas arrasadas. Además, urgió a formalizar la guerra: no podían permitir que continuaran con sus ataques. La decena de hombres Murray, entre los que se encontraba Beatagh, habían patrullado las fronteras. Lo urgió a movilizar más guerreros.

Exhausto, el pelotón se acercó a la fortaleza Sutherland. A lo lejos pudieron observar cómo se recortaba la costa con la edificación desafiando al mar.

—Beatagh, llévate a algunos de nuestros hombres y regresa a casa —le indicó Neil.

—No pienso abandonaros; os soy de utilidad —se negó la pelirroja.

—Es por ello que te necesito en Aberscross. La ambición del conde de

Ross va mucho más allá de los Sutherland. —Neil clavó sus ojos azules en los de ella para ordenar—: Tienes que proteger a los Murray en mi ausencia.

Durante toda su vida Beatagh había tenido que pelear por obtener un lugar de importancia, por ser valorada. Por primera vez, no la apartaban de la misión principal por ser ella, sino porque le encomendaban una aún mayor. Neil depositaba en su persona su confianza porque la veía capaz de defender a su clan. Ella respondió con una gran sonrisa y asintió con solemnidad. El jefe Murray le devolvió el gesto, sorprendido, pues Beatagh jamás había aceptado una orden sin rechistar.

—Saluda a Jean de mi parte —le dijo Beatagh al despedirse.

Neil hizo grandes esfuerzos por resultar natural.

—¿A cuenta de qué me vería yo con Jean? —preguntó, incómodo—. Estamos en guerra, por lo que no habrá tiempo para veladas que propicien un encuentro con las damas.

—Estoy segura de que hallarás la manera de hacerle llegar mi saludo.

La picardía que cubrió la mirada de la pelirroja logró que Neil lanzara una carcajada. Antes de que su hermano se girara, añadió:

—Lucha por lo que sientes, Neil. No todos tenemos esa oportunidad.

Al oír aquellas palabras, el laird se detuvo con el ceño fruncido.

—Es la primera mención que escucho sobre tus sentimientos hacia John —respondió, atónito.

Beatagh miró al cielo para buscar una salida airosa y tensó su boca en una mueca que mostraba haber hablado demasiado.

—Ojalá fuera él —fue su escueta respuesta.

Sin más, espoleó a Boreal para cumplir con la primera misión que le habían encomendado de manera oficial.

26

En el castillo de Craig, morada de los McLeod, el laird reunía al Consejo junto a sus mejores hombres. La solemnidad del momento mantenía en alerta a todos los presentes.

—He recibido una carta. Nos llegan noticias desde el norte —se pronunció Alistair—. Es el motivo por el que os he reunido con premura. Los Sutherland nos piden ayuda. Al parecer, los McDonald se han aburrido de reinar en las islas y ambicionan los territorios del norte.

—¿Han amenazado también a los Mackay? —preguntó uno de los ancianos del Consejo.

—No, por el momento a los Sutherland, aunque en la misiva cuentan que los Mackay se mantienen al margen porque creen que no tardarán en aliarse con ellos —respondió Alistair—. Señores, es de vital importancia tomar una decisión. No solo es una amenaza para los Sutherland, sino también para nuestro monarca. Es lógico pensar que pronto vendrá un emisario real para invitarnos a ir a la contienda.

—Debemos acudir a su llamada; no podemos demorarnos y dejarlos desprovistos de refuerzos para enfrentarse al ejército McDonald —intervino Archie.

En cuanto la gravedad de la situación fue planteada, su mente voló hasta Beatagh. Entre las filas de los McDonald se encontraba Donald Dubh-na-Soirn, el infame que había osado ponerle la mano encima a la joven. Deseó que la pelirroja no se hubiera cruzado en su camino y que los Murray de Aberscross no se hubieran visto afectados por las escaramuzas.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Clarion, amigo de la infancia—. Deberíamos salir al alba.

Los ancianos, curtidos en mil batallas, eran más prudentes. Eso hizo que la discusión se alargara varias horas. Una vez Alistair sopesó la opinión general de sus gentes, tomó la decisión: viajar al norte para sumarse a las filas como aliados de los Sutherland.

—¿Quién se quedará en Craig hasta nuestro regreso? —preguntó Archie.

Hasta la llegada al clan de Elinor, la esposa de Clarion, había recaído en Archie la protección de los McLeod en ausencia del jefe. En aquel momento sus entrañas se retorcían por el ansia de tomar su caballo y galopar dirección norte. No sabía cómo iba a eludir la responsabilidad, pero no estaba dispuesto a cumplir la orden de quedarse.

—Nuestras mujeres son válidas para tal menester —respondió Alistair—. Mi esposa llevará los temas domésticos y la dama Elinor se encargará de la administración. Así pues, Clarion, te vienes con nosotros. Espero que no te sientas contrariado al dejar a tu mujer atrás.

—Desposarme con Elinor no me ha hecho menos guerrero ni menos leal a los McLeod. —fue su respuesta—. Además, estoy deseando conocer a la dama que trae de cabeza a mi compañero Archie.

Todos se carcajearon menos el aludido. Le importó bien poco lo que dijeran de él, no tenía energía más que para pensar en su reencuentro con Beatagh. Fue el primero en abandonar el gran salón.

—¡Eh, no he dado por concluida la reunión! ¿A dónde crees que vas? —preguntó Alistair.

—¡A la guerra! —bramó Archie. El salón rugió animado por su predisposición. En cambio, Clarion siguió a su camarada al exterior con mirada especulativa. Ya en el edificio destinado a los soldados, se apoyó en el marco de la puerta mientras contemplaba cómo Archie se afanaba en reunir sus pertenencias.

—Archie, no eres un jovenzuelo para mostrar tanta impaciencia —decidió decirle.

—Sé a lo que me enfrento —respondió sin molestarse en mirarlo—. He peleado en más de una batalla.

—No me refería a eso. —Clarion inspiró para tomar fuerza—. Esa mujer puede provocar un despiste y hacer que termines dañado.

Entonces Archie se detuvo y apretó la mandíbula antes de mirar por el ventanuco que daba al patio de armas.

—Entiendo tu preocupación —respondió con gravedad—, pero de alguna manera siento que mi lugar está en el norte. Aunque ella, con toda probabilidad, se haya desposado con John Sutherland, tengo la imperiosa necesidad de ir y alejarla de cualquier mal. Incluso de su propia temeridad.

—Jamás habría imaginado que el hombre más integro, y con una calculada impasividad ante la adversidad, se hubiera enamorado de una

fiera ingobernable —se mofó Clarion de su desatinado corazón.

—Todos sucumbimos a la tentación que supone un opuesto —replicó Archie con una sonrisa de medio lado.

—Te han embrujado, viejo amigo —le advirtió Clarion.

—Es posible, pero no cualquier bruja; Beatagh es un hada del norte —respondió, pronunciando su mayor secreto—. Un ente feérico inalcanzable que se mete en tus entrañas y que sabes que jamás podrás arrancarla de tu interior.

—Palabras dignas de un trovador, Archie —comentó Clarion con mirada burlona—. Desde luego que hay un hechizo, pues la mayoría de los mortales tildarían tu dolencia de desamor. Nada más que eso. —Meneó la cabeza—. No te preocupes, que yo estoy dispuesto a quitarte la venda de los ojos para que puedas ver lo humana y terrible que puede llegar a ser Beatagh Sutherland para ti.

Archie frunció el entrecejo al escuchar el apellido, pero rio, porque estaba seguro de que su compañero iba a hacer lo inimaginable para que la olvidara. Y a los dioses rogó que le permitieran conseguir su objetivo, pues no deseaba continuar con aquella agonía sentimental que lo debilitaba.

Beatagh deshacía el camino que la había llevado hasta la frontera oeste del territorio Murray. Una familia de pastores había sido atacada por los McDonald. El progenitor había fallecido y la mujer, junto a sus hijos, había podido esconderse en el corral que poseían en el interior de una cueva. Desde hacía días la pelirroja había preparado a su clan para un ataque. Había liderado varios grupos de hombres para apuntalar las murallas, dar cobijo a aldeanos que vivían en las afueras y armar a los voluntarios.

Estaba exhausta cuando se adentró en el último tramo del camino hacia Aberscross. La acompañaba la carreta que llevaba a la madre junto a los puercos que no quisieron dejar como alimento para el enemigo. Sus dos hijos montaban con Beatagh. Ambos realizaban el viaje sentados delante de ella, y los había cubierto con un tartán para controlar el frío. La mirada helada de la Murray mostraba la rabia que le producía la guerra. Por más preparada para luchar que se sintiera, odiaba ver cómo se ensañaban con los más débiles.

Admiró la empalizada que habían construido como barrera durante su ausencia. Los Murray la saludaron desde la zanja enlodada con la misma lealtad que habrían mostrado a Neil. Al cruzar la segunda muralla detectó movimiento en el patio de armas. Se puso en alerta al desconocer la procedencia de aquel grupo de guerreros. Su corazón saltó como aviso antes de que su mente reconociera al fornido líder que distribuía tareas.

Archie McLeod se hallaba frente a Beatagh, y la alegría la invadió a pesar del infierno que estaban viviendo. A su vez, el guerrero levantó la vista para contemplar su llegada. Su imagen le golpeó con fuerza en el pecho. Si se ignoraban los signos de cansancio y preocupación pintados en su cara, se podía comprobar que mantenía la dignidad de siempre. Contemplar cómo sus labios se ensanchaban hizo que los suyos los imitaran. Ambos agacharon la cabeza como saludo. Enseguida, Archie se fijó en los dos pequeños que acunaba entre sus brazos. Un bebé que no llegaba a un año y otro que no pasaba un lustro. Se acercó a ayudar sin pensarlo. En cuanto

estuvo a su altura, escuchó las palabras que escogió como bienvenida.

—Emisario —musitó Beatagh, aún con el pulso acelerado por verlo de nuevo.

—Y capitán —le recordó con un guiño mientras tomaba en brazos a los infantes.

Ella desmontó sin ayuda.

—¿Cuántos sois? —preguntó Beatagh a bocajarro mientras se centraba en quitarse los guantes. Sopló un mechón pelirrojo que había caído sobre su frente al decir—: ¿Y a qué habéis venido?

La castellana Iona salió del torreón acompañada de varias doncellas dispuestas a agasajar a los recién llegados, por lo que Beatagh dejó que fuera ella quien se encargara de buscarles hospedaje. Los antiguos amantes se medían con la mirada. A pesar de estar deseando echarse en los brazos del otro, la hostilidad con la que se despidieron se conservaba patente. Archie mantuvo sus emociones bajo control cuando se explicó.

—Los McLeod hemos venido a prestar ayuda a los Sutherland; pronto se unirán a nosotros los Mackenzie —informó Archie con voz neutra—. Mi laird creyó oportuno dividirnos y me envió a mí, junto a un escuadrón, para dar apoyo a los Murray. Los demás continuaron hacia Dunrobin.

—¿Y fuisteis vos quien eligió venir hasta Aberscross? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Obedecía órdenes —mintió Archie.

—¡Oh! Lástima —Beatagh formó un mohín—; pensaba que preferisteis visitar a una vieja amiga.

—Eso fue lo que quise evitar —reconoció, con los ojos ambarinos clavados en ella y dejando traslucir lo contrariado que se sentía al verla allí—. Os creí con los Sutherland, con bozal y cadenas al cuello.

La pulla fue recibida con una sonrisa fría. Beatagh recordó lo que se habían dicho aquella errada noche.

—Comprendo: yo tampoco habría querido ser testigo de tan lamentable situación —replicó—, pero jamás la habría eludido.

—¿Osáis llamarme cobarde? —preguntó, incrédulo—. Os recuerdo que no fui yo quien aceptó el cadalso matrimonial sin buscar una salida, a pesar del riesgo.

Beatagh, resentida, meneó la cabeza mientras decidía cuándo ofrecer la verdad de lo ocurrido. Se acercó con audacia y lo agarró del plaid para que

estuviera a su altura. No había dulzura ni delicadeza en su gesto.

—Sed bienvenido, McLeod, a mi hogar —recalcó—. Yo, Beatagh Murray, os estoy agradecida por la ayuda que prestaréis a mi clan.

Dio varios manotazos al pecho del guerrero antes de continuar hacia el interior. Archie apenas giró el tronco para contemplar su partida. Aquel andar lo volvía loco, pero aún más la noticia que acababa de darle. A pesar de la contundencia de Beatagh, supuso que el matrimonio aún no se había producido debido al contratiempo de la guerra.

—¿Y cuándo se supone que os tendré que llamar «lady Sutherland»? —preguntó Archie a la espalda altanera.

En aquel instante, Mai salía trotando del edificio para lanzarse a los brazos de Archie. La risa de la niña lo hizo sonreír, y fue ella quien terminó por despejar sus dudas.

—¡Mi hermana jamás será una Sutherland, Archie! —gritó después de decirle cuánto lo había echado de menos—. Madre está muy decepcionada y apenas le dirige la palabra. Yo estoy feliz porque vuelve a vivir con nosotros. ¡Y ahora llegáis vos!

—Sí, pequeña, y espero protegeros de esos malnacidos...

—¡Oh! —Mai se llevó las manos a la boca al escuchar la palabra malsonante.

—Bueno, quería decir de todo mal —se corrigió Archie al depositarla en el suelo.

Minutos más tarde se encontraba rodeado de los aldeanos Murray con los que había convivido meses atrás. Mai lo acompañó en el recorrido por las cabañas, donde lo agasajaron como si de un laird se tratara. A pesar de que las conversaciones lo mantenían entretenido, la idea de que Beatagh no iba a casarse no cesaba de colarse en su mente. Hacia el anochecer, cuando dirigió sus pasos hacia la torre del homenaje, meneó la cabeza para quitarse la esperanza de la mente. Si no había alianza con los Sutherland, pronto la habría con otro clan estratégico.

Regresar a Aberscross en aquella etapa resultó inquietante. Archie había conocido la algarabía en las cenas, la animosidad entre sus gentes y la apacible rutina de una comunidad más de las Highlands. La invasión de los McDonald había hecho mella en todos. La cena se desarrolló con un silencio perturbador: no había nada que celebrar y mucho en lo que pensar. Los rostros lucían expresiones de seriedad a pesar de los intentos de

propiciar conversaciones cordiales con los invitados. Llevaban meses de asedios y destrucción. La impotencia de ir siempre un paso por detrás dañaba la moral de la mayoría. Beatagh era quien trataba de mantener el ánimo en alto, más con motivación bélica que con estrategias emocionales. Ella no hablaba de la esperanza, tampoco se encomendaba a Dios; la líder los instaba a ser gallardos, a defender lo propio y salir a luchar para sacar a los invasores de sus tierras.

Escuchó con atención todo lo que habían realizado bajo su mando. Las zanja que había excavado para cubrirlas con vegetación con la intención de crear trampas ante un posible asalto a la fortaleza. Le detallaron las normas y la organización de aldeanos que se habían quedado sin casas, o cómo la pelirroja participaba en las escaramuzas que habían lidiado en más de una ocasión. Sentada a cierta distancia, Beatagh daba buena cuenta de su comida con la mente perdida en innumerables asuntos pendientes. Archie admiró desde la distancia el coraje de la mujer, y se le hizo aún más costoso reconocer que no le estaba poniendo fácil olvidarse de ella.

De manera furtiva, sus miradas se cruzaron alguna que otra vez. Sus ojos eran imanes que no podían permanecer alejados de la figura del otro por mucho tiempo. Beatagh jamás creyó que iba a volver a ver al McLeod. Tenerlo sentado a su mesa, con su arrolladora presencia y aquella seguridad que tanta falta le hacía, provocaba que sus entrañas se encogieran cada que vez que lo miraba. Al recordar lo que había ocurrido entre ellos el pasado año, cierto remordimiento la invadió. Le habría gustado haberse despedido sin tantos reproches para poder recibirlo con mayor efusividad.

La cena temprana finalizó con rapidez para ofrecer descanso a los recién llegados. Se despidieron dando muestras de agradecimiento por los alimentos recibidos y se disgregaron para abandonarse a un sueño reparador en una estancia cálida. A Archie volvieron a asignarle un aposento en la torre del homenaje, y dio las gracias por ello. Su viaje al norte había sido duro. Tuvieron que atravesar lodazales, además de soportar la lluvia primaveral durante gran parte del camino. Tumbarse en un confortable lecho y cubrirse con pieles fue como estar en el cielo. Antes de dormir, como siempre ocurría, su memoria le trajo del pasado el inolvidable encuentro con Beatagh. Un gruñido fue lo último que se escuchó cuando todo quedó en calma.

A una hora indeterminada de la noche, unos golpes en su puerta lo

sacaron de su ensoñación. Aturdido, levantó la cabeza de la almohada para aguzar sus sentidos.

—Archie —logró escuchar—. Archie —insistía la voz de Beatagh.

En el instante en el que supo que no era fantasía, sino realidad, la puerta se abrió con la mujer portando una antorcha.

—Beatagh, olvidaos; no tengo intención de fornicar con vos —le dijo, atónito por la audacia de la pelirroja.

—¿Qué?! —exclamó Beatagh entre la risa y la sorpresa—. Ni muerta vendría a pedir tal cosa. No repetiría nada parecido en mi vida.

Archie se alzó sobre un codo para tratar de comprender lo que estaba ocurriendo.

—Disculpadme si no me tomo muy en serio la palabra de una embustera —le recriminó el guerrero.

—Sabed que la situación es desesperada, pues, de lo contrario, estaríais pagando vuestra ofensa. —Beatagh se acercó con la llama del fuego bailando en su rostro. Tras dar un puntapié a la cama ordenó—: Levantaos, holgazán. Nos han llegado malas nuevas. Los McDonald han desembarcado cerca de Skibo; tratan de sitiar el castillo del obispo. Debemos partir de inmediato.

El sentido práctico se impuso.

—Enviad un mensaje a los Sutherland —indicó Archie mientras se ponía en pie. En tiempos de guerra solía dormir vestido.

—¿Por quién me tomáis, McLeod? —se mofó ella—. Es lo primero que he hecho.

Y el portazo dio por concluida la conversación.

28

Beatagh y Archie reunieron a sus hombres y partieron con prontitud. El castillo de Skibo no se encontraba muy lejos de allí. En plena oscuridad se detuvieron a cierta distancia de las tropas McDonald.

—Debemos repartirnos por la retaguardia, mantener una posición de vigilancia hasta que vengan los refuerzos desde Dunrobin —comentó Archie.

—Bien —respondió Beatagh.

—¿Bien? —inquirió Archie con sorpresa—. Pensaba que me disponía a debatir cada idea que presentara.

—Aunque os cueste creerlo, soy capaz de dar valor a una buena idea —respondió con resentimiento; no le gustaba que tuviera tan mal concepto de ella—. Incluso puedo llegar a observar a un líder en alguien que no hace otra cosa que aguijonear mi mal genio.

En plena oscuridad, Beatagh no pudo apreciar la sonrisa satisfecha que mostró Archie. Sin más dilación desmontó, seguido de la joven, para comenzar a explicar los pasos que debían seguir.

—¿Quién de los Murray es el mejor rastreador y puede recorrer estas tierras con los ojos cerrados? —preguntó al grupo.

—Yo, mi señor —se adelantó un voluntario.

Archie forzó la vista para apreciar su aspecto.

—Si apenas sois un muchacho —le dijo.

—Soy un hombre, capitán, delgado y no muy alto, pero con varias décadas a mis espaldas. Me llaman Cam —se explicó el voluntario.

—Cam, vuestra complexión os dará ventaja —aceptó Archie—. Seréis mi guía; necesito acercarme lo máximo posible a la fortaleza. Vos, Beatagh, seréis la encargada de recordar las posiciones de vuestros hombres a lo largo de la ensenada. Camuflaos, observad y mantened la calma hasta que os llegue la orden de ataque.

—Vamos, muchachos; hoy seremos la sombra de esos apestosos McDonald. —La pelirroja montó a Boreal mientras decía estas palabras.

Archie y ella acordaron verse en ese mismo punto una vez hubieran finalizado las misiones de reconocimiento. Los McDonald habían desembarcado en las costas de Dornoch Firth. Más de quinientos hombres se preparaban para asaltar la fortaleza en la que habitaba el obispo de Caithness. Hasta el momento habían tenido que procurarse alimentos y cobijo por la fuerza, de aldea en aldea. Si lograban hacerse con el castillo, podrían continuar su avance hacia el norte con un lugar seguro donde abastecerse y refrescar a sus tropas.

Beatagh dispersó a sus hombres en distintos puntos antes de volver al lugar donde iba a reunirse con Archie. Cuando alcanzó la zona más al este, observó cómo algunas patrullas invasoras se separaban para dirigirse al pueblo de Dornoch. Sabía que no iban con buenas intenciones, y estuvo a punto de frenar su avance ella sola. La lógica se impuso y decidió cumplir con las órdenes.

De regreso por la zona arenosa más alejada de los enemigos, miró al cielo y pidió al firmamento fuerza para poder sobrevivir a la primera batalla campal a la que asistía. Un silbido sutil le indicó que Archie estaba cerca; enseguida apreció su silueta cuando los rayos de luna surgieron entre las nubes. Sin mediar palabra, el guerrero tomó las riendas del animal y lo condujo entre los arbustos hasta llegar a un alpendre abandonado. La construcción era pequeña, útil para los pastores que pasaban por allí o algún marinero al que lo alcanzara la noche. Cam fue quien ofreció el lugar para que pasaran las horas que quedaban de espera. La cabaña era idónea, pues también estaba ubicada cerca del camino que iban a tomar las tropas aliadas para llegar a Skibo.

Beatagh fue la primera en adentrarse en ella. Estuvo a punto de echarse a llorar al comprobar que habían hecho acopio de alimentos y pieles. No podían encender fuego para no ser vistos, por lo que se acomodó en el suelo con la mirada puesta en la entrada. Archie tardó un buen rato en reunirse con ella. Había estado espiando el campamento que habían extendido los McDonald alrededor de la fortaleza y se había acercado lo suficiente para escuchar algunas conversaciones. No parecían impacientes, ellos también esperaban órdenes. John de Islay, jefe del clan y conde de Ross, cenaba en Skibo con el obispo de Caithness.

A su regreso, se sentó junto a Beatagh, apoyó la espalda contra la pared, estiró las piernas y, con un puñado de castañas en la mano, le relató las

novedades. Beatagh escuchó en silencio, reconfortada por la cadencia de la voz de Archie, el calor que desprendía, pero, sobre todo, por su serenidad. Nadie que prestara atención habría adivinado a través de su actitud que tras unas horas iban a entrar en combate.

La joven, arrebujaada entre las pieles y animada por la intimidad que ofrecía la oscuridad, ladeó la cabeza hasta apoyarla en el hombro del McLeod. Si alguna vez deseó volver a verlo, jamás quiso que fuera bajo la amenaza de una cruenta guerra. Se sintió desfallecer al percibir la cercanía de la muerte.

—Os he echado tanto de menos... —murmuró Beatagh con un hilo de voz.

Archie masticaba frutos secos cuando escuchó la confesión. Se detuvo en el acto, no quiso ni parpadear. Poco a poco fue soltando el aire que contenían sus pulmones con un millar de pensamientos revoloteando en su mente. Sabía que era una mujer peligrosa, más por lo que podía hacerles a sus sentimientos que por el daño físico. Sabía desde hacía tiempo que se había rendido a sus encantos, incluso a sus defectos. Su instinto de supervivencia lo instaba a salir huyendo; en cambio, claudicó.

—Yo también, endemoniada hada del norte. —Su voz sonó ronca.

Beatagh hipó una carcajada y buscó la mano del guerrero hasta encontrarla sobre su morral. La bienvenida que esta le dio fue desesperada. Los dedos se entrelazaron con fiereza.

—Percibo que no estáis feliz por añorarme —comentó ella.

—Acertáis. Es difícil lidiar con lo que siento cuando sé de lo que sois capaz —respondió, echando la cabeza hacia atrás para abrirse en canal.

Beatagh se detuvo unos segundos para ponerse en su lugar. Era normal que pensara así cuando había yacido con él estando comprometida con otro hombre. Le dolió la imagen que había creado de ella.

—Siento deciros que solo soy capaz de encenderme si estáis a mi lado —le respondió con la voz rota—. No comprendo muy bien la razón, pero solo ardo con vos. Jamás permití que John me cortejara como deseaba. Una vez pude romper el compromiso, ningún hombre ha despertado en mí el fuego que vos prendéis con una mirada.

—Basta de embustes, Beatagh —le rogó Archie.

—Eso hago, Archie —replicó ella—. Basta de negar lo que sentimos por el otro, dejemos de fingir que nos repudiamos cuando estamos deseando

tocarnos.

La Murray saltó sobre el guerrero. Se colocó a horcajadas y a tientas tomó su rostro. Al apoyar la frente sobre la de él, susurró:

—Digámonos la verdad, con mayor razón esta noche. Al alba todo será muerte, puede que incluso nos llegue la hora —se lamentó Beatagh.

—Ni se os ocurra pensar algo así. —Archie casi rugió la orden.

—Entonces, amémonos ahora —lo instó—. Nos necesitamos, nos complementamos de la forma más descarada. Aceptemos que nos hemos sentido atraídos desde el comienzo. Hay una magia especial entre nosotros. —Beatagh continuaba con su confesión, deseando que él respondiera—. Decidme, al menos, si estoy errada, si soy yo la única que ha perdido la cordura.

Archie respondió de la única forma que supo. Atrapó la boca de ella con la suya propia para sondearla con su lengua. Ella respondió con pasión, resuelta, sin miedos ni vergüenzas. Tal y como era Beatagh. Sus labios bebieron del otro con ansias mientras surgían gemidos de gratitud. Ambos se sentían bendecidos al poder saborear al otro cuando sus caminos se habían separado meses atrás. Clamaron al cielo por su buena fortuna a través de sus pechos henchidos de amor. Beatagh se alejó, se puso en pie de un salto para forcejear con sus pantalones. Necesitaba a Archie en su interior.

—¿Qué hacéis? —preguntó el guerrero al vacío.

—Trato de deshacerme de estos calzones —le contestó la voz, pues no podía verla.

—¿Acaso estáis muerta? —se carcajeó Archie—. Creí haber escuchado que jamás repetiríais nada parecido conmigo.

—¡Oh, vamos, McLeod! —se quejó Beatagh, golpeando el suelo con sus botas al lograr quitárselas—. ¿No íbamos a dejar las patrañas a un lado?

—Me complacería mucho escuchar que os arrepentís de haberlo dicho —la provocó Archie, cruzándose de brazos y piernas, sentado como estaba sobre el suelo.

—Archie McLeod —escuchó a Beatagh por encima de su cabeza, instantes previos a que esta cayera sobre él con las piernas liberadas de sus ropas—, no he hecho otra cosa desde que llegasteis. Me temo que soy yo la que necesita oíros decir que habéis soñado con esto durante todo este tiempo.

El guerrero no pudo mantener las manos lejos de ella. Acarició sus muslos con las palmas encallecidas. Ella representaba todo lo que él deseaba. Su audacia lo enardecía y sus provocadoras palabras se abrieron paso hasta su interior.

—Más de lo que estoy dispuesto a confesar —le dijo, absorbiendo el aliento que le llegaba de Beatagh.

Ella apartó su morral, levantó el kilt y se deleitó con la sensación que la piel llena de vello dejaba en la suya propia.

—Decidme qué imaginabais cuando pensabais en mí —le pidió Beatagh mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja al guerrero.

—Hada perversa, no soy hombre de palabrería, deberíais saberlo —le contestó Archie, hallando su centro húmedo—. Yo no hablo, yo actúo.

Y tras decir esto le introdujo un dedo en la vagina. Aquello tomó por sorpresa a Beatagh, ante lo cual se arqueó, encantada. Su boca volvió a buscar la de Archie mientras sus manos palpaban en busca del miembro enhiesto del highlander. En cuanto lo encontró, se aferró a él imitando el ritmo que Archie marcaba. Ella comenzó a moverse mientras ofrecía el cuello para que el McLeod marcara su piel con su barba incipiente. Tras unos placenteros instantes, Archie la agarró del cabello, apartó su mano de él y la sentó en el lugar que le pertenecía desde que la había conocido.

Se adentró en ella con una exhalación. Ella, por su parte, comenzó a cabalgar, enajenada por la excitación. El líquido que resbalaba por sus muslos le indicó cuán perdida estaba cuando Archie la poseía. No era dueña de ella misma, no existía el control de la situación, aquel hombre siempre lograba sacar de ella su lado más sensual. Sus jadeos se elevaron cual cántico primitivo. Beatagh no habría podido afirmar que se movía a su antojo, pues estaba segura de que Archie manejaba hilos invisibles y ella era su marioneta.

Por su parte, el McLeod creyó estar preso del sueño más real jamás vivido. Al estar impedido de la vista no podía reconocer a la mujer que le arrancaba intensas oleadas de placer. Se creía poseído por el alma de Beatagh, quien se había deslizado durante la noche para atormentarlo con su cuerpo. Era imposible que los dioses se hubieran conjurado para ofrecerle tan lujurioso momento. Consciente de que pronto iba a despertar, trató de alargar el encuentro onírico. Sin miramientos, la levantó con facilidad, la estampó contra la pared y allí, de rodillas, palpó sus glúteos

firmes. Ella apoyó su mejilla caliente sobre la piedra fría mientras quedaba a la espera. Archie no se hizo rogar y enseguida halló la entrada que seguía cubriéndolo de gozo.

Había llegado el turno del guerrero. Este embistió con movimientos certeros, acuciantes, liberadores. Beatagh gritó extasiada ante las penetraciones que la sacaban del mundo de los vivos. No le importó ser escuchada, apenas le dedicó un pensamiento a la guerra y tampoco estaba en sus cabales para pensar en el mañana. El deleite fue tal que solo tenía capacidad para centrarse en sus cuerpos, en las eróticas sensaciones y en el placer que el presente le prodigaba. Reiterados orgasmos se sucedieron hasta que culminaron cuando Archie se derramó en su interior.

Ninguno de los dos comprendió lo que acababa de ocurrir; tardaron largos minutos en volver a separar sus almas y sus cuerpos. Jadeantes, acomodaron los tartanes que los cubrían. Beatagh terminó sentada sobre el regazo de Archie mientras este la abrazaba.

—¿Sigues siendo tú? —Archie le habló a su imaginaria Beatagh, tuteándola como hacía en su mente.

—Sí, McLeod, contigo siempre soy yo —le respondió ella antes de cerrar los ojos.

29

El sonido de cascos de caballos aproximándose despertó a Beatagh. Alzó su rostro del suelo donde dormía y detectó la presencia de Archie. El hombre había abierto la portezuela, por donde entraba la luz grisácea del alba. Vio cómo se asomaba para silbar al centinela que debía de estar alerta. Al recibir la respuesta comprendió que era el ejército amigo. En ese instante Archie escuchó ruido a sus espaldas y se deleitó con la imagen de Beatagh recién despertada.

—¿Lleváis mucho tiempo en vela? —preguntó la joven tras un bostezo.

—No duermo cuando estoy en tierras infestadas de enemigos —fue su respuesta.

Ella frunció el ceño al comprender lo que le decía y se sintió agradecida al saber que había custodiado su sueño. A pesar de la incómoda superficie, había descansado mucho mejor que los meses anteriores. Beatagh no tardó en despejarse y equiparse de nuevo para salir al exterior. Archie la esperaba tras la ladera mientras daba la bienvenida a las tropas Sutherland, McLeod y Mackenzie.

A duras penas había podido domar su melena rizada, por lo que se conformó con atarla sobre su coronilla en una coleta. Le habría venido bien la trenza de espiga que solía hacerle Mai. Un sentimiento de preocupación encogió sus entrañas. Rogó al cielo para que protegiera la morada de los Murray y que mantuvieran la violencia lejos de su hermana.

Las tropas se habían detenido para descansar mientras los lairds debatían la manera de actuar. En medio de los tensos saludos, Beatagh se internó entre los soldados. En cuanto terminó de dar ánimos a sus gentes y responder a las preguntas de los Murray que habían venido con su hermano, continuó su camino por la explanada. Un guerrero McLeod se cruzó en su camino. Lo reconoció por su broche en el plaid, pues todos habían dejado el color de los tartanes de su clan en casa para sustituirlos por otros de tonos pardos con el fin de camuflarse mejor.

—Dama Beatagh, qué dicha me da conoceros al fin —le dijo el hombre

alto, de mirada oscura y ojos burlones. Su cabello moreno lo tenía recogido en la nuca, y su rostro no le era familiar a Beatagh. En cambio, él sabía quién era ella—, y mucho más saber que continuáis doncella. —Le guiñó el ojo con socarronería. Ella, con los ojos desorbitados, colocó sus manos sobre sus caderas.

—¿Quién demonios sois? —preguntó, fulminando con la mirada al bufón que tenía delante.

—Depende de cómo acaben los acontecimientos —le respondió sin perder la sonrisa—. Podría ser vuestro mejor aliado o vuestra peor pesadilla si seguís perturbando a...

—Clarion, pardiez, deja de atosigar a la dama —intervino una muchacha de figura redondeada, de baja estatura y pelo rojo parecido al suyo. El guerrero se hizo a un lado en cuanto le dio un manotazo, no sin antes protestar con un gruñido. La mujer realizó un gesto con la cabeza al presentarse—. Soy Kenza McLeod.

Beatagh observó el comportamiento de los foráneos con curiosidad. Detectó cierta fraternidad entre ellos, pero no pasó por alto que contaran con una dama entre sus filas.

—¿También sois guerrera? —preguntó Beatagh a bocajarro, siendo consciente del escrutinio al que era sometida por Clarion y la muchacha.

—No, todo lo contrario —respondió como si fuera un horror ser algo parecido—. Soy la curandera del clan. Mi mentora fue Aila.

Largos segundos se sucedieron mientras Clarion y Kenza valoraban cual yegua a Beatagh. Lo hicieron sin disimulo alguno, algo que incomodó a la Murray. Antes de que pudiera amedrentarlos con algún comentario, apareció Archie en su campo de visión. Solo necesitó un gesto de sus cejas para captar la atención de su amante y que este se interesara por el encuentro.

—¿Qué clase de rareza ataca a vuestros amigos? —le preguntó Beatagh sin miramientos—. ¿No conocéis a nadie que tenga bien la sesera?

—No, esta muchacha no es de mi agrado —sentenció con rotundidad Clarion, tras lo cual se giró hacia su amigo—. Tampoco debería serlo para ti.

—Habrà que darle una oportunidad —respondió Kenza, alzando una ceja analítica mientras la recorría con la mirada. Su alma romántica confiaba en la voluntad de los dioses.

Beatagh, incrédula al presenciar cómo se la juzgaba delante de sus narices, pestañeó varias veces. Posó sus ojos en Archie. Este colocó las manos en sus caderas mientras se divertía al contemplar la impotencia de Beatagh. La Murray, al comprobar que no era un aliado, se volvió hacia los intrusos.

—¿Sabéis que os estoy escuchando? —quiso dejar claro.

El absurdo se hizo patente, pues sus interlocutores siguieron hablando entre ellos.

—Queda descartada por mi parte —continuó diciendo Clarion meneando la cabeza con gesto de disgusto—. Es demasiado grosera.

—Es posible, pero es bella y posee fortaleza. —Kenza suspiró con la duda pintada en su cara. Tampoco veía en Beatagh cualidades suficientes. Su fiereza la incomodaba.

—Es altanera —añadió Clarion sin molestarse por el bufido de Beatagh—. Una muy mala cualidad. Habrá que buscar otra candidata.

—¡Ey! —exclamó la Murray cruzándose de brazos.

Beatagh desistió de entablar conversación con los lunáticos y se dirigió a Archie, quien se encogió de hombros.

—¿De qué diablos hablan estos dos? Desde luego que vosotros no podéis presumir de cordura como valor para esgrimir —evidenció Beatagh.

—Pero los dioses enviaron un mensaje a Aila —escuchó que decía Kenza.

Esta se manifestaba confusa ante la idea de que la guerrera terminara enlazando su vida con la de su compañero de la infancia.

—Pues será mejor que lo tomemos como castigo y no como una bendición. —Tras decir esto, Clarion se volvió hacia Archie, se acercó a él y le palmeó el hombro con condescendencia—. Algo muy malo has tenido que hacer para merecer esto.

—Muchachos, dejadla en paz. —Archie se apiadó de Beatagh entre carcajadas—. Aunque estoy disfrutando al ver cómo la mortifican, tenemos asuntos más serios de los que ocuparnos.

—Por favor, decidme que no vendrá Irvyng a relevarlos —rogó Beatagh, buscando a su alrededor la presencia del gigante rubio. Pensó que habría sido el colmo en una mañana tan peculiar como aquella.

Fue Kenza quien tomó su mano y la miró con cariño.

—No temáis, los McLeod somos gente muy amable —le dijo la curandera en voz baja—. Pronto os acostumbraréis a nuestra presencia.

—¿Pretendéis quedaros durante mucho tiempo? —inquirió Beatagh con desazón.

Kenza alzó la cabeza para recorrer con la mirada las tierras que los rodeaban.

—No, solo el tiempo que nos necesiten los Sutherland, pero me temo que volveremos a vernos en más de una ocasión —aseveró la muchacha.

—¿A razón de qué? —preguntó Beatagh con recelo.

Kenza emitió una risilla complacida.

—Sois graciosa, dama Beatagh, y un tanto despistada —le respondió—. Si de verdad habéis conocido a nuestro Archie, estoy segura de que os será difícil manteneros alejada de él. —La Murray comprendió al fin que los McLeod trataban de darle una oportunidad como esposa de Archie.

Y sin más palabras Kenza se alejó no sin antes explicarle la necesidad de buscar un lugar donde ubicar su campamento para los heridos. En segundos vio a la vivaracha doncella rodeada de mujeres dispuestas a seguir sus órdenes. No muy lejos de allí, Aila hacía lo mismo. Aquella imagen de sacos y bandoleras cargadas de retales e infinidad de remedios medicinales le trajo la dura realidad que se les presentaba.

En cuanto llegó hasta Neil pidió que la pusieran al corriente.

—Nos desplegaremos desde la costa y avanzaremos hasta la fortaleza —la informó—. Los tomaremos por sorpresa. Han acampado en el exterior y no nos esperan tan pronto. Estarán con la guardia baja.

—Bien, ¿cuál será mi posición? —preguntó, ansiosa.

—No te quiero en medio de la refriega, pero necesitaremos que en cuanto comience la batalla te quedes en la retaguardia como refuerzo. Una vez nos hagamos con el castillo, te llevarás a un pelotón de veinte hombres a Dornoch. Tienes que poner a salvo a los aldeanos; puede que la lucha se extienda hacia ese lado.

Beatagh agradeció que no la mantuvieran al margen y centró su mente en su misión. Una vez se disgregaron las distintas agrupaciones, ella se puso a la cabeza de su propia unidad. Recorrieron la larga fila de guerreros de los distintos clanes, pues el pueblo se encontraba en el extremo más alejado. Archie la vio pasar y un pensamiento voló hacia ella para desearle toda la suerte posible.

Como expertos en la guerra se arrastraron entre la maleza hasta ubicarse en sus posiciones. Escudos, lanzas y todo tipo de armas descansaban a su

lado sobre la hierba. Los corazones palpitaban, los ojos se mostraban inquietos y sus respiraciones les resultaban demasiado ruidosas para el silencio que debía reinar. Un cuerno, seguido de otros dos, sonó a lo lejos. Era la señal que instaba a que entraran en acción. Los rugidos de los guerreros se elevaron cual ola dando comienzo a una cruenta batalla.

El amanecer fue testigo de la lucha, de cómo se lanzaban unos contra otros con las espadas en alto. Archie, centrado en avanzar, junto a sus compañeros, tenía controlada la posición de Beatagh a cien metros de distancia. Su pelo rojizo era fácil de reconocer en la refriega, y cada vez que veía su destello cierta calma lo invadía al saber que se mantenía en pie.

Ella, por su parte, trataba de poner en práctica los años de duros adiestramientos. En un principio no había comprendido por qué debía mantenerse alejada, pero pronto entendió el fin de su posición. Debía ir a socorrer a los que habían sido heridos y lograban llegar a la linde del sotobosque. Para ello, Beatagh se adentraba en la pelea, lanzaba estocadas y frenaba avances, todo ello ofreciendo apoyo a quienes estaban debilitados. Durante dos largas horas estuvo acompañando a los soldados que necesitaban de atención médica. Una vez los depositaba en la arena de la playa de la ensenada, volvía sobre sus pasos. Allí Kenza los valoraba, participaba en las curas y ayudaba a Aila con los enfermos de mayor gravedad.

Una vez el bando de aliados logró cercar a los McDonald, Beatagh supo que debía seguir las instrucciones y liberar Dornoch. Se dirigió veloz hacia allí, contenta de que sus hombres la siguieran con fe ciega. Lo que se encontraron los horrorizó a todos. Los aldeanos gritaban, corrían y se lamentaban por la invasión. Tuvieron que enfrentarse a los enemigos para que dejaran a la población en paz. Beatagh, espada en mano, comenzó a guiar a mujeres, niños y ancianos fuera del poblado. No tardó en oler el humo del incendio provocado por los McDonald. Su apremio fue mayor al toparse con personas desorientadas entre las callejuelas. Los tejados de paja ardían mientras el sonido de las espadas estallaba en plena contienda.

Beatagh subía a una carreta a varias mujeres asustadas cuando llegaron a sus oídos desgarradores chillidos. Dio la orden de que abandonaran Dornoch sin ella mientras se adentraba entre dos viviendas. En la parte posterior, sobre un abrevadero, se dio de bruces con Dubh-na-Soirn y la muchacha a la que violaba. La Murray apretó la mandíbula y tomó una

flecha al mismo tiempo que descolgaba su arco de la espalda. Esta, veloz, rozó la oreja del asaltante. Beatagh obtuvo la reacción esperada: Donald se volvió hacia ella y la moza pudo escapar. Se armó de valor al comprobar cómo el inmundo capitán le dedicaba una sonrisa de dientes oscurecidos.

—¿Estáis celosa? —le dijo—. ¿Os quedasteis con ganas de que terminara con vos, preciosa?

—Siento deciros que tengo gustos más refinados —replicó ella mientras soltaba el arco para empuñar su espada.

—Me esforzaré en haceros cambiar de opinión —le prometió con una carcajada.

Dubh-na-Soirn la recorrió con la mirada como si de una presa se tratara. Ella controló la bilis que le subió al verse de nuevo frente aquel abominable ser.

—Tened por seguro que esta vez no lograréis tocarme un pelo antes de que derrame vuestra sucia sangre sobre este fango. —El juramento de Beatagh surgió con la rabia vibrando en sus cuerdas vocales.

El McDonald quiso acabar con la bravuconería de la muchacha atacando primero. Tuvo que conformarse con oler su ropa al ser esquivado. En aquella ocasión Beatagh no lucía pesadas vestimentas, ni faldas mojadas. El plaid que envolvía su cintura le permitía mover las piernas con libertad, las botas estaban bien apretadas y su torso no lo cubría capa alguna. La joven blandió dos espadas una más grande que la otra para dar estocadas al canalla mientras giraba en la danza bélica. El capitán comenzó a impacientarse, pues los golpes que recibía mermaban su fuerza y resentían su ego. En un momento dado logró acorralarla contra el abrevadero, pero ella se zafó en el instante en el que iba a caer en el agua. Al tratar de estabilizarse Dubh-na-Soirn pudo tomarla del cabello y estamparla contra la puerta de una de las cabañas. Beatagh ajustó su codo para golpear el estómago de su adversario al aprovechar la fuerza del rebote de su cuerpo contra la madera. El McDonald lanzó una maldición al sentir cómo cortaba su respiración.

En el instante en el que el McDonald iniciaba el siguiente ataque, Beatagh captó la imagen de un niño asomado a una de las ventanas. Aquel despiste le costó caro, ya que Dubh-na-Soirn aprovechó para provocar su caída con un rápido movimiento de piernas. Beatagh bramó, incapaz de revivir la misma postura con aquella bestia sobre ella. Supo que debía olvidar la

venganza y centrarse en su supervivencia, pues le resultaba de lo más complicado deshacerse de su enemigo.

No muy lejos de allí, Archie mantenía el área que le habían asignado bajo su control, por lo que no tardó en dirigirse hacia la aldea. Sabía que Beatagh iba a necesitar ayuda con la evacuación. En pleno rescate de aldeanos, el McLeod tropezó con una muchacha con sus ropas hechas jirones. Sus ojos espantados estaban anegados en lágrimas y miraba hacia atrás para asegurarse de que la bestia no la seguía.

Archie tuvo una corazonada; sus pies volaron hacia el callejón por el que había salido la campesina. Al descubrir lo que ocurría, reconoció el chillido de Beatagh. De nuevo Dubh-na-Soirn volvía a someterla. En el suelo fangoso donde trataba de inmovilizarla, la pelirroja empuñaba una daga que había escondido en su bota, se removía cual gata y aguantaba los golpes que recibía. El primer impulso de Archie fue quitárselo de encima tomando sin piedad su frente y colocándole la espada en el gaznate.

—La primera vez fui bastante magnánimo, pero hoy no pienso perdonároslo. —La voz profunda resonó en el lugar.

—¡No! —gritó Beatagh—. Es mi agresor; estaba encargándome de él.

Archie frunció el ceño mientras mantenía la yugular de Dubh-na-Soirn junto a la hoja de su espada.

—Perdonadme por creer que necesitabais ayuda —espetó Archie, ofendido por la reacción de la pelirroja—. Tal y como os acabo de hallar no vi señales de que fuerais a salir victoriosa.

Ella logró ponerse en pie. Se puso los puños sobre las caderas.

—¡Ahgg! ¡Lo sé! —gritó ella, exasperada, pues agradecía la presencia de Archie tanto como deseaba continuar con la lucha—. Pero me quedaba muy poco para acabar con él.

—No era lo que parecía —insistió Archie, malhumorado por la cabezonería de Beatagh y su peculiar cruzada en solitario.

Dubh-na-Soirn se carcajeó para humillar más a Beatagh y dar la razón a Archie.

—Si me hubierais dado tiempo, os lo habría demostrado —se sulfuró Beatagh mientras fulminaba con la mirada a su agresor—. A ambos.

La distracción fue aprovechada por el McDonald para sacar de su cintura un puñal, girar la punta afilada entre sus manos y levantar el codo para clavarla en el estómago de Archie. La Murray abrió los ojos con espanto al

ver cómo la sangre manchaba la camisa de lino de su amante. La rabia se apoderó de Beatagh en el instante en que Dubh-na-Soirn conseguía ponerse en pie. Frente a él, como se encontraba, pateó su cabeza con fuerza. Beatagh fue testigo de cómo su cráneo chocaba contra el abrevadero hecho en piedra. Tan solo transcurrieron unos segundos antes de que la vida se esfumara de los ojos del capitán de los McDonald.

—¡Lo he matado! —gimió, estupefacta. Tras lo cual se giró hacia Archie para corroborar—: ¡Estáis herido!

—Sí. —Archie asintió mientras rasgaba un trozo de su tartán para taponar la herida.

—Está muerto —insistió Beatagh con las manos en la cabeza, impactada por el suceso—. Y vos estáis sangrando.

—Lo sé, aún estoy presente —le comentó en cuanto levantó el rostro hacia ella—. Venid; ayudadme a llegar hasta Aila. Necesito de sus remedios.

Enseguida la pelirroja se alejó del cuerpo de Dubh-na-Soirn y tomó de la cintura a Archie. Seguía mirando hacia atrás a cada paso que daba.

—Había un niño... —balbució la pelirroja mirando en derredor.

Archie silbó para llamarlo, y unos rizos morenos asomaron de nuevo.

—Ey, renacuajo, sal de tu morada. Aquí no estás seguro —le advirtió Beatagh con sus ojos velados por el suceso anterior. Cogía a Archie de la cintura, la herida sangraba en abundancia. Trastabillaron al llegar a la calle delantera. Archie bajó la cabeza para comprender a qué se debía la torpeza de la muchacha cuando el herido era él.

—He acabado con Dubh-na-Soirn —musitó, conmovida.

—¿Acaso no queríais matarlo? —preguntó Archie con el ceño fruncido, pues no le gustaba sentirse dolorido cuando aún debía cruzar un poblado infestado de McDonald.

—Mentiría si respondo lo contrario —confesó Beatagh.

Aunque había soñado con terminar con él, el sabor amargo que se instaló en su boca no lo esperaba, como tampoco imaginaba el escaso control sobre la muerte de su violador. Había sido inesperada, sin que ninguno portara un arma y con el hecho fortuito de un golpe contra la sien.

—Sea como fuere, Escocia será un lugar mejor tras su desaparición.

Archie, guerrero y curtido en muchas batallas, valoraba las muertes sin misericordia. Un ser ruin como aquel no merecía vivir para el McLeod. En

su memoria amontonaba infinidad de aguerridos hombres que había abatido en más de una escaramuza. Aquellas eran muertes que podía lamentar, sí, pero no había arrepentimiento, pues todo cambiaba cuando su propia vida o la de su clan estaban en juego.

OceanofPDF.com

30

Tardaron en llegar al campamento sanitario de la playa. Una vez allí, fue Aila quien se hizo cargo de la herida de Archie. Beatagh aprovechó para prestar ayuda y ofrecer ánimos a los Murray que habían sido lesionados. Un último grupo de recién llegados portaron la noticia de que habían conseguido derrotar a los McDonald y que estos huían hacia el norte. Archie agradeció a Aila sus cuidados después de que suturara la herida y la vendara tras extender un ungüento en ella. Al levantarse de las cajas de madera donde se sentaba, la mirada del guerrero se topó con la de Beatagh. Ella celebraba la victoria junto a los demás.

—Debes mantenerte junto a la dama —escuchó que le aconsejaba Aila con los secretos bailando en sus ojos y las manos en su tarea—. No podrás soportar otra batalla con esta herida: puedes dañarte de manera irreversible. El condenado apuntó bien. Debes cuidarte.

—Si la guerra continúa, Beatagh querrá estar presente, y ten por seguro que estaré cerca de ella —sentenció Archie con calma.

Aila mostró una sonrisa pesarosa mientras observaba los gestos de la Murray.

—Me temo que habrá algo que la mantendrá alejada, y será fundamental que no la abandones.

Archie se colocó la camisa de lino raída, sucia y ensangrentada con aprensión. Se dividía entre interrogar a la hechicera o continuar en la ignorancia.

—Aila, confío en que, si tuviera que preocuparme por algo, me advertirías sobre ello —logró decidirse.

Ella lo tomó de los hombros movida por el cariño, pero incapaz de fingir lo que sus visiones le habían mostrado.

—Mi buen amigo, el daño ya está hecho —confesó sin terminar de contar lo que su don mostraba—. No os demoréis más: tenéis que ir al castillo de Skibo. Allí os necesitan.

Archie asintió, consciente de la carga que llevaba Aila al adelantarse al

presente. En ocasiones podía ser de lo más doloroso, tal y como se leía en su mirada. Supo que la hechicera no iba a decir más de lo que él necesitaba oír. Tras rodearla con sus brazos como mudo agradecimiento, se giró en busca de Beatagh.

—Ah, Archie —lo llamó Aila—. Por favor, discúlpame ante lady Iona. Siento no poder acompañarla en estos días.

Archie frunció el ceño.

—Sabes que suena de lo más confuso, ¿verdad? —le dijo el guerrero.

Con todo lo que tenían por delante, no había razón para presentarse ante la castellana Murray, y mucho menos que Aila eludiera cualquier compromiso con ella.

—Pronto mi mensaje cobrará sentido —respondió Aila, elevando la voz mientras se dirigía con premura a atender a nuevos combatientes.

Cuando Beatagh y Archie llegaron al campo de batalla, demudaron el rostro. La luz del mediodía mostraba sin clemencia el horror de la guerra. Cuerpos esparcidos sobre la hierba esperaban a ser agrupados. Los soldados que habían sobrevivido caminaban con lentitud, algunos prestando ayuda, otros sentados, tratando de asimilar lo ocurrido. El obispo Mudy se aproximaba a los cadáveres para darles la extremaunción. Tras la noticia del final de la batalla, muchos aldeanos se acercaron para colaborar.

A lo lejos, Beatagh identificó la espalda de Irvyng, que se agachaba sobre un soldado; por lo que pudo vislumbrar, trataba de taponarle una herida. Enseguida sus ojos captaron la desazón que el capitán Murray mostraba. Sim era fiel amigo de Neil, lideraba sus tropas y se profesaban un gran cariño. Aquel hombretón se había agachado y se tomaba de la nuca con los ojos desorbitados negando con la cabeza. La pelirroja corrió hasta él con preocupación sorteando los obstáculos que se interponían en su camino. Sim, la mano derecha de su hermano, tardó en identificar a la joven que se había arrodillado ante él. Esta le preguntó de forma reiterada si se encontraba bien, hasta que Irvyng dejó a la vista al hombre cuya vida se había derramado sobre la tierra mojada.

Beatagh reconoció a Neil al instante. Su corazón se saltó varios latidos, su boca se secó y sus oídos comenzaron a pitar. No pudo erguirse, pues sus pies apenas disponían de la fuerza suficiente. A gatas, se fue aproximando con dolorosa pesadumbre. Archie tardó en llegar, ya que su lesión le impedía avanzar cuanto hubiera querido. En cambio, fue testigo del impacto

que se produjo en la Murray.

—¡Nooo! —aulló la joven.

El llanto formó parte del conjunto de lamentaciones, quejidos y gritos de dolor que emitió Beatagh. Golpeó la hierba con el puño, maldijo a todo ser viviente sin que eso lograra rebajar la angustia que la embargaba. A pocos centímetros de Neil, le fue difícil reunir las agallas para tocarlo. No deseaba asumir su pérdida, no estaba preparada para tocar su piel y recibir a cambio nada más que quietud. Cuando por fin alargó una mano, la respiración se le hacía tan costosa que apenas pudo mantener el pulso firme. Allá donde miraba, la verdad la abofeteaba. Los bellos ojos de su hermano mirando al infinito, su tórax lacerado por una espada y la palidez extrema. Cada señal que hallaba era un puñal clavado en su pecho.

Irvyng cruzó su mirada llena de lástima con Archie. Este tan solo pudo asentir; supo que su amigo había hecho lo posible para mantenerlo con vida.

—Sim Murray —llamó Archie con voz grave; el aludido levantó la cabeza al detectar liderazgo en quien lo hacía reaccionar. El llanto de Beatagh continuaba cual letanía a sus pies—. Debéis adelantaros: avisad a la castellana de tan lamentable noticia. Es importante que obtenga cierta intimidad para asimilar esta tragedia. Ordenad que la pequeña Mai quede a resguardo antes de que lleguemos con el cuerpo del laird Murray, hasta que se decida cómo informar a la niña. Nosotros nos encargaremos de llevar a los soldados de vuestro clan vivos o muertos.

Sim obedeció sin mencionar palabra.

—¿Irvyng? —preguntó al rubicundo guerrero—. ¿Dónde están los Mackenzie? ¿Cuántos hombres tenemos?

—El laird Alistair, junto con Daimh, persigue a los McDonald —informó Irvyng—. Un pelotón va directo a Dunrobin para informar de lo ocurrido. Todo apunta a que habrá un nuevo enfrentamiento. ¿Y tú? ¿Te encuentras bien?

Su amigo le señaló el abdomen, pues no le había pasado desapercibida cierta cojera al andar.

—Mejor que muchos de estos muchachos. —Señaló a su alrededor.

Archie necesitó mirar al cielo encapotado para pedir fuerzas. Había llegado el momento de separar a Beatagh de su hermano.

En pleno delirio, la joven apenas ofreció resistencia. El dolor era tan profundo y el impacto tan inesperado que apenas podía moverse. El

McLeod dejó en manos de Irvyng el traslado en carreta de Neil. Él se centró en Beatagh. Una vez cubrió sus hombros con una capa la aupó sobre Boreal con la mayor delicadeza. No le importaron las lacerantes punzadas de su abdomen. Los ojos azules de la mujer estaban inyectados en sangre. En silencio, tomó las riendas que Archie le alcanzó. Lo hizo por pura inercia, acostumbrada a cabalgar tanto como a caminar. El único gesto de rebeldía que mostró fue el de negarse a avanzar.

—Yo escoltaré a mi hermano. No pienso presentarme sin él. —Su voz sonó altiva, como siempre; por el contrario, su rostro era la sombra de lo que un día había sido.

Y así fue como Beatagh encabezó la lúgubre comitiva que se dirigió a Aberscross.

31

El capitán Sim había cumplido con su cometido. En cuanto cruzaron las murallas de la fortaleza se encontraron con la presencia de la castellana al pie de la escalera. Junto a ella formaban los ancianos del Consejo y los sirvientes. El silencio sepulcral fue interrumpido por el sonido de las gotas de la lluvia al caer sobre la tierra. La carreta crujió mientras se detenía y mostraba el tartán que cubría por entero al fallecido.

Beatagh había utilizado las horas que le llevó recorrer el camino de vuelta para recomponer su fachada con el fin de no mostrar su maltrecha alma. No le faltó un ápice de dignidad cuando desmontó y se acercó a su madre. Realizó una reverencia cuando dijo:

—Aquí os traigo a vuestro hijo —pronunció, sin poder evitar que se le quebrara la voz—. Hoy es un día triste para los Murray; no quisiera imaginar cuánto lo es para una madre.

Beatagh observó cómo Iona cerraba los ojos con fuerza para evitar, con este gesto, ver lo que su mente se negaba a aceptar. Su hija corrió a abrazarla en el momento en el que sus piernas le fallaron. Beatagh la sostuvo hasta que pudo guardar las formas. Juntas, cogidas del brazo, se adentraron en la fortaleza.

Ante la incapacidad de acción de aquel pequeño clan descabezado, Archie tomó la iniciativa. Dio la orden de colocar el cadáver sobre la mesa del salón, llamó a los encargados de amortajar el cuerpo y se preocupó de que todos se mantuvieran ocupados hasta que Neil estuviera listo para ser velado. Archie se acercó a una de las mozas que había conocido durante el invierno para preguntarle por Mai.

—La pequeña está en las cocinas —le informó—. Tratamos de entretenerla hasta que alguien decida hablar con ella; me temo que no tardará mucho en enterarse de esta tragedia.

—En cuanto termine aquí, iré a por ella —le dijo Archie, con la mente plagada de tareas por hacer—. ¡Ah! Y, por favor, subidle agua caliente a la dama Beatagh. Querrá quitarse la mugre, y con suerte la ayudará a

sobrellevar la conmoción.

La muchacha ejecutó una reverencia antes de salir a cumplir la orden. Ninguno de los dos se dio cuenta de que aquel gesto solo se reservaba para la nobleza.

Para ese entonces, Beatagh dejaba a su madre en sus aposentos y se dirigía a los suyos. Recorrió el pasillo como si de una larga travesía se tratara. Estaba exhausta, sus pies parecían de plomo y los ojos seguían escociéndole. Quiso encontrar una cueva en la que guarecerse, alejarse de todos y lamer sus heridas cual loba. No se sentía con fuerzas para consolar a nadie cuando su propio corazón sangraba.

Al abrir la puerta estuvo a punto de sacar de malos modos a la doncella que se afanaba en el interior. Se contuvo al darse cuenta de que había un barreño con agua humeante esperándola. No había dado tiempo de llenar la tina de latón, pero para ella fue más que suficiente. Agachó la cabeza y pudo formar una sonrisa como agradecimiento. Effie la dejó a solas no sin antes depositar sobre el lecho ropa limpia. Beatagh se desnudó, asqueada de cada capa que cubría su piel. Iba soltando las armas y las prendas con laxitud. Metió sus pies en el barreño y se congració con la sensación de notar su calor. No tardó en tomar el cazo para verter el líquido sobre su cuerpo y su cabello.

Una vez sintió la calma que el ritual del aseo le trajo, se vistió con parsimonia. Deseaba arañar cada segundo antes de salir al exterior y afrontar la dura realidad. La camisola, la faldeta, la saya azul marino con ribetes dorados y los chapines fueron colocados con agónica lentitud. A punto estaba de terminar cuando unos golpes en la puerta le indicaron que la sirvienta había vuelto. Esta se ofreció a lavarle el cabello. Beatagh lo había mojado, pero comprendió que no podía presentarse con las greñas embarradas. Se sentó en la silla y acomodó la cabeza sobre el borde para facilitarle el trabajo a Effie.

Y allí, con la mirada puesta en el techo, la encontraron las lágrimas. Aquellas gotas le eran tan desconocidas como el desconsuelo que sentía. No era mujer de llanto fácil. Beatagh jamás había imaginado que Neil iba a desaparecer de sus vidas tan pronto. Nunca creyó que su clan iba a verse abocado a la desaparición. No le importó mostrar su tristeza ante la doncella. Beatagh solo trataba de aplacar el dolor, pues sabía que desde el momento que atravesara la puerta iba a tener que soportar la carga del

liderazgo de los Murray. Y eso no podía hacerlo mostrando señales de debilidad.

Una renovada Beatagh surgió de su alcoba. Sus pasos, ahora más enérgicos, se dirigieron hacia las cocinas. Sabía que Mai se mantenía en la ignorancia. Archie y ella coincidieron en el dintel de la puerta. Ambos se recorrieron con la mirada. Él seguía cubierto de mugre y ella lucía la digna estampa de una dama. Beatagh se lanzó a sus brazos, agradecida por su presencia.

—Creía que os habríais sumado a las tropas que siguen combatiendo —comentó Beatagh.

—Lo habría hecho si no sintiera que debo ayudar en la cruzada que se está lidiando en este lugar —fue su respuesta mientras acariciaba los pómulos de ella.

—Aquí no hay más que tristeza —le contradijo Beatagh.

—Doblegarla es la más cruenta de las batallas —le contestó él—. Me mantendré cerca hasta que vuelva a ver la chispa irreverente que solía lucir en vuestros ojos.

—Os amo, Archie McLeod —confesó la Murray en un susurro mientras aspiraba el aire de su boca—, y qué ingrata esta sensación cuando solo debo guardar pena.

—Agarraos a este amor que nos mantiene unidos: solo él nos alejará de la oscuridad —le aconsejó Archie, compartiendo la contradicción de las emociones. ¿Cómo sentirse feliz de ser correspondido cuando había tantas almas que enterrar?—. Jamás lograsteis ofender a Neil con vuestros infinitos atrevimientos, así que ¿cómo ofenderlo ahora que solo decís amar a un miserable McLeod?

La sombra de una carcajada rugió en la garganta de Beatagh.

—Lo echaré tanto de menos... —confesó, desgarrada.

Beatagh desvió la mirada para posarla en la entrada a la cocina. Archie siguió su rumbo y juntos afrontaron el difícil momento de resquebrajar un corazón tan puro como el de Mai. La niña reaccionó como cualquiera en su lugar, primero con la negación, después con las lágrimas y por último con la huida. Beatagh permitió que su hermana se escondiera en algún rincón de la fortaleza hasta que se sintiera con fuerzas para volver. Así lo había hecho cuando había muerto su padre. Archie, por su parte, se aseguró de que se supiera dónde se hallaba en todo momento.

Una vez atravesó la arcada del salón, Beatagh titubeó unos segundos. Habían encendido candelabros para iluminar la noche y grandes cirios custodiaban la mesa en la que estaba acomodado el difunto. Un gran tartán con el escudo del clan bordado en oro cubría a Neil. Su rostro macilento no había perdido la gallardía que solía acompañarlo en vida. A un lado, muy cerca de él, se había sentado su madre. El llanto de lady Iona era todo lo contrario al que Beatagh había exhibido. La mujer mostró un torrente silencioso de amargura. Un pañuelo de tela era la única herramienta que trataba de frenar aquel desconsuelo y lo hacía con pesar, como si fuera un esfuerzo hercúleo realizar aquel gesto. La espalda de la castellana, habitualmente erguida, se veía con la curvatura propia de la derrota. Y en aquella inmutable postura se mantuvo largas horas. No habló con nadie, tampoco respondió a las palabras de aliento, tan solo se mantuvo con la mirada enturbiada por las lágrimas puesta sobre su hijo.

Beatagh fue quien recibió a sus aldeanos, respondió a sus comentarios y cumplió sin desearlo como cabeza de familia. La muchacha había decidido enterrar al laird Murray cerca de allí, pues el camposanto de Dornoch estaba saturado por el asedio. En cambio, el obispo Mudy acudió a Aberscross para el sepelio. Cerca del amanecer, el representante de la Iglesia tomaba asiento junto a la castellana para reconfortarla durante su duelo. Beatagh se paseaba entre los presentes cuando el sonido de las puertas al cerrarse con fuerza le indicó que alguien más había llegado. Archie apareció al otro lado del salón acompañando a John Sutherland y su hermana Jean.

Beatagh cerró los ojos e inspiró con fuerza, pues al contemplar el rostro demacrado de Jean había recordado el amor que la unía a Neil.

—Sed bienvenidos —logró pronunciar la pelirroja.

—Sed bien hallados —respondió John, tomándola de las manos—. Siento mucho esta desgracia. Los Sutherland lloramos la pérdida de Neil.

Beatagh no separó sus ojos de Jean mientras su hermano hablaba. Esta no podía apartar la mirada del cuerpo amortajado. Era evidente que se debatía entre mostrar sus sentimientos destruidos por la tragedia y guardar las apariencias. La Murray se deshizo de John y fue a abrazar a su amiga de la infancia.

—Lo siento tanto por vos, mi querida Jean... —le susurró Beatagh al oído.

—No soy yo, mi querida Beatagh. Por qué... —Jean tartamudeó mientras

recibía el reconfortante calor de los brazos de la pelirroja.

—Sé de vuestra desgracia, Jean —confesó en voz baja—. Sabía de vuestro romance. No puedo ni imaginar por lo que estáis pasando. Yo al menos puedo expresar mi pena.

—Ay, Beatagh, en cuanto me enteré no pude evitar venir. Fue una osadía por mi parte, pero por suerte no tuve que darle muchas explicaciones a John —aclaró mientras hipaba por el llanto.

—Fuerza, hermana. —Beatagh le dedicó este apelativo, pues así de sólido era su vínculo—. Junto a mi madre hay una silla. Merecéis estar allí sentada.

Jean se cubrió la cabeza con la capucha de su capa y asintió, incapaz de hablar. En cuanto estuvo a los pies de Neil, su cuerpo se desplomó. No pudo soportar la imagen del ser amado listo para ser enterrado. Archie y John auxiliaron a la dama mientras una oleada de murmullos reverberaba en las paredes de la estancia. Beatagh disculpó a Jean aduciendo que la cabalgata había acabado con sus fuerzas. Por suerte, esta recuperó la consciencia antes de acomodarse en el rincón más apartado. No necesitaba tenerlo cerca, estar en primera fila, para darse cuenta de que Neil estaba muy lejos de allí.

—¿Cómo se os ha ocurrido venir hasta aquí? —preguntó Beatagh a John—. ¿Quién está a cargo de la batalla?

—Mi hermano Richard encabeza las tropas de nuestro clan —le explicó con un atisbo de deshonra en su mirada—. Mi padre desaconsejó que yo me expusiera. Ser el heredero me permite venir a despedirme de mi buen amigo, pero no luchar por los míos.

—Estoy convencida de que cuando seáis laird podréis cambiar esa condición —aseveró Beatagh, sin poder evitar avergonzarse de él. No tenía motivos para juzgarlo, pero ella habría desoído las órdenes.

—Lo primero que haré cuando sea laird es volver a cortejaros —aseguró John.

—No puede ser cierto lo que escucho —respondió Beatagh con espanto—. Tomad conciencia de vuestra posición de una vez. Incluso pensad en la mía. El jefe de los Murray ha muerto y no hay heredero para nuestro clan. Vuestro padre estará redactando el acta de anexión de nuestras tierras a las vuestras. Si antes no era digna candidata, menos aún lo seré mañana. Mi estirpe ha muerto con Neil.

Beatagh se alejó de John, pues le había hecho expresar en voz alta lo que todos los Murray tenían en mente. Deseaba salvar a su clan de la desaparición, pero no sabía cómo, y esto la enfurecía aún más.

Un movimiento en la puerta que llevaba al interior de la fortaleza llamó la atención de Beatagh. Fue excusa suficiente para alejarse de John. Archie cargaba con Mai; la pequeña se había dormido acurrucada sobre el lecho de Neil. Las sirvientas habían avisado a Archie y este había decidido llevarla a su propia alcoba. Beatagh los interceptó en cuanto comenzó a subir los peldaños. El McLeod había podido asearse y lucía ropa limpia. A la pelirroja no le pasó inadvertida la palidez en el rostro del guerrero. Portaba a una niña de catorce años que, aunque menuda, suponía un gran esfuerzo para alguien con una herida profunda en el abdomen.

—Os ayudaré —se ofreció Beatagh.

—No es necesario; tan solo abridme la puerta del aposento —le pidió.

—Tenéis calentura —le hizo ver Beatagh mientras subían por la escalera—. Id a las cocinas para que os den algo para bajarla. No podemos olvidar que estáis herido y debéis reposar.

—Lo haré si me prometéis que vos haréis lo mismo. Ella parpadeó. No podía ausentarse—. Mai os necesita —le recordó Archie.

—Entonces, depositadla en mi lecho; me tumbaré con ella —aceptó Beatagh.

Fue consciente de que apenas le había dedicado tiempo a consolar a Mai. Las noches sin dormir cayeron sobre ella cual manto, y sintió el cansancio como plomo en sus hombros. Abrazó a su hermana mientras suspiraba. Archie, con paso renqueante, se movió hacia la salida.

—¿A dónde vas? —preguntó Beatagh tras posar su mentón en la cabeza de Mai—. El acuerdo consistía en que descansáramos los dos.

—Iré a mis aposentos —aclaró Archie con una mueca de dolor al volverse para hablar.

—No me dejes, por favor. —El ruego de Beatagh fue mucho más allá. La muchacha ya no se mostraba orgullosa, sino desamparada. Archie sonrió de medio lado.

—Mi hada del norte, solo tú serías capaz de alejarme. Nadie más —le contestó Archie, tomando la mano que se había alzado hacia él.

Beatagh ensanchó una sonrisa desbordada de amor hacia el McLeod.

—Ven, tumbate con nosotras; tu rostro macilento indica que esa

cuchillada ha mermado tu vigor.

Archie no le quitó la razón. Llevaba varios días sin dormir y era consciente de que necesitaba reponer fuerzas para la jornada que estaba a punto de llegar.

Las circunstancias les otorgaron unas reparadoras horas, suficientes para retomar sus obligaciones. Mai fue la primera en escuchar los golpes en la puerta. Una doncella solicitaba permiso para entrar. Fue Beatagh quien contestó. Effie titubeó al ver a Archie dormitando junto a las hermanas. Eran días tan convulsos que trató de naturalizar una situación así. Eran bastante comunes las habladurías sobre la dama Beatagh, y esa iba a ser una más de ellas.

El McLeod se disculpó y salió con la excusa de organizar a sus hombres. La mañana se presentó tan fúnebre como el cortejo que acompañó al último laird de los Murray. El clan entero caminó detrás de la carreta que lo trasladó al camposanto que el Obispo Mudy había consagrado por la urgencia del momento. Los picapedreros del clan fueron tan rápidos como cariñosos a la hora de esculpir la piedra de la tumba. El viento rugía con fuerza cuando todos los presentes abandonaron el lugar.

El obispo fue acompañado por algunos hombres hacia Skibo mientras John Sutherland se llevaba a su desamparada hermana a Dunrobin. El aspecto desvalido que ofrecía Jean resultaba tan evidente que todos tomaron consciencia del romance que había existido entre Neil y ella. Beatagh y Jean se abrazaron con fuerza. Ambas prometieron que aquellas iban a ser las últimas lágrimas derramadas, pues debían honrar su memoria con mayor estoicismo. Iban a convivir con la pena, pero no a sucumbir a ella.

La Murray fue la que más motivos de distracción tuvo para mantener la tristeza a raya. Su madre no parecía tener intención de encargarse de nada salvo de ella misma. Se impuso tal encierro que todos desearon volver a recibir sus órdenes como había ocurrido con anterioridad.

Hacia el atardecer todos habían vuelto a la extraña rutina que se había instaurado. Archie paseaba de la mano de Beatagh por la barbacana cuando los vigías alertaron de la llegada de tropas desconocidas. La joven salió disparada hacia las caballerizas para dar alcance a los intrusos para evitar que se situaran frente a sus murallas. Archie la siguió muy de cerca; el dolor en el abdomen no le permitía moverse con la agilidad de siempre. En el

arco de la entrada se cruzó con Mai, quien corría con los ojos desorbitados al interior. Archie sopesó la situación: si Beatagh se encargaba de identificar a los intrusos, él podía quedarse para liderar una respuesta contra una posible invasión en Aberscross. Al tener tiempo suficiente, fue a tranquilizar a la pequeña. Mai subía las escaleras cuando Archie la alcanzó. La niña de pelo rubio y rostro peculiar se volvió antes de lanzarse a sus brazos presa del miedo.

—Todo irá bien, Mai. —Archie trató de pronunciar las palabras con seguridad.

—Nada está bien —lloriqueó la niña—. Neil no puede defendernos. Madre y yo estamos solas.

—Recordad que aún está Beatagh: ella es una gran guerrera, no le teme a nada y hace lo imposible para protegeros. —Archie habló mientras se sentaba en los escalones con Mai en su regazo.

Ella levantó su frente del hombro de Archie para mirarlo con el ceño fruncido.

—Ella se irá con vos —sentenció—. Yo os amo, pero sé que Beatagh posee vuestro corazón.

Tal certeza aumentó la desazón de la benjamina. Archie se sobresaltó al descubrirse como el hombre elegido por Mai para un idilio romántico.

—Yo también os amo... —comenzó Archie a explicarse.

—¡Pero no como a Beatagh! —lo interrumpió Mai con dramatismo—. No soy boba, por más que se empeñen en hacérmelo creer.

—Jamás os he considerado nada parecido —afirmó Archie, tomándola del mentón—. En cambio, os he hablado con sinceridad. También os amo, Mai, pero quisiera explicaros que el amor tiene muchas formas.

Mai movió su mandíbula mientras escuchaba a Archie; no estaba del todo convencida de lo que le decía.

—¿Es el mismo amor el que una madre siente por un hijo que el que puede sentir un hermano por otro? —preguntó Archie. Ella meneó la cabeza—. Pues lo mismo me ocurre a mí. Quiero compartir mi vida con vuestra hermana, pero también quisiera que vos estuvierais presente.

—¿Me queréis hasta tal punto? —Mai abrió los ojos con sorpresa—. ¿Os gustaría vivir conmigo para siempre?

A pesar de haber nacido en una familia amorosa, siempre había tenido claro que nadie fuera de aquel círculo cada vez más estrecho de personas

querría tenerla cerca.

—Así es —afirmó Archie con una sonrisa.

—¿Podéis tener dos esposas? —preguntó, extrañada.

Archie tuvo que esforzarse para hacerse entender sin dañar los sentimientos de Mai.

—No estaría bien visto —le dijo, pensando en las amantes que muchos hombres poseían—. Tengo la certeza de que mi vida está consagrada a Beatagh. Es a ella a quien desposaría. Por fortuna, poseo un gran corazón, aunque no vayáis contándolo por ahí: ningún guerrero que se precie alardearía de algo semejante —bromeó Archie, y Mai se tapó la boca para reír—. Como os decía, soy capaz de amar a más de una persona. A vos os reservaría un lugar especial, como no podría ser de otra forma. Tan fuertes serían mis sentimientos hacia vos que os consideraría el familiar más cercano, noble y especial que jamás haya podido poseer.

—Comprendo. —Mai movió la boca mientras sopesaba lo que le decía—. Creo que puedo aceptar el ofrecimiento de ser vuestro familiar más singular y ocupar el mejor lugar en vuestro corazón.

—No sabéis cuán feliz me hace escucharos decir eso. —Archie se enterneció con la manera en la que la pequeña lo miraba.

—¿Y también sentís este amor por madre? —preguntó, esperanzada tras sopesar lo que se decían.

Archie quedó atrapado unos segundos en el desconcierto, y no pudo evitar hacer una mueca.

—Puedo confesar que la tengo en gran estima —contestó con cautela.

Mai se carcajeó. No detectó el eufemismo, pero tampoco lo necesitó. Estaba feliz al saber que el McLeod no iba a abandonarla. Rodeó el cuello de Archie con fuerza.

—Entonces, ya puedo sentirme un poco más tranquila —le dijo con la voz quebrada por la emoción—. Gracias, mi honorable McLeod.

Dejó que la menor de los Murray siguiera su camino. Él debía presentarse en el exterior.

Mientras salía de la fortaleza, reflexionó sobre su confesión. Había sido sincero de principio a fin. Habría dado lo que fuera por proteger a Mai y ofrecerle la paz que necesitaba. También se imaginó envejeciendo junto a Beatagh, y aquella idea lo inquietó, pues aún no había hablado de tal cosa con la voluble mujer.

OceanofPDF.com

32

La multitud que se acercaba no se trataba de los McDonald. Todo lo contrario: la comitiva encabezada por Aila reunía a los heridos y moribundos. En cuanto Beatagh los reconoció, se acercó a todo galope.

—Siento presentarme en tan difíciles momentos —la saludó Aila—. Si queremos que estos muchachos lleguen vivos a sus hogares necesitamos darles cobijo hasta que logren reponerse. Un viaje tan largo en su estado podría acabar con ellos.

—Sois bienvenidos, lady Aila —le respondió, conmovida por el aspecto de los guerreros—. Acompañadme. Os daremos lo que necesitéis.

La castellana Mackenzie no descansó hasta haber instalado hasta el último soldado. Solo entonces informó de lo que había ocurrido con los demás. El salón principal de Aberscross se convirtió en una gran estancia cubierta por camastros improvisados. La apresurada cena tuvo lugar en las cocinas. Allí, Aila se sentó junto a Kenza, su amiga y compañera sanadora. Las ojeras de ambas, el pelo revuelto y los ropajes sucios hablaron por ellas. Estas, con la mirada de Beatagh y Archie puesta sobre sus cabezas, trataron de reunir fuerzas para relatar lo sucedido.

—Hemos logrado expulsar a los McDonald —resumió Kenza, antes de dedicarse al caldo que le habían puesto delante.

—En estos momentos los Mackenzie y los McLeod persiguen a los infames que se dirigen hacia el sur —continuó Aila—. Tras la feroz batalla que se desarrolló cerca de Strathfleet los McDonald replegaron sus tropas. Al comprobar cómo nuestros hombres no les daban tregua, continuaron en su huida. Los Sutherland lucharon con Richard a la cabeza, lo hicieron con fiereza, pero dejaron a nuestros hombres la labor de expulsar a los McDonald de las Highlands.

—No creo que sobrepasen la zona de Bonar —intervino Kenza—. Escuché que el laird Sutherland había avisado a todos los clanes de la amenaza del señor de las Islas.

Y la curandera estaba en lo cierto: el clan Pulrossie, junto a los hermanos

Murray de Culbin, esperaba en las inmediaciones de Bonar para dar por concluida la guerra. Beatagh tragó saliva al sentir cierta aprensión cuando escuchó hablar de la otra rama familiar. Pronto iba a decidirse el futuro de su clan y era probable que tuvieran que adherirse a sus congéneres del sur. Mientras los heridos ocupaban la torre del homenaje, la pelirroja se centró en ofrecer la ayuda que pedían. No quiso dedicar un pensamiento al porvenir de los suyos.

Al tercer día los cuidados a los enfermos comenzaron a dar sus frutos. La mayoría recobró fuerzas para llegar a sus tierras sin perjuicio alguno. En una de aquellas tardes, Aila y Beatagh compartían una tisana de hierbas preparada por la hechicera. Habían estrechado lazos de amistad al colaborar en el cuidado de los guerreros.

—¿Habéis podido hablar con mi madre? —preguntó Beatagh, exhausta, no solo por el trabajo físico, sino por su incapacidad para atravesar los muros invisibles que había alzado Iona.

—Sí —respondió tras tomar un sorbo. Beatagh imitó el gesto—. Su tormento será largo. Debéis ser paciente con su duelo.

—Neil era quien mediaba entre ambas —recordó la Murray—. Ahora no sé cómo podré mantener una conversación sin que nuestros orgullos acaben con nosotras.

—El golpe que ha recibido vuestra madre ha derribado todas sus barreras —le explicó Aila—. Anda a la deriva. Es por ello que os será fácil conseguir que confíe en vos.

Beatagh bufó al imaginarse algo parecido.

—Vos, que podéis ver el futuro —comenzó Beatagh con cierto titubeo—, ¿sabréis qué me deparará a mí y a mi clan?

Aila clavó sus ojos rasgados en los de ella. Sonrió sin poder evitar sentir cierta lástima por el peso que cargaba la joven.

—Seréis decisiva en lo que a los Murray de Aberscross se refiere —le confesó la hechicera.

—¿Yo? —Beatagh se incorporó de su asiento para girarse del todo hacia Aila—. Contadme cómo.

Entonces se encontró con la risilla de la castellana. Esta meneó la cabeza.

—No se me permite avanzaros más. —Aila suspiró al mismo tiempo que se encogía de hombros sin dejar de mirar el fondo del cuenco—. Es más, mis visiones suelen estar incompletas. En ocasiones, confusas: mi intuición

es la que termina por realizar el ensamble de todas ellas.

—¿Volveréis a hablarme del maldito zorro otra vez? —preguntó Beatagh, hastiada e insatisfecha.

—No —se carcajeó Aila—. Sois impetuosa y sabéis lo que queréis para vos y vuestro clan. Puedo aseguraros que lograréis alcanzar vuestras metas.

—Pues aún no sé cómo...

La Murray se quedó pensativa durante largo tiempo. Se derrumbó de nuevo en su asiento. En ese instante, la cocinera entraba por una de las puertas que daban al exterior y pasó por delante de ellas para centrarse en sus labores. Estaba acostumbrada a tenerlas por allí, por lo que no se extrañó de ver a dos nobles sentadas ante una tosca mesa. Beatagh siguió los movimientos de Gilberta, quien se afanaba en ordenar las verduras. Tras su llamada a voz en grito entraron otras dos doncellas para cumplir sus instrucciones. Las dos damas continuaron dando buena cuenta de la infusión sin intercambiar palabra, hasta que la pelirroja se decidió a preguntar:

—¿Y Archie? —Beatagh susurró para no ser escuchada por las demás.

Aila sonrió al comprender todo lo que ella quería saber con aquella ambigua pregunta.

—Él será la pieza final en vuestro acertijo —quiso desvelar Aila.

Beatagh desistió de su empeño de sonsacarle el futuro a la escurridiza hechicera. Cuanto más hablaba con ella, más confuso se volvía todo. Por momentos le resultaba esperanzador lo que decía, pero, en otros, no encontraba la manera de hallar la confianza en sí misma que necesitaba.

La joven se volcó en sus obligaciones, como siempre hacía. Se pasaba el día yendo de un lado a otro. Al anochecer se refugiaba en brazos de Archie. Este se escurría de forma furtiva hasta su aposento. Se besaban y abrazaban sin poder retozar como sus cuerpos pedían. La amenaza de Aila seguía resonando en sus mentes. Por ello, sus manos se convirtieron en sus serviciales súbditos del placer. Beatagh era quien mostraba mayor cautela, pues no quería faltar a la promesa que le había hecho a la mensajera de Elphame. Bajo ningún concepto Archie debía agitarse o realizar grandes esfuerzos, y ella no pretendía empeorar la salud del McLeod.

En cuanto la hechicera se instaló en Aberscross, quiso revisar la herida de Archie. Lo sentó en un tocón de árbol que hacía de butaca, junto a la lumbre de la chimenea por donde desfilaban los enfermos. Antes de que se

levantara la camisa para exponer su lesión, el aura activó el don de Aila. Una oleada energética le comunicó que estaba ante una persona muy debilitada. La asombró la capacidad de Archie para disimularlo.

Beatagh se encontraba cerca cuando escuchó la exclamación. Todos los presentes en el salón supieron del enfado de la castellana Mackenzie.

—¡Archie McLeod, te guardas las excusas! —gritó Aila—. Esto apesta a putrefacción. Si no reposas como te indiqué y dejas de andar fingiendo que no te ha ocurrido nada, no llegarás a la siguiente luna.

Los que conocían a Aila sabían que ocultaba su miedo y preocupación bajo el enfado. Llevaba demasiados años combatiendo con el orgullo y el ego escoceses. Había aprendido que, si no alzaba la voz y lanzaba verdades como puñales, no lograba nada.

—Estarás exagerando, mujer —replicó Archie, molesto por la pública reprimenda.

—No voy a repetírtelo más. —La curandera terminó de colocar sus ungüentos sobre la piel, sulfurada al ver cómo la salud de su amigo se había deteriorado.

—Nada de realizar grandes esfuerzos —canturreó Kenza, quien cruzaba frente a ellos con una bandeja llena de tisanas medicinales.

—Me necesitan —insistió Archie a Aila para buscar cierto beneplácito.

—Dudo que muerto seas de gran utilidad —fue la dura respuesta de la hechicera.

—Tan sutil como siempre —rezongó Archie tras quejarse por el escozor que le había provocado el tratamiento con el que la mujer intentaba controlar la infección.

—Prefiero llamarlo sinceridad... y advertencia —enfaticó Aila—. Parece que hace falta verme los ojos amarillos para que me tomen en serio.

—¡Eh! —se envaró Archie—. He sido el que más respeto te ha mostrado desde el principio. Es solo que debemos ayudar a los Murray.

—Entonces, no hay más que hablar —se pronunció Beatagh cuando guardó la congoja bajo la superficie.

Se había quedado escuchando a unos pasos de ellos. No sabía si Archie se había asustado, pero a ella le entró pánico al conocer el estado de su salud. Perder a Archie era algo que no se permitía contemplar. Resuelta, se puso a su lado.

—Quedáis relevado de vuestros compromisos con mi clan —anunció con

determinación—. No os moveréis del lecho hasta que lady Aila lo diga.

—¿Otra mujer más dándome órdenes? —se quejó Archie mientras gruñía, abatido por las circunstancias.

No le gustaba verse sermoneado, menos aún que le dijeran qué debía o no hacer, aunque su tez macilenta mostraba signos evidentes de fiebre. Negoció pasar un día entero en la cama y pasear los consecutivos.

—Podéis estar tranquila: me ocuparé en persona de que cumpla su promesa —le aseguró Beatagh a Aila.

—He dado mi palabra: no necesito que nadie me avale —rezongó Archie, molesto; no lo ayudaba a sentirse mejor la idea de que lo trataran como a un niño.

Su ácida respuesta no pasó inadvertida a Beatagh, quien frunció el ceño.

—Está bien, pero no vendrá mal que me cerciore de que así se hace —arremetió.

—Dama Beatagh, por lo que veo a mi alrededor, tenéis demasiado en lo que enfocaros para perder el tiempo conmigo —le espetó Archie.

—¿No queréis que os dedique parte de mi atención? —La pregunta estaba cargada de significado.

—No preciso de vuestra misericordia —se empecinó Archie.

—¡No es eso lo que os ofrezco, McLeod! —exclamó con indignación; no reconocía a aquel hombre que tenía delante.

—Está bien saberlo —respondió Archie, fingiendo indiferencia—. No quisiera distraeros de vuestras obligaciones.

La dureza se vio reflejada en su semblante. Ambos se midieron con la mirada. Aila guardó una sonrisa mientras vendaba la cintura del guerrero que se había concentrado en desestabilizar a Beatagh. La lucha dialéctica entre ambos evidenciaba el amor que trataban de esconder.

—Puedo con esto y con más —replicó Beatagh con altivez—. Aunque también puedo dejaros con vuestra cabezonería y que perezcáis como un animal cualquiera.

—Entonces, debo dar gracias por vuestra complacencia —comentó Archie, sardónico.

La pelirroja estaba anonadada por la descortesía del guerrero. No entendía por qué no dejaba que se encargara de él. Aila acababa de asegurar que su vida corría peligro y él se empeñaba en mantenerse inmutable. Todos los soldados que se aglutinaban en el gran salón tenían los oídos puestos en la

disputa.

—Deberíais, sí —respondió Beatagh, ofendida al verse obligada a recordar que su preocupación iba mucho más allá que la de cualquier persona—, pero puede que todo haya sido fruto de un error. Si me disculpáis, hay más hombres que necesitan de mis atenciones.

La pelirroja se alejó mostrando su enfado con cada uno de sus movimientos. Archie supo que se había equivocado en el mismo instante en el que la vio partir. Resopló mientras agachaba la cabeza, derrotado.

—Te lo advertí: estás demasiado enfermo. —Aila apenas disimuló su diversión—. Tanto que has sido grosero con la mujer que amas en el peor momento de su vida. No es propio de ti, mi buen amigo.

—Voy a tener que darte la razón, Aila —reconoció, lacónico—. Iré a pedirle perdón.

—Ah, ¡no! —Aila fue rotunda—. Te vas de inmediato al camastro que te hayan asignado.

—No puedo dejar que Beatagh... —comenzó a decirle con preocupación.

—No voy a arriesgarme a que de camino surjan otras distracciones —interrumpió Aila—. No te preocupes, haré que sea ella la única que pueda llevarte el brebaje que voy a prepararte.

Y con un guiño se levantó y se alejó. Pensándolo mejor, se giró para levantar un dedo amonestador con el fin de recordarle a dónde debía dirigirse. Este cabeceó para confirmar que iba a obedecer. En aquel momento, todo su ser se abatía por la fiebre, el cansancio y el dolor de la herida. Se arrastró por los pasillos cual despojo; su pelea con Beatagh había derribado las ultimas barreras alzadas para evidenciar una fortaleza de la que carecía.

Por fortuna para ambos, la reconciliación fue tan rápida como el propio enfrentamiento. Beatagh entró en su aposento sin llamar a la puerta. El rictus en el rostro evidenciaba la desgana con la que se adentraba.

—McLeod —dijo al dejar el cuenco sobre una butaca cercana al lecho. Cuando estaban a solas gustaban de tutearse—. Quiero que sepas que soy víctima de una conspiración bajo mi propio techo. No pienso tolerarlo. Te he traído esto en contra de mi voluntad.

—Me siento afortunado, pues a pesar de ello has aceptado atender a este zoquete —le contestó Archie.

—Aunque él no lo crea necesario. —Beatagh se cruzó de brazos.

—Debo decirte que no es así. —Archie exhaló un largo suspiro—. La debilidad nunca me ha resultado cómoda, y lo último que deseo es que te distancies de mí.

La pelirroja se apartó un mechón del hombro mientras trataba de permanecer inmutable. Intentó seguir enfadada, pero la idea de que la herida empeorara y se llevara a Archie la obligó a desprenderse de su orgullo. En pocos segundos se decantó por abrir su corazón, como siempre había hecho con el guerrero.

—Siempre han compadecido al hombre que decidiera amarme —respondió Beatagh con un encogimiento de hombros—. Es mi deber advertírtelo.

—Conozco a varios caballeros a los que no has logrado amedrentar. —Archie le recordó el cortejo de John Sutherland.

—Ellos solo deseaban poseer mi cuerpo y doblegar mi alma para lucirme como trofeo —refutó la joven al arrodillarse junto a él—. En cambio, tú me amas de manera temeraria. Y yo te correspondo, pero por momentos no puedo dejar de pensar si podré hacerte tan feliz como estoy segura de que tú harás conmigo.

Beatagh recorrió el rostro enfebrecido de Archie con mirada cariñosa cargada de anhelo e inseguridad. Su mano apartó los mechones que caían sobre la frente del guerrero con delicadeza.

—Desde que te conocí supusiste un desafío. —Archie agarró la mano que lo acariciaba—. Por más que trataba de rechazarte, te metiste en lo más profundo de mi ser. No me engañaste con tu bravuconería, mi hada del norte. Enseguida intuí el escudo con el que te deslizas por el mundo.

Ella mostró su desacuerdo arrugando la nariz con diversión. Archie sonrió a la belleza pelirroja que se inclinaba sobre él; sus ojos ahondaron en las profundidades azules de Beatagh.

—Solo los que temen a tu naturaleza son incapaces de enfrentarse a las tempestades que generas —siguió diciendo Archie—. Por ello desprecian a aquel que esté dispuesto a compartir su vida contigo.

—¿Y estás decidido a hacerlo? —preguntó con ilusión.

—Sois afortunada: no hallaréis a nadie con tan poca cordura como yo —afirmó Archie, enroscando un mechón de su pelo en el dedo con el que hizo que Beatagh se acercara a su rostro. La besó en cuanto pudo atrapar su boca. Ella suspiró, extasiada por su contacto—. Recuerda que tú misma

detectaste cierta locura en los McLeod.

—Cierto —se carcajeó ella—. Por mi bien, no debo olvidarlo.

—Entonces, puedes confiar en mi palabra —aseguró Archie con un brillo burlón bailándole en la mirada—. Estaré encantado de sufrirte hasta la vejez.

—Tu romanticismo me abruma —contestó, divertida.

—A Beatagh Murray no se la conquista con lisonjas —replicó Archie.

—¡Qué bien me conoces, McLeod!

Y Beatagh se lanzó a morderle el labio para torturarlo, pero pronto se detuvo, pues, a pesar de su conversación, no pasaba por alto la delicada salud del guerrero.

33

La presión femenina en Aberscross logró que hiciera reposo durante dos días, tras los cuales Archie comenzó a mejorar, pero, por más que insistía en poder manejarse con naturalidad, se topaba con Beatagh y su cabezonería. Yacer con ella sin dar rienda suelta a sus deseos rozaba el martirio, pero aquello era mejor que quedarse solo en su lecho.

Días más tarde Archie obtuvo permiso para pasear por el castillo. En el fondo, el guerrero admitió que necesitaba de cuidados. Por suerte, su fortaleza física ayudó para que la recuperación fuera rápida. Beatagh se encontraba en la barbacana, sondeando el ánimo de los vigías e intentando aportar cierta solidez a los Murray a través de sus acciones. Desde lo alto atisbó el andar pausado del McLeod. Sonrió con cierta ternura al ver cómo los aldeanos se acercaban a pedirle consejo, buscaban su opinión sobre algún tema en concreto o simplemente se paraban a charlar con él.

Los Murray apreciaban a aquel guerrero, pues poseía un carácter afable, nervios templados y gran raciocinio para aplacar disputas sin que nadie se sintiera perdedor. Además, desde el invierno anterior, había trabajado hombro con hombro con ellos para mejorar sus cabañas, llenar sus almacenes de provisiones y preparar al ganado para la temporada invernal. Beatagh se sabía enamorada de él hasta los huesos y se sintió orgullosa de sus gentes, ya que también habían visto toda la bondad que Archie llevaba consigo. Miró al cielo para hacer llegar un pensamiento a Neil. Estaba convencida de que habría aceptado un matrimonio con el McLeod, a pesar de la ausencia de abolengo.

El vuelo de un águila depredadora la obligó a pensar en la encrucijada en la que se hallaba. Sin Neil para liderar a los Murray se hacía imperioso encontrar un nuevo laird, pero si era ella quien debía pensar en la continuidad de su clan, debía renunciar a Archie. A no ser que encontrara las fuerzas para desprenderse de la responsabilidad como si de una capa se tratara, recogiera sus bártulos y se alejara de las tierras que la habían visto nacer para comenzar una vida junto a su amor.

Enseguida el sonido de un cuerno sacó a la joven de sus ensoñaciones. John Sutherland se acercaba acompañado de una pequeña escolta. Inspiró hondo, pues vaticinaba que venía cual carroñero al oler la sangre. Decidió ser ella, en persona, quien lo recibiera.

—Nos honra vuestra visita —expresó Beatagh con una sonrisa forzada mientras esperaba a que desmontaran—. Como sabéis, nuestra fortaleza está ocupada por Mackenzie y McLeod convalecientes. No puedo ofreceros un refrigerio en el gran salón, pero ordenaré que os sirvan aquí, en el exterior. Parece que el buen tiempo acompaña.

La primavera les ofrecía un cielo despejado junto a un sol que se fortalecía con el paso de la estación. La torre del homenaje frenaba los vientos marítimos, por lo que se situaron cerca de los muros de piedra. Allí pudieron entablar conversación alejados de las cabañas, con el patio de armas de por medio. Aunque guardaban cierta intimidad, estaban expuestos a las miradas de los aldeanos. Con gran diligencia los sirvientes acomodaron una mesa con una bancada en cada lado. John aceptó la rudimentaria recepción con el rostro tenso. No por el recibimiento, sino por lo que venía a decir. Acompañó a Beatagh con toda la caballerosidad que conocía sin poder evitar quedar embelesado por ella cuando tomaron asiento uno frente al otro.

John paseó su mirada alrededor de él. No mostraba estar incómodo, todo lo contrario, se había sentado con aires de suficiencia y ojo analítico. A Beatagh no le pasó inadvertido el rollo de pergamino que había colocado junto a las jarras de las bebidas y los cuencos de comida. Cuanto más trivial era la conversación que mantenían, más irritada se sentía.

—Mirad, os veo muy cómodo con vuestra nueva condición —comentó Beatagh con impaciencia—. Incluso puedo advertir que habéis engordado, una lozanía propia de personas ilustres. Por aquí, como sabréis, tratamos de recuperar cierta paz y cerrar heridas.

—Sí, debería de haberme esperado algo así. —Los oscuros ojos de John sonrieron, aunque su boca se tensó con frialdad—. Os habéis erigido como la líder de vuestro clan. Eso no me sorprende, claro está. En cambio, sí creí que, al igual que yo, estaríais practicando la diplomacia. Supongo que no tenéis a nadie para recordaros que no podéis ir ofendiendo a vuestros superiores.

John apoyó los codos sobre la mesa mientras bebía de la jarra sin apartar

su dura mirada de Beatagh. Ella trató de asimilar lo que le decía y, siendo consciente de que era incapaz de mantener un mínimo de cortesía, puso su atención a lo lejos. Necesitaba hallar la tranquilidad que su cuerpo rechazaba.

—No, John. No tengo a nadie para que me instruya porque tanto mi padre como mi hermano no se encuentran aquí. —Beatagh se envaró, resuelta a hablar sin tapujos—. Fallecieron en luchas que no eran las suyas. Estoy sentada ante vos porque los Sutherland se mantienen en su guarida mientras otros salen a luchar sus batallas.

—Eso que decís... —John, orgulloso como era, no estaba dispuesto a que la pelirroja continuara con su falta de modales.

Ella levantó las manos para adelantarse a lo que iba a decirle.

—Sí, lo sé, firmamos un acuerdo de servidumbre. Los Murray somos vuestro clan sept y defendemos los intereses de los Sutherland sin reparos —recitó con hastío.

—¿Estáis segura? —bufó John—. Porque me ha sonado a justamente eso.

—Os equivocáis, pues mi recriminación no versa acerca de la fidelidad de mi clan hacia el vuestro —replicó Beatagh, deseosa de escupirle a la cara todo lo que pensaba—. Si me muestro hostil, es por vuestra falta de respeto hacia mi familia. Os presentáis aquí portando ese pergamino que, imagino, es un insulto a las gentes de Aberscross y pretendéis que os reciba con buenas maneras.

John dio un respingo. Beatagh siempre lograba desarmarlo. Miró el objeto en cuestión. En él su padre ofrecía las condiciones de adhesión de los miembros del clan subordinado a los Sutherland. Ellos iban a quedarse con sus tierras, con las que iban a ampliar sus posesiones en las Highlands. A cambio, se les ofrecían unas parcelas y respaldo social a la viuda y a sus hijas. Beatagh había adivinado el contenido y se mostraba fiera por ello. John, quien aún suspiraba por la joven, terminó por claudicar.

—Creí que sería conveniente que fuera yo el encargado de entregar este documento por los lazos sentimentales que nos unen —se explicó.

—Sois unos cobardes. Habéis oído nuestra debilidad y venís a aniquilarnos, pero escuchadme bien: los Murray nos mantenemos con vida.

—Hemos venido a ayudaros, a vos y a vuestra familia. —John trató de ser compasivo, aunque solo pensaba en poseer a Beatagh y silenciar sus quejas con sus embestidas. Cuanto más rebelde se mostraba, más la deseaba.

—Apenas ha pasado una semana de la muerte de Neil —le recriminó Beatagh con los dientes apretados.

Sus entrañas sangraban al ver personificado en John el final de su clan. Despreciaba la lascivia que continuaba detectando en él y rogó al cielo que le diera fuerzas para continuar con la conversación.

—Lo sé, y lo siento. —John estiró una mano por encima de la mesa, que ella no tocó, pero sí miró con repulsa—. Todo está yendo muy deprisa. Creedme cuando os digo que la guerra con los McDonald nos ha marcado a todos para siempre.

—No oséis igualaros —amenazó ella.

—Yo también he perdido a Neil —acompañó a sus palabras con un golpe en la mesa— y a vos.

Beatagh alzó sus cejas pelirrojas con sorpresa.

—Aunque no os importe, pues jamás me profesasteis sentimientos similares, yo os amo —continuó diciendo con voz tensa, pendiente de que la muchacha le contradijera. Al obtener el silencio de siempre, confesó—: Y aún no concibo la idea de que no seáis mi esposa.

—Dejad los embustes, John. Os mueve solo el deseo —le recordó—. Jamás me convenceréis de que os sentíais atraído por mi carácter y buen hacer. Desde que éramos niños nos hemos retado, siempre me ridiculizabais cuando os seguía a Neil y a vos en los juegos. Todo cambió cuando mi cuerpo tomó forma de mujer; os encaprichasteis y decidisteis que bien valía la pena pasar por alto todo lo que aborrecíais de mí a cambio de encamaros conmigo.

—¿Eso es lo que creéis? —preguntó, sabiéndose descubierto. Solía olvidar la astucia de Beatagh.

—No es una conjetura, es la verdad —afirmó con frialdad.

John agachó la cabeza mientras tomaba arrojo para lo que tenía que decir.

—Por suerte para ambos, todo se ha resuelto a nuestra conveniencia —le recriminó John, mostrando una mueca de disgusto—. Os alegrará saber que hace unos días firmamos las capitulaciones con los McDonald. Contraeré nupcias con la hija de Ross.

Beatagh recibió aquella noticia como si de un golpe se tratara. No por sentir que usurpaban su puesto al lado de John, sino por la miserable, hipócrita e irónica guerra que se había llevado a su hermano.

—Demasiadas vidas se han derramado para haber resuelto vuestras

disputas con un acuerdo matrimonial. —La rabia cargaba su voz.

—¿Lo decís vos, que siempre andáis empuñando un arma? —le espetó John, cansado de las recriminaciones.

—¡Yo lo hago para defenderme! —rugió Beatagh, levantándose del banco hecha una furia—. Marco mi territorio, esgrimo mi espada para demostrar que soy fuerte, pero jamás generaría una guerra, ni enviaría a nadie a luchar por algo que se puede arreglar frente a un fuego y un trago de whisky.

—Con vuestros precedentes, Beatagh, disculpad que dude que en nuestra posición no generarais conflicto alguno.

La Murray entrecerró los ojos fulminando con la mirada al futuro laird. Recordó la noche en la que el sucio McDonald había tratado de violarla y había pedido a Archie que no dijera nada para no ser la causa de un enfrentamiento entre clanes. John se jactaba de conocerla, pero no sabía nada de ella. Desde la niñez habían compartido momentos juntos, llegaron a hablarse como familia, pero siempre habían colocado una barrera invisible entre ella y los Sutherland. Durante todo ese tiempo, Beatagh les había resultado incómoda. La joven era consciente de que, si no fuera tan agraciada, la habrían apartado cual paria, como ya lo hacían con Mai.

John no solo se permitía el lujo de adjudicarle carencias que eran mentira, sino que también tenía la desfachatez de proclamar su amor por ella cuando no era más que una patraña. Sus últimas palabras le habían desvelado una gran certeza. Ni en mil años John Sutherland iba molestarse en conocer sus anhelos, descubrir sus sentimientos mejor guardados o las ilusiones y esperanzas que poseía. Por fortuna, había encontrado a un hombre que sí era capaz de ello.

Incapaz de continuar hablando con aquel hombre que le resultaba un desconocido, se alejó de la mesa. Desde ese momento en adelante, habría de cumplir como Murray ante los Sutherland, pero jamás iba a volver a tener la familiaridad que siempre los había acompañado. Su padre había muerto por ellos; su hermano, también. Y ese día comprendió que hasta el peor enemigo podía sosegar-se sin necesitar derramar sangre. ¡Un matrimonio! Tan solo había bastado una semana para convertir a dos clanes enfrentados en aliados por lazos de sangre. Beatagh se sintió estúpida, utilizada y herida.

—¡Eh! —le gritó John, sorprendido al ver cómo se alejaba—. ¿A dónde vais? ¿Y qué demonios pensáis hacer?

La melena pelirroja frenó sus abruptos movimientos para girarse y mostrar el rostro hermoso de su dueña. Esta, vestida con las ropas de faena, alzó un dedo para señalar la carta enrollada que continuaba en la mesa.

—No pienso leer ni una palabra de lo que vuestro padre haya escrito ahí —le contestó con la espalda erguida y falsa quietud—. Solo contemplaré vuestra apestosa propuesta si peligra la continuidad de los Murray.

John lanzó una carcajada vacía, helada. Su mirada sardónica se derramó sobre Beatagh.

—¡Mujer, mentecata! —se mofó el Sutherland—. No peligra el futuro de los de Aberscross, ¡pues no tenéis uno!

El rugido reverberó entre los muros cual sentencia. La pelirroja no se inmutó, solo agachó brevemente la cabeza.

—Bien, John, habéis entregado vuestro mensaje con maestría —le respondió Beatagh, mostrando una diplomacia de la que carecía. Su rictus mostró sus verdaderas emociones al pronunciar la despedida—. Ya podéis largaros de mis tierras.

Y, sin más, se dirigió a los establos; varias familias esperaban a que los ayudara con el ganado.

No muy lejos de allí, apoyado en el lateral de una cabaña y con una pierna sobre una pila de leña, Archie observaba la escena. En cuanto supo que había llegado John, un pellizco posesivo había atacado sus entrañas. Consciente de que nada tenía que hacer en ese clan ni en esa conversación, decidió quedarse al margen. No le gustaba el Sutherland, con seguridad por su relación anterior con Beatagh. Se llevó un trozo de hierba a la boca mientras captaba las señales de una disputa. Se sintió orgulloso de su hada del norte; con su espíritu bravo no se había amedrentado frente al futuro laird. Este debió de ofender a la muchacha hasta lo indecible, pues no fue el cabello rojo de Beatagh quien lanzó llamaradas: su boca, su expresión y sus ojos explotaron con cada palabra.

Por un momento temió que John quisiera proponerle matrimonio a Beatagh para salvar a los Murray a través de un enlace ventajoso para todos. Esa idea se instauró en su mente, pues la implicación de su amante con sus gentes era profunda. De alguna manera comprendió que él, como un simple guerrero, nada podía ofrecer para salvar al clan de su desaparición. Escupió al suelo los trozos de paja que había estado rumiando

de la misma manera que lo hacía con sus pensamientos negativos. Se recordó que Beatagh le había confesado su amor y él estaba dispuesto a ofrecerle un hogar, tanto a ella como a su madre y a su hermana.

En aquel instante se situó a su lado Sim, el capitán de los Murray. Un hombre honorable que podía liderar tropas y cumplir órdenes, pero que no iba a mover un dedo para proclamar el mejor sucesor como jefe del clan.

—Podéis estar tranquilo: nuestra Beatagh ha escaldado bien a Sutherland —le comunicó, bufando con diversión mientras observaba cómo John tomaba las riendas de la montura que un mozo le acercaba.

—No he dejado de estar tranquilo, Sim. —Archie trató de parecer indiferente.

El Murray se carcajeó.

—Todos los habitantes de Aberscross sabemos de vuestro idilio con la dama Beatagh; no habéis sido muy discretos —le señaló Sim—. Mi muchacho andaba cerca, y por casualidad... —hizo una pausa para guiñar un ojo— escuchó que nuestra dama no aceptó la propuesta de los Sutherland. Pretendían absorber nuestro clan y quedarse con nuestro territorio.

—¿Por qué me contáis esto? —Archie tardó unos segundos en realizar la pregunta, pues deseaba descubrir a dónde quería llegar Sim—. Solo soy un McLeod que pronto tendrá que volver.

—Sí, soy sabedor de vuestras obligaciones; ocupáis un lugar como el mío en vuestro clan —aceptó Sim—. Pero yo no tengo un romance con la heredera.

—Lo que está en juego es si queda algo que heredar —replicó Archie.

—Sí, claro que queda —objetó con orgullo el capitán—. Lo que vengo a deciros es que nuestra muchacha acaba de cerrar una puerta y se ha quedado sin posibilidades de mantener al clan unido. No hay varón en la familia que lo respalde, tampoco un líder Murray que pretenda liderarnos, salvo Brochan, el tío de la dama Beatagh. Sea como fuere, pronto tendremos que enfrentarnos a la realidad.

—¿Habríais preferido que aceptara las condiciones de los Sutherland? —preguntó Archie, paciente, pues sabía de la afición de aquellas personas a dar rodeos.

—No lo sé. No soy hombre de conspiraciones y diplomacias. —Se encogió de hombros—. Soy fiel a la familia, a nuestra señora. Confío en su

juicio y comparto su rechazo.

—Os deseo suerte, de corazón —le dijo Archie al observar la aflicción en el rostro del guerrero.

—¿Es nuestro final? —preguntó Sim con los ojos cargados de incertidumbre.

—Mentiría si os dijera que estoy deseoso de que los Murray conservarais vuestras posesiones, pues, si esto fuera así, yo tendría que renunciar a Beatagh.

Sim no se ofendió, todo lo contrario, comprendió al buen guerrero que tan solo amaba a Beatagh.

—¿Y si logra un futuro para los Murray? —Sim volvió a sondear a Archie.

—Entonces, tendré que alejarme y respetar la decisión que tome el Consejo. —El McLeod se vio obligado a pronunciar lo que era incapaz de pensar.

—¿Y abandonar a la dama? —Sim arqueó las cejas mientras meneaba la cabeza—. O ella no os lo permitirá o vos seréis incapaz de hacer tal cosa.

—Supongo que vuestra inteligencia os habrá llevado a intuir que solo un matrimonio ventajoso podría salvaros. Y yo, me temo, no soy un buen candidato.

Archie dio por concluida la conversación, pues comenzaba a sentir la desazón que se le presentaba al pensar en el futuro. Dio varias palmadas al hombro del capitán Murray para dejarle claro que no quería que lo siguiera. Este comprendió la muda orden; sin avanzar un solo paso, llamó por su nombre al McLeod.

—Ojalá la nobleza que posee vuestra alma fuera suficiente —le dijo—. Si mi señora se decanta por vos, tened por seguro que os llamaría laird.

A Archie aquella declaración de lealtad le arrancó una sonrisa a modo de agradecimiento. Se giró para enfrentarse a la franca mirada de Sim y a su fidelidad, pintada en el rostro.

—Tal hecho solo hablaría de una total y absoluta desesperación —se carcajeó Archie—. Os deseo lo mejor, buen amigo, y me temo que no está en mi mano daros tal cosa.

34

Días más tarde, un grupo de andrajosos guerreros se acercaron desde el sur. Daimh Mackenzie había vuelto a buscar a su esposa acompañado por Alistair, el laird McLeod y alguno de sus hombres. Clarion cabalgaba junto a ellos. Exhaustos, aceptaron de buen grado la cálida acogida que les prodigaron. Beatagh se hallaba en el patio de armas cuando presencié el recibimiento de Aila a su esposo. Había salido del torreón con las faldas alzadas en sus manos para que no se interpusieran en su carrera. Su amplia sonrisa iluminó su rostro, y poco le importó la suciedad de su esposo.

Por su parte, Daimh, al verla desde lo lejos, había desmontado con el caballo aún en movimiento para abrir los brazos a su pequeña hada perdida, como solía llamarla él. La escena enterneció a la pelirroja. En medio del barullo que suponía la llegada de los aliados, pudo contemplar el amor puro entre dos personas. Detectó la simbiosis entre almas y cómo uno se acercaba al otro con devoción para prodigarse tales cuidados como los que se dan a un bien preciado. Sus ojos, de forma involuntaria, buscaron a Archie. Este respondió a su llamada silenciosa. Se abrazaba a Clarion en el instante en que cruzaron miradas. Este le guiñó un ojo antes de volver a centrar su atención en sus amigos.

Beatagh comprendió que aquella era la familia de Archie, con sus rarezas y extravagancias, con sus comportamientos descarados y sus intromisiones. Por un instante envidió lo que tenía. Quiso ser partícipe, deseó entregarse al McLeod sin contemplaciones, pues estaba segura de que, a su lado, de una manera u otra, iba a hallar un hogar tan cálido como el que observaba. Una ráfaga de viento hizo que se cruzara de brazos. Su mente volvió a situarla en el presente. Miró alrededor y pensó en los suyos con cierta culpa por huir, al menos en fantasía, de sus obligaciones.

Beatagh asintió al ver a los mozos de cuadra aproximarse para encargarse de los caballos. Ella los conocía bien y había pasado toda su vida cerca de ellos. También las sirvientas salieron prestas a ofrecer cobijo; a la mayoría las consideraba parte de su familia. Enseguida recayó en todos los tejados

que pertenecían a los Murray. Beatagh conocía cada una de sus historias, sus debilidades y fortalezas.

Y todos dependían de ella.

El laird Alistair la obligó a desviar la dirección hacia la que se derivaban sus pensamientos al acercarse a ella.

—Sed bienvenido, laird —lo recibió ella agachando la cabeza.

—Sed bienhallada, dama Beatagh. —Alistair se tomó la confianza de posar las manos en sus hombros para saludarla.

A ella no le importó, de hecho, el apretón llegó a reconfortarla. Aquel hombre maduro, de barba rubicana, pelo leonado y mirada azulada rodeada de incipientes arrugas, le resultó paternal. A pesar de no haber mantenido conversación alguna con anterioridad, pudo detectar su noble corazón. Había escuchado a Archie hablar de él y del cariño que mostraba a los suyos, sin mermar una férrea resolución.

—Sois una mujer de gran gallardía, he sabido de vuestras hazañas —le dijo—. Vuestros pobladores deben de estar orgullosos de vos. Quiero que sepáis que agradezco vuestra hospitalidad. Mis hombres habrían perecido sin el cuidado de los Murray. A partir de este momento, mi clan, al margen de los Sutherland, será aliado del vuestro. Podéis contar con nosotros para lo que necesitéis. Esta guerra nos ha hermanado.

—Me consuela escuchar vuestras palabras. —Beatagh parpadeó, conmovida por lo que representaba la declaración del jefe del clan McLeod—. Llegan tiempos difíciles para los Murray de Aberscross y me complace recibir apoyo en lugar de propuestas de disolución de la rama familiar.

La muchacha supo que la noticia de la muerte de Neil y la decapitación de los Murray como clan había volado por todas las Highlands. Inspiró hondo para no sucumbir a la desazón. Resuelta a no reunir al Consejo antes de que los invitados se fueran, los hizo pasar para ofrecerles las comodidades pertinentes. Tanto los Mackenzie como los McLeod no quisieron abusar de la hospitalidad, por lo que solo pernoctaron una noche. Deseaban ponerse en marcha para volver lo antes posible a sus hogares. Beatagh comprendía su afán por marcharse, pero su niña interior pataleó, pues no quería afrontar su partida. Deseaba retrasarla, ya que al despedirse se iba a ver obligada a definir de una vez por todas los pasos que debía dar el resto de su vida.

Hacia el anochecer Beatagh se hallaba sentada frente al fuego de la alcoba de la castellana masticando con desgana los alimentos. Había tomado la

costumbre de cenar con su madre para dedicarle algo de atención. Mai era quien llevaba la conversación de un lado a otro. Iona mostraba una sonrisa pesarosa con la mente alejada de la sala. Sumida en las tinieblas de la tristeza, apenas recaía en lo que pasaba a su alrededor. Como ocurría esa misma noche. Beatagh estaba más silenciosa que de costumbre. Solía darle el parte de los avances de los convalecientes que dormitaban en todos los rincones de la fortaleza, pero esa vez no parecía estar interesada en eso.

Al llegar la hora de despedirse, tanto Beatagh como Iona lo hicieron con lúgubres pensamientos rondando sus cabezas. La pelirroja acompañó a Mai hasta sus propias habitaciones para luego dirigirse a la suya. En un punto indeterminado de su recorrido escuchó la explosión de risas. Aquel sonido le resultó tan anacrónico que se detuvo. Por un momento creyó que eran ecos del pasado, cuando la alegría y el desenfado bañaban los muros del castillo. Al estar el salón abarrotado de guerreros que se recuperaban de sus heridas, la cena se servía en los aposentos de cada uno. En una de las salas destinadas al ocio de las damas de la familia Murray se reunieron la mayoría de los recién llegados.

De nuevo, Beatagh volvió a escuchar carcajadas. Sus pasos la llevaron hasta la sala donde se encontraba Archie acompañado de los suyos. La puerta estaba abierta, por lo que podía apreciarse la luz anaranjada que salía de la estancia. Ella se detuvo en el umbral, sin percatarse de que su presencia había interrumpido la animada charla. Archie fue el primero en levantarse para invitarla a pasar. Ella titubeó. Un segundo después, la arrastraba hasta la mesa, le ponía una jarra con whisky y la introducía en el grupo. Devolvió la sonrisa a los rostros que se giraban hacia ella.

Contempló a KENZA sonrojada por la bebida, despojada de la responsabilidad que cargaba durante el día como curandera. Aila se apoyaba en el hombro de Daimh, mientras que Irvyng y Clarion parecían no estar de acuerdo en cómo había sucedido algún acontecimiento concreto. La mano de Archie se instaló en sus lumbares, reconfortándola con una suave caricia. Alistair bebía en silencio, con sus ojos puestos en el fondo de su copa. Tan solo se sabía que estaba presente cuando sacudía los hombros al reírse por dentro.

—Contadnos, dama Beatagh: ¿cómo os permitieron esgrimir una espada?
—la animó Clarion sin que la cautela abandonara sus ojos oscuros.

Ella sabía que seguía siendo evaluada, pero de pronto se dio cuenta de que

todos habían reparado en lo avanzada que se encontraba su relación con Archie. Y lo indecoroso de su cercanía poco les importaba.

—Porque provengo de una estirpe de guerreras —declaró Beatagh, sonriendo con pesar, pues rememoró su infancia junto a sus familiares desaparecidos—. Por mis venas corre la sangre de los pictos, muchas de mis antepasadas participaron en cruentas batallas y mi padre vio en mí su fiereza. Me adiestró igual que lo hizo con Neil.

Los presentes intercambiaron miradas porque una pregunta inocente había puesto el dedo en la llaga. Clarion, diestro en desviar el dolor, comentó:

—Mmm, no, no creo que haya sido por ese motivo. —El McLeod meneó la cabeza con la burla bailando en su mirada—. Aunque puede emocionar a una audiencia bien dispuesta.

Beatagh dio un respingo, y se descubrió reaccionando con la risa y no con el enfado.

—¡Os lo juro! —aseguró ella, divertida—. Reconoced al menos que es una gran respuesta. —¡No lo niego! —Clarion levantó sus manos mientras el resto volvía a mostrar una actitud relajada—. Pero debe de haber otra explicación. ¿Tú qué opinas, Irvyng?

—No sé si es descendiente de los pictos, pero me inclino a pensar que el antiguo laird haya tomado tal decisión para desfogar su endemoniado carácter —fue su respuesta.

—¡Ah, debo dar las gracias entonces! —Beatagh se introdujo en el juego de las chanzas con rapidez y levantó un dedo acusador—. De otra forma habríais logrado secuestrarme.

Irvyng gruñó en desacuerdo mientras bebía aguamiel.

—Es hora de que sepáis que no era mi intención llevaros por la fuerza... —comenzó a explicarse el fornido rubio tras hacer pasar un gran trago por su garganta.

—¡Ja! Pues fuisteis muy convincente. —Beatagh interrumpió a Irvyng carcajeándose.

—No estaríais aquí si Archie no lo hubiera impedido —esgrimió él con el orgullo herido y tono amenazante.

—¡Yo me bastaba para desembarazarme de vos! —replicó muy ufana.

Irvyng gruñó como negación mientras el resto apoyaban la postura de Beatagh.

Y fue entonces cuando la atención de todos se centró en aguijonear el mal

humor del guerrero de aspecto fiero. Tiempo después se dieron las buenas noches, pues todos deseaban sucumbir al sueño. Se merecían un descanso reparador.

Archie se dirigió hacia los aposentos de Beatagh con ella de la mano. Realizaron el recorrido en silencio, relajados, cómodos en la presencia del otro sin necesitar decir nada. Una vez en el interior, Archie pidió ayuda a la joven para desprenderse del plaid. Hacía varios días que podía realizar esa tarea solo, pero le gustaba recibir los cuidados de su hada del norte. Ella, con los ojos puestos en el broche que sujetaba la tela, no detectó cómo Archie acariciaba su rostro con la mirada.

—Me ha gustado ver cómo te integrabas con mis compañeros —le dijo el guerrero.

—Tenéis taras, pero sois divertidos —respondió ella con mofa.

Beatagh deslizó la camisa de lino sobre el torso plano de Archie hasta que se la quitó por la cabeza.

—He podido vislumbrar esta noche lo que será nuestro futuro juntos —comentó Archie—. Estoy deseando que llegue el amanecer para emprender nuestro viaje.

Todo apuntaba a que ella también compartía su entusiasmo. En cambio, las manos de Beatagh quedaron suspendidas en el aire. La pelirroja pestañeó al mismo tiempo que afrontaba la verdad.

—No os acompañaré, Archie. —Decirlo en voz alta le dolió tanto como sentir una daga hundida en sus propias tripas.

El rostro afable del McLeod se volvió pétreo. Su ceño se frunció sin que Beatagh pudiera librarse de su escrutinio.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Archie sin contemplaciones.

—Debo quedarme...

—No *debes* nada. —Él enfatizó el verbo.

—No puedo abandonar a mi pueblo. —Ella suplicaba comprensión.

El guerrero descargó su furia contra la prenda, la cual salió volando hasta el otro lado de la estancia.

—En cambio, a mí sí —le recriminó con voz mortalmente grave.

—Archie, por favor, compréndeme —rogó Beatagh, angustiada.

Cual fiera enjaulada, Archie se alejó de ella para recorrer la alcoba de un lado a otro con infinidad de emociones bullendo en su interior. Beatagh lo seguía, consciente de la brecha que se estaba abriendo entre ellos.

El McLeod se detuvo a la altura de la chimenea. La luz anaranjada de las llamas iluminó su cara.

—Quiero comprenderte, pero hay algo que no logro encajar, Beatagh. —El hombre, descamisado, se enfrentaba a ella con la misma fiereza que lo hacía en el combate—. Yo. No sé cómo encajo en tu plan.

—Si al menos pudieras quedarte unos días más... —La Murray susurró la idea con el corazón encogido.

—¿¿Quedarme?! —Archie se llevó las palmas de las manos a los ojos, incapaz de observar el bello y torturador rostro de Beatagh—. No sé si el dolor de la pérdida continúa sin dejarte ver qué caminos se abren ante ti o si es que estás empeñada en cegarte. —Archie abrió los brazos para mostrarse tal cual era para poco después levantar un dedo—. Tienes ante ti un camino a mi lado. Te vienes conmigo a Craig, contraemos matrimonio y construimos una familia. Tu hermana y tu madre serán bien recibidas entre los McLeod. Dudo que la castellana Meribeth denigre a Iona: estoy convencido de que le ofrecerá un lugar en la fortaleza adecuado a su linaje.

Mientras Archie le detallaba su futuro, la desesperación se apoderaba de Beatagh. Escuchaba con la respiración agitada, con las manos en la frente, pues creía que la cabeza iba a estallarle, y con la sensación de ser empujada a un precipicio.

—Y el segundo camino —continuó el guerrero levantando otro dedo— te lleva a permanecer aquí para luchar por la supervivencia de los Murray. Para alcanzar tal proeza deberás contraer matrimonio con algún pariente lejano o algún noble que te rescate de la desaparición. Yo, como es evidente, no soy un candidato, ya que ni siquiera pertenezco al ejército del clan.

—No puedo decidir entre tú o mi gente. —La pelirroja gimió su disyuntiva.

—Beatagh, vuelvo a preguntarte: ¿para qué quieres que me quede? —Le lanzó la pregunta con rudeza.

—Para estar juntos, hasta que... hasta que... —Beatagh no sabía qué ofrecer al guerrero.

—¿... te desposes con el salvador de tu clan? —preguntó ofendido—. No seré el bufón de ninguna corte. ¡Todos saben de nuestra unión, aunque no haya sido consagrada! No tengo la menor intención de quedarme para ver cómo nos sacrificas.

—Hay una idea que me ronda... —se animó Beatagh a relatar.

—¿Qué?! —la interrumpió Archie con los ojos desorbitados, pues el titubeo que mostró la joven, junto al movimiento especulativo de sus ojos, le dijo todo lo que necesitaba saber. La conocía demasiado bien—. Pretendes erigirte como la jefa. ¿Es eso? Es tu deseo más oscuro. Mostrar al mundo que eres la mujer guerrera que puede encabezar las tropas Murray.

Ella abrió los ojos, sorprendida, porque la había descubierto. Solo él lograba desmadejarla como lo hacía. Sí, los días al mando de su comunidad le habían servido para demostrarse a sí misma que bien podía realizar las tareas de cualquier noble caballero. Era una locura pensar algo así, pero la pelirroja había logrado la plenitud personal, dentro de la cual estaba el McLeod.

—¿Te das cuenta de lo que ambicionas? —le recriminó Archie.

—¡Yo no busqué esto! —explotó ella, harta del peso con el que cargaba—. Pero no podría dormir sabiendo que mi padre y hermano murieron en balde. Que con su marcha los Murray de Aberscross desaparecerán como lo hicieron ellos.

—Deshazte de esos fantasmas antes de que terminen por destruirte —le aconsejó Archie con cansancio—, porque a mí, te lo aseguro, ya lo han conseguido.

El McLeod se encaminó hacia la salida, harto de andar sobre una cuerda emocional que lo llenaba de esperanza para empujarlo con rapidez hacia la dura realidad. La joven corrió tras él.

—Archie, no me abandones. —Beatagh se aferró a su brazo para que la mirara.

Él se giró a medias. Ella podía oler su piel, percibir el calor que exudaba, a la vez que sentía cómo se alejaba su alma de ella. Pronto, su cercanía no iba a ser más que un recuerdo.

—No soy yo quien te deja atrás —le recordó él.

Archie alzó la mano para tomar su rostro. La contempló como quien trata de memorizar todos los detalles de un lienzo. Archie realizó un esfuerzo hercúleo para dejar de tocarla y asintió con lentitud, como muestra de su muda lucha interior.

—Te irá bien, mi amada Beatagh. —Su voz ronca la destrozó—. Si me lo permites, siento ser yo quien te diga que ni en quinientos años permitirán a una mujer liderar un clan por sí misma. Vas detrás de un imposible. Pero no

desesperes: en algún momento aparecerá el mentecato que te desposará sin que pueda domarte.

—Archie, no puedo irme sin hallar una tercera vía. —Surgió la tozudez en ella—. Tú sales en las visiones de Aila —argumentó, agachando la cabeza a la vez que agarraba la mano escurridiza del guerrero para mantenerla junto a su piel.

—La premonición hablaba de un animal acorralado al cual estaría ligado eternamente —le respondió el McLeod, empezando a plantearse la verdad que no quería ver—. Nada decía de un matrimonio; tampoco nos vio juntos en algún lugar determinado.

Beatagh meneó la cabeza, incapaz de creer que iba a perder al amor de su vida. Se aferró al cuello del guerrero con desesperación, posó la boca sobre la de él para demostrarle que sus almas vibraban si se mantenían cerca. Él le devolvió el beso con ardor, causando estragos en el cuerpo de ella, para después abandonarla a merced de la soledad en la que se empeñaba en permanecer. Tuvo que asir con fuerza las muñecas de Beatagh para que liberara su cuello. Ella dio un paso atrás, tan dolida como se encontraba él.

—Espera —rogó la mujer.

Beatagh tragó saliva del mismo modo que deslizaba su orgullo por el gaznate.

—¿Podrás perdonarme algún día? —La congoja era visible; la vulnerabilidad, aún más.

Archie sopesó su pregunta con la vista puesta en el suelo. Tardó unos segundos en apartar la ira para darse de bruces con la situación que los rodeaba. No eran culpables de pertenecer a mundos distintos; tampoco de que Neil hubiera muerto dejando a Beatagh con la carga de los Murray sobre ella. Su separación era inevitable, hasta comprensible si se le dedicaba unos instantes de reflexión. Él había conocido a todas esas personas que Beatagh trataba de proteger. Tampoco ellos se merecían desaparecer diluidos por la ambición de otros clanes.

—No hay nada que perdonar, Beatagh —respondió, ronco por el desgarró interior—. Después de todo, los zorros son de los pocos animales que, a pesar de su cercanía a las personas, jamás han sido domesticados.

Beatagh bajó sus párpados, pues no deseaba ver cómo la puerta se cerraba tras Archie. El sonido sordo que el portazo dio se clavó cual estaca en su interior. Beatagh quiso ir tras él, tomar la vida que le ofrecía, olvidarse de

las responsabilidades que jamás debieron ser suyas y construir un futuro lejos de allí. En cambio, se mantuvo de pie, en medio de sus aposentos. No movió un músculo: una gran losa había caído sobre ella. Su peso, asfixiante, le impedía correr tras el amor más puro que jamás iba a conocer. Por primera vez se vio como un animal caído en una trampa creada por el destino.

No era una mujer que llorara con facilidad. Y no lo hizo, aunque por dentro se estuviera desangrando. Fue incapaz de verter una lágrima y sufrió por ello. En cuanto pudo tumbarse sobre el lecho con la mirada puesta en los postes de la cama, creyó que su cuerpo se partía en mil pedazos. Invocó el llanto, quería liberar su pena, derramar su frustración, soltar el lamento que su alma no cesaba de gritar. En cambio, solo obtuvo quietud. Una fría pátina de dolor agarrotó sus entrañas.

Y así la encontró la mañana. Beatagh respiraba por inercia, no por ganas.

Antes de que el alba iluminara los senderos que llevaban a Aberscross, un caballo cabalgaba veloz con un jinete deseoso de alejarse de las malditas tierras Murray. Archie había recogido sus enseres, había avisado a Irvyng de que se adelantaba al resto y, con la misma velocidad, se había alejado de la dama que no había aceptado la vida que con ilusión había soñado construir para ella.

35

Beatagh se presentó en el patio de armas para despedir a sus invitados. Con la espalda recta, porte regio y la barbilla alzada, no demostró lo que sufría por la partida de Archie. Escuchó las palabras de agradecimiento de ambos lairds con semblante amable. Agachó la cabeza al responder y dedicarles una oficiosa despedida. Aila fue quien se saltó el protocolario momento para abrazar a la pelirroja, que se arrebujaba en su gruesa capa.

—Fuerza, hermana —le susurró Aila—. Los dioses están de vuestro lado.

Y el cálido contacto de la hechicera logró que por primera vez desde la muerte de Neil sus ojos se anegaran en lágrimas. Quería aferrarse a aquella mujer feérica, deseaba creerla con todo su ser, pero las desilusiones de los últimos meses pesaban demasiado. Jamás iba a olvidar la desgarradora mirada que Archie le había dedicado la noche anterior. Rememoró las palabras que una vez le había dicho el guerrero: «*Haces trizas a todo aquel que se te acerca*». Recordó que la había descrito como alguien que arrastraba a los hombres tras de sí y los llevaba a la locura. Beatagh no estaba segura de haber hecho enloquecer a Archie, pero se sentía maldita al pensar que había conseguido destrozar la unión tan especial que habían forjado durante los últimos meses. Su amor, lo más valioso que poseía, ahora cabalgaba lejos de ella.

Beatagh alzó la mano, pintó una sonrisa en su rostro y se mantuvo impasible cuando el sonido de los cascos reverberó por toda la fortaleza. Más de una treintena de soldados partieron, dejando tras de sí una fría calma. La pelirroja salió corriendo hacia los establos. Llevaba tiempo tratando de controlar el temblor que gobernaba su cuerpo. Montó en Boreal y espoleó al animal más allá de las murallas. El jamelgo se contagió del apremio de su ama, por lo que Beatagh agradeció la velocidad que se acrecentaba. El viento le azotaba las mejillas con una dureza que abrazó con ansias. Dirigió su montura hacia la costa situada al norte de Aberscross. En cuanto olió el salitre supo que se encontraba bastante lejos. Fue entonces cuando se permitió gritar. Boreal se encabritó, sobresaltado por aquel

apabullante aullido. Beatagh dominó al bayo antes de apearse de él.

Bramó al océano su descontento, hasta el punto de desgañitarse. Abrió sus brazos, su capa voló hacia atrás y mostró el hermoso cuerpo que se ofrecía a la intemperie. Anduvo con paso presuroso hasta el borde del acantilado. Al no poseer mucha altura escuchó con facilidad la respuesta que enviaban las olas.

—¡Dios que estás en el cielo! —rogó en voz alta, cubierta por la ira; tardó unos segundos en recapitular para continuar diciendo—: Y espíritus que habitan en la naturaleza. ¡Oh, demonios, invoco a todo ser celestial que habita estas tierras!

Beatagh estaba tan subyugada por el desconsuelo que ni tan siquiera era capaz de definir sus creencias.

—¡Soy una mujer caprichosa! —gritó al horizonte—. Ayudadme, porque no quiero renunciar a nada. Tal cual soy me presento. Egoísta y altanera. Exijo la oportunidad de poseer todo lo que merezco.

La virulencia del viento marítimo provocó que trastabillara. Sus posaderas cayeron sobre la hierba, y la muchacha quedó tumbada sobre esta. Beatagh, enloquecida, rio gobernada por la histeria. Si aquel empujón se trataba de una respuesta, ella no era capaz de descifrar su significado, y esa evidencia la hizo reír, abrumada por las emociones. No supo cuánto tardó en sobreponerse, pues perdió la noción del tiempo. Su risa enajenada se fundía con la voz del mar. Largo rato después, presa de un agotamiento físico y mental, se levantó con pereza, tras lo cual recorrió con lentitud la distancia que la separaba de su fiel caballo. Con cada paso que daba, su coraza volvía a fortalecerse. Beatagh se aferró a las crines para acomodarse sobre el lomo. Mientras ajustaba las riendas entre sus dedos, una fina llovizna cayó sobre ella.

Alzó el mentón para permitir que las gotas aliviaran la tensión de su frente. No le importó mojarse, su pelo rojizo pronto quedó empapado. Boreal no esperó la orden de la joven, por inercia retomó el camino de vuelta a casa, esa vez con lentitud. Beatagh sonrió al cielo.

—El agua bendice —musitó—. Esta señal sí que la conozco.

36

Una semana duró la tregua que la comunidad Murray dio a Beatagh. Durante la cena de la noche anterior, los ancianos del Consejo habían solicitado una reunión urgente con vistas a plantear el porvenir del clan. Ella aceptó, consciente de que durante la jornada siguiente no solo iba a decidirse su propio futuro, sino también el de ellos. Como todas las mañanas, Mai, ajena a la hoja de la guadaña invisible que pendía sobre la cabeza de todos, apareció en sus aposentos.

—¡Buen día, hermana! —la saludó a la vez que saltaba sobre su lecho—. La cocinera dice que hoy será un día importante. Agradece que se hayan ido de una vez los clanes aliados porque, según dijo, era importante ajustar cuentas y no dejar flecos sueltos. ¿Sabes qué quería decir?

Beatagh, sentada, acercó a Mai hacia ella para acomodarse contra el cabecero. Su mirada azul se desvió hacia la ventana que daba al mar. Ya no estaba Neil para dar las explicaciones incómodas, solo se hallaba ella para dar solidez a la familia.

—Sí, querida, sé bien sobre lo que la mayoría está pensando. En todos los rincones de las Highlands no se habla de otra cosa—respondió con pesar.

—¿De nuestro compromiso con Archie? —se aventuró a decir la pequeña con diversión. Ella se incluía en el enlace, pues así había entendido cómo iba a ser el matrimonio.

Beatagh bufó una carcajada. Meneó la cabeza, agradecida de que Mai no pudiera captar la sombra que cruzó por su mirada.

—No, más bien se discute quién será el próximo laird de los Murray de Aberscross —explicó la pelirroja— o si estamos abocados al olvido.

—¡Oh! —Mai levantó la cabeza de su hombro para tomarla del rostro—. Eso no ocurrirá: te tenemos a ti, hermana.

Beatagh sonrió, enternecida por la pureza del corazón de Mai y su absoluta confianza en ella. No quiso explicarle la situación real en la que se hallaban. Solo una demente podía pensar que una mujer era capaz de alzar la voz, ser escuchada y lograr que la siguieran como líder. La pelirroja no

quiso verbalizar que algo de locura llenaba su mente, que en su fuero interno brillaba la ilusión de cambiar las normas.

Horas más tarde, salió de sus aposentos vestida con una saya de terciopelo dorado ribeteada con hilo verde. Una trenza de espiga colgaba a su espalda, la cofia triangular con un velo blanco coronaba su cabeza. En su escote cuadrado reposaba una de las joyas familiares más importantes. Un zafiro que lanzaba destellos a juego con los colores Murray. El tartán de cuadros azules y verdes cruzaba su figura desde un hombro hasta la cadera contraria. El broche con el blasón hecho en plata, donde se observaba una deidad portando un puñal en una mano y una llave en la otra, mantenía la tela en su lugar.

Todo en ella destilaba nobleza, fuerza y dignidad. Sus pasos seguros llegaron hasta la puerta de las estancias de su madre. Decidió tocar antes de pasar. Iona estaba sentada en el alféizar de una ventana ojival, con un bastidor de costura en sus manos, centrada en las puntadas que daba. Tan solo la cubría una camisola y el plaid de su difunto marido sobre los hombros.

—Madre, el Consejo aguarda —le advirtió Beatagh en cuanto estuvo a su lado—. Debéis vestiros para la ocasión. Los ancianos nos reclaman.

La derrotada castellana dejó caer sus manos en el regazo para alzar con pereza el rostro hacia su hija. La recorrió con la mirada a la vez que formaba una sonrisa pesarosa.

—Ve tú, querida —contestó, serena—. Por fin he entendido que Dios me dio una aguerrida hija porque llegaría el día en el que el peso de este clan recaería sobre sus hombros.

—Pero sois la castellana... —protestó Beatagh.

La gran dama la tomó de la mano.

—Confío en ti, y sé que decidirás lo mejor para todos nosotros —la animó—. Ahora déjame descansar.

—Hoy no, no voy a consentirlo. —Beatagh tiró de ella hasta ponerla en pie; los objetos que guardaba se desparramaron por el suelo—. Debéis honrar la memoria de vuestro esposo y de vuestro hijo. Vais a vestiros y sentaros a la cabeza de la gran mesa. Ese es vuestro lugar.

—¿Para hacer qué? —le preguntó con cansancio.

—Para acompañarme —confesó Beatagh. En sus ojos se pudo ver la sombra del desamparo—. Os ruego que os mantengáis a mi lado.

La castellana ladeó la cabeza mientras acariciaba el rostro de Beatagh. Se demoró unos segundos antes de responder.

—Con sumo gusto, hija. —Iona vislumbró a la niña que había acunado entres sus brazos durante años y comprendió que seguía siendo su madre y, como tal, aún necesitaba de sus cuidados.

Fueron las últimas en adentrarse en el gran salón. La chimenea estaba encendida; el suelo, pulido; la robusta mesa, ubicada en el centro, y los tapices se habían sacudido para que lucieran orgullosos en las paredes. Seguían siendo un clan. Los componentes del Consejo lo constituían ancianos que habían consagrado su vida a la defensa de los Murray. El capitán Sim, junto a algunos soldados de confianza, había sido invitado a presenciar la reunión. También estaban convocados el herrero, el jefe de cuadras y la cocinera. Los últimos por ser piezas fundamentales en el manejo de la fortaleza y haber pertenecido al servicio desde que eran niños.

Iona se situó en un extremo de la mesa, a la cabeza, algo incómoda por ocupar el lugar de su hijo. A su derecha, Beatagh se erigió como la portavoz. A la muchacha no le había pasado desapercibido el cambio entre sus gentes. Desde la partida de los McLeod y los Mackenzie, detectaba con mayor frecuencia miradas furtivas y gestos adustos. Miró hacia el otro extremo del tablero de madera, donde se sentaba su tío Brochan. Era el hermano de su padre, quien no había engendrado descendencia, y cuando este murió decidió mudarse a una cabaña que colindaba con los territorios Mackay. Se encargaba de vigilar la frontera para informar de posibles ataques. Solía acercarse a Aberscross una vez cada dos meses. Según decía, para calentar su trasero y comer comida de verdad. Beatagh no estaba segura de tenerlo como aliado; podía postularse a laird, pero no iba a ser por mucho tiempo debido a su edad y su cada vez más debilitado estado de salud.

Brochan era fornido, su rostro lo cubría una gran barba canosa y su mirada verde era fría. Hizo un gesto a su sobrina para concederle la palabra. Beatagh dudó, pues su juventud frente a la del resto parecía mermar su capacidad de liderar tan siquiera aquella reunión. Se recordó que debía convencer a su familiar directo antes que al resto.

—Os doy las gracias por venir —comenzó la pelirroja—. Ante la muerte del laird Neil, los Murray nos hallamos en una situación precaria. Por un lado, hemos recibido la oferta de los Sutherland. En ella nos proponen la

desaparición de nuestro apellido y la ocupación de nuestras tierras. —Un murmullo de quejidos y especulaciones se alzó—. Además, ofrecen a mi madre y a mi hermana alojamiento junto a una parcela en propiedad.

Calan, consejero de avanzada edad, padecía de una grave sordera. Su cuerpo enjuto se removía en la silla, sus ojos apenas se veían por las pobladas cejas blancas y su barbilla se adelantaba debido a la falta de dientes. Había traído una trompetilla hecha con el cuerno de una vaca. Beatagh se hallaba de pie para poder expresarse mejor. A pesar de estar frente a Calan, este tergiversaba lo que decía. Su voz aguda se escuchaba cada poco, bien para advertir que había captado el mensaje o bien para repetir lo que había escuchado.

—Pff, estos Sutherland... Hacer desaparecer a la dama Iona y a su niña extraña... —rezongó—. Menudo insulto.

Su compañero de asiento, Fife, se agachó para gritar en la trompetilla.

—Hacen desaparecer a los Murray, a nuestra señora la dejan bien acomodada. —Fife, de estirada figura, alzó su mano para que Beatagh continuara. Calan asintió para dar conformidad.

—Me tomé la libertad de rehusar tal ofrecimiento —se explicó Beatagh sin que su voz expresara el nerviosismo que sentía.

—¿Por qué hicisteis tal cosa sin nuestro consentimiento? —preguntó con voz atronadora el gruñón de Ulan.

—Porque me resultó ofensivo y creí oportuno que fuéramos nosotros quienes decidamos sobre nuestro porvenir, no ellos. A una semana de la muerte de Neil lo consideré del todo inapropiado —fue la respuesta de Beatagh; hubo cabeceos de los presentes como apoyo—. Otra de las razones para rechazarlos fue la de considerar la posibilidad de hermanarnos con los Murray de Bothwell o bien con los Murray de Culbin.

—¡Estáis empeñados en llamarlos parientes! Pero solo nos consta que descendemos de Richard de Moravia —protestó Math, el consejero más ilustrado. Gustaba de pasar sus días entre libros y papiros antiguos.

—¿Cómo qué no? —preguntó Calan, alzando su trompetilla, y con voz chillona comentó—: Los Sutherland descienden de los Moray. Hugh de Moravia fue nuestro antepasado común; de Freskin descienden ellos, y nosotros, de Richard, su sobrino.

El erudito se armó de paciencia ante la disertación histórica.

—Por eso mismo he dicho que no mantenemos lazos con los Murray de

Culbin: me inclinaría por admitir que nos son más cercanos los Bothwell — bramó Math a Calan, y con voz especulativa añadió—: Aunque nuestra rama es predecesora.

Beatagh estaba harta de los debates sobre el origen de los Murray. Eran tres las ramas que ella conocía y todas se desligaban de Hugh de Moravia, muerto varios siglos atrás. Incluso los Sutherland descendían de ellos. En cambio, se había pasado la infancia escuchando distintas especulaciones sobre de qué rama fue el primer líder. Y a ella, en esos momentos, le importaba bien poco.

—¡Da igual de dónde provengamos! —intercedió Beatagh; en su intento por dirigir de nuevo la conversación captó por el rabillo del ojo cómo Iona sonreía con timidez.

Era la primera chispa de vida que veía en ella después de una luna. De alguna manera, la divertía presenciar la delirante reunión. Su mirada vagaba cual espectadora, con una lejanía que no era propia de alguien cuyo futuro se debatía. La pelirroja temió que estuviera perdiendo la cordura.

—Debemos plantear todas las opciones que los... —Beatagh alzó aún más la voz para que le quedara claro a Calan— Murray de Aberscross tenemos.

Calan asintió.

—Pues debemos sumar a las dos soluciones que habéis planteado una más —intervino Math—. Vuestro tío Brochan puede proclamarse nuestro laird.

Beatagh había temido ese momento, pero tuvo la fortaleza para mirar a los ojos a Brochan. Este, enfrentado a Iona, paseó su mirada por los asistentes, que se habían vuelto hacia él. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Debéis recordar que cuando mi hermano Angus murió no disputé el liderazgo de mi sobrino, pues yo nunca fui criado para tal menester —respondió con voz grave—. Ahora, viejo y enfermo, no creo que pueda ponerme a la cabeza de todos vosotros. Solo demoraría este problema unos años. En cuanto fallezca, volveréis a encontraros en la misma tesitura.

—Necesitamos un líder joven —aceptó Ulan.

Siempre dispuesto a dar la versión pesimista, pero sin propuestas para evitarla. Beatagh trató de acompasar su respiración: había llegado el momento de plantear su propuesta.

—Yo puedo ser vuestra líder. —A Beatagh le faltó vigor en la voz, pero no dejó de alzarla.

—¿Qué decís, muchacha? —preguntó Calan con su particular graznido.

—¡Yo puedo ser la jefa Murray! —bramó Beatagh. Todos quedaron enmudecidos—. Es algo inusual, lo sé, pero me preceden mis acciones, mis resultados al mando desde la desaparición de Neil y, más aún, él me encomendó protegeros cuando se ausentó para enfrentarse a los McDonald.

Un gran murmullo se alzó cuando Calan lanzó su trompetilla sobre la superficie.

—¡Bah! De nada sirve este cuerno —se quejó—. Acabo de entender que la muchachita desea ser laird de nuestro clan.

Beatagh habría reído, pero tan solo pudo lanzar una exhalación. Fife, el compañero que solía repetir lo que decían, le advirtió del acierto de sus maltrechos oídos.

—¡Menuda sandez! —gritó Ulan.

—¿Vos, a la cabeza de los Murray? —La recriminación hecha pregunta la lanzó Math.

—Sobrina, debemos obviar tu proposición —concluyó Brochan, espantado por su atrevimiento—. ¿Qué diría de nosotros que permitiéramos que una dama nos gobernara? Ni hablar. No se ha visto nada igual.

—Sé de reyes que ofrecían su rostro, pero eran sus esposas quienes manejaban los hilos —apuntó Beatagh.

—Damas inteligentes que sabían dónde estaba su lugar —le reconoció Math con gesto adusto, pues la animaba a recordar el suyo.

Comentarios corroborando la misma idea se alzaron durante largo tiempo; muchos se rieron al sopesar la absurda idea. Beatagh lidió con el azoramiento como pudo. En sus mejillas se observó un leve rubor.

—¡Y menos una ramera! —añadió Ulan.

—¿Cómo decís? —Era la primera vez que intervenía Iona.

El anciano Ulan no se amedrentó ante la inquisidora mirada de la castellana. Esta se había adelantado, apoyando ambas manos sobre la mesa. Parecía estar a punto de saltar sobre el consejero. Sim se colocó con disimulo detrás de Beatagh. Ella fue la única que se dio cuenta de su muda protección.

—Lo que habéis escuchado, milady. —Ulan, hombre de barriga y calvicie prominentes, alzó un dedo acusador—. Vuestra hija osó pasearse con un McLeod de forma descarada, incluso llegó a encamarse con él, como bien sabemos todos, y encima pretende ser tan honorable como para

convencernos de tal disparate: ser la jefa de un clan. ¡Bah!

De nuevo, voló el parloteo por el salón.

—En cambio, si hubiera sido Neil quien hubiera mostrado esa conducta, no os crisparía tanto —decidió interceder Iona—. Sois vil, Ulan Murray. A todos nos conmocionó la muerte de Neil y la situación en la que nos dejaba. Mi hija fue quien tuvo la desgracia de transportar el cadáver de su hermano, fue quien luchó junto a nuestros hombres y sobrevivió a una guerra, gracias a ella las familias tienen un techo y qué comer. Decidme, Ulan, si de verdad creéis relevante su romance con el McLeod cuando le debéis tanto.

—¡Es una fornicadora! —volvió a esgrimir Ulan como una obviedad que la vetaba para cualquier cosa—. Yo no me siento en deuda en absoluto.

—Lady Iona —la voz grave de Brochan bloqueó la respuesta de la castellana—, os engrandece la defensa de vuestros vástagos, pero hay que condenar la conducta reprobable de Beatagh.

Junto a Brochan se creó un corrillo que discutía y aseveraba la escasez de modales, las innumerables faltas cometidas por Beatagh durante su vida junto a sus explosiones de mal genio. Mientras la pelirroja aguantaba con estoicismo las miradas especulativas, decidió prestar atención al anciano que trataba de captar las palabras.

—¿Con un McLeod? —graznó Calan—. ¿Por qué demonios debemos desposarla con un McLeod? El laird, según tengo entendido, contrajo nupcias hace varios años.

—No hablan del laird —aclaró Beatagh, abrumada por las acusaciones—. Archie McLeod es su capitán.

—¿¡Archie!? —volvió a preguntar Calan. Se ajustó el cuerno para escuchar con claridad—. Ese es un buen mozo. Recuerdo conversar con él, pero sigo sin comprender nada. ¿De qué clan pretendéis ser la jefa?

—¡Del nuestro, Calan! —gritó Beatagh.

—Ah, no, sois mujer. —Calan argumentó su negativa dando un golpe en la mesa mientras el salón continuaba albergando discusiones. Desde los más escurridizos a los más elevados.

—Y aun así he desempeñado bien mi papel como líder —apuntó ella.

—¿En qué papel está escrito tal cosa? —exigió Calan.

—¿Qué cosa? —preguntó Beatagh sin saber qué había entendido.

—¡Que una mujer puede liderar un clan! —aclaró como si fuera ella quien tuviera problemas de audición.

—En ninguno: mis actos los confirman —se exasperó Beatagh.

—Bien, pero seguís siendo mujer —refutó Calan con contundencia—, y con dudosa reputación, querida.

—¡Yo pensaba contraer matrimonio con él! —confesó a la audiencia con un bramido que logró silenciar a los presentes—. ¡Todo se truncó cuando Neil cayó en batalla! Y ahora estoy aquí, tratando de evitar que los carroñeros, que pronto tocarán nuestras puertas, acaben con nuestro linaje.

Los asistentes volvieron a intercambiar opiniones por lo bajo. Brochan era quien recibía la mayor parte de ellos. La joven puso los ojos en blanco a la espera de la siguiente pega.

—Hablo por todos cuando digo que somos conscientes de que debemos pasar por alto vuestra falta de virtud por el bien de todos —decidió interceder Brochan. Algunos dudaron de apoyar dicha postura, otros asintieron sin dudar—. Bien. Nadie hablará jamás de vuestro deshonroso idilio. Será nuestro secreto.

A Beatagh le dolió escuchar hablar así de su romance con Archie cuando había sido puro. En sus bocas sonaba sucio, pintado con vergüenza.

—Nos conviene, pues debemos pensar en desposaros con el mejor candidato —añadió Math, el instruido.

—¡Soy mujer, imbéciles! —Beatagh decidió lanzarle con mofa el mismo argumento que ellos habían esgrimido antes.

—Tened por cierto que sí, y gracias al cielo que habéis entrado en razón —le dijo Calan, al margen de cualquier conversación.

Beatagh decidió ignorarlo. Los demás se removían en sus asientos, ofendidos por su insulto.

—Contraer matrimonio con algún heredero nos vendería a todos y terminaríamos adoptando el apellido de mi futuro esposo. ¡No es una salida factible! —adujo Beatagh con firmeza.

—Ah, pero que os convirtáis en la primera jefa de un clan escocés es una idea brillante —se quejó Ulan tras un bufido.

La solución la dejó a cargo de los demás. Beatagh quiso estrangular al sexagenario barrigón, en cambio, se dirigió a su tío, el único que podía convencer a los escépticos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Aceptamos anexionarnos a los Sutherland o a los Murray de Bothwell?

—¿Por qué habéis descartado a los Culbin? —la interrogó Math.

—Porque según vosotros no son tan nobles ni tan cercanos a nuestra familia como los son los Bothwell. —Beatagh reiteró la cantinela que había escuchado a lo largo de su vida.

—Bien. —Math quedó pensativo, sumido en el recuerdo de las innumerables crónicas que había leído—. Aun así, deberíamos tenerlos en cuenta.

—No —respondió Brochan—. Los Culbin son demasiado engreídos para que acepten nuestro acuerdo.

—Quedan descartados los Sutherland por mi parte —respondió Fife, el traductor de Calan, pues deseaba avanzar en la reunión—. Levantad la mano quien desee lo mismo. Calan, arriba.

El compañero se levantó ante su señal.

—¿Ya hemos concluido? —preguntó, desconcertado.

Fife tuvo que volver a aclararle la situación. El viejo Calan observó cómo, unos con más brío, otros con más cautela, levantaron el brazo en su gran mayoría. Brochan y Beatagh asintieron al mismo tiempo.

—Entonces solo nos quedan los Bothwell —concluyó Beatagh, ahogada por la impotencia.

—¡Los Murray de Bothwell no pueden quedarse con nuestras tierras! —protestó Ulan.

—¿Qué sugerís entonces? —preguntó Beatagh, alterada por su falta de iniciativa y harta de su negatividad.

Ulan boqueó al verse en la encrucijada.

—Yo prefiero morir antes que ver a nuestros irreverentes parientes pasearse por Aberscross —confesó Brochan mientras se acariciaba la gran barba con aire distraído.

Recuerdos del pasado llegaron a él. Era bien conocida su competencia con los Bothwell, aunque mantenían sus lazos por conveniencia estratégica. Sucumbir a su poder resultaba bochornoso.

—Con suerte nos dejarán mantener nuestras casas —Ulan decidió sumarse a las lamentaciones—, pues lo más seguro es que nos obliguen a trasladarnos hasta sus tierras y allí humillarnos día y noche.

Beatagh observó cómo su madre cerraba los ojos mientras se masajeaba el puente de la nariz. Ella también sentía animadversión hacia el vejestorio quejumbroso. Ulan era experto en expandir el pánico y ahuyentar el pragmatismo. Beatagh alzó la mano para calmar a los presentes.

—Para eso estamos hoy aquí —clamó Beatagh—. Juntos lograremos llegar a buen término.

—¿Creéis que habrá algún Bothwell dispuesto a encabezar a los Murray? —preguntó Math, quien medía sus palabras antes de hablar.

—¿A qué os referís? —le abordó Brochan.

—Sería interesante saber si podemos desposar a la dama Beatagh con uno de ellos —comenzó a explicarse el anciano más reflexivo—. Al fin y al cabo, nuestro problema se centra en la falta de sucesión y de hombres que se postulen al cargo. Si reconocemos como heredero a un Murray de Bothwell y acepta liderar a nuestro clan, podríamos mantener nuestra sucesión sin desaparecer como clan.

—Comprendo, necesitamos un títere. —Brochan asintió antes que el resto, quienes contenían la respiración al creer que estaban próximos a hallar una solución. La pelirroja trató de adivinar los aspirantes que iban a proponer.

—¿Desposarme con Faing Murray? —Las náuseas devoraron a Beatagh cuando pensó en el pusilánime del hermano menor de la rama familiar.

—No, él hará lo que su padre ordene —respondió Math.

La pelirroja sintió cierto alivio, pero no le gustaba el rumbo que estaba tomando el Consejo. Por vez primera necesitó tomar asiento. Iona alargó su mano para apretar la de su hija. Beatagh sonrió de medio lado mientras sus oídos no dejaban de escuchar nombres de candidatos dispuestos a venderse por liderar un clan distinto al suyo. Sin poder dar crédito, volvía a ser moneda de cambio para dar prosperidad a los habitantes de Aberscross. Notó las cadenas invisibles rodearle el cuello, al igual que lo habían hecho cuando se había comprometido con John Sutherland.

Me negaré, pensó para sí Beatagh. Su alma indomable se revolvía en su interior. *Yo amo a Archie, es a él a quien me entregaré, a nadie más.*

La sensación de ahogo fue en aumento, y todo su ser bramó por la injusta situación.

—¡No lo haré! —Beatagh abrió los ojos cuando todos callaron y posaron su mirada en ella. Había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—¿No haréis qué? —preguntó Fife.

—No pienso desposarme con el candidato que me busquéis —sostuvo la joven, asediada por emociones de toda índole.

—¡No estáis en disposición de negaros! —se jactó Ulan.

—Por supuesto que puedo. —La sonrisa felina que se dibujó en el rostro de la pelirroja era conocida por ellos.

Beatagh iba a desafiarlos a todos, como lo había hecho en tantas ocasiones. Sin saber de dónde venía la calma, su cuerpo se serenó, sus entrañas dejaron de retorcerse y sus hombros se vieron liberados de una carga invisible. Volvió a ponerse en pie para que nadie perdiera detalle de lo que iba a decir.

—Sin la alianza que proponéis, este clan quedará disuelto —le recordó—. Vendrán los Culbin y los Bothwell, lucharán entre ellos y el ganador se quedará con Aberscross. Yo puedo recoger mis bártulos, montar a mi hermana y a mi madre en una carreta y buscar una vida para nosotras. Puedo incluso aceptar el trato con los Sutherland, pues nosotras salimos beneficiadas. En cambio, ¿vosotros pretendéis que acepte a un Bothwell para salvaros el trasero? Y, no contentos con ello, deseáis a uno que tenga tal presunción que elija ser laird de nuestro clan, sin exigir nada a cambio y obligarlo a que os mantenga bajo este techo.

—Sobrina, estamos mirando por vuestro bien. —Brochan trató de tranquilizarla con condescendencia—. Os buscaremos a un petimetre que podáis gobernar. No os exasperéis. Seréis la reina en la sombra que mencionasteis. Podréis ver vuestros sueños cumplidos.

Beatagh recordó las palabras que Archie le había dedicado antes de irse. Sintió la garganta estrangulada al verse reflejada como una mujer calculadora que aceptaba avasallar a un hombre con tal de manejar los asuntos de una comunidad. *No, se dijo para sí, y su cabeza acompañó a su pensamiento. Yo no soy así, tampoco deseo lo que dicen*, se recordó. Ella deseaba a alguien fuerte, audaz. Un hombre que la retara a superarse y que no viera su orgullo herido si destacaba en asuntos varoniles. Beatagh no deseaba dominar a nadie, ella solo quería amar y ser amada por Archie McLeod.

—No puedo luchar contra el destino. —Beatagh miró con lástima a cada uno de los consejeros—. Los Murray de Aberscross han sido sentenciados a muerte y yo no voy a dar mi vida por un fantasma. —El estallido de protestas no la tomó desprevenida. Se mantuvo impassible. Iona sonrió, satisfecha. Conocía a su hija y adivinaba hasta qué punto iba a apretar a aquella panda de vejestorios. La castellana había lidiado más de una vez contra las argucias de su hija; por suerte, esa vez no era el blanco que

pretendía abatir.

—Sois la hija de Angus Murray —le recordó Ulan—. No podéis insultar su memoria. Se estará retorciendo en su...

—¡No mentéis a mi padre nunca más u os juro que al alba estaréis clavado en una pica! —bramó Beatagh, cargada de furia.

—Calmaos —intercedió Brochan, asustado por la naturaleza imprevisible de su sobrina—. Beatagh, os estamos incluyendo en nuestros planes. Aunque os cueste creernos, estamos velando por vuestros intereses. Ya quisiéramos hallarnos frente a una dama con mejor talante, pero reconozco que sois la pieza fundamental en este rompecabezas.

Aquella palabra resonó en su cabeza. Beatagh parpadeó y trató de hallar la razón de su mareo. Su memoria enseguida le dio respuesta. Aila le había dicho que Archie sería la pieza clave en su acertijo cuando le había pedido que buscara en sus visiones el lugar que iba a ocupar su amado en el futuro. Y en ese momento acababa de entenderlo. Él debía permanecer junto a ella, de por vida.

—¡No lo soy! ¡No soy la pieza! —gritó, contenta. Todos creyeron que había enloquecido—. ¡Es Archie McLeod!

—¿Otra vez ese muchacho? —preguntó Calan—. Jovencita, no pongáis nuestra moral a prueba. Hasta yo me he enterado de vuestro desafortunado comportamiento.

Beatagh se carcajeó mientras se giraba hacia su tío.

—Necesitáis un títere. —Beatagh hizo una mueca al pensar en lo que diría Archie si usaba ese calificativo con él—. Archie McLeod será nuestro laird.

—¡No tiene noble abolengo! —espetó Ulan, resaltando el lado negativo de las cosas.

—Tampoco lo posee el Bothwell que estáis sopesando. Ese tal Thane no está ni en la duodécima línea de sucesión. Seguramente se dedique al pastoreo —replicó Beatagh con desdén. La joven volvió a centrar su atención en el anciano Math—. Como bien habéis dicho, necesitamos a un hombre como jefe del clan. Para que la alianza sea efectiva, debe desposarse conmigo. Y yo me niego a casarme con alguien que no sea Archie McLeod. O es él el nuevo laird, o no habrá futuro para los Murray de Aberscross.

Todos enmudecieron. No hubo replicas salvo el tamborileo de algunos dedos, el carraspeo de varios ancianos y los escurridizos ojos que se

escrutaban entre ellos.

—Caballeros, creo que a partir de ahora podréis seguir sin mí —añadió con solemnidad—. Esta es la única propuesta que debéis valorar —declaró Beatagh mientras realizaba una reverencia—. Esperaré vuestro veredicto en mis aposentos. Confieso que haber llevado el peso de los Murray de Aberscross ha sido agotador. Estoy deseosa de compartirlo con mi esposo o que este clan se disuelva junto a todos nosotros.

—¡Oh, maldita sordera! —se quejó Calan—. Acabo de entender que quiere desposarse con quien la deshonoró. Tened por cierto que creí que era capitán y no un pastor. Fife, aclaradme qué diantres ha dicho esta muchacha.

Beatagh, por primera vez en meses, rio con ligereza. Alargó su mano hacia su madre antes de decirle:

—Madre, ¿me acompañáis? —preguntó—. Vos también os merecéis un descanso.

Iona sonrió mientras asentía, luciendo un brillo especulativo en sus ojos azules. No necesitó ayuda para levantarse, aunque el movimiento dejó patente sus molestias en las lumbares. Agachó su cabeza hacia los presentes al tiempo que unía sus manos delante de ella.

—Caballeros —les dijo. El respeto hacia la castellana fue unánime—. Ha sido un honor formar parte de las gentes de Aberscross. Creedme cuando os digo que mi marido estará ahora mismo aplaudiendo allá donde se encuentre. Siempre admiró el arrojo de su hija Beatagh. Estoy segura de que estará divirtiéndose al observar vuestras caras. Como sabios consejeros, sabéis que está en vuestras manos decidir sobre la continuidad de nuestro linaje o su desaparición. Deseo con fervor que no se os nuble el juicio y veáis como una bendición que Beatagh se haya enamorado de Archie McLeod. El único y plausible futuro laird.

Iona volvió a agachar la cabeza mientras enlazaba su brazo con el de Beatagh. La pelirroja mostró una mirada anegada en agradecimiento. Por primera vez en su vida, contempló a su madre como la dama que era. Su dignidad y aplomo le resultaron soberbios. Había tardado en comprender que Iona siempre había estado del lado de su familia. Fueran como fuesen, hicieran lo que hiciesen.

Las dos damas abandonaron el gran salón conscientes de que todas las miradas estaban clavadas en sus espaldas. Una vez en el pasillo, la

castellana palmeó el antebrazo de Beatagh que tenía agarrado.

—Y ahora, jovencita, me darás todos los detalles de esa ignominia de la que todos son conocedores salvo yo —le exigió Iona.

—¿Madre? —Beatagh reconoció el tono admonitorio que la había acompañado durante su infancia.

—No eres ninguna mentecata. Sabes bien a lo que me refiero. —Iona enarcó una ceja—. Vamos a hablar muy seriamente de tu conducta libidinosa. Y reza, hija mía, para que ese McLeod te despose, pues yo misma te mandaré al purgatorio.

La pelirroja agachó la cabeza con vergüenza. Al igual que sabía que su madre la amaba, también estaba segura de que iba a pasar una temporada horrorizada por lo que había hecho. Y no habría distancia que la liberara de su escarmiento.

37

Semanas más tarde, cerca de la fortaleza de Craig, Elinor y Kenza volvían de su paseo por el bosque. Cargaban con cestas llenas de hierbas y raíces con las que la curandera trabajaba. Desde la linde que formaba la vegetación y los campos de cultivo podía observarse el sendero que conducía al castillo. La edificación se alzaba orgullosa coronando un acantilado.

La morada de los McLeod bullía de actividad. Las mujeres deshicieron el camino conversando, animadas. Saludaron a los campesinos que trabajaban las tierras, intercambiaron palabras con los aldeanos que se escurrían entre las filas de cabañas y bromearon con los soldados que se apostaban en la entrada de la barbacana.

El sonido del cuerno avisando que llegaban foráneos las halló en el umbral. Tanto Kenza como Elinor se volvieron para observar cómo se acercaba el inesperado séquito.

—Son Murray. —Kenza había entrecerrado los ojos para reconocer los rostros de los jinetes—. Esa cabellera rojiza pertenece a nuestra tan nombrada dama Beatagh.

—¡Oh! —Elinor volvió a mirar con renovada curiosidad—. Debemos avisar a Archie: no sabemos cómo reaccionará ante su presencia.

—Nada bien, tenlo por seguro —elucubró Kenza con una chispa divertida prendida en sus ojos—. Me pregunto a qué vendrá.

—¿Habrán más guerras en el norte? —planteó Elinor sin dejar de admirar la postura gallarda de la amazona que cabalgaba a lo lejos.

—No, según tengo entendido John Sutherland hijo contraerá nupcias con Margaret, la primogénita del conde de Ross, señor de las Islas —informó Kenza.

—¿El jefe del clan McDonald? —Elinor, como forastera, intentaba memorizar el intrincado tramado de títulos de los clanes escoceses.

—El mismo. La paz está garantizada —corroboró Clarion, quien se había acercado por detrás.

Las jóvenes se sobresaltaron y él se llevó un manotazo de Elinor en cuanto la rodeó con sus brazos para posar su cabeza sobre la coronilla de esta. Cada vez era más numeroso el grupo de personas que se asomaban para contemplar la recepción de los visitantes del norte.

—¡Mmmgg! —gruñó Clarion—. Esa damita nos va a regalar una jornada de lo más animada.

—¿Archie ha sido avisado? —preguntó Elinor con preocupación.

—Claro que no —bufó Clarion—. Será el último en enterarse. Los soldados están advertidos.

—¿Qué clase de amigo eres? —le espetó Kenza.

—El mejor de ellos —replicó Clarion—. Espero que esa mujer desaparezca antes de que Archie termine con sus tareas. Esta mañana partió hacia la aldea pesquera.

—No está en tus manos —le advirtió Kenza—, y dudo que lady Meribeth la despache con rapidez. Pernoctarán más de una noche aquí. Estoy segura.

—El reencuentro será ineludible —sentenció Elinor aferrada al antebrazo que Clarion cruzaba sobre su pecho—. Estoy deseosa de conocer a la afamada Beatagh Murray de Aberscross.

La pelirroja desmontó con signos evidentes de fatiga. En cuanto sus pies tocaron el suelo empedrado del patio de armas, se contorsionó para liberar las tensiones de sus lumbares. Sonrió a algunas caras conocidas que se acercaron a prestar ayuda. El laird Alistair fue el encargado de hacer pasar al interior a la dama. Ella recibió con agrado el afectuoso saludo. Aunque respondía a lo que se le decía, era incapaz de dejar de mirar en derredor. Estaba deseosa de presentarse ante un hombre en concreto.

Cuando Archie McLeod llegó a Craig, las antorchas ya habían sido prendidas. Dejó su caballo en manos de los mozos y dirigió sus pasos hacia el pozo. Sin saber quién aguardaba en el interior, deslizó un balde de madera por el interior del cilindro oscuro para llenarlo de agua. Deseaba deshacerse del salitre que cubría su piel. Entre el sudor que ofrecía la buena temperatura de una avanzada primavera y el esfuerzo físico del trabajo, le urgía asearse.

Sumido en sus pensamientos, pasó por alto las miradas significativas que muchos de sus compañeros le lanzaron. Una vez en el cuarto destinado a los guerreros como él, se desnudó. Clarion apareció en el umbral tras subir la pequeña escalinata del barracón. Desde que se había casado con Elinor,

poseía un aposento en la Torre del Homenaje, por lo que se hacía extraña su presencia en aquel lugar.

—Llegas tarde, la cena está a punto de terminar —le dijo Clarion.

—Lo sé, iré a las cocinas a saquear algo —contestó Archie mientras se pasaba una camisa limpia de lino por la cabeza—. ¿Qué estás tramando?

—Yo, en especial, nada —contestó, contento de que siguieran conectando sus mentes sin necesitar palabras. Archie comenzaba a sospechar que algo andaba mal.

—Entonces, ¿quién? —volvió a preguntar con un tono gruñón.

—El condenado zorro. —Una voz femenina surgió de detrás de la espalda de Clarion—. Si no supiera de tu afán por colaborar en cualquier tarea del clan, pensaría que te estás escondiendo de mí.

Clarion abrió los ojos y la boca al unísono. Meneó la cabeza para asegurar que no sabía que lo había seguido. Archie levantó una mano para que lo dejara a solas con sus furibundos ojos puestos en Beatagh. Su corazón se saltó varias palpitaciones cuando reconoció la voz de su hada del norte. Demasiadas noches soñando con ella no le habían robado un ápice de irrealidad. Buscó señales de estar durmiendo, pero la imagen se mantenía más viva que nunca frente a él.

—¿Qué os ha traído por estas tierras? —preguntó con desconfianza, usando el modo respetuoso para dirigirse a Beatagh con el fin de generar una barrera entre ellos.

Ella le regaló una de sus brillantes sonrisas. Sus ojos azules lo recorrieron con audacia. Beatagh había aceptado con gratitud el baño ofrecido por la castellana. Por ello, lucía su melena lustrosa trenzada y vestía con una sobreveste verde oscura con ribetes dorados. Su atuendo era sencillo, pero su porte regio le confería elegancia. La pelirroja contempló al McLeod con descaro.

Del cabello de Archie caían gotas de agua; descalzo en medio de la austera estancia, solo lo cubría un kilt junto a la camisa que acaba de colocarse de forma desordenada. Se detuvo en su ancho cuello, donde una pulsación constante sobresalía de su piel. Beatagh se preguntó si Archie estaba tan nervioso como ella. Deseaba lanzarse a su cuello, pero la prudencia se hizo dueña de sus actos.

—Vengo en busca de mi laird —respondió Beatagh sin tapujos. Su respuesta forzó que el ceño del McLeod se frunciera aún más.

—¿Y dónde está, si puede saberse? —preguntó Archie, tratando de comprender—. ¿Esto es una parada en vuestro camino?

Ella meneó la cabeza mientras se apoyaba en el dintel de la humilde puerta. Su mano se aferró a la madera, miró al suelo y pronunció las palabras que había ensayado durante todo el camino.

—Lo he logrado, Archie. —Su voz tembló por la emoción—. Había un tercer camino que valorar. El Consejo ha aceptado que encabece a los Murray de Aberscross.

—Os felicito —respondió sucinto—. No hay nada que se os resista.

Beatagh no había concluido, pues trataba de reunir el valor para enfrentarse a la mirada ambarina que tanto amaba.

—Ojalá sea cierto —le contestó ella—, porque me han honrado con la libertad para tomar como esposo a quien yo desee. Me permiten ser la castellana, no la jefa.

A Archie se le atragantó una carcajada. No podía ser verdad lo que estaba escuchando.

—Contadme —la animó con los brazos cruzados. Era tan insultante que llegaba a divertirlo—. ¿Quién es vuestro postulante?

—Siempre has sido tú. —Beatagh no quiso mantener los formalismos, dio un paso adelante.

—Beatagh, no soy un títere —declaró Archie con enfado—. No pienso aceptar tu retorcida propuesta. Búscate a otro patán para tal fin.

—¡Sé que no lo eres! —le aseguró ella—. Es nuestra oportunidad, Archie. Serás nuestro laird.

—*De facto*, pero lo que pretendes es que acate tus órdenes como un súbdito más, pues siempre deberé estar agradecido por haber ascendido de rango —le recriminó él.

Estaba enamorado de esa mujer, pero no iba a venderse por las migajas compasivas que ella le ofrecía.

—Archie McLeod. —Beatagh agarró la tela del cuello para atraerlo hacia ella. Se había agotado la paciencia de la pelirroja. El guerrero se mantuvo inexpugnable—. Te amo y te respeto demasiado como para denigrarte como dices que haría. Jamás he querido entregarme a alguien a quien no admire. Tú eres la pieza que unifica este rompecabezas. He venido hasta aquí para casarme contigo. Si no deseas liderar a los Murray de Aberscross, estos se desintegrarán, se venderán al mejor postor. Yo, por mi parte, permaneceré a

tu lado.

—¿Aquí? —Archie señaló con la cabeza su cuarto; el hielo había comenzado a diluirse desde el momento en el que había olido el perfume de Beatagh al tenerla tan cerca.

La Murray miró alrededor y formó un gesto desdenoso.

—Te obligaría a buscarme algo mejor —reconoció ella posando sus ojos azules en los de él—. ¿Qué eliges, Archie? —lo instigó, relamiéndose los labios para provocar al guerrero—. ¿Convertirte en jefe de un clan del norte o permanecer junto a tu esposa en Craig? Te advierto que Mai está dispuesta a vivir aquí.

Archie había tomado una decisión, pero no pudo refrenarse por más tiempo. Besó a Beatagh como llevaba semanas deseando hacer. Invadió su boca con ferocidad, complacido al provocarle los sutiles gemidos que emitió la joven. Su fuerza logró que Beatagh retrocediera sin separarse de él. El tabique de la pared detuvo su avance. Sus manos agarraban con fuerza al otro y se deslizaban por sus cuerpos sin dejar un centímetro falto de caricias. La pasión los desbordó a ambos. Un sutil pensamiento penetró en la mente enardecida de Archie. Levantó su boca del cuello de Beatagh para mirarla con desconcierto.

—No puedo tomarte aquí —le dijo antes de cogerla de la mano y sacarla del barracón destinado a los guerreros.

Ella lo siguió en silencio, tratando de controlar su respiración agitada por la excitación que el contacto de Archie siempre le producía. El McLeod se dirigió a la torre del homenaje, pero aún no habían llegado a la escalinata cuando cayó en la cuenta de que no podía entrar y exigir un lecho para yacer con la invitada. Volvieron sobre sus pasos rumbo a las caballerizas. Un silbido atrajo su atención. Clarion salió de entre las sombras de la muralla interior.

—La cabaña de mi familia, Archie —fue su escueta sugerencia antes de dirigirse al torreón con parsimonia.

Había esperado fuera hasta conocer la resolución final. Se alegró al comprobar que su amigo de la infancia por fin iba a encontrar la felicidad junto a la mujer que amaba.

Archie no se detuvo a agradecer el gesto. En plena oscuridad se alejaron de la fortaleza y dejaron atrás una hilera de viviendas hasta cruzar una formación rocosa. Al otro lado, en un claro rodeado de árboles, se ubicaba

una destartalada edificación. El interior estaba limpio, pues Elinor y Clarion solían escabullirse hasta allí cada vez que querían alejarse del resto. Beatagh se sintió huérfana cuando la mano de Archie se soltó para prender la madera que había en la chimenea. Una tenue luz anaranjada cubrió la estancia, pero a ellos solo les bastó poder reconocerse en la penumbra para lanzarse a los brazos del otro.

Jadearon desesperados por besarse. Sus lenguas fueron las encargadas de encender el fuego en su interior. Los desgarros de sus telas hablaban de la fiereza con la que se trataban. Tenían demasiada prisa por desnudarse y poder apretar piel contra piel. Una vez quedaron libres de prendas, se detuvieron para admirar el cuerpo que tenían enfrente. Beatagh espiró con dificultad al detectar la inflamación del miembro de Archie. Tuvo el impulso de arrodillarse para introducirlo en su boca. Jamás había escuchado jadear a Archie de aquella manera. Eso le gustó, la hacía sentir poderosa. El guerrero no permitió que se entretuviera a pesar de las deliciosas caricias. Necesitaba adentrarse en ella, le era imperioso volver a poseerla.

Agarró su trenza para alzarla del suelo, abordó su boca entreabierta y con un solo movimiento la tomó de las nalgas para estamparla contra la puerta cerrada. Acorralada, ella dejó que él la mordisqueara por doquier. Se ofreció sin resistencia mientras disfrutaba de su boca contra los pezones. A Archie le resultó sencillo cogerla de la cintura, obligarla a que rodeara sus caderas con las piernas y penetrarla con dureza. Él marcaba el ritmo de las embestidas, la puerta rebotaba para pautar el son y sus jadeos eran los cánticos que amortiguaban los muros de piedras.

Los amantes, ellos, tan solo se dedicaban a disfrutar del placentero encuentro. Instantes antes de alcanzar el clímax, sus pulsos se aceleraron tanto como los movimientos de las caderas de Archie. Él rugía mientras Beatagh lo seguía con chillidos cuando estallaron al unísono en un orgasmo descomunal.

Al culminar, Archie tomó entre sus brazos a Beatagh, con todas sus extremidades laxas por el lujurioso resultado. Fue entonces cuando se tumbaron en el camastro que había ubicado contra una de las paredes. Ambos permanecieron en silencio largo tiempo después: no necesitaron palabras para decir lo que sentían. Soltaban pequeños besos en sus hombros, las manos rozaban las caderas o se entretenían en apartar los mechones de la frente contraria. En un momento dado, sus ojos se toparon y

sus bocas sonrieron, satisfechas.

—Quisiera saber si algún día lograremos hacer el amor sobre un lecho— comentó Archie tras observar el desorden que habían causado.

Beatagh se carcajeó.

—Supongo que para ello debemos comportarnos como personas y no como animales —respondió, divertida.

Archie la estrechó contra él. Ella se arrebujó ronroneando mientras se disponía a dormir en aquel refugio donde solo podía escuchar el latido y la respiración de su amante. Tiempo después, cuando la noche estaba avanzada, la mujer levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre el tórax de Archie.

—¿Y bien? —preguntó la pelirroja—. ¿Puedo llamaros «mi laird»?

El guerrero se hizo rogar. Con la mirada puesta en el techo de paja asintió.

—Sí, mi bella hada del norte, te seguiré a donde vayas —respondió—. Juntos nos pondremos al frente del clan Murray de Aberscross y le devolveremos la dignidad y continuidad que se merece.

—Te quiero, Archie Murray.

El aludido amplió su sonrisa, contento por la declaración de amor e incómodo con su nueva condición.

38

Los McLeod dedicaron una despedida muy especial a Archie. Nadie terminaba de creerse su buena fortuna, pero todos se emocionaron cuando fue comunicada. Cuando se reunió con el jefe Alistair para trasladar su decisión de liderar a los Murray de Aberscross a través de un matrimonio con Beatagh, lo hizo con la solemnidad que esto conllevaba.

—¡Enhorabuena, muchacho! —exclamó Alistair, conmovido, pero a la misma vez contento de que algo así sucediera—. Te apoyaré en tu investidura, tendrás la lealtad de tu familia McLeod. Por descontado, los Mackenzie estarán de tu lado. Ambos clanes poseemos gran peso en las Tierras Altas para que nadie ose disputarte el título.

—Os lo agradezco, laird. —Archie sonrió con alivio.

—¿Y cuándo tenéis pensado contraer nupcias? —preguntó el jefe McLeod.

—Tan pronto como lleguemos a Coill solicitaremos a Aila su bendición —le contó con sereno entusiasmo—. Después debemos oficiar la ceremonia cristiana en Aberscross. Beatagh asegura que el obispo Mudy nos casará.

—¡Laird Murray! —aplaudió quien fuera su mentor e instructor—. Estoy seguro de que a Meribeth le gustará estar presente. Os acompañaremos. ¡Estamos de celebración!

Esa noche abrieron las bodegas, hornearon varias piezas y bailaron para honrar con su alegría la nueva vida de uno de los suyos. No hubo ni un McLeod que no se aproximara a la pareja para desearles lo mejor. En un momento dado de la noche, Clarion se acercó a Beatagh, quien brindaba una vez más por su salud y prosperidad. Cuando la joven se giró, enarcó una ceja expectante al detectar el brillo burlón en la mirada del guerrero.

—Clarion McLeod. —Beatagh agachó la cabeza al recibir una solemne reverencia por su parte.

—Dama Beatagh, me complace anunciaros que mi lealtad está con vos y vuestro futuro marido —le comunicó, conteniendo una sonrisa.

—¿Ya no os soy altanera? —preguntó la Murray, recordando el escrutinio

al que la había sometido cuando se habían conocido—. ¿Tampoco me consideráis un castigo para Archie?

—¡No me retracto de mis primeras impresiones! —Clarion, descarado, se ratificó sin ningún pudor.

—¿Cómo que aún no? —preguntó escandalizada Beatagh, percibiendo la animosidad en él.

—Seguís siendo arrogante. —Clarion abrió sus manos para señalarla como evidencia.

—Oh, ya percibo vuestro carácter conciliador —le reprochó Beatagh, divertida.

—No os ofendáis, pero es algo que no me incumbe. No seré yo quien tenga que lidiar con semejante defecto, será mi amigo. —El McLeod se encogió de hombros con desenfado, y ella rio—. Por lo que a mí respecta, podéis ser todo lo soberbia que queráis siempre que mantengáis la felicidad que hoy luce Archie.

—Os prometo que pondré toda mi voluntad para que vuestro amigo no se arrepienta de haberme tomado por esposa —respondió Beatagh, risueña—. Llevo toda mi vida escuchando lo terrible que seré como compañera.

—¿Y os creéis tal mantra? —preguntó Clarion, mostrando por primera vez algo de seriedad. Acababa de captar la vulnerabilidad que se escondía tras la fachada de Beatagh.

—No, Archie me ha enseñado lo contrario —Beatagh bajó la mirada, azorada—, pues yo amenazaba con ser una horrible carga si advertía que mi libertad estaba en peligro. En cambio, vuestro compañero me mostró que podía tomar de la mano a un hombre y recorrer la senda del matrimonio sin verme obligada a renunciar a mi propia naturaleza.

—Poseéis un corazón guerrero. —El cumplido de Clarion fue sincero—. Todos estamos orgullosos de vuestro logro. Aunque sea Archie quien nos abandone y tome vuestro apellido, sabed que también os consideramos parte de este clan.

—Os estoy agradecida —respondió Beatagh, emocionada por sus palabras.

—No lo estéis tanto, jamás os perdonaremos que os llevéis a nuestro mejor hombre —le recriminó, resuelto.

No hubo tiempo de réplica, pues Elinor y Kenza aparecieron para participar de la charla.

Y todo tomó un ritmo vertiginoso.

A la mañana siguiente se prepararon para acudir a la morada de los Mackenzie, donde celebrarían su boda pagana. Durante la despedida, Clarion y Archie se abrazaron con fuerza.

—Larga vida, amigo mío —le deseó Clarion—. No sé muy bien cómo nos las hemos ingeniado para terminar con nuestros caminos tan alejados. Los primeros en partir fueron Daimh e Irvyng, y ahora llega tu momento.

—Aunque la distancia nos separe, sabes que siempre podrás llamarme hermano —le aseguró Archie.

Elinor esperaba paciente en la larga fila que formaba la familia McLeod. La anglosajona sonrió complacida y se lanzó a su cuello.

—Después de todo, la semilla sembrada en Yule dio sus frutos —le recordó Elinor.

—¡Cierto! —se carcajeó Archie, sorprendido al rememorar el invierno pasado—. Uno siempre debe consagrarse a los dioses.

Fueron muchos los que quisieron estar presentes aquel día. El patio de armas estaba abarrotado cuando subieron a sus monturas. La escolta Murray partió junto a la pareja que tanta felicidad mostraba. Cerraban la comitiva el laird McLeod y su esposa. Por fortuna, no tuvieron que desviarse de rumbo para hacer un alto en Coill. Allí los esperaban Daimh, Aila e Irvyng.

De nuevo, fueron agasajados con grandes muestras de cariño. Tras una jornada de descanso, Beatagh y Archie fueron citados en un claro del bosque próximo al castillo de los Mackenzie. El ritual del enlace de manos dio comienzo con Aila como sacerdotisa.

La pelirroja había podido darse un baño que sus entumecidos músculos agradecieron. Mientras las sirvientas peinaban su melena rojiza, sus pensamientos volaron hacia el pasado. ¿Quién habría imaginado que iba a terminar contando las horas para desposarse? Se sentía afortunada por haberse topado con un hombre como Archie. Al terminar su aseo, alabó a la muchacha que se había encargado de crear una corona de flores para ella. El brial que le había prestado Aila le quedaba un poco corto al ser Beatagh más alta. Por suerte, aquella prenda solía arrastrar tela, que en su caso no fue tanta. Eso hizo que pudiera andar con más resolución. En su vestimenta primaba el color verde, intercalado con filigranas celtas bordadas con hilo dorado.

Todos admiraron la belleza de Beatagh engrandecida por el amor que

profesaba al guerrero que la esperaba en el círculo de la explanada. Cuando sus ojos se encontraron con los de Archie, chispearon de ilusión. Los amantes pidieron las bendiciones a los cuatro elementos sin soltarse de la mano. Beatagh no había asistido a muchas ceremonias paganas, pero le agradó la majestuosidad del momento. Aceptó cada ofrenda con una sonrisa, siguió las instrucciones sin titubeos y llegó a percibir las corrientes telúricas que crearon un círculo de protección en torno a ellos.

Como era costumbre, al anochecer encendieron una hoguera en el exterior para aprovechar el buen tiempo que traía consigo la primavera. El olor a asado y ricos alimentos que sirvieron en las grandes mesas abrió el apetito de todos. En un momento dado, mientras intercambiaban chanzas con los recién casados, Irvyng levantó el dedo para señalar a Beatagh.

—Me debéis una disculpa —le exigió.

—Ah, ¿sí? —respondió la pelirroja, entre sorprendida y divertida.

—Al ver cómo ha acabado todo, deberíais aceptar que estaba en lo cierto y que lo mejor os convenía era veniros conmigo. —El rubio de mirada glacial arqueó las cejas, pagado de sí mismo.

—¡Oh! Tenéis razón. —Se escuchó la respuesta de Beatagh tras la explosión de protesta por parte de los presentes—. Disculpadme, Irvyng, por no aceptar que me arrastrarais a la fuerza cuando aún estaba prometida a John Sutherland. ¿Cómo pude ser tan osada para rechazar tal cosa?

La Murray rio con ganas ante la cabezonería de aquel grandullón.

—¡Bah! —gruñó Irvyng mientras daba un mordisco a un muslo de pollo—. Os perdono vuestra grosería.

Beatagh miró a Archie para averiguar si el fornido rubio estaba bromeando. Al ver cómo su esposo meneaba la cabeza, comprendió que no iba a cambiar la opinión de Irvyng al respecto. Aila no se había sentado al tratar que su hijo Eiden sucumbiera al sueño con su balanceo.

—Las formas de Irvyng nunca son las mejores —le explicó—, pero siempre esconden su buena voluntad para hacer el bien. A pesar de ser advertido para que no interceda y haga caso omiso a los deseos de los interesados.

Y, por supuesto, no tardaron en contar anécdotas que verificaban las torpezas del guerrero.

Días más tarde Archie fue recibido por los Murray con una calidez que le

enterneció el corazón. Habían puesto el futuro en sus manos: todos, sin excepción, habían dejado sus vidas a su disposición. Los presentes creyeron que Archie iba a presentarse solo en Aberscross, pero para su sorpresa apareció acompañado por los jefes McLeod y Mackenzie. Tanto Daimh como Alistair creyeron conveniente apoyar a su compañero con su presencia. El primero en dar un paso adelante para darle la bienvenida fue el capitán Sim. El abrazo fue sonoro por los efusivos golpes en la espalda.

—Sed bienvenido —lo saludó—. Es una alegría constatar que vuestro abolengo, después de todo, me permitirá teneros como laird.

—Todo apunta a eso, sí —respondió Archie—, aunque no seré consciente de la suerte que he corrido hasta que no sobreviva a las ceremonias que nos quedan.

—La lealtad de la mayor parte del clan está con vos —aseveró Sim—. Me he asegurado de ello. El resto es una minoría que no dará problemas.

—Eso espero.

Archie se volvió para ofrecer su brazo a Beatagh, quien indicaba a los mozos cómo distribuir los equinos de los invitados. Juntos se acercaron a la Torre del Homenaje. A Archie no le habían pasado inadvertidas las dos figuras que aguardaban allí. Realizó una reverencia en cuanto llegó al primer peldaño. En la escalinata de la entrada esperaba Iona con Mai cogida de su mano. El entusiasmo que mostraba la pequeña era totalmente opuesto a la tristeza envuelta en sobriedad de la castellana. La hermana menor de Beatagh apenas podía disimular su alegría y expectación a dar saltitos mientras alzaba la mano para saludar.

—Sed bienvenido —pronunció Iona con mirada escrutadora.

—Sed bienhallada —respondió Archie—. Presento mis respetos ante vuestra gracia y prometo esforzarme por cumplir con las responsabilidades que me traen hoy aquí.

—Aún no me he formado una idea de vos. No sé si os mueve una temeraria ambición por liderar un clan para aceptar a Beatagh como esposa sin que os importe el riesgo que algo así supone —Iona enarcó una ceja con cinismo mientras hablaba— o, por el contrario, sois tan necio como para pensar que podéis desposar a mi hija sin que salgáis perjudicado.

—¡Madre! —se quejó la aludida, que boqueaba sorprendida por lo que escuchaba—. Sois injusta.

—Sea como fuere —continuó diciendo Iona, sin prestar una mirada a

Beatagh, pues su atención caía sobre Archie—, me tendréis para lidiar con esta fiera. Como madre y castellana, pondré mis conocimientos y habilidades a vuestra disposición. Son muchos los que alaban las dotes que poseéis para llevar a los Murray. Confiaré en la reputación que os precede.

—Os estoy agradecido, lady Iona. —Archie respondió con solemnidad, realizando un esfuerzo hercúleo para no reír ante la indignación de Beatagh.

—¡No puedo creer que os estéis confabulando en mi contra! —protestó Beatagh, alternando su mirada de uno a otro.

—No estoy en condición de rechazar apoyo alguno —se excusó Archie, sonriendo con picardía.

—Después de deshonrarte como lo hiciste y poner la reputación de nuestra familia en entredicho, deberías estar agradecida de mi buena disposición hacia el esposo que has elegido sin consentimiento previo.

Iona amonestó a Beatagh con sus palabras, que la joven tuvo que aceptar no sin mostrar su hartazgo. Puso los ojos en blanco antes de girarse hacia Mai, su leal hermana, para darle un gran abrazo.

—Pasad —invitó Iona a los presentes que se iban acumulando frente a la entrada—. Los aposentos están preparados, deseo que podáis recuperar fuerzas tras tan largo viaje. El obispo Mudy os desposará esta misma tarde. Mañana nos reuniremos para celebrar la ceremonia de investidura. No hay tiempo que perder.

Y con estas palabras, Archie y Beatagh pusieron un pie en lo que iba a ser su futuro hogar.

39

Aunque ya se consideraban matrimonio, Beatagh tuvo que reconocer que no se sintió desposada hasta que el obispo Mudy bendijo su unión. De alguna manera, el rito cristiano generaba más contundencia en la mente de su comunidad. Por ese motivo se prestó con humildad. Su madre había mandado tejer un vestido de novia para ella. El reflejo que le devolvió el espejo mostraba una elegancia engalanada en alcurnia que nada tenía que ver con el que había lucido ante Aila. En su boda pagana sus rizos ondeaban al viento, la corona de flores alegraba sus facciones y su cuerpo lucía el vestido con liberada confianza.

En aquella ocasión su melena estaba firmemente peinada y trenzada. Su cabeza estaba coronada por una diadema triangular cuyo velo cubría su espalda hasta los pies. El terciopelo color crema del brial caía de forma abundante a su alrededor. La parte delantera lucía un intricado panal de hexágonos cosido con hilos de oro. Sobre su escote descansaba un collar de perlas de doble vuelta. La belleza natural de Beatagh se veía realzada por aquel derroche de elegancia. Sus ojos azules se veían más intensos que de costumbre al estar iluminados por los reflejos del tejido.

El salón repleto de invitados recibió a la novia con un murmullo de admiración. Frente a la chimenea, al otro lado de la entrada por la que había accedido, la esperaba Archie. Este se había aseado con esmero. Su pelo rubio ceniza estaba recogido en la nuca. Una prístina camisa blanca mostraba la fortaleza de sus hombros. Estaba soberbio con su apuesta sonrisa. En cambio, lo que emocionó a Beatagh fue verlo lucir el tartán de los Murray. El kilt de cuadros verdes con líneas azul marino estaba planchado con esmero. El broche que había pertenecido a su padre aseguraba el plaid sobre su hombro izquierdo. Beatagh necesitó parpadear para deshacerse de las lágrimas que sin previo aviso habían anegado su mirada. Su mano voló a la clavícula donde también se había ajustado una banda de tartán. Ella había elegido el cierre que había lucido su hermano Neil.

Sus pasos se acercaron a Archie con naturalidad. La gracia con la que se deslizó por el pasillo abierto para ella dejó patente la alegría con la que lo hacía. Su prometido alzó la mano para acercarla a él. Ella comprobó, por el apretón, que estaba dispuesto a retenerla allí el resto de su vida; y, por avatares del destino, aquella muda promesa aligeró su alma.

Escucharon el sermón del obispo en silencio, con los testigos suspirando por la magnífica estampa que ofrecían. Mai, atenta a la ceremonia, se deslizó con disimulo para colocarse junto a Archie en el instante en el que Mudy los convertía en marido y mujer. El guerrero bajó su mirada hacia la niña para guiñarle un ojo y tomarla de la mano. Aquel gesto encantó a Mai, quien sonrió, agradecida y amada por partes iguales. Fue la primera en aplaudir cuando los recién casados se dieron un apasionado beso.

Lo habían logrado. Ya eran un matrimonio y nadie iba a separarlos jamás.

Como era de esperar, la tercera jornada de festejos volvió a zambullir a la pareja en una velada rodeada de personas afectuosas que brindaban por su unión. Vino, whisky e hidromiel regaron las gargantas de los comensales, que saborearon entre risas los succulentos manjares que habían preparado en la cocina. Archie y Beatagh se retiraron temprano. Estaban exhaustos, no solo por el viaje, sino también por las intensas emociones que había acarreado el día.

Al entrar en los aposentos, Archie cerró la puerta con un pie, pues sus manos estaban ocupadas con el corpiño de su esposa. Beatagh languidecía con sus atenciones mientras su cuerpo comenzaba a burbujear por la pasión que encendían sus besos. En un momento dado, Archie levantó su rostro del cuello de ella y miró la cama.

—¿Es esto un sueño o por fin podré poseerte sobre un lecho? —preguntó Archie.

—Probemos; puede que nos sostenga un jergón o, por el contrario, que nos veamos sobre un páramo a la intemperie —propuso Beatagh con travesura—. De lo que nadie nos va a librar es de hacer el amor hasta saciarnos.

Archie gruñó ante sus palabras mientras retomaba el asedio a sus ropajes.

—No creo que ni en veinte años logremos saciarnos —murmuró Archie contra sus pechos tras exponerlos a la luz de la chimenea.

Ella no lo contradijo, pues coincidía con él. Por suerte para ambos, la cama terminó siendo tan fuerte como para aguantar con estoicismo la

lujuria de los amantes. Por ricas mantas y mullidos colchones en los que se acostaran, seguían comportándose como animales embravecidos.

Amanecieron con sus cuerpos desnudos enredados entre las sábanas. La pareja había caído en un reparador sueño hasta entrada la mañana. Los sirvientes trataron de explicarle a Mai que debía respetar su descanso y que iban a avisarla cuando pudiera irrumpir en la alcoba como tenía costumbre. Una doncella golpeó con delicadeza la puerta cuando la fortaleza bullía de vida con los preparativos para la ceremonia. Archie la hizo pasar al mismo tiempo que cubría con una piel el cuerpo desnudo de Beatagh. Esta tardó en levantar de la almohada la cabeza de rizos revueltos. Aceptó los buenos días antes de devolver su somnoliento saludo.

—Cúbrete, Archie —le aconsejó Beatagh aún con los ojos cerrados mientras deambulaba por la estancia lanzando prendas a cada paso que daba—. ¿Dónde demonios está tu kilt?

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó el guerrero, estirando la espalda mientras seguía a Beatagh con la mirada.

—Mai estará a punto de entrar —le explicó.

Beatagh se deslizó el camisón por su esbelto cuerpo antes de ayudar a Archie a enrollarse la falda en torno a su cintura. Y de aquella guisa los encontró Mai.

—¡Buenos días! —exclamó la niña al atravesar la entrada y saltar sobre la cama de cuatro postes—. ¡Buenos días, Beatagh! ¡Buenos días, Archie! El gran salón está preparado. Effie ha vuelto a llegar tarde, pero ya no por Rae, esta vez ha retozado con Ian. ¿Qué es retozar? —preguntó, pero le quitó importancia porque tenía mucho que contar—. Marcail ha llenado los jarrones con flores frescas. Me dijo que para dar solemnidad a la ceremonia. Y escuché que le decía a Senga que el anciano Ulan estaba... ¿Qué palabra utilizó? —Mai se quedó pensativa—. Ah, conspirando en contra. Por lo demás, para el desayuno hay mantequilla que untada con pan recién hecho queda muy sabrosa, pero la confitura no estará lista hasta mañana. La vaca ha dado leche suficiente para todos y ya los fuegos cocinan el caldo que servirán durante la cena.

—Qué maravilla, Mai —le dijo Beatagh—. Estoy hambrienta, y escucharte me ha abierto el apetito.

—¿Qué es conspirar? —preguntó Mai,

—Tratar de cambiar las cosas en secreto —respondió Archie.

—¿Ulan quiere cambiar la decoración del salón a espaldas de Marcail? —preguntó, extrañada.

—No, pero no has de preocuparte —le señaló Beatagh, dándole un abrazo—. Es un viejo gruñón al que no le gustan los cambios. Archie se encargará de que vea el gran laird que será para todos nosotros.

Las hermanas sonrieron al guerrero con adoración. Archie se dijo que iba a hacer todo lo posible para conseguir que aquellas dos damas fueran felices y siguieran mirándolo de la misma forma en que lo hacían en ese momento.

—¿Qué es retozar? —quiso averiguar la niña.

Beatagh compuso una expresión de alarma.

—Uy, pero qué tarde se ha hecho, Mai. —La pelirroja trató de desviar la atención—. Vamos, tenemos que acicalarnos.

La pequeña se entusiasmó con la idea. Antes de irse les detalló cómo iba a ir vestida mientras Archie la escuchaba con paciencia. Él también estaba deseoso de presentarse ante sus gentes.

40

El gran salón recibió al matrimonio con solemnidad. Los cabezas de familia de la comunidad, junto al capitán Sim y sus guerreros de confianza, esperaban de pie. El Consejo del clan tomaron asiento en hilera cerca de la chimenea. Les habían asignado varios bancos para que sus huesos pudieran aguantar hasta el final. En el lado norte habían colocado cuatro asientos. Uno destacaba por encima de los demás por su tamaño y los intrincados grabados en la madera noble. Estaba destinado a Archie. A su derecha se sentaba Beatagh y a su izquierda, lady Iona. Junto a la castellana viuda, Mai ocupaba su lugar.

Brochan, el familiar cercano y portavoz, abrió el acto relatando la situación en la que se hallaba el clan, junto a la propuesta de Archie para encabezar a los Murray de Aberscross. Dispuso con voz grave las ofertas que habían recibido y las opciones de supervivencia que habían contemplado. Una vez preguntó a la audiencia si había algún Murray que quisiera postularse como candidato, quedó a la espera. Obtuvo silencio por respuesta. A continuación, se abrió un corredor por donde cada hombre iba a presentarse ante Archie para arrodillarse y citar su juramento de lealtad.

Los murmullos se alzaron cuando Alistair y Daimh, representando a sus respectivos clanes, hicieron una reverencia antes de proclamarse aliados. Aquel gesto fue recibido por una mirada de sincero agradecimiento por parte del laird Murray. Las damas y caballeros que fueron testigos de aquella muestra de lealtad comprendieron que su nuevo jefe no llegaba con las manos vacías. Lo respaldaban dos nobles de gran influencia en las Highlands. El siguiente en presentarse ante Archie fue el capitán Sim; no hizo una reverencia, pues el protocolo indicaba que debía postrarse antes de hablar. Su iniciativa invitaba a los guerreros a seguir sus pasos. Poco a poco, la hilera se fue llenando de leales súbditos. Sim se había posicionado a un lado del estrado sin dejar de escrutar a la multitud. Su fidelidad emocionó a Beatagh, quien tomaba de la mano a Archie con orgullo.

Los ancianos Murray fueron los últimos en desfilar ante el nuevo líder.

Sim esperó paciente a que cada hombre se arrodillara, pero su atención estaba puesta en el viejo Ulan y sus secuaces.

—¿A qué estáis esperando? —los increpó Sim.

Archie quiso intervenir porque se había preparado para algo así.

—No os preocupéis, mi fiel capitán —le dijo el nuevo Murray—. Y ahora quisiera dirigirme a vosotros. —Archie se puso en pie, luciendo sus nuevos colores con gallardía—. Comprendo vuestra reticencia. Yo también la tendría. Al igual que sé que obedece a vuestros deseos de proteger Aberscross. No os exigiré lealtad, pues pretendo ganarme el respeto de cada una de las personas que forman este clan: mi clan. Incluido el vuestro. Os pido tiempo para demostrar que mi compromiso con la dama Beatagh no lo mueve la ambición, sino mi amor por ella y por todos vosotros.

Ulan, desde lo lejos, agachó la cabeza a modo de aceptación de sus condiciones.

—Sea, laird Archie. —Ulan claudicó desde otro lado—. Os estaremos vigilando; seremos los guardianes de nuestra rama familiar. En el momento en el que falléis o abuséis de la confianza depositada en vuestra gracia, tened por seguro que os arrancaremos el título por la fuerza.

Archie, con su habitual diplomacia, sonrió mientras abría los brazos.

—Me congratula saber que lidero a hombres de honor, que defenderán su apellido por encima de cualquiera —respondió en voz alta—. Estoy convencido de que pronto querréis pronunciar vuestros votos de fidelidad. Os juro que me esforzaré para que sea así.

Por suerte, Archie poseía la templanza para llevar a cabo su tarea. Se empleó a fondo para cumplir con su promesa de prosperidad y protección. Los ancianos más renuentes terminaron por acoger al nuevo laird sin recelos. Pronto el matrimonio formado por Beatagh y él demostró poseer el equilibrio necesario para que ambas partes desarrollaran su trabajo con la aprobación del otro.

41

La primera señal de la acertada elección de Beatagh y su compromiso con el clan Murray apareció el día que se presentaron ante los Sutherland. Habían solicitado audiencia para anunciar al nuevo jefe del clan. El matrimonio, escoltado por varios Murray, se presentó en Dunrobin. El patriarca esperaba en la sala de recepción en la que Beatagh había coincidido con Archie mucho tiempo atrás.

En la tarima, un gran sillón con elegantes filigranas grabadas ocupaba un gran espacio. En él se sentaba John Sutherland junto a su heredero. Este también había tomado asiento y se repantingaba en él. Sus ojos inyectados en sangre hablaban del nivel de alcoholemia que soportaba. A la izquierda del jefe Sutherland se ubicaba la castellana lady Eirica. Los recién llegados tuvieron que mantenerse en pie ante su presencia.

Tras los saludos iniciales por parte del anciano, este se adelantó con torpeza sobre su asiento.

—Menuda sorpresa la que nos hemos llevado con vuestras nuevas —comentó John padre—. Y vos, nuevo laird, si mal no he entendido. ¿Erais emisario de los McLeod?

—Capitán —corrigió Beatagh con una sonrisa burlona bailando en sus labios.

Archie la miró de soslayo al escucharla por primera vez nombrar el cargo del que tantas veces se había mofado. Evitó sonreír ante la broma dirigida a él más que a los Sutherland.

—De cualquier forma, supone un gran cambio en vuestra condición. Este hecho habla de vuestra astucia —continuó John—. Entre otras cosas, os alabo por haber metido en vereda a una muchacha como es nuestra Beatagh.

El longevo laird señaló con la cabeza a la pelirroja. Archie se mantuvo inmutable. En cambio, el heredero saltó hacia delante.

—¿Cómo habéis podido rebajaros de esta manera? —le espetó John hijo—. ¿Acaso os forzó?

Beatagh podía haberse defendido con soltura, pero era consciente de la

primera impresión que debía causar Archie. Por ello, tan solo estampó una amable sonrisa en su semblante mientras permitía que su esposo marcara territorio. Una mirada condescendiente fue su muda respuesta.

—En mi haber tengo más de una fechoría, pero jamás la de violentar a una dama —intervino Archie—. Además, suelo ser un caballero avezado para captar las señales que indican que una mujer no posee interés alguno en mí. —La pulla que lanzó el jefe Murray afectó a John—. A diferencia de muchos, amo a Beatagh como se merece, sin desear cambiar nada en ella.

—¿Estáis seguro? Yo afirmaríais que habéis encontrado un bozal para ella —se carcajeó el viejo Sutherland—. Me tenéis anonadado, lady Beatagh —añadió John jefe—. Qué bien os ha sentado el matrimonio.

Archie, rápido, volvió a intervenir.

—Me siento afortunado por tenerla como esposa.

Beatagh entró agarrada de su brazo y lo mantuvo allí tras realizar la reverencia de rigor. Antes las últimas palabras del anciano, creyó que iba a perder la compostura, por lo que Archie actuó con rapidez y le dio su mudo apoyo posando una mano sobre la de ella. La joven logró permanecer en silencio.

—No os reconozco. —John, el antiguo prometido, se dirigió a ella con la desesperación vibrando en él.

En cuanto supo que se habían celebrado las nupcias de Beatagh con un McLeod, se sintió desfallecer. No era capaz de ver a la mujer que siempre había deseado en brazos de otro hombre. Desde entonces, se ahogaba en alcohol todas las noches.

—Porque nunca os molestasteis en descubrir quién soy —contestó Beatagh con aplomo—. Yo era una hembra a la que domesticar. Me deseabais, pero jamás me amasteis. ¿De verdad creéis que acepté a Archie como esposo por desesperación, cuando podría haberme convertido en vuestra castellana?

Ella exhaló la pregunta con diversión.

—Me asombra vuestra confianza, cuando jamás me habría rebajado a casarme con una dama despojada de cualquier título —le recordó con desdén. La dignidad de John estaba dañada y no estaba dispuesto a admitir su derrota. Su orgullo se lo impedía—. Y mucho menos habría cargado con vuestra afamada rebeldía.

—¡Oh! John. ¡Qué atrevimiento el mío! —respondió Beatagh con cinismo

—. Archie es hoy laird y mi esposo porque otros, y no nosotros, así lo quisieron —replicó Beatagh, presuntuosa.

—¡Sois una mujerzuela ambiciosa! —se exaltó John—. Y este un patán que os habéis buscado para dominarlo a vuestro antojo. Os conozco bien.

—¡Hijo, por el amor de Dios! Muestra más mesura —lo reprendió el patriarca.

—A pesar del respeto que os debo —el rostro de Archie no mantenía la misma prudencia que sus palabras. En la mirada ambarina del laird Murray bailó la amenaza de muerte—, jamás os permitiré que os dirijáis en esos términos a mi esposa.

—Sabed que es una furcia: yo la poseía cada vez que quería. —El argumento desesperado de John escandalizó a lady Eirica.

—¡Haz el favor de controlarte! —lo urgió la castellana—. Nos haces quedar en evidencia.

El anciano se había repantigado en su sillón con sus ojos puestos en el nuevo jefe del clan Murray. Analizaba, en silencio, las cualidades del líder. Acostumbrado a valorar a sus rivales, comprendió que estaba ante un hombre honorable, con grandes dotes diplomáticas y de nervios templados. Siempre había creído que Beatagh era una yegua salvaje a la que amaestrar, pero aquel guerrero había demostrado su inteligencia al conquistar el indomable corazón de la muchacha que en ese momento se presentaba dócil junto a él. La contenida respuesta de Archie reforzó la idea que se estaba formando del Murray.

—Por suerte, soy un hombre magnánimo —contestó Archie, imperturbable—. No solo por permitir que digáis que habéis desflorado a mi mujer sin que os clave un puñal, sino porque comprendo vuestro enojo, aunque no comparto vuestro comportamiento infantil.

Beatagh se irguió orgullosa, estaba encantada con la habilidad de Archie para hacerse respetar sin que el adversario tuviera opción a replica.

—Yo os compadezco, pues también sufrí por esta mujer —escuchó que decía—. Estuve en vuestro lugar, observando cómo os tomaba a vos del brazo. —Archie se encogió de hombros con aire conciliador—. Los dioses creyeron que seríais más útil desposando a Margaret McDonald y os deseo suerte en vuestra empresa. No tendré en consideración vuestro amor hacia lady Beatagh, ya que yo mismo soy presa del mismo sentimiento. Por el contrario, me veo obligado a deciros que no pienso tolerar más infamias.

No os conviene confundir mi serenidad con falta de arrojo. No dudaré en alzar mi espada si alguien vuelve a ofender a alguno de los míos.

John demudaba el rostro a medida que Archie hablaba. Tarde, comprendió que Beatagh y el McLeod habían comenzado su idilio ante sus propias narices. Derrotado, terminó desplomándose en la silla con repulsa en la mirada.

—Nos ha quedado claro el temperamento del nuevo laird Murray —aceptó el patriarca—. ¿Habéis venido a algo más?

La condescendencia era palpable, pero Archie no acostumbraba a sucumbir ante las provocaciones.

—A mucho más, laird Sutherland. —Una vez alejó su helada mirada del heredero, respondió animado—. Quisiera honrar la memoria de mis predecesores manteniendo los lazos de manrent. Si Neil creyó conveniente para los Murray prometer vasallaje a vuestro clan, yo también lo haré. Estoy seguro de que nuestras discrepancias iniciales serán pronto olvidadas. Por ello, me presento hoy ante vuestra familia para afianzar nuestra relación con la lealtad como cimiento.

El anciano Sutherland continuó midiendo los límites de Archie; ante sus intentos, este respondía con desenvoltura. Sin darse cuenta, y con extrema sutileza, el guerrero convertido en líder tejió un escenario en el que todos se encontraron a gusto. Los años demostraron las grandes dotes que poseía Archie en el mando, dirección y gestión de una comunidad. Los entresijos diplomáticos resultaron ser una ardua tarea que poco a poco fue dominando.

John hijo jamás dejó de desear a Beatagh, aunque se centrara en agasajar a su esposa, Margaret. El tiempo consiguió que las heridas en el orgullo del Sutherland cicatrizaran. La influencia de su padre forjó en él un carácter donde se perfilaba la ambición por encima de las emociones. Tomó varias amantes a lo largo de su vida; todas ellas coincidían en poseer una cabellera pelirroja. No era extraño escuchar comentarios que hablaban de la dama con la que soñaba pero que jamás poseyó.

Jean Murray fue la única persona que se encerró en sus aposentos y tardó en sobreponerse a la pérdida de Neil. Fue incapaz de llevar el luto por dentro. Todo su cuerpo clamaba la pena que sentía. Sus familiares temieron por su vida, pues Jean llegó a enfermar de pura tristeza. Lady Eirica solía recibir con gratitud a Beatagh en Dunrobin. La castellana Murray visitaba una vez a la semana a su amiga. Día a día, y gracias a la presencia de la

enérgica y mandona pelirroja, Jean consiguió apreciar la suerte de estar viva. La joven decidió escribir su romance, más para sí misma que para los demás. Creyó que plasmarlo podía facilitar su recuerdo e impedir que la mente, siempre perezosa, borrara cualquier detalle. Los papeles enrollados la acompañaron en su nueva vida con los Dunbar, dado que contrajo matrimonio sin lograr el consentimiento de su padre para tomar los hábitos. Jean hizo lo que se esperaba de ella, se implicó en el manejo del hogar y la crianza de sus hijos. Los años pasaron sin que sus ojos volvieran a poseer la chispa de antes. Todas las noches abría su arcón para releer los retazos de una vida que había dejado atrás y a un hombre que sabía que la amaba desde el cielo.

En lo que a la vida en Aberscross se refiere, Beatagh aceptó que su esposo debía dedicarse a los asuntos en los que la mesura era necesaria, pues ella siguió siendo demasiado impulsiva. La nueva castellana adolecía de una lengua afilada y un temperamento impetuoso que podía complicar cualquier negociación. En cuanto a sus tareas, Beatagh se sumergió de lleno en la protección, cuidado y mantenimiento de la fortaleza. Y continuó actuando con libertad. Se vestía como quería sin que nadie la amonestara por ello. También siguió atendiendo al ganado, salía de caza y colaboraba en las caballerizas. Pronto se dio cuenta de que había encontrado a un compañero en Archie con el que conversar sin temor a ser juzgada. Él compartía con ella sus decisiones, al igual que ella también lo informaba de sus labores. Beatagh jamás creyó que pudiera existir una comunión como la que había construido con su marido. Por suerte, la vida le mostró lo contrario.

El nuevo laird Murray se encargó de que Mai tuviera una vida plena, feliz y sin más sobresaltos. Alcanzó la edad adulta sin perder su inocencia, hasta que sus pulmones enfermaron y nada pudieron hacer por ella. En su lecho de muerte tomó la mano de Beatagh y de Archie entre las suyas.

—Siento que ha llegado mi hora —murmuró—. Aila me advirtió de que mi salud iría empeorando a medida que creciera. Aun así, he dado algunas vueltas al sol.

Beatagh le besó la frente y se sentó cerca de ella.

—¿Y qué esperabas? —le espetó la pelirroja muy ufana—. Las Murray portamos sangre de los pictos. No ibas a ser menos guerrera, Mai.

La jovencita de pelo rubio asintió.

—Siempre me han dicho que vengo de otro mundo, que soy hija de las

hadas. —Los ojos celestes se posaron en el dosel de su cama—. Nunca lo he creído del todo, aunque es bonito pensarlo. De lo que sí estoy segura es de que he sido afortunada. No todos los que son como yo encuentran tanta amor y respeto como el que me habéis ofrecido. Os doy las gracias.

Beatagh rompió a llorar a su lado; su rostro reposó sobre las mantas que cubrían el cuerpo de su hermana.

—Tú no lloras. —El ceño de Mai se frunció por la preocupación—. No lo hagas ahora. Yo velaré por vosotros. Seré libre, saldré de este cuerpo y volaré siempre cerca de Aberscross. Me ha llegado el turno de protegeros.

—Eres y serás la mejor y más sabia de las Murray —le dijo Archie—. Dejarás un gran vacío, pequeña Mai.

Un ataque de tos interrumpió la conversación. Una vez se hubo calmado, miró con ternura a su amado laird. Mai no podía pedir más. En esa vida había sufrido la pérdida de sus familiares, pero a cambio le habían regalado un hogar colmado de bondad. Siempre fue consciente del esfuerzo de Beatagh y Archie para que no se sintiera desplazada. El día que sus párpados se cerraron para no abrirse más se llevó con ella el amor más puro que habitaba en aquellas tierras.

El jefe del clan mandó pintar un lienzo con su rostro que colgó en el gran salón. Archie y Mai jugaban a adivinar durante cuánto tiempo estaría allí colgado y si se conocería su historia. El retrato sobreviviría varios siglos, así como la leyenda de la existencia de sangre feérica en la rama familiar. Con ejemplos como ese, la memoria de los Murray se enriqueció. Beatagh y Archie demostraron que su unión beneficiaba a todos, pues llevaron armonía y bienestar a Aberscross. Sus descendientes los recordarían por ser quienes habían salvado a los Aberscross de la extinción; aunque lo que en realidad trascendió de Archie y Beatagh Murray fue su profundo amor bendecido por los dioses.

El laird Archie, durante su vejez, solía contar historias junto al fuego. La más aplaudida era la anécdota en la que aseguraba haber sido seducido por un hada del norte que lo había obligado a cambiar su apellido para retener su favor. Beatagh callaba ante su relato, aunque todos podían percibir cómo sus hombros se sacudían por la risa retenida mientras sus ojos brillaban con picardía.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más vuelvo a sentarme para hacer recuento de las personas que merecen ser mencionadas, pues sin ellas ninguna de mis obras habrían salido a la luz. Me gusta comenzar por los que hacen la magia. Que esta novela esté hoy en tus manos es gracias al equipo de Ediciones Pàmies. Es un lujo trabajar con Conchi Gábana, la editora.

Antes de llamar a la puerta de la editorial existe un grupo de almas que desde hace años me ayudan a continuar creando historias. En primer lugar, David: en ocasiones mi pareja pone más empeño que yo para que me considere escritora. Mi hija, Linnea, con cinco años, ya sabe que mamá tiene dos trabajos y entiende que necesito tiempo para teclear. Las abuelas son mis fieles seguidoras, les debo días de niñeras. Y cuando consigo tener el manuscrito finalizado Patricia Maestre entra en acción. En esta ocasión fue ella quien me hizo un gran análisis y me dio el empujón para enviarlo.

En cuanto a promoción tengo grandes amigas repartidas por toda España que buscan mis novelas, las recomiendan y las comparten. En especial Patricia Luri; menuda legión de lectoras me tiene. Y en cuanto a ponerle alas debo nombrar a Óscar Fernández; siempre que llamo para la publicidad responde con un «¿Qué necesitas?», y es entonces cuando me llegan las llamadas de los periodistas. Qué fortuna la mía que la Televisión Canaria tenga tan buenos profesionales que siempre abren sus puertas a mis novelas. Otro de mis agradecimientos es para Evaristo Quintana, quien lleva los micrófonos en la Cadena SER y hace hueco en su programa para que yo hable de mis romances históricos.

Me queda darles las gracias a esas personas que no son tan cercanas pero que forman parte de mi familia literaria. Aquellas *bookstagramers*, blogueras y lectoras que suben sus fotos, publican sus comentarios y me escriben para contarme qué les ha parecido. Muchísimas gracias a todas. Son mi gasolina.

Y a ti, lectora, deseo que hayas disfrutado de este viaje al pasado. Si es la primera vez que te encuentras con mis letras, deseo que quieras continuar conociendo a estos McLeod. Si, por el contrario, llevas siguiendo la serie

que comienza con Aila, me das una gran alegría. Tanto a unas como a otras les mando mi más sincero agradecimiento.

OceanofPDF.com

SINOPSIS



Isencia, siglo xv.

Archie McLeod debe viajar al norte con la misión de prestar ayuda al clan Sutherland. Todo apunta a que el señor de las Islas ha renunciado a la Corona y tiene intención de ocupar las Highlands. En su camino se cruza, en medio del bosque, con una joven altanera que sale de la nada. Cuando se instala en la fortaleza de Dunrobin descubre quién es la pelirroja que pelea como un guerrero y se desentueña como un hombre.

Ella no es otra que Beataigh Murray, la hermana de un *laird* de un clan vasallo. La infancia de la

joven transcurrió con las constantes súplicas de su madre de comportarse como una dama. En cambio, su padre la animó a tomar las armas y liberar su espíritu salvaje. Pero desde que este falleció, no hay nadie que la comprenda.

Ahora Beataigh debe contraer matrimonio con el segundo hijo de los Sutherland. Pero antes de que el enlace se lleve a cabo, la amenaza de los McDonald, enemigos del clan, se vuelve una realidad, y también cobra más importancia en su vida la presencia de Archie McLeod. Ambos pertenecen a clases sociales distintas, sus vidas están marcadas por sus obligaciones y entre sus clones hay una gran distancia. Ella es impulsiva; él, en cambio, tranquilo. Ella desea conservar su libertad a toda costa y Archie es consciente de que debe olvidar la atracción que siente por Beataigh. La guerra los unirá en el mismo bando, pero será el amor que surgirá entre ellos el que les ofrecerá grandes enseñanzas y duras pruebas que deberán superar.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Nació en 1984 y vive en Gran Canaria. Escribe bajo el pseudónimo de Jane Hormuth o de Yara Medina según el estilo que utilice. Es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas.

Sumergirse en intensas historias de amor, viajar en el tiempo y conocer lugares lejanos despertaron en ella las ganas de crear historias.

Escribe novelas desde hace más de diez años. En 2014 decidió que era hora de que vieran la luz. En su web ventanaalpasado.com intenta que cada persona que se asome a su ventana conozca un poco mejor sus novelas.

Mensajes del norte es la tercera novela de la autora en Phoebe después del éxito de *Mensajes del sur* y *La mensajera de Elphame*.

ventanaalpasado.com

FB web: [@ventanaalpasadonovelas](https://www.facebook.com/ventanaalpasadonovelas)

FB autora: Yara Medina Jane Hormuth

TW: [@Ventana_Pasado](https://twitter.com/Ventana_Pasado)

IG: [yaramedina_janehormuth](https://www.instagram.com/yaramedina_janehormuth)

MENSAJES DEL SUR

JANE HORMUTH



Escocia, siglo xv.

Clanion McLeod acude al castillo de Coill para reencontrarse con Daimh, su antiguo compañero de armas y *laird* del clan Mackenzie. Cuando la mujer de Daimh, Aila, abraza a Clanion para saludarlo, tiene una visión en la que este tendrá que ayudar a una dama inglesa que está huyendo. Elinor Multon, hermana de Braxton, barón de la hacienda inglesa de Bough by Sands, se ve forzada a escapar de las garras del terrible padre Dagger, quien la desea desde siempre y que, al no conseguirla como anhela, la acusa de brujería.

La noble inglesa estaba en tierras escocesas, donde el destino la llevará a cruzarse con Clanion, quien, advertido por la visión de la hechicera Aila, no dudará en prestarle su ayuda y protección.

El odio sin fin entre escoceses e ingleses, el fanatismo religioso que recorre Inglaterra y la amenaza del padre Dagger empujarán a Clanion y a Elinor a tener que tomar la decisión de desposarse para que el *highlander* pueda proteger a la dama inglesa. El rescate del escocés llevará a Elinor por la inesperada senda del amor.

Elinor logrará enfrentarse a sus demonios con la inquebrantable ayuda de Clanion, quien cada vez se siente más rendido ante su hada del sur.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mensajes del sur



LA MENSAJERA DE ELPHAME

JANE HORMUTH



Escocia, siglo xv.

Ante la imposibilidad de concebir hijos con su esposa Meribeth, Alistair Mcleod, jefe de su clan, encarga a un grupo de guerreros, con su sobrino Daimh al frente, la misión de viajar a la isla de Skye para solicitar la ayuda de la famosa hechicera que vive allí.

Aila nunca ha salido de la isla de Skye; la llaman bruja, hechicera, mensajera de Elphame... Posee el don de la adivinación y puede hablar con los espíritus, como con el

de su abuela y mentora, Nimue, que le profetiza su destino: «Tu futuro esposo vendrá a buscarte y te llevará lejos de aquí». Cuando los guerreros Mcleod llegan a la isla, no encuentran más que resistencia en la joven hechicera para dejar Skye y acompañarlos.

Pero Aila tendrá una visión en presencia de Daimh que cambiará las cosas y que hará que los destinos del guerrero y la mensajera de Elphame se entrelacen de forma mágica. Una visión que aúna el pasado de Daimh, el presente de Aila y... ¿un futuro juntos?

Captura en el código
los primeros capítulos de
La mensajera de Elphame



Phoebe